

SANDRA BROWN

LA EXCLUSIVA

Una periodista investiga la muerte
del hijo del presidente de Estados Unidos

de

Lectulandia

Cuando Estados Unidos todavía llora la muerte del hijo del presidente por el síndrome de muerte súbita lactante, la primera dama le pide a la periodista Barrie Travis que investigue la muerte del bebé.

Escandalizada ante la posibilidad de que el niño muriera asesinado, aunque ansiosa por obtener una exclusiva que le devuelva la reputación perdida, Barrie acepta el reto. Para llevar a cabo la investigación forma una incómoda alianza con un hombre de lealtades divididas que le facilita el acceso a la Casa Blanca, donde descubre terribles secretos que podrían alterar el curso de la historia..., si es que vive para revelarlos.

Lectulandia

Sandra Brown

La exclusiva

ePub r1.0

Titivillus 22.06.2019

Título original: *Exclusive*
Sandra Brown, 1996
Traducción: Cristina Pagés Boune

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

No me arrees con los impíos,
ni con los agentes del mal,
que hablan de paz a sus vecinos,
mas la maldad está en su corazón.

Salmo 28,3

Capítulo 1

—Tiene buen aspecto, señora Merritt.

—Estoy espantosa.

Efectivamente, Vanessa Merritt estaba espantosa. Barrie se abochornó de que la hubiese pillado haciendo un cumplido nada sincero e intentó salir del paso con gracia.

—Después de lo que ha ocurrido, tiene usted derecho a parecer agotada. Cualquiera otra mujer, y yo más que nadie, se contentaría con tener el aspecto que tiene usted hasta en los peores momentos.

—Gracias.

La señora Merritt removió el capuchino con brusquedad. Si los nervios fuesen capaces de emitir sonidos, los de Vanessa Merritt hubiesen hecho el mismo estrépito que la cuchara cuando, con manos temblorosas, la colocó en el platito.

—¡Dios! Por un cigarrillo dejaría que me arrancaran las uñas con unos alicates.

Nunca se la había visto fumar en público, de modo que a Barrie le sorprendió que fuese fumadora, aunque su nerviosismo bien podía ser fruto de una adicción a la nicotina.

Sus manos no se quedaban quietas, retorcían su sarta de perlas, jugueteaban con sus discretos pendientes de diamantes y ajustaban repetidamente las gafas de sol, que casi ocultaban sus oscuras e hinchadas ojeras.

Su belleza se debía mayormente a sus espectaculares ojos. Pero hoy, esos asombrosos ojos azules reflejaban dolor y desilusión; hoy se parecían a los de un ángel que acabara de experimentar su primera y horripilante visión del infierno.

—Los alicates se me han acabado, pero tengo esto otro —dijo Barrie mientras de su amplio bolso de cuero extraía un paquete de cigarrillos sin empezar y lo deslizaba por encima de la mesa.

Obviamente, la señora Merritt se sintió tentada; sus ojos, de expresión atormentada, examinaron con nerviosismo la terraza del restaurante. Solo había otra mesa ocupada, en la que se encontraban varios hombres, y un camarero servil revoloteaba a su alrededor. Aun así, declinó el ofrecimiento.

—Es mejor que no fume, pero usted siéntase libre de hacerlo si lo desea.

—No fumo. Los llevo por si necesito calmar a un entrevistado.

—Antes de rematarlo.

—Ya quisiera yo ser tan peligrosa —rio Barrie.

—De hecho, lo que mejor hace son los reportajes de interés humano.

Barrie se sorprendió agradablemente de que la señora Merritt conociese, aunque fuera por encima, su trabajo.

—Gracias.

—Algunos de sus documentales han sido excepcionales, como el del paciente enfermo de sida y el de la mujer sin hogar, madre de cuatro niños.

—Ese fue nominado para un premio televisivo.

Barrie no vio por qué reconocer que ella misma lo había presentado.

—Me hizo llorar.

—A mí también.

—De hecho, es usted tan buena que a menudo me pregunto por qué no está afiliada a una de las grandes cadenas televisivas.

—He tenido mala suerte.

La señora Merritt frunció el entrecejo.

—¿No hubo un problema acerca del juez Green que...?

—Sí que lo hubo —la interrumpió Barrie, pues en esta conversación no deseaba que le presentaran una lista de sus fracasos—. ¿Por qué se ha puesto en contacto conmigo, señora Merritt? Estoy encantada, pero siento curiosidad.

La sonrisa de Vanessa Merritt se desvaneció lentamente.

—Le dejé muy claro que no se trata de una entrevista, ¿verdad? —advirtió en voz baja y tono serio.

—Entiendo.

Pero no era cierto; Barrie Travis no tenía la menor idea de por qué la señora Merritt la había llamado por teléfono para invitarla a un café. Aunque en los últimos años se habían visto y saludado a menudo, no eran amigas.

Hasta la elección del lugar de reunión resultaba extraña. El restaurante era uno de los varios que había a orillas del canal que conectaba el río Potomac con el estanque artificial. Al caer la noche, los clubes, bares y restaurantes de Water Street se llenaban de gente, sobre todo de turistas; aunque algunos locales ofrecían servicio de mediodía, entre semana y a media tarde se

encontraban virtualmente vacíos. Quizá hubiese escogido este precisamente por su aislamiento.

Barrie echó un terrón de azúcar en su capuchino y lo removió, distraída, mirando por encima de la balaustrada de hierro de la terraza.

Era un día sombrío, nublado; el canal estaba revuelto y las casas flotantes y los veleros anclados en el puerto deportivo se balanceaban violentamente en el agua gris. Las ráfagas de viento, cargadas de olor a lluvia y pez, hacían chasquear la lona de la sombrilla que cubría la mesa. ¿Por qué sentarse afuera cuando el viento soplaba con tanta fuerza?

La señora Merritt movió la espuma de leche de su capuchino y tomó un sorbo.

—Ya está frío.

—¿Le apetece otro? —inquirió Barrie—. Llamaré al camarero.

—No, gracias. De todos modos, no quería café, era solo... ya sabe...

Vanessa encogió un hombro, antaño elegantemente delgado pero ahora realmente huesudo.

—¿Solo una excusa? —la alentó Barrie.

Vanessa Merritt alzó la cabeza y a través de las gafas Barrie vio una penosa sinceridad.

—Necesitaba hablar con alguien.

—¿Y pensó en *mí*?

—Pues sí.

—¿Porque un par de documentales míos la hicieron llorar?

—Por eso y por la nota que nos envió. Me conmovió... profundamente.

—Me alegro de que le supusiera un consuelo.

—Yo... no tengo muchos amigos íntimos. Usted y yo somos más o menos de la misma edad y se me ocurrió que podríamos cambiar impresiones.

La señora Merritt agachó la cabeza y su melena castaña cayó hacia adelante ocultándole parcialmente los pómulos y la aristocrática barbilla.

—Mi nota no lograba expresar la enorme pena que sentí por lo ocurrido —aseguró Barrie en voz baja.

—Sí que lo hizo. Gracias. —Vanessa Merritt sacó un pañuelo de papel de su bolso y lo deslizó bajo sus gafas de sol para secarse los ojos—. No sé de dónde vienen —comentó, refiriéndose a las lágrimas que lo empaparon—. Ya debería estar deshidratada.

—¿De eso quería hablarme...? ¿Del bebé?

—Robert Rushton Merritt —soltó la mujer con contundencia—. ¿Por qué todos evitan su nombre? Tenía nombre, ¡caramba! Durante tres meses fue una

persona y tenía nombre.

—Claro...

—Rushton era el apellido de soltera de mi madre —la interrumpió la señora Merritt—. Le habría gustado que su primer nieto tuviese también el apellido de su familia. —Con la mirada perdida en el turbulento canal, prosiguió con voz lejana—. Y a mí siempre me ha gustado el nombre de Robert, es un nombre sencillo, no una gilipollada.

La vulgaridad, tan poco acorde con la imagen pública de Vanessa Merritt, la dama sureña, sorprendió a Barrie. La periodista nunca se había sentido tan falta de palabras. En esas circunstancias, ¿qué podía decir que fuese adecuado? ¿Qué iba a preguntarle a una mujer que había enterrado hacía poco a su hijo? *¿Fue bonito el entierro?*

—¿Qué sabe usted de eso? —preguntó la señora Merritt de pronto.

La pilló con la guardia baja. ¿La estaría desafiando? *¿Qué sabe usted de lo que se siente al perder a un hijo? ¿Qué sabe de veras acerca de lo que sea?*

—¿Se refiere a...? ¿Se refiere a la muerte del bebé... quiero decir de Robert?

—Sí. ¿Qué sabe al respecto?

—Bueno, nadie sabe realmente a qué se debe el SMSL, ¿verdad? —contestó Barrie a la vez que intentaba adivinar qué se ocultaba detrás de la pregunta.

La señora Merritt cambió de opinión acerca de lo de fumar y abrió con brusquedad el paquete de cigarrillos; sus gestos eran espasmódicos y desarticulados como los de una marioneta, y los dedos que sostenían el cigarrillo en su boca temblaban. Barrie buscó rápidamente un encendedor en su bolso. Vanessa Merritt no continuó hasta haber dado un par de profundas caladas. En vez de tranquilizarla, el tabaco aumentó su agitación.

—Robert dormía de lado y una de esas pequeñas almohadas lo mantenía ligeramente alzado, como me habían enseñado. ¡Ocurrió tan rápido! ¿Cómo...?

Se le cortó la voz.

—¿Se culpa a sí misma? Escuche...

Barrie alargó el brazo, le quitó el cigarrillo, lo apagó en el cenicero y apretó las manos frías de la mujer, un gesto impulsivo que los hombres de la otra mesa no pasaron por alto.

—Robert murió de SMSL; esa enfermedad se lleva a miles de niños cada año, y no hay una sola madre o un solo padre que no se pregunten cómo

podían haberlo evitado. Como es humano culpar a alguien por las tragedias, se culpan a sí mismos. Pero no caiga usted en esa trampa. Si empieza a creer que fue responsable de la muerte de su hijo, quizá nunca pueda superarlo.

La señora Merritt agitaba violentamente la cabeza.

—No lo entiende. *Fue culpa mía.*

Detrás de las gafas, su mirada saltaba de un lugar a otro. Apartó las manos de las de Barrie, se tocó la mejilla y las pasó por la mesa, el regazo, la cuchara y el cuello, intentando tranquilizarse.

—Los últimos meses de mi embarazo fueron insoportables. —Se tapó la boca con la mano un momento, como si el último trimestre hubiese resultado asimismo tremendamente doloroso—. Entonces nació Robert, pero en vez de mejorar como esperaba, la situación empeoró. No podía...

—¿No podía qué? ¿Enfrentarse a la situación? Después de dar a luz todas las mujeres experimentan una depresión y se sienten agobiadas.

La señora Merritt se frotó la frente con las yemas de los dedos.

—No lo entiende —repitió en un tenso susurro—. Nadie lo entiende. No puedo decírselo a nadie, ni siquiera a mi padre. ¡Ay, Dios, no sé qué hacer!

Su trastorno emocional resultaba tan evidente que los hombres de la otra mesa se habían vuelto a mirarla y el camarero se aproximó, preocupado.

Barrie se apresuró a hablar en voz baja.

—Vanessa, por favor, contrólese, todo el mundo la está mirando.

Ya fuera porque Barrie la había llamado por su nombre de pila, o tal vez por cualquier otra razón, el desmoronamiento emocional se invirtió, las manos nerviosamente activas se inmovilizaron y las lágrimas se secaron de pronto. Vanessa apuró el capuchino frío que hacía un rato había asegurado no desear y se secó delicadamente los labios con la servilleta. Asombrada, Barrie contempló la transformación.

Totalmente recuperada, y en un tono de voz frío y controlada, Vanessa insistió:

—Esta ha sido una conversación confidencial, ¿verdad?

—Absolutamente. Lo dejó usted claro al llamarme.

—Teniendo en cuenta su posición, y la mía, ahora me doy cuenta de que cometí un error al pedirle que nos viéramos. No he estado normal desde la muerte de Robert. Creía que necesitaba hablar, pero me equivoqué, pues lo único que he conseguido ha sido angustiarme más.

—Ha perdido usted a su hijo, tiene derecho a desmoronarse. —Barrie posó la mano sobre el brazo de la mujer—. Sea más amable consigo misma. El SMSL no avisa, simplemente ocurre.

Vanessa se quitó las gafas de sol y miró a Barrie directamente a los ojos.

—¿Ah, sí?

Entonces Vanessa Armbruster Merritt, primera dama de Estados Unidos, se puso nuevamente las gafas de sol, se colgó del hombro la correa del bolso y se puso en pie. En la mesa de al lado, los agentes del servicio secreto se levantaron precipitadamente; a ellos se unieron otros tres que habían estado apostados en la balaustrada de hierro fuera de la vista de Barrie.

En grupo, cerraron filas en torno a Vanessa y la escoltaron de la terraza del restaurante a la limusina que la esperaba.

Capítulo 2

Barrie metió la mano en el bolso buscando unas monedas para el dispensador de refrescos.

—¿Alguien puede prestarme un par de monedas de veinticinco centavos?

—A ti no, pichoncito —contestó un editor de vídeos, que pasó de largo—.

Ya me has mangado setenta y cinco centavos.

—Te los devolveré mañana, te lo juro.

—Olvidalo, muñeca.

—¿Has oído hablar del acoso sexual en el trabajo? —le gritó Barrie.

—Claro, voté a favor —replicó él por encima del hombro.

Cansada de rebuscar en el fondo del bolso, Barrie decidió que un refresco *light* no merecía tanto esfuerzo.

Se abrió paso por la redacción del canal de televisión, sorteando el laberinto de cubículos hasta llegar al suyo. Con una sola mirada a su escritorio, un obsesionado compulsivo se habría cortado las venas. Barrie arrojó el bolso sobre la mesa y con ello hizo caer tres revistas.

—¿Las lees alguna vez?

La voz familiar provocó un gruñido de Barrie. Howie Fripp era el encargado de repartir tareas en el departamento de noticias y constituía una soberana lata.

—Claro que las leo —mintió la joven—. De principio a fin.

Estaba suscrita a varias revistas, que llegaban con regularidad y se amontonaban como rascacielos sobre el escritorio hasta que se veía obligada a tirarlas, a menudo sin haberlas leído, aunque repasaba fielmente su horóscopo mensual en *Cosmopolitan*. Ese era, básicamente, el tiempo que les dedicaba, aunque por una cuestión de principios se negaba a dejar que la suscripción se agotara. Todo buen periodista televisivo era adicto a las noticias y leía todo lo que cayera en sus manos.

Y ella era una buena periodista televisiva. Claro que lo era.

—¿No te remuerde la conciencia saber que miles de árboles pierden la vida para que tengas siempre a mano material de lectura que no lees?

—Howie, lo que me molesta eres tú. Además, no eres quién para sermonearme sobre ecología, cuando el humo de los cuatro paquetes de cigarrillos que te fumas al día contamina el ambiente.

—Eso sin mencionar mis pedos.

Barrie despreciaba esa sonrisilla malévolá casi tanto como a las mentes mezquinas que dirigían la WVUE, un canal de televisión independiente, de pocos medios y por debajo del estándar mínimo, que bregaba por sobrevivir entre las monolíticas empresas de noticias de Washington, D. C. Había tenido que suplicar que le asignaran el presupuesto necesario para producir los documentales que habían acarreado las alabanzas de la primera dama y tenía ideas para muchos más, pero los administradores, entre ellos Howie, no pensaban igual, hombres carentes de perspicacia y energía que bloqueaban sus ideas. Barrie no pertenecía a ese mundo.

¿Acaso no se aferraban precisamente a esa creencia los prisioneros?

—Gracias, Howie, por no mencionar tus pedos.

Se dejó caer en la silla de su escritorio y se pasó los dedos por los cabellos para apartárselos de la cara.

Su peinado no era exactamente algo de lo que pudiera alardear, pero además el viento húmedo en la terraza del restaurante había hecho estragos.

Extraña elección, la del lugar de reunión. Y aún más, la reunión en sí. ¿Cuál sería su propósito?

Camino de la redacción, Barrie había repasado cada palabra pronunciada durante el encuentro con la primera dama; había analizado cada inflexión en la voz de Vanessa Merritt, revisado cada gesto de sus manos, evaluado su lenguaje corporal, calibrado esa perturbadora pregunta final que sirvió de despedida. Pero ni siquiera así conseguía entender exactamente lo ocurrido, o más bien, lo no ocurrido.

Howie interrumpió sus pensamientos.

—¿Has mirado tu correo electrónico?

—Todavía no.

—Ese tigre que se escapó del carnaval ambulante, ¿te acuerdas? Ya lo encontraron; no se había escapado, luego no es noticia.

—¡Oh, nooo! —exclamó dramáticamente Barrie—. ¡Con las ganas que tenía de informar sobre eso!

—Oye, podría haber sido una buena noticia, el tigre podría haberse comido a un niño, o algo así.

Howie parecía realmente apenado ante la oportunidad perdida.

—Howie, ¿por qué me endilgas siempre la basura? ¿Es solo porque no te gusta como persona o porque soy mujer?

—¡Caray! No me vengas con esa rutina feminista. ¿Qué te pasa, sufres de estrés premenstrual o qué?

Barrie suspiró.

—Howie, eres una causa perdida.

Perdida. Eso era, Vanessa Merritt parecía perdida, desesperada. Con la impaciencia que sentía por explorar esa idea, Barrie declaró:

—Oye, Howie, a menos que hayas venido aquí por algo concreto, como ves, tengo mucho que hacer.

Howie retrocedió hasta el tabique que separaba su cuadra (así veía Barrie su cubículo) de la siguiente. Sin importar la estación, el hombre llevaba siempre camisa blanca de manga corta, pantalón negro, brillante, y una corbata de esas que se prenden a presión. La de hoy era especialmente fea y lucía una mancha en la punta, que apenas llegaba al centro de su abultado pecho, sumamente desproporcionado en comparación con el trasero inexistente y las piernas larguiruchas y zambas.

Se cruzó de brazos y de pies.

—Estaría bien un reportaje, Barrie. Ya sabes, *un reportaje*, eso por lo que te pagan, más o menos a diario. ¿Qué tal si produces uno para el telediario de esta tarde?

—Estaba trabajando en uno que no dio resultado —murmuró la chica a la vez que encendía su ordenador.

—¿De qué iba?

—Puesto que no dio resultado, ¿de qué sirve hablar de ello?

Vanessa Merritt había dicho que los meses anteriores al nacimiento de su bebé habían sido insoportables. Aun sin esa palabra fuerte y descriptiva, su pose en sí dejaba claro que lo había pasado muy mal. Tras el nacimiento de su hijo, lo «insoportable» había empeorado. Pero ¿qué había sido tan insoportable? *¿Y por qué me lo cuenta a mí?*

Howie seguía parlotando sin darse cuenta de que ella lo escuchaba solo a medias.

—No te estoy pidiendo un reportaje en directo de alguien a quien le estén volando la tapa de los sesos, ni del primer paso del hombre en Marte ni de unos extremistas islámicos que tengan al papa como rehén en el Vaticano. Me conformaría con un reportaje simple y sencillo. Algo, cualquier cosa, sesenta segundos de relleno entre la segunda y la tercera pausa publicitaria. Es lo único que te pido.

—Vaya, eres realmente corto de vista, Howie. Si ese es tu mejor discurso para motivar, no me sorprenden los resultados tan poco satisfactorios de tus subordinados.

Howie descruzó las extremidades y estiró al máximo el metro sesenta y cinco de estatura que le proporcionaban los tacones altos de sus zapatos, cuyas punteras estaban bastante rozadas.

—¿Sabes cuál es tu problema? Te crees que eres una gran estrella, algo así como la famosa Diane Sawyer. Bueno, pues aquí tienes una noticia de última hora: ni lo eres, ni lo serás nunca. Nunca te casarás con un célebre director de cine ni tendrás tu propio noticiario. Nunca conseguirás respeto y credibilidad en el círculo periodístico... porque estás chiflada y todos lo saben. De modo que deja de esperar el *gran* reportaje y conténtate con aquello con lo que tú y tu talento podéis lidiar. Algo que yo pueda presentar. ¿De acuerdo?

Barrie no le había prestado la menor atención. La primera vez que había oído ese discurso fue cuando la contrató, porque, dijo, él tenía un buen corazón. Además, añadió, los directivos lo habían presionado para que contratara a otra «falda» y Barrie estaba bien. Desde entonces, y de eso hacía ya tres años, había oído el mismo rollo cada día hábil.

Había unos cuantos mensajes en su correo electrónico, pero nada que no pudiera esperar. Apagó el ordenador y se puso en pie.

—Ya es demasiado tarde para hacer algo esta noche, Howie, pero tendré algo para ti mañana, te lo prometo.

Cogió su bolso y se lo colgó del hombro.

—¡Oye! ¿Adónde vas? —le gritó Howie cuando lo rozó al pasar de largo.

—A la biblioteca.

—¿Para qué?

—Para investigar, Howie.

Dio un puñetazo al dispensador de refrescos, del que salió una Coca-Cola *light*.

Lo tomó como un buen augurio.

Haciendo equilibrios con su bolso, el montón de libros de la biblioteca y las llaves, Barrie abrió la puerta trasera de su casa y entró a trompicones. En cuanto cruzó el umbral fue sometida a un ardiente y húmedo beso en los labios.

—Gracias, *Cronkite*. —Se limpió la saliva de la cara—. Yo también te quiero.

El destino de *Cronkite* —lo llamaba así en honor de un famoso presentador de telediarios—, como el del resto de cachorros de la misma camada, era la eutanasia en la perrera; se la iban a practicar el día en que Barrie decidió que necesitaba un compañero de cuatro patas, después de que el de dos anunció que precisaba más espacio y desapareció para siempre de su vida.

Le costó decidir qué perrito salvar, pero nunca lamentó su elección. *Cronkite* era grande, de pelo largo y dorado. Los grandes ojos castaños la miraban ahora con adoración y la cola tamborileaba alegremente contra su pantorrilla.

—Ve a lo tuyo —le dijo Barrie y con la cabeza señaló el diminuto jardín trasero—. Utiliza tu puerta. —*Cronkite* gimió y la chica suspiró—. De acuerdo, esperaré, pero apresúrate, que estos libros pesan mucho.

El can regó varios arbustos y entró corriendo, adelantándose a Barrie.

—Veamos si hay algo interesante en el correo. —La joven se dirigió a la entrada principal, donde su correo se hallaba amontonado debajo de la ranura que hacía las veces de buzón—. Factura, factura, factura vencida, invitación a cenar en la Casa Blanca. —Miró al perro, que ladeó la cabeza inquisitivamente—. Solo quería ver si me estabas prestando atención.

Cronkite la siguió arriba, a su dormitorio, donde Barrie se cambió el vestido y los zapatos de tacón por una camisola de los Redskins, que le llegaba casi hasta las rodillas, y unos calcetines de gimnasia. Se cepilló el pelo, se hizo una cola de caballo y contempló su imagen reflejada en el espejo.

—Despampanante —murmuró y olvidó su aspecto para centrarse en el trabajo.

A lo largo de los años había cultivado a varias personas —repcionistas, secretarias, amantes ilícitos, doncellas, polis, un montón de gente en puestos clave— que de vez en cuando le proporcionaban información valiosa y pistas fiables. Una de aquellas, una joven llamada Anna Chen, trabajaba en las oficinas administrativas del Hospital General de Washington, D. C. Los jugosos chismes que oía allí llevaban con frecuencia a buenos reportajes. Era una de las fuentes más fiables de Barrie.

Con la esperanza de que no fuese demasiado tarde para encontrarla en la oficina, Barrie buscó su número en el Rolodex y lo marcó. La telefonista del hospital la comunicó inmediatamente.

—Hola, Anna, soy Barrie Travis, me alegro de haberte encontrado.

—Estaba a punto de salir. ¿Qué hay?

—¿Crees que sería posible ver el informe de la autopsia del bebé Merritt?

—¿Estás de broma?

—¿Tan difícil sería?

—Casi imposible, Barrie. Lo siento.

—Eso pensé, pero no se pierde nada con preguntar.

—¿Para qué lo quieres?

Barrie hizo unas cuantas acrobacias verbales en cuanto a sus razones y aparentemente apaciguó a su fuente.

—Gracias de todos modos, Anna.

Decepcionada, colgó el auricular. El informe de la autopsia le habría supuesto un buen inicio, aunque no sabía todavía exactamente qué iba a iniciar.

—¿Qué quieres cenar, *Cronkite*? —inquirió al bajar a la cocina. Abrió la alacena—. Las especialidades del día incluyen... —Recitó las opciones del menú leyendo las etiquetas de varias latas. *Cronkite* gimió y, compadeciéndose de él, Barrie añadió—: ¿Luigi's?

El perro sacó su larga lengua rosada y jadeó entusiasmado.

A Barrie su conciencia le pedía una cena *light*, pero ¡qué diablos!, cuando se pasan las veladas en casa vistiendo una camisola de fútbol y calcetines de gimnasia, conversando con un perro callejero y sin nada que esperar salvo horas de investigación, ¿qué importaban unos cientos de gramos de grasa?

Mientras pedía dos pizzas por teléfono, *Cronkite* gimió para que lo sacara y Barrie cubrió el micrófono del auricular.

—Si es tan urgente, usa tu puerta.

Cronkite echó una mirada desdeñosa a la abertura cortada en la puerta trasera, lo bastante grande para que el perro pasara por ella, pero no tanto como para que Barrie tuviera que preocuparse por la posible visita de intrusos. Al repetir su pedido, señaló la puerta con el índice y *Cronkite* salió, arrastrándose y con aire humillado. Cuando la joven colgó estaba listo para entrar de nuevo y le abrió la puerta.

—Garantizan que si las pizzas no llegan en veinticinco minutos son gratis.

Mientras esperaba el pedido se sirvió una copa de merlot y la llevó al segundo piso, que había convertido en despacho. Había cobrado un fondo fiduciario para comprar la casa, un pintoresco edificio con carácter, desde el que, situado como estaba en el elegante barrio de la plaza Dupont, contaba con toda clase de transporte público para ir a cualquier punto de la ciudad.

Al principio alquiló la segunda planta, un apartamento en sí, mas cuando su inquilino se fue a Europa tras pagar los seis meses que le faltaban para cumplir el contrato, con ese dinero Barrie convirtió las tres exiguas habitaciones en un amplio estudio-despacho.

Una pared entera servía ahora de almacén de vídeos, que llenaban todos los estantes: conservaba sus propios reportajes, los noticiarios de importancia histórica y todos los programas de actualidad, colocados por orden alfabético según el tema. Se dirigió directamente a la cinta que quería, la metió en el vídeo y la vio mientras bebía el vino a sorbos.

La muerte y el entierro de Robert Rushton Merritt estaban minuciosamente documentados y la tragedia parecía doblemente injusta por haberle ocurrido a los Merritt, cuyo matrimonio era considerado un modelo de perfección.

El presidente David Malcomb Merritt era el ejemplo a seguir por cualquier joven norteamericano que aspirara a un cargo público: guapo, atlético, atractivo y carismático, tanto para hombres como para mujeres.

Vanessa Merritt constituía el adorno perfecto para ir del brazo de su marido; era preciosa y su belleza y encanto sureños compensaban cualquier fallo, como el ingenio... y la sabiduría. No se la consideraba una lumbrera, pero no parecía importar. El público había querido una primera dama de la que enamorarse y Vanessa Armbruster Merritt satisfacía fácilmente esa necesidad.

Los padres de David habían muerto hacía tiempo y no contaba con ningún pariente vivo. Sin embargo, el progenitor de Vanessa compensaba esa carencia con creces. Cletus Armbruster era senador del estado de Mississippi desde hacía tanto tiempo que nadie recordaba a su antecesor y había sobrevivido a más presidentes de los que la mayoría de los norteamericanos recordaba haber votado.

Juntos formaban un fotogénico triunvirato, tan famoso como cualquier familia real. Desde la época de Kennedy, nunca había atraído tanta atención y adoración la vida privada de un presidente y su primera dama, en el país y en el mundo entero. Hicieran lo que hicieran, fueran adonde fueran juntos o por separado, causaban sensación.

Por consiguiente, Estados Unidos se volvió absolutamente lelo cuando se anunció que la primera dama estaba embarazada. El bebé haría aún más perfecta la perfección.

La Prensa, escrita y televisiva, habló más del nacimiento del niño que de la guerra del Golfo, llamada también «Tormenta del Desierto», o de la

limpieza étnica en Bosnia. Barrie recordó haber visto, desde la pantalla de la redacción, el enésimo reportaje acerca de la llegada del bebé Merritt a la Casa Blanca. Howie había comentado con acidez: «¿Deberíamos buscar una estrella brillante en Oriente?».

El único acontecimiento que figuró tanto en los medios de comunicación fue la muerte de ese mismo bebé, acaecida tres meses más tarde.

El mundo se conmocionó y se sumió en una profunda pena; nadie quería creerlo.

Barrie se acabó el vino, rebobinó la cinta por tercera vez y vio de nuevo las escenas del entierro.

Pálida y trágicamente hermosa en su traje de luto, Vanessa Merritt no era capaz de mantenerse en pie sin ayuda. Resultaba obvio para todos que su corazón se había roto. Había tardado años en concebir un hijo, otro aspecto de su vida analizado y explotado con gran detalle por los medios de comunicación, y perder al que tanto había pugnado por engendrar la convertía en una heroína realmente trágica.

El aspecto del presidente era de valiente estoicismo, con lágrimas que rodaban por sus enjutas mejillas hasta las atractivas arrugas en torno a su boca. Los gurúes políticos comentaron cuán atento se mostraba con su esposa. Ese día, a David Merritt se le vio sobre todo como marido y padre que era, además de como presidente.

El senador Armbruster sollozó abiertamente, secándose las lágrimas con un pañuelo blanco. Su contribución al ataúd de su pequeño nieto fue una diminuta bandera de Mississippi que resaltaba entre las rosas y las florecillas blancas.

De haberse encontrado en la situación de la primera dama, Barrie habría deseado llorar en privado, habría rehuido de las cámaras y de los comentaristas. Aunque sabía que sus colegas cumplían su trabajo —de hecho la propia Barrie había estado en el ajo—, el funeral fue un espectáculo público compartido, vía satélite, por el mundo entero. ¿Cómo pudo resistir tanto Vanessa Merritt?

El timbre sonó.

Barrie miró el reloj.

—¡Maldición! Veinticuatro minutos y treinta y nueve segundos. ¿Sabes, *Cronkite*? —aseguró mientras bajaban juntos—, creo que lo hacen adrede para que nos hagamos ilusiones.

Hizo la entrega el propio Luigi, un italiano bajito y redondo, de cara sudada, labios carnosos de querubín y una mata de pelo rizado negro... en el

pecho: su cabeza era totalmente calva.

—Señorita Travis —chasqueó la lengua al observar su vestimenta—, esperaba que la pizza adicional fuese para un amante.

—No. La de albóndiga es para *Cronkite*. Espero que no haya exagerado con el ajo, porque le produce flatulencia. ¿Cuánto le debo?

—Lo añadí a su cuenta.

—Gracias.

Barrie alargó los brazos para coger las dos cajas, cuyo aroma hacía que el perro diera extáticas vueltas alrededor de sus pies. Esas vueltas, el merlot y el hambre la marearon.

No obstante, Luigi no iba a soltar las cajas sin el sermón incluido como propina habitual.

—Es usted una estrella de cine...

—Estoy en el telediario.

—Es lo mismo. Le digo a mi señora: «La señorita Travis es una buena cliente. Nos llama dos o tres noches por semana. Es bueno para nosotros, pero malo para ella. Pasa demasiado tiempo sola». Y mi señora dice...

—Que quizá la señorita Travis prefiera estar sola.

—No, dice que no conoce a hombres porque trabaja todo el tiempo.

—Conozco a hombres, Luigi, pero los buenos ya tienen dueña. Todos los hombres con los que trabajo están casados, o son gays, o asquerosos o imposibles por varias razones. Pero agradezco su preocupación.

Intentó coger las pizzas y nuevamente Luigi se lo impidió.

—Es usted bonita, señorita Travis.

—No es que el tráfico se detenga al verme pasar.

—Tiene el pelo bonito, de un hermoso color rojizo. Buen Cutis, también. Y ojos verdes muy fuera de lo común.

—Castaño muy corriente.

Nada espectaculares, nada como, por ejemplo, los límpidos estanques color zafiro de Vannesa Merritt.

—Un poco pequeña aquí.

La mirada de Luigi se movió hacia sus senos. La experiencia había enseñado a Barrie que, si se lo permitía, el hombre iniciaría una valoración de su cuerpo.

—Pero no demasiado —se apresuró a tranquilizarla Luigi—. Todo su cuerpo es delgado.

—Y está a punto de adelgazar más. —Barrie cogió las cajas de pizza—. Gracias, Luigi; añada una buena propina para usted en mi cuenta y salude de

mi parte a su esposa.

Cerró la puerta antes de que él pudiese seguir lamentando su falta de vida amorosa.

Cronkite estaba poniéndose frenético, de modo que le sirvió su pizza con caja y todo. A continuación, se sentó a la mesa de la cocina con la suya, otra copa de vino y los libros que había sacado esa tarde de la biblioteca. Como siempre, la pizza resultó sabrosísima, la segunda copa de vino, más suave que la primera, y la investigación acerca del SMSL, fascinante.

De las tres, la investigación fue la que acabó completamente y la que la dejó hambrienta.

Capítulo 3

Escéptico y ceñudo, Howie se metió la punta desigual de la llave de su coche en la oreja.

—No sé...

Barrie sintió el impulso primitivo de saltar sobre su escritorio y arrancarle la garganta a dentelladas. Nadie más desataba ese aspecto salvaje de su personalidad. Howie era el único. Y no solo por sus asquerosas costumbres personales y su flagrante machismo, sino también por su gimoteante falta de agallas y de visión.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Es deprimente —respondió el hombre, y se estremeció visiblemente—. Bebés muertos en la cuna. ¿Quién quiere ver una serie sobre eso?

—Las personas que acaban de convertirse en padres, las que piensan serlo y aquellas a quienes les ha ocurrido, cualquier persona que desee estar informada, y yo espero que eso incluya al menos parte de nuestro público.

—Vives en un mundo de ensueño, Barrie. Nuestro público nos ve porque las reposiciones de *Cheers* vienen después del telediario.

Barrie intentó mantener la calma, pues si Howie se enteraba de que empezaba a irritarse, se cerraría aún más.

—Debido al tema, la serie no será alegre, pero no tiene por qué ser sensiblera. Me he puesto en contacto con una pareja que perdió a su bebé por el SMSL hace dos años; ya tienen otro hijo y están dispuestos a que se les entreviste acerca de cómo han afrontado la situación.

Se puso en pie e hizo lo posible por cerrar el trato.

—Resaltaremos la luz al final del túnel, la victoria sobre la adversidad. Podría resultar inspirador.

—¿Ya has concertado esa entrevista?

—Siempre que cuente con tu aprobación, claro. —Con eso le daba una palmadita—. Quería tenerlo todo preparado antes de verte, Howie. Llevo una semana investigando, he hablado con pediatras y sicólogos. Es un tema de actualidad, sobre todo desde la muerte del bebé de los Merritt.

—La gente está harta de oír hablar de eso.

—Pero yo voy a enfocarlo desde puntos de vista diferentes.

No se trataba únicamente de su intento por convencerlo. Cuanto más leía sobre el síndrome de muerte súbita lactante más la fascinaban los temas derivados, que resultaban tan interesantes y merecedores de ser explorados con el asunto central. Se dio cuenta de que no podría cubrirlos en un solo reportaje de pocos minutos, ni de lejos.

El único obstáculo era Howie.

—No sé —repitió este.

La llave del coche escarbó la otra oreja en tanto el hombre leía nuevamente la presentación, breve pero detallada. Sin duda hasta alguien con su limitada capacidad mental la entendería.

Barrie había pedido tres segmentos, para que se emitieran en días consecutivos en los telediarios vespertino y nocturno. Cada uno se centraría en un elemento distinto del SMSL. Además, había propuesto que les hicieran mucha publicidad por adelantado.

El objetivo principal, y este no figuraba en la propuesta, era que un productor de telediario valorara su trabajo y la sacara de la colonia de leproso del periodismo televisivo, o sea, el departamento de noticias de la WVUE.

Howie eructó. La llave había extraído una bola de cera marrón. La limpió en la primera hoja de la propuesta.

—No estoy convencido.

—Tengo una entrevista con la señora Merritt.

Howie dejó caer la llave manchada.

—¿Qué?

Era mentira, por supuesto... pero las situaciones desesperadas...

—Hace poco tomamos café juntas.

—¿Tú y la primera dama?

—Sí. Ella me invitó. En el curso de nuestra conversación le mencioné la posibilidad de hacer una serie; ella apoyó la idea y prometió hablar de sus impresiones al respecto.

—¿Frente a una cámara?

Barrie se imaginó a Vanessa Merritt emocionalmente deshecha, intentando ocultarse detrás de las gafas de sol, con un cigarrillo prohibido en una mano temblorosa...

—Claro que frente a las cámaras —dijo, y puso los ojos en blanco.

—No hablas de la primera dama en tu propuesta.

—La estaba guardando como sorpresa.

—De acuerdo, estoy sorprendido —replicó Howie secamente.

Barrie no sabía mentir, pero Howie no era ningún experto juzgando a la gente por su carácter, por lo que la joven se sintió segura.

Howie se inclinó sobre su escritorio.

—Si la señora Merritt acepta la entrevista...

—Lo hará.

—De todos modos, tendrás que producir un reportaje normal cada día.

Dicho esto, Howie se apoyó contra el respaldo de su silla y se rascó la entrepierna.

Barrie evaluó la condición y negó firmemente con la cabeza.

—Esto requiere toda mi atención, Howie. Quisiera dedicarle todo mi tiempo.

—Y a mí me gustaría muchísimo follar a Sharon Stone, pero no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad?

Barrie cambió de opinión.

—De acuerdo, acepto tu condición.

—Barrie Travis.

—¿Quién?

—Barrie Travis. Es una reportera de la WVUE.

—¡Ah, sí! La de la voz más o menos velada, ¿verdad? —David Merritt, presidente de Estados Unidos, se puso un gemelo con el sello presidencial—. Contesté a una pregunta suya en una conferencia de prensa reciente. Sus reportajes acerca de la Casa Blanca suelen ser favorables, ¿no te parece?

—Muy favorables.

—Bueno, ¿qué ocurre con ella?

Vannesa, vestida ya y sentada en una tumbona, tomó un sorbo de vino blanco.

—Va a hacer una serie sobre el SMSL y desea incluir una entrevista conmigo.

Merritt se puso la chaqueta del esmoquin y se miró en el espejo. Al tomar posesión del cargo había decidido no tener ayuda de cámara, pues ni siquiera el sastre más experto sabía hacer resaltar su físico mejor que él. El corte del esmoquin acentuaba sus anchos hombros y su estrecha cintura. Llevaba siempre el cabello bien cortado e impecablemente peinado, aunque nunca con gomina. En su fuero interno, lo prefería despeinado por el viento: le daba un

aire pícaro. Vestía trajes formales con elegancia y gracia, y en tejanos era como cualquier otro chico.

Satisfecho con su imagen, se volvió hacia su esposa.

—¿Y qué?

—Pues que estará en la recepción esta noche y Dalton le ha prometido una respuesta.

Dalton Neely era el secretario de prensa de la Casa Blanca. Merritt y su principal asesor, Spencer Martin, lo habían escogido y entrenado personalmente.

—De hecho, la petición formal llegó a la oficina de Dalton. —Vanessa extrajo de su bolso, cubierto de abalorios, un frasco de Vallium y sacó de él una pastilla—. Barrie Travis lleva vados días llamando a mi oficina; yo no he contestado, pero es muy persistente.

—Los reporteros se ganan la vida con la persistencia.

—Bueno, pues la suya me ha metido en un aprieto. Dalton me ha hablado esta tarde de su solicitud y ambos quieren una respuesta esta noche.

El presidente salvó rápidamente la distancia entre ellos, le cogió la mano, le quitó de la palma la pequeña pastilla amarilla. Volvió a guardarla en el frasco y después se lo metió en el bolsillo.

—Lo necesito, David.

—No, no lo necesitas, y de esto ya has tomado bastante. —Le quitó la copa de vino y la posó en una mesa—. Contrarresta los efectos del medicamento.

—Era mi segunda copa.

—La tercera. Me estás mintiendo, Vanessa.

—De acuerdo, perdí la cuenta, ¿a qué viene tanto alboroto? Yo...

—Me refería a la reportera. No ha sido ella quien te ha metido en un aprieto, sino tú. No empezó a llamar a tu despacho hasta que saliste con ella hace un par de semanas. ¿No es así?

Le habían hablado del encuentro el mismo día en que tuvo lugar, por lo que no le sorprendió la solicitud de una entrevista. Lo que le molestaba era que, sin su consentimiento, Vanessa hubiese iniciado una conversación con un miembro de los medios de comunicación. Vanessa y una reportera, sobre todo una conocida por no ser precisamente fiable, constituían una combinación peligrosa.

—¿Me has hecho espiar? —Vanessa lanzó la pregunta como un disparo.

—¿Por qué te citaste con ella, Vanessa?

—Necesitaba hablar con alguien. ¿Es eso un crimen?

—¿Y escogiste una reportera para eso?

Merritt rio con escepticismo.

—Me envió una nota conmovedora y me pareció que ella sería la persona indicada con quien hablar.

—La próxima vez inténtalo con un cura.

—Estás dándole demasiada importancia a esto, David.

—Si no era tan importante, ¿por qué no me lo contaste?

—Todo esto habría pasado desapercibido si no hubiese pedido la entrevista frente a las cámaras. Antes de eso, no merecía la pena mencionar el encuentro. Me prometió que cualquier cosa que dijese esa tarde sería confidencial. Necesitaba hablar con una mujer.

—¿De qué?

—¿Tú qué crees? —gritó la primera dama.

De un brinco se puso en pie, cogió la copa de vino y la apuró con expresión desafiante.

Merritt se esforzó por contenerse.

—Vamos, Vanessa, estás muy alterada.

—Tienes toda la razón, y te irá mucho mejor sin mí esta noche.

La recepción, en honor de una delegación de buena voluntad de los países escandinavos, sería la primera ocasión oficial a la que Vannesa asistiría desde la trágica muerte de Robert Rushton. La reunión parecía adecuada para que regresara a la vida pública, de la que se había apartado después de la muerte del bebé. Tres meses eran suficientes y los votantes necesitaban verla nuevamente en acción.

—Claro que vas a venir. Serás la estrella, siempre lo eres.

—Pero...

—No hay pero que valga. Estoy harto de encontrar excusas por tu ausencia. Tenemos que superar esto, Vanessa. Han pasado doce semanas.

—¿Acaso la pena tiene un límite de tiempo?

Merritt pasó por alto la acidez de su voz.

—Esta noche te conducirás con tu habitual clase. Sé tú misma, encantadora y sonriente, y todo irá bien.

—Odio a la gente que me mira con compasión y remordimiento, sin saber qué decir... y cuando alguien dice algo, es tan trillado que me dan ganas de gritar.

—Limítate a darles las gracias, nada más.

—¡Dios! —exclamó Vannesa con la voz entrecortada—. ¿Cómo puedes volver a...?

—¡Porque tengo que hacerlo, maldita sea! Y tú también.

Dirigió a su esposa una mirada tan fulminante que esta se dejó caer en la tumbona. Afligida, lo miró fijamente.

Él se volvió. Ya había contenido el enojo.

—Me gusta tu vestido, ¿es nuevo?

Vannesa se encogió de hombros y agachó la cabeza. Al contemplarla desde el espejo, su marido reconoció las señales de la derrota.

—He perdido peso —murmuró la mujer—. Ninguno de los trajes que tengo en el armario me queda bien.

Alguien llamó a la puerta. David atravesó la estancia y abrió.

—Hola, Spence, ¿están listos?

Spencer Martin echó una ojeada por encima del hombro de David y examinó la habitación; al ver a Vanessa y la copa vacía sobre la mesita, preguntó a su vez:

—¿Estáis listos *vosotros*?

El presidente descartó la preocupación de su asesor.

—Vanessa sufre un ligero caso de nerviosismo, pero, como sabes, siempre cumple.

—Tal vez sea demasiado pronto para ella. Si no se siente con ánimos...

—¡Tonterías! Puede hacerlo. —Se volvió hacia su esposa y le tendió un brazo—. ¿Lista, cariño?

Vanessa se puso en pie y se dirigió lentamente hacia ellos, sin mirarlos a la cara.

David solía hacer la vista gorda con lo que no deseaba reconocer, como la antipatía entre su esposa y su principal asesor y, a fin de llenar el incómodo silencio, inquirió:

—¿Verdad que está hermosa esta noche, Spence?

—Así es, señor presidente.

—Gracias —respondió ella, envarada, y al salir al pasillo se cogió del brazo de su marido y preguntó—: ¿Qué debe contestar Dalton a Barrie Travis?

—Barrie Travis, ¿la reportera? —interrumpió Spence—. ¿Contestar a qué?

Miró al presidente con expresión inquisitiva.

—Ha pedido a Dalton una entrevista con Vanessa.

—¿Acerca de algo en concreto?

—El SMSL —repuso el presidente.

Barrie se sentía absolutamente atolondrada y de sus labios brotaban las palabras con excesiva efusión.

—Iba por la fila de recepción con mi acompañante... no te emociones, es gay y no se ha destapado todavía, nos estábamos haciendo un favor el uno al otro: lo habían invitado a asistir y necesitaba a alguien que fuera con él y a mí se me presentaba la oportunidad de hablar directamente con el presidente y la primera dama.

»Bueno, como te decía, iba por la fila de recepción y, cuando llego a su altura, el presidente me coge una mano entre las tuyas... te lo juro... y me dice: «Señorita Travis, muchas gracias por venir, siempre es un placer recibirla en la Casa Blanca. La veo radiante esta noche».

»De hecho, no recuerdo sus palabras exactas, pero baste decir que no me trató como a una desconocida, o a una persona a la que hubiese visto solo ocasionalmente, ni siquiera como a una reportera corriente. A Barbara Walters... ya sabes, la famosa presentadora..., no la habría recibido más calurosamente.

Cronkite bostezó y se acomodó en el centro de la cama.

—¿Te estoy aburriendo? —Barrie hizo una pausa para respirar—. Me parece que no te das cuenta de cuán importante es que me den la primera entrevista exclusiva con la primera dama desde la muerte de su hijo.

»De hecho, el presidente la mencionó antes que yo; me dijo que la señora Merritt le había hablado de mi serie sobre el SMSL, que cree que es una idea excelente y que exhortó a la primera dama a participar en ella. Me alabó por hacer que el público se interesara por este fenómeno desgarrador. Luego dijo que él y la señora Merritt colaborarían conmigo al máximo. Yo estaba alucinada, incapaz de dar crédito a sus palabras.

Se metió en la cama con *Cronkite*, que, después de apoderarse de tres cuartas partes del espacio, se negó a moverse un solo centímetro. Tras equilibrarse en el borde del colchón, Barrie continuó:

—Me habría encantado que Howie hubiera estado presente para verlo.

Capítulo 4

Se dio cuenta de que la televisión estaba encendida, aunque no suponía más que un ruido de fondo, hasta que oyó la conocida voz. Levantó la cabeza del lavabo, cogió una toalla de mano y entró en el dormitorio.

—... que, por desgracia, usted y el presidente Merritt comparten con miles de parejas.

No reconoció a la reportera, de unos treinta años, quizá un poco más, cabello castaño hasta los hombros, ojos grandes y labios carnosos, que prometían diversión, aunque ni los ojos ni los labios sonreían en ese momento. Tenía una voz única, fuera de lo común para una reportera televisiva, pues diríase que la mayoría de ellas se había graduado en la misma escuela de dicción estéril. Su nombre se hallaba sobreimpresionado en lo bajo de la pantalla. Barrie Travis. No le sonaba.

—Al presidente y a mí nos ha asombrado descubrir la cantidad de familias que sufren esta tragedia —dijo Vannesa Merritt—. Son cinco mil por año, solo en nuestro país.

Gray Bondurant reconocía esa cara y esa voz: las conocía bien, aunque era obvio que le habían dado instrucciones sobre cómo debía comportarse durante la entrevista: las manos descansando recatadamente en el regazo, quietas, y expresiones faciales cuidadosamente estudiadas.

En ese momento la entrevistadora dio paso a un segmento: la voz de George Allan —el médico personal de los Merritt, a quien le había tocado la desagradable tarea de confirmar la muerte de Robert Rushton Merritt en el cuarto del niño en la Casa Blanca— explicó que la ciencia médica todavía estaba intentando aislar las causas del síndrome de muerte súbita lactante.

A continuación, la entrevista se volvió más personal.

—Señora Merritt, en el funeral de su hijo todos vimos el dolor que experimentaban usted y el presidente Merritt. —Aparecieron en pantalla escenas del entierro—. Ahora, tres meses después de la tragedia, las heridas seguramente están aún a flor de piel, pero sé que a nuestros espectadores les interesará oír cualquier pensamiento que desee usted expresar.

Vannesa tardó un momento en contestar.

—Mi padre siempre dice: «La adversidad constituye una gran oportunidad disfrazada». Como siempre, tiene razón. —Esbozó una breve sonrisa—. David y yo nos sentimos más fuertes, como pareja y como personas, porque nuestra resistencia ha sido puesta a prueba hasta el límite y hemos sobrevivido.

—¡Y un cuerno!

El hombre hizo una bola con la toalla, la arrojó al otro extremo de la habitación y cogió el mando a distancia, pues ya no deseaba escuchar más.

Pero se detuvo.

—El presidente y yo esperamos que otras personas que sufran una tragedia como la nuestra puedan inspirarse en supervivientes como nosotros para hacer acopio de valor y sentir consuelo. La vida continúa, es *cierto* —añadió Vannesa.

Maldiciendo, Bondurant apagó el televisor.

Respuestas de un guión, firmado, sellado y entregado a Vanessa para que se lo aprendiera de memoria. Letra compuesta por Dalton Neely, o quizá por el padre de Vanessa, Clete Armbruster, y posiblemente hasta por el presidente, con el visto bueno final de Spencer Martin.

Por más que las hubiese ensayado y revisado antes de la entrevista, no eran palabras de Vanessa; ¡oh, sí!, las había pronunciado, pero no espontáneamente ni de corazón. Bondurant dudaba de que la reportera de voz sensual se diera cuenta de que la habían engañado. A Vanessa la habían programado tan bien como a una muñeca parlante con un chip informático en la cabeza. No sería correcto revelar sus sentimientos más profundos y, de hecho, no sería políticamente conveniente.

Como sentía que las paredes del dormitorio se cerraban sobre él, Bondurant se dirigió a grandes zancadas hacia la cocina a por una cerveza y salió al gran porche delantero que se extendía a todo lo ancho de la casa. Se echó en la mecedora de junco y se bebió media lata de un trago.

Parecía la escena de un anuncio: una foto de él bebiendo, con el pecho desnudo y los músculos de su bronceado cuello al descubierto, y en ese entorno rústico, habría vendido millones de latas de cualquier marca de cerveza, aunque a él le traía sin cuidado. Sabía que resultaba impactante, pero nunca se había molestado en analizar las razones. La vanidad no formaba parte de su naturaleza y sobre todo no en este último año, en que transcurrían varias semanas sin que viera a nadie. Cuando fuera a Jackson Hole se afeitaría... o tal vez no.

Era como era, y debían aceptarlo. Su actitud siempre había sido la misma, y, precisamente, constituía una de las razones por las que no había encajado bien en Washington. Se sentía contento de haberse ido. De los confidentes presidenciales se esperaba cierto conformismo y Gray Bondurant era un inconformista.

Con ojos tan duros y fríos como un glaciar, observó las irregulares cuestas coronadas de nieve de las montañas Teton, que, pese a encontrarse a muchos kilómetros de allí, parecían lo bastante cercanas como para tocarlas. La majestad de las montañas moradas, como decía un verso del himno estadounidense, ¡y en su propio jardín! ¡Qué maravilla!

Aplastó la lata vacía como si fuera el envoltorio de un chicle. Le habría gustado borrar los últimos diez minutos. ¿Por qué no había permanecido fuera un rato más, antes de entrar a asearse? ¿Qué capricho del destino lo había impulsado a poner ese canal de televisión en ese preciso momento?

Habría querido no ver esa entrevista. *Machas gracias, Barrie Travis, quienquiera que seas.* Ahora lo perseguirían durante varios días las imágenes de David, Vanessa y el bebé muerto.

Lo que más le molestaba era que la entrevista podría renovar el interés que sentía el público por él. La gente empezaría a elucubrar, a hacer suposiciones, a llenar vacíos, y todas las miradas volverían a centrarse en él de nuevo.

David Merritt paseaba de un lado a otro frente a su escritorio en el Despacho Oval. Se había remangado la camisa hasta los codos y tenía las manos metidas en los bolsillos. Bajo un errante mechón de cabello fruncía el entrecejo.

—Nunca lo he oído mencionar. ¿Qué demonios es?

—Es el síndrome parental de Münchhausen, y se llama así por un conde alemán que se excitaba infligiéndose dolor a sí mismo.

—Creía que eso era masoquismo —comentó Spencer Martin.

El doctor Allan se encogió de hombros y se sirvió otra copa de escocés de la reserva privada del presidente.

—No es precisamente mi especialidad y no lo he investigado a fondo.

—Barrie Travis sí lo hizo.

El tono del presidente equivalía a un reproche, y como tal se lo tomó el médico.

—El síndrome se pone de manifiesto cuando el dolor se inflige a alguien más, generalmente a un niño —explicó avergonzado.

—¿Y eso qué tiene que ver con el SMSL? ¿Por qué ha mostrado tanto interés Barrie Travis en ese aspecto?

El doctor Allan dio un sorbo rápido.

—Porque en ocasiones los adultos que padecen la enfermedad pueden llegar a lastimar a sus hijos y a veces incluso los matan, en un intento por atraer la atención y la comprensión hacia sí mismos. Ahora están investigando de nuevo algunas muertes misteriosas de niños, antes atribuidas al SMSL, por si se trata de asesinatos.

Refunfuñando, Merritt se sentó a su escritorio.

—¿Por qué no se habrá ceñido al tema esa periodista, sin añadir todas esas historias de horror? Sírveme una copa, ¿quieres?

El médico hizo lo que le pedía.

—Gracias.

Merritt sorbió absorto y después miró a Spence, cuya expresión meditabunda indicaba que el asunto en cuestión era molesto.

—Quizá no debí alentar a Vanessa a que aceptara la entrevista —sugirió Merritt.

—No estoy de acuerdo. ¿Qué daño ha hecho? —preguntó el médico.

—¡Por Dios, George!, tú, mejor que nadie, deberías saberlo —exclamó Merritt irritado—. Esta maldita serie la ha vuelto a desequilibrar.

—La gente se está dando cuenta —comentó Spence en voz baja. Merritt lo miró exigiéndole nombres—. El personal, señor. Algunos se han fijado en los cambios de humor de la primera dama y están preocupados por ella.

Merritt se volvió hacia el médico con otro reproche implícito.

—Con todo lo que bebe, me es imposible controlar sus cambios de humor con medicamentos —explicó este.

Merritt se frotó los ojos con los puños.

—Clete me está dando la lata con ese tema. No dejo de recordarle que mi mujer ha perdido a su hijo; si tenemos en cuenta eso, además de su delicada salud, ¿cómo podemos esperar que no esté un poco trastornada?

—La gente reacciona de modo distinto ante las tragedias —declaró el médico en un intento por ayudar—. Algunas personas se sumen en el trabajo con la esperanza de no estar pensando en ellas todo el día. Otras encuentran a Dios, encienden cirios y rezan. Otras...

—Lo he captado, lo he captado —espetó Merritt—. Pero mi suegro no lo entiende.

—Si quieres, hablaré con él —sugirió Spence.

El presidente soltó una carcajada.

—Spence, no le caes bien a Clete; eres la última persona a la que desearía oír hacer comentados sobre la salud de Vanessa, y ella tampoco te tiene mucho aprecio. —Se volvió hacia el médico—. Pero si tú hablaras con él y le explicaras...

—Le llamaré mañana y le diré que me has mencionado su preocupación; le aseguraré que la estamos controlando cuidadosamente.

—Gracias.

Merritt sonrió, dando por zanjado el tema.

—No es solo de Clete de quien tenemos que preocuparnos —anunció Spence—. El año próximo hay elecciones y esta presidencia requiere una primera dama, necesitamos a Vanessa pronto, y tiene que estar equilibrada y lista para hacer campaña. ¿Podrá usted garantizarnos eso? —le preguntó al médico.

—Por supuesto, no hay alternativa.

—Siempre la hay.

La réplica de Spence atravesó el despacho cual un viento helado.

—¡Por Dios, Spence! —exclamó Merritt—. No seas tan quisquilloso. Y tú, George, olvídate del señor pesimismo. —El presidente se puso de pie para estrechar la mano del facultativo—. Vanessa está en buenas manos, las tuyas, de modo que no me preocuparé. Y gracias por explicarnos lo de la enfermedad de Münchhausen, aunque no tuviese nada que ver con la muerte de Robert. —Miró fijamente al médico y añadió—: Robert dejó de respirar en su cuna por causas desconocidas. Ese fue tu veredicto oficial, y vas a ratificarlo, ¿verdad?

—Absolutamente. SMSL.

El doctor Allan apuró su copa y se despidió.

—Más vale que cumpla —comentó Spence una vez a solas con el presidente.

—No temas, lo hará.

—Pero ¿y Vanessa?

—Nunca nos ha fallado, ¿no?

—Ya no estoy tan seguro de que pueda serenarse.

Solo Spence podía hablar al presidente con tanta franqueza.

Si bien Merritt apreciaba la preocupación de su principal asesor, se le antojaba desproporcionada.

—Todavía creo que hice bien. El público necesitaba ver a Vanessa en esa entrevista, Spence. Se la veía y oía fantástica.

Spence no había dejado de fruncir el entrecejo.

—Entonces, ¿por qué quisiera que no la hubieses permitido? Me da mala espina, me preocupa que fuera ella la que se pusiera en contacto con la reportera.

—Al principio a mí también me molestó —reconoció Merritt—. Pero el resultado fue favorable, es bueno para sus relaciones públicas y para las nuestras. Como ha dicho George, no pasa nada.

Como Spence no contestó, el presidente le dirigió una mirada penetrante.

—Bueno, ya veremos —aseveró Spence con su típico tono pesimista.

—De acuerdo, ¿quién es?

—¿Quién es quién?

Barrie ni siquiera alzó la mirada. En su regazo tenía un montón de mensajes telefónicos, tarjetas y cartas de los espectadores, todos referentes a su serie sobre el SMSL. No había esperado tal respuesta ni en sueños.

—Has sido muy astuta al ocultárnoslo.

Finalmente, Barrie alzó la cabeza.

—¡Ay, Dios mío!

Un enorme arreglo floral ocultaba totalmente a la recepcionista de la sala de redacción que lo había llevado al cubículo de la joven.

—¿Dónde quieres que lo ponga?

—Eh... —Como siempre, su escritorio era una zona de peligro—. En el suelo, supongo.

Tras colocar allí las flores, la recepcionista se enderezó.

—No sé quién te las envía, Barrie, pero consévalo, incluso si parece un sapo. Hoy en día no todos los hombres pagan tanta pasta por unas flores.

Barrie abrió la tarjeta que venía con el ramo y sonrió.

—Yo también lo diría, pero este está casado.

—Todos los buenos lo están.

Barrie dio la tarjeta a la mujer, cuyos ojos se abrieron como platos al leer la conocida firma debajo del mensaje escrito a mano. Al oír su chillido, varios miembros del personal de la sala de redacción se apiñaron alrededor del cubículo.

Barrie cogió la tarjeta y se abanicó con ella.

—Es solo una pequeña muestra de agradecimiento del Presidente, ensalzando mi talento y perspicacia, alabando la excelencia de mi serie y dándome las gracias por mi servicio patriótico.

—Una palabra más y vomito —anunció Howie, que se había unido al grupo.

Barrie rio y metió la tarjeta en el sobre. Ya se veía enseñándosela a sus futuros nietos.

—Estás celoso porque no eres amigo personal de los Merritt.

Howie y sus demás colegas se alejaron sin prisas; algunos refunfuñaban por la suerte de *algunas* personas.

Una vez a solas, Barrie hizo una llamada telefónica. En voz muy baja preguntó:

—¿Estás libre esta noche?

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué tienes en el congelador?

—Dos filetes.

—Yo llevaré el vino. —Miró el ramo y añadió—: Y flores. Llegaré en media hora.

Capítulo 5

—¿A eso llamas media hora?

—Deja de quejarte y échame una mano.

Cargada con el ramo del presidente, dos botellas de vino y una bolsa del supermercado, entró de lado por la puerta de la casa de Daily Welsh.

—¿Has robado las flores de una tumba reciente o qué? —inquirió este.

—Lee la tarjeta, sabihondo.

Daily arrancó la tarjeta del arreglo floral y soltó un largo silbido.

—Impresionante.

Barrie sonrió alegremente.

—Forma parte del trabajo.

—¿Qué vas a hacer para mejorarlo?

—En cualquier otro momento haría un comentario punzante acerca de tu omnipresente talento para aguar las cosas buenas, pero como estoy cansada lo dejaré pasar y abriré el vino.

—Voto por eso.

Fueron juntos a la cocina, la estancia más atractiva, a falta de otras. Era una casa increíblemente fea. Daily luchó con un cajón atascado en el que se hallaba el sacacorchos.

—¿Cómo estás? —preguntó Barrie preocupada.

—No he muerto todavía.

Pero parecía que el siguiente aliento de Ted Welsh —Daily, o «diario», para sus amigos— sería el último. Padecía enfisema por haber fumado un sinfín de cigarrillos en los incontables días en que había trabajado como periodista.

Nada más salir del instituto se colocó en un diario como recadero, de ahí su apodo. Había subido en el escalafón en varios medios periodísticos hasta convertirse en jefe de redacción de una cadena de televisión de Richmond, de la que se había jubilado anticipadamente debido al rápido avance de su enfermedad. Como no era lo bastante viejo para cobrar el retiro, y probablemente no llegaría a hacerlo, vivía de una modesta pensión.

Los «filetes» que estaban descongelándose en la encimera no eran sino empanadas de carne picada, como Barrie se había temido, por eso cuando fue a comprar el vino añadió dos entrecots. Mientras ella preparaba la cena, Daily bebía el excelente vino del condado de Sonoma.

—A *Cronkite* se le va a poner dura cuando huela estos huesos —comentó Daily, a la vez que hacía rodar su tanque de oxígeno portátil para acercarlo más a la silla.

—No es muy probable, está capado.

—¡Oh!, había olvidado que a él también lo castraste.

Barrie golpeó la encimera con el frasco de adobo para la carne y se volvió bruscamente hacia él.

—¡No quiero hablar de ese tema!

—Pero es cierto, despelotas a todos los tíos que conoces; es tu modo de rechazar a los hombres antes de que puedan rechazarte a ti.

—A ti no te he rechazado.

—Yo no cuento. —Daily soltó una trabajosa risotada—. Soy demasiado viejo y estoy muy enfermo para que se me ponga dura, no represento un peligro para ti. Y eso me lleva a otro punto. No deberías desperdiciar tus veladas conmigo. Como no encuentres mejor compañía masculina, tu vida va a ser patética.

—Pero te quiero, Daily.

Barrie salvó la distancia que los separaba y lo besó en la mejilla.

—Estate quieta. —El hombre la empujó—. No vaya a ser que los filetes estén demasiado cocidos; yo quiero el mío casi crudo.

Su brusquedad no engañó a Barrie; su afecto era correspondido y, aunque su amistad había empezado mal, ahora era inquebrantable; se sentían tan cómodos el uno con el otro que cualquier cosa que se dijeran equivalía casi a una muestra de cariño.

—Daría veinte años de mi vida por un cigarrillo —anunció Daily cuando disfrutaban del café en la sala.

—Ya lo has hecho.

—Oh, claro.

El hombre se hallaba sentado en su desgastado sillón reclinable; a su lado tenía el equipo de respiración, cuyo tubo de plástico alimentaba de oxígeno directamente su nariz.

Al otro extremo de la estancia, Barrie descansaba en el sofá, ladeada con los pies debajo del cuerpo y con un cojín apretado contra el pecho.

—Hace poco estuve con alguien que tenía mono de nicotina, alguien de quien no lo sospecharías jamás.

—¿De quién se trata?

—Es confidencial.

—¿A quién crees que se lo voy a contar? Aparte de ti, nadie viene a verme.

—Tus amigos vendrían, pero no los invitas.

—No soporto su compasión.

—Entonces deberías formar parte de un grupo de apoyo.

—¿Quién quiere pasar el tiempo con un montón de enfermos que, literalmente, chupan viento?

—Ya hemos hablado de ello en otras ocasiones —dijo Barrie—, así que esta noche podríamos cambiar de tema.

—De acuerdo —gruñó Daily—. ¿Quién es el fumador misterioso?

Barrie vaciló.

—Nuestra primera dama.

—¡No me digas! ¿Nervios previos a la entrevista?

—No, ese no fue el día de la entrevista.

—Ahora que la has entrevistado personalmente, ¿todavía crees que es una mentecata?

—Nunca he dicho que lo fuera.

Daily la miró socarronamente.

—Así la has descrito una docena de veces, sentada aquí mismo. Beldad sureña, ¿no es ese el apodo que utilizas? La has definido como una mujer que no tiene una sola idea original, o finge no tenerlas, cuyas opiniones las forman los hombres a los que adora, o sea, su padre y su marido. Es vacía e insulsa. ¿Me he olvidado algo?

—No, eso lo cubre todo. —Con un suspiro y expresión ausente, Barrie pasó un dedo por el borde de su copa—. Todavía opino lo mismo, pero también siento pena por ella. Ya sabes, por perder a su hijo.

—¿Y qué?

Barrie no se había dado cuenta de que se había sumido en un silencio ensimismado hasta que la pregunta de Daily la sacó del ensueño.

—¿Qué de qué?

—Te estás mordiendo el interior de la mejilla y eso es una señal segura de que algo te preocupa. Llevo toda la velada esperando a que lo sueltes, sea lo que sea.

Barrie podía ocultar sus sentimientos hasta de sí misma, pero nunca de Daily. Cuando se sentía perpleja, preocupada o estresada, Daily daba en el blanco con ese radar interior que hacía de él un excelente periodista.

—No sé qué es exactamente —respondió con sinceridad—, se trata tan solo de una...

—¿Una comezón en la nuca?

—Algo así.

—Probablemente significa que has descubierto algo, aunque no aciertas a decir qué es.

Daily se inclinó en su silla. Rejuvenecido por el olor de una pista importante, sus mejillas habían recuperado color y tenía los ojos muy brillantes, dándole un aspecto más sano del que había tenido en varias semanas.

Al ver su entusiasmado interés, Barrie lamentó haber sacado a relucir el tema, pues lo único que le proporcionaría sería una gran decepción. Lo más seguro era que no hubiese nada que contar. Pero por otro lado, tampoco creía que pudiera perjudicarlo compartir con él algunas ideas. Tal vez les diera sentido, o quizá le diría que eran tan vagas que no se sostenían.

—La serie sobre el SMSL ha generado mucho interés. ¿Te he dicho que he conseguido que la emitan por satélite?

Esto permitía una cobertura nacional.

—No cabe duda de que tu carrera ha recibido un buen empujón. Es lo que deseabas, ¿no? Entonces, ¿cuál es el problema?

Barrie miró su taza y removió el café, ya demasiado fijo para beberse.

—Cuando la conocí, se sentía responsable de lo ocurrido, así que le recordé que no se puede culpar a nadie por una muerte súbita lactante... que sucede sin más. Curiosamente, contestó: «¿Ah, sí?». Fue su pregunta y el modo en que la hizo lo que me impulsó a investigar el tema del SMSL. Luego encontré un extraño caso, el de una mujer cuyos cuatro hijos fallecieron a causa de ese síndrome, aunque resultó que en realidad no habían muerto así.

—Padecía el... el...

—El síndrome parental de Münchhausen —intervino la joven—. Ahora se sospecha de algunas de esas muertes y se está acusando a las madres de matar a sus propios hijos para llamar la atención. Bueno...

Respiró hondo, contuvo el aliento, alzó la cabeza y le dirigió una mirada penetrante. Daily se la sostuvo largo rato y finalmente declaró:

—Tal vez debería ajustar mi nivel de oxígeno, no sé si es que no me llega suficiente o me llega demasiado. Por un momento pensé que estabas

sugiriendo que la primera dama de Estados Unidos mató a su propio hijo.

Parecía más una pregunta que una afirmación.

Barrie dejó su taza en la mesita y se puso de pie.

—No he querido insinuar tal cosa.

—Eso me pareció.

—No he sugerido eso, Daily, lo juro.

—Entonces, ¿por qué estabas mordéndote el interior de las mejillas?

—¡No lo sé! Pero algo no encaja. —Se dejó caer nuevamente en el borde del sofá y se sostuvo la cabeza con las manos—. En las últimas semanas he estado dos veces con Vannesa Merritt. En nuestro primer encuentro, estaba muy tensa, como a punto de sufrir un desmoronamiento emocional. En cambio, el día de la entrevista era una persona totalmente distinta, superior, fija, controlada, educada y casi tan *humana* como... como esta mesita.

—Fue una buena entrevista.

—No tenía pasión, Daily, y lo sabes —replicó Barrie. La mueca del hombre le dio a entender que tenía razón—. La entrevista con la señora Merritt debía ser el punto culminante de la serie. Sin embargo, fue el menos interesante. Estuvo falsa, plástica. Si se hubiese comportado así la primera vez, probablemente no me habría dado cuenta, pero el contraste entre la primera Vannesa Merritt y la segunda fue espectacular.

—Bueno, debió de tomarse un par de Valiums antes de ponerse frente a las cámaras.

Daily se encogió de hombros.

—Es probable. Estoy segura de que se había medicado la noche de la recepción... o bien estaba borracha. Preciosa como siempre, pero imprecisa... casi... ¡no sé!... temerosa. El presidente la encubrió... Y encima eso. —Se interrumpió y se fue por la tangente—. Él me saludó como si fuésemos viejos amigos; naturalmente, su atención me halagó, pero se me antojó extraña. Se mostró entusiasmado con la serie, antes y después de su producción. Vamos, mira esas flores; su coste habrá hecho mella en la deuda nacional.

—Eso echa por tierra tu teoría, ¿no? No sentiría eso por ti y tu serie si hubieses presentado a su esposa desde una óptica desfavorable.

—Es que me sorprende el trato que recibí. Llevo mucho tiempo cubriendo la Casa Blanca. ¿Por qué, de repente, somos tan amigos el presidente y yo?

—Barrie, eres periodista y él, un presidente que busca la reelección el próximo año. Tiene que adular a todos los periodistas. Ya sabes: si se gana a la prensa, gana las elecciones.

Tuvo que reconocer la validez de la explicación de Daily. Desde su primer período en el Congreso, David Merritt supo cortejar a los medios de comunicación y el romance siguió incluso durante su campaña para la presidencia y, aunque el brillo empezaba a deslucirse, la cobertura de la prensa le era aún mayormente favorable. Sin embargo, Barrie Travis era una reportera sin importancia y sin la más mínima influencia. ¿Por qué agasajarla a ella?

Su mente saltaba de un enigma a otro, como le ocurría desde su primer encuentro con Vanessa Merritt, pero había decidido no detenerse mucho tiempo en ninguno por temor a que contuviesen una trampa.

—Podría descartar y olvidar las inconsistencias, salvo por una cosa, y creo que esto es básico: cuando acabamos con la entrevista, me abrazó. *A mí.*

Daily continuó interpretando el papel de abogado del diablo.

—Es bueno para las relaciones públicas.

—No, fue una excusa.

—¿Para qué?

—Para acercarse lo suficiente y susurrarme algo sin que la oyeran los demás. Me dijo: «Barrie, por favor, ayúdeme. ¿No sabe lo que intento decirle?».

—¡Caramba!

—Eso mismo pienso yo, Daily. Fue la primera y única vez que mostró una emoción sincera, parecía desesperada. ¿Qué crees que quería decir?

—¿Y cómo voy a saberlo? Podría ser ayúdeme a que reelijan a mi marido... o ayúdeme a generar interés en el público por el SMSL... o ayúdeme a sobreponerme a la pena. Podría significar cualquier cosa o nada.

—Si no es nada, perfecto. Pero si quiere decir algo, las implicaciones son explosivas.

Daily negó con la cabeza.

—De todos modos, no me lo creo. ¿Por qué iba a matar a su hijo después de tantos esfuerzos por tener uno?

—Creí que eso había quedado claro. El síndrome parental de Münchhausen.

—No encaja con el perfil —sostuvo Daily—. Las mujeres que padecen esa enfermedad suelen buscar comprensión y atención, y Vanessa Merritt ha superado con creces a cualquiera de las grandes damas en lo que a la prensa se refiere. Recibe más atención que cualquier mujer del mundo.

—¿Pero la recibe de la persona que realmente le importa?

—¿El presidente? ¿Crees que es una esposa desatendida y que lo hizo para vengarse?

—Es posible.

—Muy poco probable.

—Pero posible —insistió Barrie—. Mira cuánta simpatía recibió Jackie Kennedy cuando murió el pequeño Patrick... Se convirtió en un símbolo.

—Por muchas otras razones aparte de la de haber perdido a un hijo recién nacido.

—Pero la tragedia contribuyó a convertirla en leyenda. Quizá esta primera dama desea crearse una aura semejante.

—Pasa a la siguiente teoría —exigió Daily con gesto de rechazo.

—El VIH. ¿Y si uno de ellos tuviese el virus del sida? El niño podría resultar seropositivo. La señora Merritt no se arriesgaría a sufrir la humillación pública de que todo el mundo se enterara de su vida sexual o de la de su marido.

—Tampoco me parece muy probable. Si uno de ellos fuese seropositivo ya se sabría... se hubiese descubierto por ejemplo cuando quedó embarazada. Al presidente le practican chequeos rutinarios y una noticia de esa índole no sería secreto mucho tiempo.

—Supongo que tienes razón. —Barrie lo pensó un momento—. Puede que estemos pasando por alto lo obvio. ¿Y si lo hubiese hecho sencillamente por rencor? Me parece una mujer acostumbrada a salirse con la suya y a no tolerar el rechazo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Mató a su hijo para castigar al presidente por sus aventuras amorosas.

—Esas aventuras no son más que *rumores*.

—Vamos, Daily —gruñó Barrie—. Todos saben que es un mujeriego, solo que no lo han pillado con una mujer desnuda en la cama... todavía.

—Y hasta entonces, y eso a menos que el equipo de «Sesenta Minutos» esté presente para filmarlo y que él lo confiese en el programa de Mike Wallace, sus escapadas solo son y serán rumores.

—Seguro que la señora Merritt está al corriente.

—Claro que sí, pero sonreirá y fingirá que no lo sabe, como siempre han hecho las esposas de todos los servidores públicos.

—Sigo creyendo que lo de la mujer rechazada es una fuerte motivación.

Meditabundo, Daily se estiró el labio inferior.

—Barrie, con esta serie has conseguido una buena crítica en los círculos periodísticos.

—Mi momento de gloria bajo las candilejas no tiene nada que ver con esto.

—¿De veras? La serie fue tan buena que de momento ha hecho sombra al desastre del juez Green y ha probado que tus detractores se equivocaban. Te mereces el reconocimiento, pero no debes ser codiciosa. ¿Estás segura de que no estás inventando otro reportaje para explotar la repentina atención que has recibido? ¿Podrías estar utilizando todo esto para salir de la oscuridad profesional?

Barrie estaba a punto de contestar con un firme y rotundo «no», pero se detuvo para examinar sus motivos. ¿Estaría dando a los hechos una forma que encajara con sus propios propósitos? ¿Estaría dejando que la ambición tiñera su objetividad? Peor aún, ¿estaría dejándose llevar nuevamente por su costumbre de llegar a conclusiones equivocadas a fin de crear un reportaje mucho más dramático?

—Sinceramente, no. Lo he examinado objetivamente y desde todos los ángulos posibles. La mujer perdió a su hijo y siento verdadera compasión por ella. Pero ¿no es posible que, en vez de ser víctima de un cruel destino, sea la víctima de una maldad insondable que la haya impulsado a cometer el peor de los crímenes? Esa es la pregunta que me ha clavado sus garras. Desde un principio me dio mala espina. ¿Por qué me invitó al café? Que yo sepa, nunca lo había hecho con ningún reportero. Además, mientras hablábamos, me pareció que quería darme a entender algo sin expresarlo abiertamente. ¿Y si ese algo fuera una confesión? Si se tratara de otra persona, no habría esperado tanto para investigarlo, pero creo que por mi propio bien he de ahondar en ello y, aunque suene terriblemente cursi, se lo debo a la nación.

—De acuerdo. Déjame hacerte una última pregunta.

—Dispara.

—¿Qué diablos haces perdiendo el tiempo aquí?

Capítulo 6

Tras una semana de seguir con ahínco pistas que no la llevaban a ninguna parte, las ansias de Barrie empezaron a calmarse, pues lo único que había conseguido después del tiempo que había dedicado a la muerte de Robert Rushton Merritt era frustración.

Había explorado, sin éxito, todas las posibilidades que ella y Daily habían planteado. Estaba atrapada en una situación absurda: el reportaje requería una investigación a fondo, con todas las de la ley, y no podía hacer eso sin revelar de qué se trataba.

Para colmo, la próstata de Howie estaba haciendo de las suyas de nuevo y el hombre se mostraba más malhumorado que de costumbre; por supuesto la había agasajado con todo lujo de asquerosos detalles. Celoso por el éxito de su serie, le encomendaba todos los reportajes que los demás reporteros rechazaban, los últimos en la lista del telediario. Los cubría sin quejarse y todo lo rápido que podía a fin de dedicar más tiempo a la historia que la carcomía.

El solo hecho de pensar que la primera dama pudiese haber asfixiado a su hijo suponía una traición. ¿Con qué se castigaba la traición actualmente? ¿Con la horca en público? ¿Con un pelotón de fusilamiento?

Empezaba a temer que fuera ella, y no Vannesa Merritt, la que padecía un desequilibrio mental, oía inflexiones inexistentes en las voces, percibía intenciones ocultas en comentarios fortuitos. Debería renunciar a esta ridícula idea y centrarse en los reportajes que Howie le asignaba, en vez de ligar su futuro a una estrella que probablemente estallaría y las sumiría, a ella y a su carrera, en un agujero negro.

Pero no podía abandonar. ¿Qué habría ocurrido si, tras unos cuantos reveses, Bernstein y Woodward hubiesen renunciado al reportaje sobre el Watergate?

Se encontraba en su cubículo, revisando sus apuntes en pos de un nuevo enfoque, cuando el director del telediario vespertino rompió su concentración.

—Oye, Barrie..., la introducción del reportaje que has hecho para esta noche...

—Sí, ¿qué?

—El micrófono tenía un zumbido y Howie dice que debes hacerla en directo desde el plató. La joven miró el reloj que tenía en su escritorio: faltaban ocho minutos para el inicio del telediario.

—Por si no te habías dado cuenta, me empapé esta tarde, justo cuando acabamos de filmar, y tengo el cabello mojado.

—Y el maquillaje de tus ojos está... —Los gestos que el director hizo en su propio rostro resultaban descorazonadores—. Pero o lo haces o descartamos el reportaje. Howie dice que es tu gran oportunidad de llegar al estrellato.

—La idea no me entusiasma en absoluto —Barrie suspiró—, pero lo haré, solo para que haya paz. —Cogió su bolso—. Si me buscan, estoy en el lavabo.

—Rezaré por un milagro —le gritó el director.

Al acabar el telediario, Barrie regresó a su escritorio y comprobó sus mensajes. Uno era de un chiflado que llevaba años llamándola y afirmando que los fabricantes de un conocido laxante le habían echado un maleficio de vudú que le provocaba un estreñimiento constante. Otro era de una chiflada recién adquirida que se llamaba Charlene e injuriaba a Barrie por ser aburrida y de plano estúpida. Otro era de Anna Chen, su fuente en el Hospital General de Washington, D. C.

—¿Anna?

—Hola.

Anna hablaba en voz baja y cautelosa y Barrie reparó en que no había mencionado su nombre, aunque obviamente había reconocido su voz. Automáticamente cogió una libreta y un lápiz.

—Ese asunto del que hablamos hace unos días... —empezó a decir la empleada del hospital.

—¿Sí?

—No existe copia.

—Ya veo.

Barrie aguardó, pues se percató de que la mujer tenía algo más que decir.

—No se siguió el procedimiento.

Barrie se atragantó.

—¿No se siguió? ¿Se trata de un procedimiento... optativo? ¿No es obligatorio, dadas las circunstancias... extraordinarias?

—Normalmente sí. Pero en este caso el médico que le atendió decidió que no hacía falta, ordenó que se suspendiera y eso hicieron.

El doctor George Allan, el médico personal del presidente, había ordenado al médico forense que no practicara una autopsia. Barrie apoyó el lápiz sobre la libreta con tanta fuerza que la punta se rompió.

—¿Estás segura?

—Tengo que irme.

—Solo unas cuantas preguntas más...

—Lo siento.

Anna Chen colgó el auricular. Barrie guardó los apuntes en su bolso, cogió su impermeable y su paraguas y salió corriendo de la sala de redacción.

No es que esperara que Anna Chen la estuviese aguardando en su despacho del hospital, sin embargo, la desilusionó encontrarlo cerrado con llave y oscuro. De nuevo en el coche, usó el teléfono móvil.

—¿Tienes listín telefónico? —preguntó a Daily en cuanto este contestó.

—Buenas tardes a ti también.

—No hay tiempo para cortesías.

En respuesta al apremio en su voz, Daily preguntó:

—¿El de la zona metropolitana?

—Empieza con ese. Localízame dónde vive Anna Chen. C-h-e-n.

—¿Quién es?

—No puedo decírtelo.

—¡Oh! Una fuente. ¿Qué ocurre?

—Es demasiado largo para explicártelo por teléfono.

—Te vi en el telediario esta tarde.

Barrie oyó cómo pasaba las hojas del listín.

—¿Qué tal estuve?

—Las he visto peores.

—¿Tan mal?... ¿Cómo te va con los Chen?

—No hay ninguna Anna, pero sí una A. Chen.

—Dámela, teléfono y dirección, por favor.

La empleada del hospital vivía en un edificio recién remodelado en Adams Morgan, un barrio étnicamente variado. La restauración del edificio no incluía ascensor y, cuando llegó al apartamento del segundo piso, Barrie resollaba.

Como no deseaba dar a Anna Chen la oportunidad de evitarla, no había llamado para anunciar su llegada y se sintió aliviada al oír la televisión a través de la puerta.

Tocó el timbre y el volumen de la televisión bajó de inmediato. Barrie imaginó que la observaban por la mirilla de la puerta.

—Por favor, Anna, tengo que hablar contigo.

Al cabo de lo que le pareció mucho tiempo, oyó cómo descorrían los cerrojos y la puerta se entreabrió apenas unos centímetros, o sea, todo lo que permitía la cadena de seguridad. A través de la abertura, Barrie veía solo la mitad de la bonita cara de Anna Chen.

—¿Qué haces aquí? No deberías haber venido.

—Puesto que ya estoy aquí, ¿puedo entrar?

—¿Qué quieres?

—¿Que qué *quiero*? ¿No es obvio? Quiero preguntarte por qué no se practicó una autopsia...

—Voy a cerrar la puerta. Por favor, no vuelvas a molestarme.

—¡Anna! —Barrie metió el pie en la abertura—. No te entiendo. No puedes llamarme y dejar caer algo como eso sin...

—No sé de qué hablas.

A Barrie le costaba creerlo.

—Anna, ¿qué pasa? No lo entiendo.

Y, de repente, lo comprendió. Los hermosos ojos dorados de la mujer estaban atemorizados.

—¿Te han ordenado que no hables conmigo? —susurró Barrie.

—Por favor, vete.

—¿Te advirtió alguien que no hablaras conmigo? ¿Te han amenazado? ¿Quién, Anna? ¿Tus jefes del hospital? ¿Alguien de la oficina del forense? ¿El doctor Allan? —la apremió en voz baja—: No te nombraré, te lo juro. Mueve cabeza si tengo razón. El doctor George Allan prohibió a la oficina del forense que practicara una autopsia. ¿Vino la orden del presidente mismo?

La espantada joven intentó cerrar nuevamente. Barrie sentía la puerta como un tornillo de banco que le estuviese aplastando el empeine.

—Anna, por favor, cuéntame lo que sabes.

—No sé nada. Vete, déjame en paz.

La asiática empujó la puerta con todas sus fuerzas y Barrie quitó prudentemente el pie. Se quedó en el pasillo, mirando los números de latón que designaban el apartamento y preguntándose quién diablos había amordazado a Anna. Y por qué.

Vanessa Merritt se encontraba en su habitación privada. Estaba haciendo *zapping* cuando, por azar, vio a Barrie Travis en el plató del telediario de la WVUE y decidió apagar la televisión. ¿Cómo podía ser tan estúpida la chica? ¿Por qué no había captado la indirecta? Pero, hasta cierto punto, se sintió aliviada de que no la hubiese entendido.

En realidad, no deseaba revelar su secreto, aunque no sabía cuánto tiempo conseguiría guardárselo. En todo caso, temía que acabara por matarla.

Se sirvió otra copa del vino prohibido. Al diablo con las reprimendas de su médico, su padre y su marido. ¿Cómo iban a saber lo que necesitaba o no necesitaba? No podían entender cuánto sufría. Se habían unido en su contra. Ellos...

El pensamiento se alejó antes de que pudiera completarlo, algo que le ocurría con frecuencia últimamente... le resultaba imposible pensar algo sin que la idea se desvaneciera en unos segundos.

¿En qué había estado pensando?

En el bebé, sí... siempre... pero había algo más...

Cuando miró de nuevo la televisión, lo recordó. Barrie Travis. Esa estúpida zorra. ¿Acaso tenía que ponerle una fotografía delante para que entendiera? ¿Por qué no lo había captado? ¿O es que sí lo había captado, pero tenía demasiado miedo para hacer algo al respecto? ¿Era estúpida o cobarde? En todo caso, el resultado sería el mismo, no podía esperar ayuda alguna de ella.

Vanessa se había creído astuta al utilizar a la reportera como vía de comunicación. La idea se le había ocurrido al verla en una reciente conferencia de prensa en el jardín del este. ¿Acaso no era la que había destapado el asunto de la «muerte» del juez Green de la Corte Suprema? ¿No fue ella la que en una conferencia de prensa hizo una pregunta increíblemente boba que provocó risas espontáneas?

Por su poca credibilidad, Barrie Travis constituía una elección perfecta para el objetivo de Vanessa, que consistía en soltar unas cuantas indirectas a un reportero irresponsable, alguien que pusiera el asunto en marcha, que empezara a hacer preguntas que al principio parecieran extravagantes, pero a las que finalmente empezarían a buscar respuestas los periodistas importantes. De haber plantado las semillas de su historia en la mente de uno de los pesos pesados, se habría visto peligrosamente expuesta. Con Barrie, el asunto saldría a la luz, pero no directamente a través de ella, la primera dama.

Eso, al menos, era lo que esperaba, si bien Barrie Travis no había sido una buena elección; no solo era temeraria, sino que también era mentecata.

Así las cosas, ¿a quién iba a pedir ayuda ahora?

Por pura costumbre, cogió el teléfono.

—Hola, papá.

—¡Hola! —exclamó el senador—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Estáis disfrutando de una tranquila velada en casa?

—David va a pronunciar un discurso en una convención sindical, no me acuerdo dónde.

—¿Quieres que vaya a hacerte compañía?

—No, pero gracias.

En Presencia de su padre no podía beber tanto.

—No deberías estar sola, cariño.

—David va a regresar esta noche, tarde, pero prometió despertarme.

Tras una pausa, durante la que Vanessa se imaginó a su padre frunciendo el entrecejo, este sugirió:

—Quizá deberías ver a tu ginecólogo, por si puede darte hormonas o algo así.

El senador atribuía todas las enfermedades femeninas a un desequilibrio hormonal.

—Eso ofendería a George.

—Que se jodan George y sus sentimientos —bramó el senador—. Estamos hablando de tu salud. George es un tipo agradable y supongo que un médico competente para cosas rutinarias como dolores de estómago y vacunas contra la gripe, pero tú necesitas un especialista, necesitas un siquiatra.

—No, papá, no lo necesito. Lo tengo todo bajo control.

—Perder al pequeño Robert ha desestabilizado todo tu sistema.

Vannesa tomó un sorbo de vino a fin de menguar la aguda punzada de remordimiento que le provocaron aquellas palabras.

—David no lo aprobaría, la primera dama no puede tener un siquiatra.

—Puede hacerse en secreto. Además, ¿a quién le va a parecer mal que busques ayuda cuando más la necesitas? Hablaré de ello con David.

—¡No!

—Nena...

—Por favor, papá, no lo preocupes. Lo superaré, solo que tardaré un poco más de lo que creíamos.

Vanessa Merritt había aprendido el arte de la política en el regazo del maestro, el senador Cletus Armbruster. Cuando se despidieron contaba con su promesa de que no se enfrentaría con David acerca de su salud.

Para calmarse, ingirió otro Valium con el vino, se dirigió flotando al cuarto de baño y se puso el camisón y la bata. Sentada en la cama, apoyada en las almohadas, intentó ocuparse de su correspondencia personal, pero no consiguió controlar la estilográfica; trató de leer el nuevo *bestseller* del que todos hablaban, mas le costaba enfocar y entender las palabras. Estaba a punto de renunciar y apagar la lámpara cuando alguien llamó a su puerta. Se levantó de la cama y cruzó el dormitorio.

—¿Vanessa? Esta abrió la puerta.

—Hola, Spence.

—¿Dormías?

—Estaba leyendo. —Spence siempre la ponía nerviosa. Se pasó los dedos por el cabello—. ¿Qué quieres?

—El presidente me pidió que viera cómo estás.

—¿De veras? —inquirió con deje sarcástico la mujer.

—Lamentó tener que dejarte sola esta noche.

—¿Por qué iba a ser diferente esta noche?

Spencer Martin ni siquiera pestañeó. Para provocarlo hacía falta mucho más que la impertinencia y, aun así, no lo demostraba. Formaba parte de su entrenamiento.

Nixon había tenido a Gordon Liddy, que ostentaba una cicatriz en la palma de la mano por haberla sostenido encima de la llama de una vela hasta que la piel se le derritió. Spencer Martin no era menos que Liddy, daba miedo y resultaba sumamente valioso para el presidente.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó con cortesía distante.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa.

—No te molestes.

—No es molestia, te lo aseguro. ¿Cómo te sientes?

—Jodidamente bien. ¿Cómo te sientes tú?

—Estás alterada. Pediré al doctor Allan que venga.

—¡No lo necesito! —exclamó Vanessa—. Lo que necesito... —Hizo una pausa para sobreponerse—. Lo que necesito es que alguien reconozca que tuve un hijo y que ahora está muerto.

—Se ha reconocido, Vanessa. ¿De qué sirve insistir en que tu hijo...?

—¡Di su nombre, cabrón! —Vanessa se abalanzó sobre él y lo cogió por las solapas de la americana de corte perfecto—. Os cuesta, a ti y a David, pronunciar su nombre, ¿verdad? Vuestra conciencia no os lo permite. ¡Dilo! —chilló—. ¡Dilo ahora mismo!

Un agente del servicio secreto llegó corriendo.

—Señor Martin, ¿ocurre algo?

—La primera dama no se siente bien. Llame al doctor Allan y dígame que venga inmediatamente.

Spence obligó a Vanessa a entrar de nuevo en el dormitorio y cerró la puerta.

—¿Vas a encerrarme en mi habitación, Spence?

—Claro que no. Si deseas exhibirte ante el personal, allá tú —contestó este afablemente, y señaló la puerta con la mano.

Vanessa se sumió en un silencio malhumorado, aunque desafiante. Se sirvió una copa de vino y se la bebió de golpe. Cuando el médico acudió, ya se había llenado otra.

—Está borracha, George —anunció Spence.

Vanessa forcejeó con el doctor Allan cuando este intentó examinarla.

—Vanessa, con tus medicamentos no deberías beber tanto.

Spence le ordenó que le diera algo para que se callara.

—No debería. Tengo que aumentar la dosis para que resulte eficaz.

—No me importa lo que tengas que hacer —replicó el hombre de acero.

Vanessa descubrió un brazo.

—¡Dame la maldita droga! El único momento en que tengo paz es cuando estoy dormida y, como ha dicho Spence, no tengo sueño, sino que estoy borracha.

Cuando la medicación recorría ya su sistema sanguíneo, David entró en la habitación, obviamente furioso por la escenita protagonizada, en su ausencia, por su esposa.

¡Qué pena, señor presidente!, pensó esta, si bien se sentía demasiado relajada para pronunciar las palabras.

El presidente, Spence y el doctor Allan tuvieron una tensa y seria conversación al pie de la cama, al término de la cual, Spence declaró:

—No podemos dejar que esto continúe.

¿Qué querría decir exactamente? Vanessa había deseado el dulce olvido, mas ahora se esforzaba por no sumirse en él.

Dormía profundamente cuando fueron a buscarla justo antes del amanecer.

Capítulo 7

El presidente Merritt acabó de hablar por teléfono con Barrie Travis y se volvió hacia su asesor.

—¿Qué piensas?

Spencer Martin había escuchado cada palabra en el altavoz del aparato.

—Estaba tratando de sonsacarte, pero lo hiciste bien, rehusaste su solicitud con amabilidad y elegancia. ¿La llamada llegó a través de Dalton?

—Sí. La chica siguió las reglas.

—Entonces, fuiste aún más amable al rechazarla personalmente. Supongo que se le ocurrió que no perdería nada pidiéndote una entrevista exclusiva para hablar de la estrategia de tu campaña. Al parecer, ella y Vanessa se tratan de tú y, encima, le enviaste las flores. Es normal que crea que tiene línea directa con el Despacho Oval.

David Merritt miraba por la ventana que daba a los bien cuidados jardines de la Casa Blanca. A lo largo de la verja de la propiedad, los visitantes hacían cola para la habitual visita guiada, durante la cual contemplarían boquiabiertos las vajillas de los presidentes anteriores.

En el fondo despreciaba al público estadounidense, aunque le encantaba ser su presidente, y odiaría tener que ceder la casa, aun después de su segundo período. Ni siquiera se le ocurría pensar que no habría un segundo período, daba la reelección por hecha. Formaba parte del programa que se había impuesto en Biloxi, en el camping para caravanas y, con muy pocas desviaciones, todo había salido como había planeado. Nada iba a interferir en el futuro que David Malcomb Merritt se había trazado. Nada.

Como si le leyera el pensamiento, Spence comentó:

—Me pregunto por qué añadió esa última pregunta acerca de Vanessa.

—En estos días, todos piensan en el bienestar de mi esposa y no mencionarla habría provocado sospechas.

—Supongo que sí.

El tono poco convencido hizo que Merritt se volviera y le dirigiera una mirada inquisitiva.

Spence se encogió de hombros.

—Es solo que hace unas semanas Barrie Travis surgió de la nada y ahora, cada vez que nos damos la vuelta, allí está. —Maldijo por lo bajo—. ¿En qué estaría pensando Vanessa con ese truco? ¿Y por qué sigue hambrienta esa reportera? Entiendo que husmeara en el Hospital General antes de su serie sobre el SMSL, pero ¿por qué después?

—Eso también me inquietó —reconoció Merritt—. Pero su fuente se ha dado cuenta de su equivocación y creo que a la señorita Travis le resultará muy difícil cultivar otra en ese hospital.

Quizá Barrie Travis creyera que sus fuentes eran secretas, pero las de Spence lo eran más. El presidente no le había preguntado cómo y quién había interrogado a Anna Chen acerca de filtrar información confidencial a la prensa. Spence se había limitado a asegurarle que el asunto estaba resuelto y si lo decía él, iba a misa.

Spence sabía hacer bien las cosas. Cuando se presentaba un problema, lo solucionaba, sin necesidad de explicaciones, racionalizaciones o discusiones. Spence no armaba follones. A diferencia de su mutuo amigo Gray Bondurant, que insistía en saber el porqué y el cómo de cada solicitud del ejecutivo.

Cuando era necesario actuar, David Merritt deseaba que se hiciera sin tener que justificarse y, además, le importaba un bledo la integridad. A Gray sí que le preocupaba, insistía mucho en ese aspecto.

—Creo que Barrie Travis no es más que una reportera demasiado celosa. Ha disfrutado de sus quince minutos bajo las candilejas, y eso es una exageración, y ahora intenta maximizar su roce con la fama. Por desgracia, se ha convertido en una molestia. —El presidente rio maliciosamente—. Está chiflada y todos lo saben. Relájate, no es lo bastante lista para perjudicarnos de veras.

—No lo sé, David —advirtió Spence preocupado—. Creo que es más lista de lo que se le reconoce. De no ser por esa única y sonada metedura de pata, podría haber sido una fuerza con la que contar. Su maldita tenacidad dice muchísimo acerca de su carácter.

—O de su temeridad y ciega ambición.

—Sea como sea, si sigue con esto, podría fastidiarnos.

Merritt miró a su asesor. Entre ellos las palabras sobraban. Se comunicaban en silencio y se advertían mutuamente con los ojos de los posibles peligros. Eso fue lo que sucedió en esa ocasión.

—Si te hace sentir mejor, Spence, mantente al tanto.

—Me hace sentir mejor.

Meditabunda, Barrie tenía la mirada clavada en los apuntes taquigráficos relativos a su conversación con el presidente Merritt. No encontraba fallos en lo dicho ni en el modo de decirlo; había sido una charla amistosa; él se había mostrado firme pero educado al declinar su petición de una entrevista exclusiva, pero esto no la había sorprendido ni desilusionado. No había sido más que un pretexto, pues lo que realmente buscaba con la llamada era preguntar por la primera dama.

Desde ese día ventoso y nublado en que se encontró con Vanessa Merritt para tomar un café, Barrie había estado buscando dramas debajo de cada ladrillo de Washington y no los había hallado. Sus fuentes habían enmudecido. El busca que llevaba consigo las veinticuatro horas del día, cuyo número solo conocían sus fuentes y Daily, no había sonado ni una vez, de modo que había roto las reglas y les había llamado ella. Nadie sabía nada. Había estado a punto de reconocer que se había dejado llevar una vez más por su imaginación.

Entonces, después del misterioso incidente con Anna Chen, su vacilante convicción había recibido una sacudida. A la mañana siguiente, Dalton Neely había convocado una conferencia de prensa para anunciar que la señora Merritt se recluiría por un período indefinido y, tras esa introducción conmoviente, había leído una breve declaración del presidente: «Vanessa, como primera dama, no se ha recuperado del todo de la trágica muerte de nuestro hijo. Le hemos hecho ver cuán valiosa es para nosotros, como persona y como patriota. Por el bien de la familia y del país debe curarse del todo, física y emocionalmente, antes de volver a asumir el pesado programa que se impone a sí misma. Para ello, se tomará un largo descanso».

Neely había informado a los periodistas de que el doctor George Allan supervisaría el descanso de la primera dama y había negado contundentemente cuando alguien le había preguntado si se trataba del abuso de alcohol o de otra sustancia. La propia Barrie había alzado la voz por encima de las de sus colegas para inquirir cuándo regresaría la primera dama y Neely le había dicho que era demasiado pronto para especular al respecto.

Desde entonces, Neely había suministrado a la hambrienta prensa informaciones periódicas acerca de la salud de la señora Merritt. Según el doctor Allan, respondía favorablemente al descanso y al relajamiento. Esta mañana, cuando Barrie habló con el presidente, este le dio las gracias por preocuparse por la salud de su esposa y prometió transmitirle sus saludos;

mejoraba rápidamente, excepcionalmente bien, y se sentía muy satisfecho con sus progresos.

Todo iba fantástica y maravillosamente bien.

—¡Y un cuerno! —murmuró Barrie.

Sentía una comezón en la nuca. Algo fallaba. Cogió el teléfono.

—Hospital General de Washington, D. C. ¿A quién debo dirigir su llamada?

—A Anna Chen, por favor.

—La señorita Chen ya no trabaja aquí.

—¿Perdón?

—La señorita Chen ya no trabaja aquí. ¿Puede ayudarla otra persona?

—Eh... no, gracias.

Barrie colgó rápidamente el auricular y marcó el número de la casa de Anna. Una agradable voz, generada por ordenador, le dijo que el número estaba fuera de servicio. En menos de cinco minutos, Barrie se encontraba en el coche, dirigiéndose a toda velocidad al edificio de Anna Chen. Subió corriendo los dos pisos y pulsó el botón de su apartamento. Cuando hubo llamado varias veces le resultó evidente que estaba vacío.

Frustrada, pulsó el timbre del vecino de enfrente. Pegó el oído a la puerta y oyó movimientos y una conversación susurrada.

—¡Hola! —gritó, y llamó a la puerta—. Busco a la señorita Chen.

El vecino era un joven ejecutivo con elegante cola de caballo y camisa con monograma, abierta hasta la cinturilla del pantalón, cuya bragueta había sido cerrada obviamente a toda prisa, pues había pillado un trozo de la camisa. Barrie miró por encima del hombro del hombre y vio a su joven visita, con la que disfrutaba de un pícnic en la alfombra.

—Siento molestar...

—Si busca a Anna, se ha mudado —explicó el hombre, evidentemente con ganas de reanudar la comida, o lo que fuera.

—¿Cuándo?

—La semana pasada, no recuerdo qué día. Viernes, quizá jueves; antes del fin de semana, porque el supervisor mandó limpiar el piso el sábado y todo el día hubo trabajadores entrando y saliendo.

—¿Tiene usted idea de...?

—¿De adónde se ha ido? No, pero trabaja en el Hospital General.

—Ya no.

—¡Ah! Entonces, no tengo ni idea.

—Gracias por venir, Daily.

Barrie entró en su casa por la puerta trasera. Un aromático vapor invadía la cocina.

—¿Cómo resistir una invitación tan amable? «Llega a las siete y empieza a preparar la cena».

Daily se encontraba frente a la cocina, con un delantal navideño atado a la cintura, y movía una salsa para espaguetis con una cuchara. Barrie recordó vagamente que se lo habían regalado hacía un par de años; desde entonces no lo había vuelto a ver y se preguntó dónde lo había encontrado Daily.

—Huele muy bien. —De un manotazo obligó a *Cronkite* a bajarse; su llegada había puesto frenético al perro—. ¿Le has puesto de comer?

—Una albóndiga cruda; se la tragó entera. —Daily dejó la cuchara y se volvió hacia ella—. ¿Por qué tuve que bajar en la esquina, andar por el callejón y entrar por la puerta trasera? ¿Estamos jugando a los espías?

—Después de la cena.

Daily le hizo cumplir su promesa. En cuanto recogieron la mesa se sentaron en la sala. Daily se había acomodado en un mullido sillón, con la cabeza de *Cronkite* en el regazo, pero Barrie andaba inquieta de un extremo al otro de la estancia. En dos ocasiones comprobó que la puerta principal estuviese cerrada con llave y el cerrojo echado; cerró las persianas de las ventanas, con lo que nadie podría ver nada desde fuera.

—¿Qué diablos sucede?

Barrie le puso un dedo en los labios para acallarlo, encendió la televisión, con el volumen tan alto que amenazaba con romperles los tímpanos, y acercó una otomana al sillón de Daily.

—Probablemente te parecerá una exageración, pero creo que me están vigilando. Mandé desconectar mi teléfono móvil esta tarde. A partir de ahora, no quiero que nada aparezca en los registros de la telefónica. Cuando hablemos, tendremos que ser muy cuidadosos con lo que decimos, sobre todo si se refiere a Vanessa Merritt.

Daily señaló la televisión a todo volumen con un movimiento de cabeza.

—¿Crees que han puesto micrófonos ocultos en tu casa?

—No me sorprendería. —Le explicó lo de la desaparición de Anna Chen y añadió—: Hablé con el portero de su edificio. Anna no dio aviso de que se iría; pagó el alquiler, hizo sus maletas y se largó.

—Puede que esté tratando de deshacerse de un novio con mal genio.

—Tenía miedo, pero no de un exnovio violento, sino de que la vieran hablar conmigo. Alguien sabía que me había filtrado información y la han

espantado para callarla.

Daily se tiró del labio inferior y no dijo nada.

—¿Por qué no le practicaron la autopsia al bebé? —prosiguió Barrie—. El doctor Allan no estaba presente cuando murió y en las muertes accidentales la ley exige una autopsia para determinar la causa.

—Estamos hablando del presidente y de la primera dama de Estados Unidos, Barrie. La ley puede incumplirse.

—Si tu hijo acabara de morir sin un motivo aparente, ¿no querrías saber exactamente qué provocó su muerte? ¿Por qué iban a oponerse a una autopsia si no tenían nada que ocultar?

—Mucha gente se opone a la autopsia. —Daily agitó la mano, descartando la validez de la pregunta—. Siguió alegando.

—No dejo de repasar los extraños mensajes que me dio Vanessa. ¿Podría tratarse de una confesión implícita?

—Si ella asesinó a su hijo, ¿por qué iba a confesarlo?

—Porque en su fuero interno quiere que descubran su crimen, que la castiguen.

—¿Sabes?, parece que cuanto más hablas, más enferma se pone ella —comentó Daily.

—¿Y dónde está? —inquirió Barrie con impaciencia aunque en voz aún baja—. ¿En Highpoint?

El refugio privado de los Merritt se hallaba a orillas del río Shenandoah, al sudoeste de Washington, a dos horas de distancia en coche.

—Eso sería lo razonable —repuso Daily—, si bien oficialmente descansa en un lugar que no han revelado.

—Si solo está descansando, pero está bien de salud, ¿por qué tanto secreto?

—Si su hija estuviese enferma, Clete Armbruster se habría metido de lleno en ello, la habría llevado a los mejores centros médicos del país para que le hicieran todos los tests existentes. ¿Has hablado con alguien de su despacho?

—Lo he intentado, pero las palabras de Neely se han convertido en una especie de mantra para ellos.

—Si su salud peligrara, el senador no se contentaría con un largo descanso, lucharía contra todos para conseguirle el mejor tratamiento disponible.

—Pero si el senador supiera que ha cometido un asesinato, lucharía con la misma intensidad para ocultarlo y protegerla.

—¡Mierda! Me metí en esa trampa con los ojos abiertos.

—No dejas de ponerme pegas —replicó Barrie irritada—. No quieres que tenga razón.

—No quiero que te *equivoces*, no quiero que te arriesgues como hiciste con lo del juez Green... y otros.

—Este caso no se parece en absoluto a esos.

—Ni quiero que se le parezca. Después de varias meteduras de pata, empiezas a recuperar tu credibilidad. ¿Te imaginas la cantidad de mierda que te lloverá como estas teorías tuyas se filtren?

—¿Te imaginas cuán vertiginosamente mejorará mi carrera si mis teorías resultan correctas?

—Antes de empezar a fantasear sobre tu propio programa de entrevistas, más vale que revises lo que tienes: una corazonada, Barrie, nada más que una corazonada, y eso, en el periodismo, equivale a nada.

—¡No es cierto! —exclamó la joven—. A menos que estés presente cuando alguien salta de un edificio, cuando un avión se estrella o cuando atrapan a un asesino de pie junto al muerto con una pistola recién disparada en la mano, todos los buenos reportajes empiezan con corazonadas, con un presentimiento que te dice que en tal o cual situación hay algo más de lo que se ve. Probablemente no me creas, Daily, pero no hago esto por motivos puramente egoístas. Estoy preocupada por Vanessa. Nunca he visto a nadie tan tenso. Digamos que me equivoco de principio a fin y que el niño murió de SMSL, como se ha dicho; puede que la pena la haya vuelto loca y, si se está convirtiendo en una vergüenza para la Casa Blanca, ¿no es posible que la hayan llevado a algún sitio alejado donde no se la pueda ver?

—¿Crees que el presidente la tiene secuestrada contra su voluntad?

Planteado así, sonaba ridículo.

—Eso parece absolutamente inverosímil, ¿verdad?

—No más que cualquiera de las posibilidades que hemos analizado. —Daily reflexionó un momento—. Por otro lado, el poder tiene su propia y única sicología. Como ha demostrado la historia, para algunos presidentes el fin justifica los medios, y supongo que eso podría extenderse al secuestro de una primera dama emocionalmente trastornada que podría representar un estorbo para la reelección.

Barrie se estremeció.

—¡Dios!, nuestras teorías no hacen sino empeorar.

—De momento, no son más que teorías, Barrie.

—Deja de recordármelo.

—Es mi trabajo.

—Ya no eres mi jefe.

—Cierto. Pero soy tu amigo. Mira, Barrie —Daily hizo una pausa para respirar trabajosamente—, el mundo te aprueba ahora. Por una vez, tómatelo con calma.

A la chica no le agradó su tono.

—¿Ha llegado el momento de poner la sicología en práctica, Daily? ¿El momento de abrir la cabeza de Barrie y ver qué la impulsa?

—Ya sé lo que te impulsa y, lo que es más importante, tú también lo sabes.

—Entonces, ¿por qué mencionarlo? —preguntó enojada.

—¿Puedes mirarme directamente a los ojos y decirme que tus motivos al seguir adelante con este peligroso reportaje no tienen nada que ver con conseguir la aprobación de dos personas que...?

—Sí, puedo mirarte directamente a los ojos y decírtelo. Además, sea cual sea mi motivación, es algo que tiene que contarse, ¿no estás de acuerdo?

—Si es que existe, sí —contestó de mala gana Daily.

—De acuerdo. Deja de hablar de esa infancia que me marcó y ayúdame.

—¿Cómo?

—¿Quién hablaría conmigo? ¿El senador Armbruster?

Daily negó con la cabeza.

—Aunque creyera lo que le dijeras, seguiría los dictados de arriba y los defendería hasta el último suspiro. Es un político de pies a cabeza, no hablaría mal de nadie que su partido hubiese colocado en la Casa Blanca, ni aunque fuera Jack *el Destripador*, y ciertamente no de su yerno. Él fue quien, casi a solas, le dio el cargo a David Merritt.

—De acuerdo. ¿Quién más conoce tan bien a los Merritt? Si hubiese alguien cercano que se hubiese peleado, o alguien que... —De repente una idea la obligó a enderezarse—. Ese... ese soldado que rescató a los rehenes.

—¿Bondurant?

—¡Bondurant! ¡Sí! Gary Bondurant.

—Gray.

—Eso es, Gray. Él y los Merritt eran uña y carne. Puede que quiera hablar conmigo.

La hirió oír el áspero resoplido que Daily emitió en son de risa.

—Tendrías más posibilidades de conseguir una entrevista con uno de los rostros del monte Rushmore, son mucho más amistosos y parlanchines que Bondurant. Casi resulta tan fácil acercarse a él como a una cobra.

—¿Qué sabes de él? ¿De dónde vino?

Daily se encogió de hombros.

—Sabes tanto como cualquiera.

—No surgió de la nada cuando Merritt lo nombró asesor —dijo Barrie frustrada.

—Pero eso parece. Spencer Martin es igual de enigmático. Lo que se sabe de ellos antes de que aparecieran al lado del presidente no llenaría un dedal. En mi opinión, cultivan esa aura de misterio.

—¿Para qué?

—Por el impacto, me imagino.

—¿Qué hacía Bondurant antes de la misión de rescate?

—Supongo que la planeó. Los tres, Martin, Bondurant y Merritt, se entrenaron para misiones de reconocimiento en los Marines. De los tres, el presidente es el más refinado, el político natural. Spencer Martin es un sinvergüenza retorcido y su papel en la Casa Blanca le va como anillo al dedo. En cuanto a Bondurant... es el más complejo de los tres. ¿Quieres que te diga algo? Ese hombre siempre me ha impresionado muchísimo. A decir verdad, creo que al presidente también.

—Creía que los Merritt lo despidieron porque se había encariñado demasiado con Vanessa.

Daily gruñó.

—¿Cómo es que sabes tan poco de esto? ¿Dónde estabas cuando ocurría? No hace tanto tiempo.

—Howie estaba enojado conmigo por algo, así que me mandó a cubrir una supuesta conducta indebida en la lucha libre profesional. Me perdí el regreso de Bondurant y su separación de Washington.

—De hecho, no te perdiste gran cosa. Todos los reporteros estaban frustrados con Bondurant. Huía de las cámaras y no concedía entrevistas. La prensa amarilla publicó sus habituales tonterías, pero, por supuesto, no dijo la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—No lo sé. Pero si Merritt hubiese creído que Bondurant se cepillaba a la primera dama, ¿por qué lo eligió para encabezar la misión de rescate? Lo convirtió en héroe nacional y eso no hace pensar precisamente en un marido celoso, ¿verdad? —Daily agitó un dedo—. Además, te has equivocado en otra cosa: el presidente no lo despidió. Tras la misión, le pidió que volviera a su cargo en la Casa Blanca, pero Bondurant dijo que «gracias, pero no».

—¿Cómo sabes todo esto?

—No eres la única que tiene fuentes, señorita. Puede que tenga un pie en la tumba, pero el otro es bien recibido todavía en varios lugares de Washington.

—Si sabes tanto, ¿dónde se encuentra ahora Bondurant?

—Se fue al oeste, a uno de esos estados cuadrados y mojigatos.

Capítulo 8

Hasta lo invitó a comer, en su *delicatessen* preferido, e incluso lo dejó comer antes de abogar por su caso.

—Por favor, Howie, dame el visto bueno; solo necesito unos días.

Howie rebañó la salsa de su bocadillo de albóndigas con el trozo de pan que le quedaba y se lo metió en la boca.

—Los viajes son caros, ¿sabes? —dijo mientras masticaba—. No hay dinero en el presupuesto.

—Yo adelantaré el dinero; guardaré los recibos y la cadena puede reembolsármelo después, pero solo si hago el reportaje.

Esperaba ganárselo con ese sacrificio, que tenía la virtud añadida de aumentar el incentivo para producir un reportaje exclusivo que electrizar a la nación, y ella estaba segura de estar a punto de hacerlo. Solo algo de tal magnitud la habría impulsado a compartir una comida con Howie Fripp.

Este rumió... una cebolla cruda y su solicitud.

—¿Adónde irías?

—No puedo decírtelo.

—¿Esperas que te dé luz verde cuando te niegas a decirme adónde vas y para qué?

—Es explosivo. Y la clave para desvelarlo está en mantener el secreto.

Barrie bajó la voz, casi susurró, y se inclinó, acercándose al hombre, si bien el olor a cebolla y ajo que de él emanaba le humedeció los ojos.

—Si llegara a saberse que estoy metida en esto, sería peligroso para quien estuviese enterado.

—¡Venga, Barrie! ¿Por qué no tratas de venderle esa mierda a la NBC? Quizá puedas convencer a algún baboso de allí.

—Gracias, Howie. Esperaba que lo dijeras.

Barrie hizo ademán de coger su bolso.

Sorprendido, Howie entonó los ojos con expresión astuta.

—¿Cómo es que no estás ofendida?

—Porque ahora puedo ir a ver a Jenkins con la conciencia tranquila. No quería saltar la cadena de mando, así que te lo pedí primero a ti. Como me has negado la petición, tengo vía libre para hablar con el gerente general.

La mención del gerente general de la WVUE llenó de terror el corazón de Howie Fripp.

—Jenkins me apoyará —contestó fingiéndose indiferente—. Se va a morir de risa por tu caradura al pedir tiempo para viajar.

—No lo creo —repuso Barrie alegremente—. ¿No te hablé del memorándum que me mandó?

Howie volvió a entornar los ojos.

—Fue una crítica entusiasta de mi serie sobre el SMSL. Quiere que haga más reportajes especiales como ese; dice que estoy desperdiciando mi talento en reportajes insignificantes. También quiere que haga unos programas de servicio público y quizá algo de relaciones públicas, como presentaciones personales, discursos, etcétera. —Barrie frunció el entrecejo—. Creí que ya te lo habría dicho. ¿No? Bueno, supongo que está tan ocupado que no ha tenido tiempo de hacerlo.

Lo iba inventando sobre la marcha, pero Howie se lo iba tragando.

—Lo pensaré —gruñó este.

—No hace falta. En serio, olvídalo. Hablaré de ello con Jenkins.

—¡Espera! ¡Detente! Dame un minuto, ¡caramba! Me lo has dicho así, de sopetón, sin advertencia previa. —A la vez que meditaba, mordisqueó su pepinillo—. ¿Juras que el reportaje es realmente importante?

—Pantagruélico.

Howie se comió con los ojos a una joven que pasó frente a la ventana haciendo *jogging*, dio otro mordisco al pepinillo y se rascó la axila.

—De acuerdo, puedes tomarte unos días. Pero más te vale que no me estés tocando la polla.

La sola idea hizo estremecer a Barrie.

—Bienvenida a la «Ponderosa» —se dijo Barrie al trasponer la verja abierta y conducir por el sendero de grava que llevaba a la casa de Gray Bondurant, pensando en la popular serie televisiva *Bonanza*.

Después de haber viajado con un nombre y un documento de identificación falsos, que le había proporcionado un exconvicto —una de las fuentes más desagradables de Daily—, y pagado siempre en metálico a fin de no dejar rastro de papel, Barrie arribó por fin a su punto de destino a última

hora de la tarde. Esperaba estar exagerando con las precauciones, pero no iba a arriesgarse.

Aun teniendo en cuenta su situación en el noroeste de Wyoming, la propiedad de Bondurant se hallaba fuera de todo camino trillado. La casa de un piso se recortaba entre un grupo de álamos temblones que empezaban a vestir sus espectaculares colores otoñales. Para llegar a la casa había cruzado un riachuelo cuyas aguas claras borbotaban sobre un lecho de piedras.

El edificio era de troncos y piedras y un porche cubierto corría a lo largo de la fachada. Tres caballos pacían en un potrero; hacia atrás había un cobertizo que parecía más viejo que la casa y un garaje separado, contra cuya pared externa se amontonaban varias pilas de leña; estaba abierto y vacío, a excepción de una motonieve. Aparte de los caballos, no se veían señales de vida.

Ahora que se encontraba aquí, sentía un fuerte cosquilleo en el estómago. El terreno circundante resultaba accidentado e intimidante. La cordillera la hacía sentirse pequeña, insignificante, impresión que sin duda tendría de ella Bondurant. Bajó del coche alquilado y se preguntó lo que le diría a modo de presentación. Por lo poco que había oído y leído acerca de él, sabía que las posibilidades de que la recibiera con los brazos abiertos eran escasas.

El cosquilleo resultó inútil, pues el hombre no se encontraba en casa. ¡Maldita fuera! Se había animado mentalmente para el encuentro con el exmarine, pero le había costado demasiado esfuerzo y dinero como para renunciar tan pronto y ni siquiera la atraía volver de inmediato a Jackson Hole.

Decidió aguardar el regreso de Bondurant y se sentó en la mecedora de junco del porche delantero; las montañas Teton resultaban impresionantes, de modo que se contentó con mecerse y contemplar esta maravilla de la naturaleza. Sin embargo, no tardó en reparar en otro fenómeno de la naturaleza, en este caso biológico: precisaba un lavabo.

Al cabo de quince minutos dejó el bolso sobre la silla y regresó a la puerta. Puesto que la del garaje estaba abierta, lo más probable era que la de la casa también lo estuviera. No se equivocó.

Una vez dentro se encontró directamente en una sala, cuyas vigas a ojos vistas soportaban el alto techo; una enorme chimenea dominaba la pared de piedra en el extremo opuesto; la decoración, enteramente masculina, consistía en pesados muebles tapizados en ante color verde oscuro; ninguna cortina adornaba las ventanas, y alfombras de lana tejida, como las mantas que se ponen debajo de las sillas de montar, salpicaban el suelo de madera dura. El

silencio era absoluto, ni siquiera se oía el tictac de un reloj y la estancia olía vagamente a leña quemada y a... a hombre.

La esencia masculina era tan fuerte, tan envolvente, que Barrie volvió la cabeza, casi esperando ver a Bondurant surgir de la nada.

Se regañó por ser tan boba, atravesó rápidamente la habitación central y encontró un amplio dormitorio, también de superficies duras, a excepción de la cama deshecha, que Barrie evitó mirar. Entró en el cuarto de baño adjunto.

Un solo cepillo de dientes colgaba del soporte sobre el lavabo; en un estante había toallas dobladas. Barrie no consiguió resistir el impulso de tocar una camisa que estaba colgada de un gancho detrás de la puerta: de algodón, sin almidonar, cómoda.

El cuarto de baño estaba básicamente limpio, aunque se fijó en que en la tapa de un frasco de agua de colonia se había acumulado polvo por la falta de uso. Se sintió tentada de abrir el armario botiquín y mirar su contenido, pero decidió que constituiría una grave invasión de la intimidad.

Tras usar el váter se lavó las manos y se las secó en una toalla que estaba colocada en un aro de cromo fijado a la pared. Se hallaba ligeramente húmeda: no hacía mucho que Bondurant la había utilizado y ante esta situación Barrie se sintió desconcertada y experimentó una extraña sensación, de nuevo poderosamente consciente del ocupante de la casa, como si estuviese presente, aunque invisible.

La tranquilidad y el aislamiento la estaban poniendo rara, se dijo.

Desanduvo el camino por el dormitorio y prometió a su ausente anfitrión que saldría en cuanto tomara un poco de agua.

Encontrar la cocina no le supuso un problema. En el frigorífico había un paquete de seis cervezas, pero nada de agua embotellada, ni refrescos. Se contentó con el agua del grifo, a la que añadió unos cubitos de hielo que había sacado del congelador, repleto de cortes de carne y poco más.

Cumplió su promesa y volvió al porche a fin de continuar aguardando. Sin duda, el hombre regresaría antes del anochecer, ya que si pensaba permanecer fuera bastante tiempo habría cerrado con llave.

Una puesta de sol anaranjada se trocó en crepúsculo morado. Las estrellas aparecieron, más de las que había visto en su vida, pues había residido siempre en ciudades. Justo encima, la vía Láctea dibujaba una banda fantasmal.

Con la llegada de la oscuridad, la temperatura bajó. Barrie se abrazó a sí misma. Pese al frío se dormía constantemente y la barbilla le topaba con el pecho cada vez que se le agachaba la cabeza. Su cuerpo iba dos horas por

delante del huso horario de la zona y la alarma la había despertado a las cinco de la mañana.

—¡Esto es una locura! —exclamó. Le castañeteaban los dientes.

Antes de poder convencerse de no hacerlo, entró en la casa, se tumbó en el largo sofá de ante y se hizo un ovillo a fin de calentarse. Unos segundos después de posar la cabeza sobre el cojín se durmió.

Capítulo 9

Las bolas del billar chasquearon y Howie Fripp emitió un asqueroso resoplido cuando una entró en la tronera.

—Gané. ¿Cuántos llevo?

—Tres.

—¡Bravo! Quince pavos. A menos que quiera que sean cinco de siete.

—No, gracias. Me dejaría pelado.

Howie cogió los tres billetes de cinco dólares que le tendía su contrincante, se los metió en el bolsillo y habría hecho otro comentario fanfarrón acerca de su extraordinaria victoria, de no ser porque algo en los ojos del hombre le advirtió que quizá no fuese una buena idea refocilarse.

—Al menos podría invitarme a una copa —dijo el perdedor del torneo con una breve sonrisa.

—¿Una copa? Claro, claro. ¿Qué quiere?

El hombre se decidió por un vodka con hielo. Howie se acercó a la barra, pidió el vodka y una cerveza para sí, y regresó a la mesa donde el otro se había sentado.

—No puedo quedarme mucho tiempo —advirtió.

De hecho, estaba dispuesto a irse en seguida. El tipo había pedido una marca concreta de vodka y una o dos rondas acabarían con sus ganancias.

—Tengo que llegar temprano al trabajo.

El hombre tomó un sorbo de su bebida.

—¿En qué trabaja?

—Periodismo televisivo —alardeó Howie echando sal en la cerveza—. En la WVUE.

—¿Sale en la tele?

—No, lo mío no es esa mierda frente a las cámaras, es trabajo para idiotas, para cabezas huecas que solo saben recitar. No, yo asigno temas a los reporteros.

—¿Así que es usted más o menos responsable de lo que se emite en pantalla?

—Soy totalmente responsable de lo que se emite en pantalla. — Regodeándose con el interés del hombre, Howie dio más detalles y los embelleció—. Yo decido qué reportero cubre un asunto u otro, cuáles son las informaciones que se desechan y cuáles pasan a pantalla y de cuánto tiempo disponen. Tengo que tomar millones de decisiones cada día.

—Es un cargo de mucha responsabilidad.

—Funciono muy bien bajo presión.

El hombre que estaba sentado frente a Howie era el que él deseaba ver reflejado en su propio espejo. Ocasionalmente conseguía engañarse y creer que causaba en la gente el mismo impacto que este hombre en él. Su nuevo amigo tenía el don de la palabra. Sin importar la situación, se mantendría sereno; ni siquiera se había enfadado cuando lo derrotó contundentemente en tres partidas seguidas. Era la clase de hombre que inspiraba una lujuria incontrolable en las mujeres e infundía respeto temeroso en los hombres.

—Seguro que está al corriente de todo lo que ocurre —comentó este—. Ha de enterarse de las noticias antes que nadie.

—Así es.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo?

Howie se devanó los sesos en busca de algo que deslumbrara a tan impresionante individuo.

—Mmmm, bueno, veamos. Uno de mis reporteros llegó a la escena del triple asesinato la otra noche solo minutos después de que ocurrió; consiguió filmar los cuerpos en vídeo antes de que los cubrieran.

El hombre esbozó una media sonrisa y miró su reloj.

—Y... veamos...

—Bien, disfruté de las partidas. Es mejor que me vaya.

—Pero lo más importante que hemos hecho últimamente es la serie sobre el SMSL, ya sabe, la muerte en la cuna —añadió prestamente Howie con la esperanza de volver a captar su atención.

—¿Ah, si?

¡Bingo!

—Fue idea mía... una especie de seguimiento a lo que le ocurrió al niño del presidente, ¿sabe?

—Trágico.

—Entrevistamos a la primera dama.

—Eso sí que fue un golpe de suerte. No otorga muchas entrevistas, ¿verdad?

—Fue una entrevista exclusiva para la WVUE.

—¿Cómo la consiguió?

—Ya sabe cómo son estas cosas. Hice unas cuantas llamadas, me cobré unos favores. —Howie se encogió de hombros, dando a entender que tratar con la Casa Blanca no era nada del otro mundo—. ¿Quiere otra copa?

—No, gracias. Si me emborracho puede que acepte que me dé otra paliza. El hombre sonrió con picardía.

Howie hizo lo propio. No tenía muchos amigos y quizá estuviese haciendo amistad con este, posibilidad que hasta lo mareó de alegría.

—Vi la entrevista con la primera dama —aseguró el hombre—. Muy incisiva. ¿Cómo se llama la reportera?

—Barrie Travis. —Howie explicó a su nuevo amigo las circunstancias que lo habían llevado a contratarla—. En esa época no habría conseguido trabajo ni pagando. Y me dije, ¡qué carajo!, démosle una oportunidad y, encima, ganaremos puntos con la comisión federal de comunicaciones. Además, está bastante buena.

Su nuevo amigo rio.

—Si nos vemos obligados a trabajar con ellas, por qué no contratar a las bonitas, ¿verdad?

Howie esbozó una sonrisa lasciva: su nuevo amigo era de los suyos.

—En eso tiene razón, colega. —Guiñó un ojo—. Barrie y yo tuvimos una aventura, pero la cosa se puso difícil, con eso de que trabajamos juntos, y tuve que cortar. No hubo problemas, no me armó una bronca como otras. Resultó una buena reportera, después de todo. Trabaja mucho, aunque tal vez mire demasiado sus propios intereses.

—¿De veras? ¿Por qué dice eso?

—¡Oh, ya sabe! El éxito de su serie, que yo mismo produje, se le ha subido a la cabeza y ahora se cree que es una gran estrella de la televisión. Me está volviendo loco con un asunto explosivo que anda investigando.

—¿En serio?

Su compañero ya no miraba el reloj, sino que se había apoyado cómodamente contra el respaldo de la silla y daba vueltas al hielo dentro de su copa.

—¿De qué se trata?

—No lo sé, no quiso decírmelo.

—¡Venga ya! ¿A quién cree que podría contárselo yo?

—Lo juro, no lo sé. Pero dice que si resulta como cree, Watergate parecerá un cuento de Walt Disney.

La sonrisa del hombre se estrechó ligeramente.

—Entonces sí que debe de ser algo explosivo.

—Lo bastante para que se haya tomado unos días libres para investigar fuera de la ciudad.

—¿Dónde?

Dado lo cortante de la voz del hombre, la mano de Howie se paró a medio camino entre el cuenco de cacahuets que había sobre la mesa y su boca. De pronto pensó que podría haber sido indiscreto, que quizá no debía parlotear tanto acerca del reportaje de Barrie.

—No quiso decírmelo.

El hombre sonrió de nuevo.

—¿Ni siquiera una pista?

—Ninguna.

—Tu chica está llena de secretos.

—Es una chica. ¿Qué más puedo decir? ¿Quién entiende a las tías?

Howie cogió la cerveza para acompañar los cacahuets.

—Bueno, es tarde y tiene que llegar temprano al trabajo. Gracias por la copa.

Howie se levantó torpemente cuando su nuevo amigo se puso en pie.

—Me lo he pasado bien.

—Más te vale, cabroncete, te largas con quince dólares, de más —bromeó el hombre tuteándolo.

—Quizá podamos repetir en otra ocasión. —Howie esperaba no sonar demasiado ansioso, pues no quería que el tipo lo tomara por un mariquita—. Vengo un par de noches por semana, cuando no tengo otros planes... para pasar el tiempo con los chicos, ¿sabes?

—Entonces probablemente nos veremos.

Se estrecharon las manos.

Howie lo observó con envidia cuando se iba y admiró su porte confiado. Sabía, con casi total seguridad, que no volvería a verlo.

Por una razón que a él le parecía un misterio, Howie no hacía amigos fácilmente.

Spencer Martin había conducido dos manzanas antes de ver, por azar, su reflejo en el espejo retrovisor. Riendo, se quitó la goma de béisbol con largo cabello rizado cosido atrás; también se despegó el bigote falso. Hacía falta más para deshacerse del olor a tabaco y a cerveza rancia del antro hasta el que había seguido a Howie Fripp.

¡Menudo insecto!, pensó rumbo a la Casa Blanca.

Pero con Fripp averiguó lo que él y David necesitaban saber, o sea, que Barrie Travis seguía todavía la pista de un reportaje que ella consideraba explosivo. ¿Tendría algo que ver con el presidente, la señora Merritt o la muerte de Robert Rushton Merritt?

Se había convencido de que Howie no estaba al corriente, de otro modo habría alardeado. De momento, Spence tampoco lo sabía, pero averiguarlo constituía su prioridad.

—Bueno, me complace mucho que se alegre, señora Gaston... Estoy seguro de que a la señora Merritt le agradecerá mi elección... Bien. Ahora, en cuanto a lo de mañana: un coche pasará a recogerla a las seis y media; sé que es temprano, pero... De acuerdo, muy bien, espero verla entonces. Buenas noches.

La mano del doctor George Allan se hallaba todavía sobre el auricular del teléfono, y su pensativa mirada fija en él, cuando su esposa entró con dos tazas de humeante café; dejó una encima del escritorio de su marido y llevó la otra consigo al sillón de cuero situado al otro lado de la mesa.

—¿Con quién hablabas?

El consultorio particular que el médico tenía en casa se hallaba en el primer piso de su elegante y cómoda residencia, a un lado de la sección de la avenida Massachusetts conocida como Embassy Row, porque en ella se habían instalado numerosas embajadas. George Allan probó el café.

—¿Los chicos están acostados?

—Sí, pero les di diez minutos antes de que apagaran las luces. ¿Con quién hablabas? —insistió Amanda señalando el teléfono.

—Con una enfermera privada que he contratado para Vanessa. Decir que la señora Gaston está excitada con su nueva paciente no describe, ni mucho menos, lo que siente; le cuesta creer que va a cuidar a la primera dama.

—¿Vanessa necesita cuidados continuos?

Los Allan conocían a los Merritt desde que estos no eran más que unos recién casados luchando por abrirse camino.

—Solo como precaución. David cree que debe acompañarla en todo momento una persona con conocimientos médicos.

—Creí que solo estaba descansando.

—Y eso es lo que está haciendo.

—Si precisa cuidados médicos constantes, ¿no debería estar en el hospital?

—Deja de interrogarme, Amanda.

George se levantó tan apresuradamente de su silla que esta rodó hacia atrás y chocó con la pared. Se dirigió hacia el armario de licores, cogió una garrafa y añadió un poco de coñac a su café.

—No estaba interrogándote —repuso la mujer en voz baja.

—¡Y un cuerno! Últimamente todas nuestras conversaciones acaban convirtiéndose en un interrogatorio.

—Eso es porque estás tan a la defensiva que hasta la pregunta más inocente te irrita —replicó Amanda.

—Tus preguntas nunca son inocentes, Amanda, son penetrantes y suspicaces.

—¡Y tú estás paranoico! —exclamó Amanda—. ¿Con qué te amenaza David para volverte temeroso de todo, hasta de mí?

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sé que desde que aceptaste este trabajo, eres otra persona.

—Te equivocas, Amanda.

—Papá.

George giró bruscamente sobre los talones y vio a sus dos hijos en el umbral de la puerta, ambos con aspecto sumamente dulce y vulnerable en sus pijamas y con la cara limpia y brillante. Nada más verlos, el enojo de George se desvaneció.

—Hola, chicos, entrad.

Vacilaron hasta que el mayor dio con valentía el primer paso hacia la zona de hostilidades; el hermanito menor lo siguió pisándole los talones. George regresó a su silla, se subió cada uno a una rodilla y los abrazó con fuerza.

Olían a jabón, a pasta de dientes y a champú; olían a limpio. Casi había olvidado lo bien que olía lo limpio; era un olor que no había percibido en sí mismo desde hacía mucho tiempo.

—Me pusieron un diez en mis deberes de mates —le dijo con orgullo el mayor.

—La maestra me pidió que leyera en voz alta hoy; sabía todas las palabras —intervino el menor.

—¡Fantástico! Los dos merecéis un premio. ¿Qué os parece este fin de semana? ¿Una película? ¿La sala de juegos? Algo especial.

—¿Con mamá también?

George miró a Amanda de reojo.

—Claro, con mamá, si quiere venir.

—¿Quieres venir, mamá?

Amanda sonrió a sus hijos.

—Lo que quiero ahora es que os acostéis.

Tras otra ronda de abrazos y de tácticas dilatorias, los sacó del despacho y los llevó pasillo abajo hasta su habitación.

Media hora más tarde, George entró en el dormitorio principal, donde Amanda se encontraba cepillándose el cabello lustroso, cuyo corte hasta el nivel de la barbilla era el mismo que cuando la conoció y que, al igual que sus ojos, era del color del chocolate espeso.

Vestida únicamente con unas bragas y un suave y estrecho top, estaba preparada para meterse en la cama. George la observó un rato desde la puerta; había experimentado un deseo instantáneo por ella en cuanto se la presentaron en una fiesta, un 4 de Julio, día de la Independencia del país. A partir de entonces salieron juntos, pero él tardó seis meses en hacer acopio de valor para pedirle que se acostara con él; ella respondió que sí y quiso saber por qué había esperado tanto. Se casaron antes del siguiente 4 de Julio.

Nunca había rehuido las exigencias impuestas por su profesión; contaba con carrera e intereses propios: aparte del hermoso hogar que había preparado para la familia, daba clases de historia del arte en la Universidad de Georgetown; era consejera voluntaria en un refugio para mujeres maltratadas; en la cancha de tenis era hábil y competitiva; daba fantásticas fiestas y hablaba bastante bien varios idiomas; se vestía con buen gusto y su conducta era la apropiada en todas las situaciones.

La amaba, ¡Dios, cómo la amaba! Contempló los gráciles movimientos de sus delgados brazos. Como le había enseñado su madre, oriunda de Virginia, se cepillaba el cabello cien veces cada noche. Era una costumbre entrañable. Ahora la subida y la bajada de sus pechos lo hechizaron; los pezones se imprimían ligeramente en el suave algodón del top.

—Lamento haber perdido los estribos —empezó a decir George en voz baja y contrita.

Los oscuros ojos de Amanda se alzaron y se encontraron con los de él en el espejo.

—No quiero una disculpa, George. —Se volvió hacia él—. Quiero a mi marido.

Él se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la abrazó.

—Me tienes.

Aunque se apretó contra él, negó con la cabeza.

—David te tiene; nos ha robado, a mí y a los niños.

George la apartó un poco y deslizó los dedos por el brillante cabello de su esposa.

—No es cierto, Amanda.

—Sí que lo es y me temo que nunca te recuperaré.

—No voy a ir a ningún sitio —susurró él contra sus labios—. Tú y los niños sois lo más importante para mí, lo único que tengo, y no soportaría perderos.

Amanda lo miró directa e intensamente a los ojos.

—Nos estás perdiendo, George; cada día te alejas un poco más. Sin importar cuánto lo intento, ya no logro acercarme a ti. Guardas secretos; estás convirtiéndote en un extraño.

La voz de la mujer se quebró y sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Por favor, no llores. No llores. —George le besó los prominentes pómulos y los temblorosos labios—. Todo va bien.

Mentía y era consciente de que ella lo sabía, lo percibió en su modo de abrazarlo, en su beso, más que ardiente, desesperado.

Amanda llevó esa desesperación a la cama e hizo el amor con pasión desenfrenada, como si el sexo salvaje pudiese superar la influencia que David Merritt ejercía sobre él. Sin inhibiciones, lo tomó con la boca y abrió los muslos a sus besos. Cuando la penetró, ambos experimentaban una necesidad delirante.

Una vez sexualmente saciados, desnudos y húmedos, se abrazaron con fuerza y, susurrando, se juraron devoción y amor eternos.

Pero ambos sabían que la devoción que George profesaba al presidente era igualmente absoluta... y mucho más exigente.

Capítulo 10

Barrie se despertó y sintió el cañón de un rifle presionando contra la cara inferior del seno izquierdo.

Controló el impulso de saltar y correr y se limitó a mover los ojos, cuya mirada siguió a lo largo del rifle hasta descansar en un par de ojos más fríos, azules e implacables que el cañón de hierro del arma.

—Más vale que sea buena.

Barrie trató de tragar, pero la saliva se le había secado en la garganta, literalmente.

—¿Qué?

—Su motivo para estar en mi casa. —Con el rifle el hombre levantó suavemente el seno—. ¿Y bien?

—Llegué ayer por la tarde. Usted no se encontraba aquí y lo esperé horas en el porche. Anocheció y hacía frío; yo tenía sueño; la puerta no estaba cerrada con llave. Imaginé que no le molestaría.

—Pues sí que me molesta.

—Me llamo Barrie Travis. —Los ojos del hombre se entrecerraron y Barrie habría jurado que reconocía su nombre, aunque no lo admitiera—. Vine desde Washington, D. C. para verlo.

—Entonces ha hecho el viaje en balde. —Gray se llevó el rifle al hombro—. Puesto que sabe dónde está la puerta, puede salir sin mi ayuda.

Se apartó para dejar que se levantara.

Barrie se estiró lentamente y se puso de pie. A continuación le propinó una fuerte bofetada.

—¿Cómo se atreve apuntarme con un arma? ¿Está loco? Podría haberme matado.

La mandíbula de Bondurant se tensó.

—Señora, si hubiese querido matarla, ya estaría muerta y ni siquiera habría ensuciado el sofá.

Se inclinó con un rápido movimiento, cogió el bolso de Barrie del suelo y se lo arrojó.

—Fuera de aquí y llévese su asqueroso material de lectura.

Antes de salir de Washington, Barrie había reunido un ejemplar de todos los periódicos amarillistas cuyos principales titulares se referían a la supuesta aventura amorosa de Bondurant con la primera dama. No eran sino basura, pero a Barrie la enojó que él hubiera metido las manos en su bolso.

—¿Ha registrado mi bolso?

—Usted es la que ha entrado ilegalmente, no yo.

—No es mi material de lectura favorito, señor Bondurant, es material de investigación. Soy reportera.

—Razón de más para que se largue.

Dando por sentado que lo obedecería, Gray le dio la espalda y se dirigió hacia el dormitorio.

Barrie agradeció la oportunidad de controlarse. Había vivido experiencias bastante angustiosas en su vida, pero nunca la habían apuntado con un arma, en todo caso, no tan de cerca. Gray Bondurant resultaba tan atemorizador como le habían dicho, aunque no creía que hubiese disparado.

No era sino una táctica para asustarla; esperaba espantarla para que se marchara. Bueno, pues ella no estaba dispuesta aún a izar la bandera blanca.

Se alisó el pelo y la ropa y se aclaró la garganta.

—Señor Bondurant... —El que no contestara no la desalentó y entró en el dormitorio abierto—. Yo... ¡Oh! El hombre se había quitado la camisa. No tenía ni una pizca de grasa... y lo demás, un diez, definitivamente un diez. El vello en forma de uve que se iba estrechando hasta la cintura y en una costilla aparecía una intrigante cicatriz.

En todos los periódicos de la prensa amarilla figuraba la misma fotografía granulosa, al parecer era la única disponible, compuesta casi únicamente por las gafas oscuras de aviador. La barbilla y la mandíbula, duras como el granito, una línea estrecha por boca, el cabello revuelto por el viento encima de una frente alta y las gafas de sol, nada más.

Estos rasgos en dos dimensiones resultaban muy distintos en vivo y Barrie trató de no mirarlo fijamente.

—Señor Bondurant, he esperado muchas horas para verlo.

—Ese es su problema.

—Lo menos que podría...

—No le debo nada.

A fin de ganar tiempo, Barrie preguntó:

—¿Qué hora es?

—Más o menos las cuatro.

Bondurant tiró de una bota, se la quitó junto con el calcetín y los dejó caer allí mismo.

—¿De la *mañana*?

—¿Vino desde Washington para preguntarme la hora, señorita Travis?

La otra bota y el otro calcetín cayeron al suelo.

—No, vine desde Washington para hablar con usted de Vanessa Merritt.

Eso lo detuvo. Clavó en ella una mirada furibunda.

—Ha venido de muy lejos para nada.

—Me es de vital importancia hablar con usted.

Bondurant se desabrochó el cinturón y los tejanos y, al quitárselos, se quedó totalmente desnudo.

Obviamente, esperaba que Barrie gritara y huyera corriendo, pero ella se negó a exteriorizar cualquier reacción, aunque era evidente que experimentaba algunas.

—No puede escandalizarme, señor Bondurant.

—¡Oh, apuesto a que sí!

Después de susurrar estas palabras, Gray pasó frente a ella en dirección al cuarto de baño, pero de pronto se volvió, la abrazó y la apretó contra su cuerpo.

El repentino contacto con su pecho y el profundo asombro hicieron que Barrie perdiera el aliento, así como la capacidad de hablar y de moverse. El hombre la mantuvo hechizada con los ojos y metió las manos debajo de su jersey, cuyas mangas eran lo bastante anchas para que deslizara los tirantes de la combinación por sus hombros. Ni siquiera entonces pudo moverse la joven. No lo hizo hasta que sintió las encallecidas palmas sobre los pechos. Se tambaleó hacia atrás y chocó con la pared, arrastrándolo consigo.

En cuanto la boca de Gray descendió hacia su seno, ella se arqueó para acercarse, desvergonzadamente ansiosa por sentir sus labios y su lengua en la piel. Tenía la sensación de que cada célula de su cuerpo despertaba al estruendoso son de una diana. La recorría un torrente de pasión, de *vida*, imposible de contener o disciplinar siquiera. Nunca antes había experimentado algo igual, algo como este asalto carnal, este envolvente, abrumador, primitivo y desmedido instinto que le exigía aparejarse, pronto, rápido, ¡ya!

Juntos se dirigieron hacia la cama tambaleándose. Al quitarse el jersey, a Barrie se le rompió un tirante de la combinación y se le salió un seno. Cayeron a lo ancho de la cama deshecha, donde las caricias se convirtieron en

una lucha libre sin reglas ni límites. Bondurant metió la mano bajo su falda y le quitó las braguitas.

Entonces la tocó. Profundamente. Muy adentro.

Su tacto fue como un rayo, candente, chisporroteante. Barrie gimió de placer y movió las caderas para adaptarse a las caricias. Los labios de Gray se desplazaron hacia su vientre y lo besaron suavemente; lamiéndole y mordisqueándole la piel regresó a sus senos. Barrie posó una mano en la dura mejilla de Gray y le encantó su textura áspera.

Los dedos acariciadores resultaban tan excitantes y sugerentes, y encontraban tan bien los lugares adecuados, que le llegó el orgasmo casi antes de que se diera cuenta. Demasiado extasiada para avergonzarse, puso la mano sobre la de él, la presionó para que la penetrara más a fondo, la oprimió con el cuerpo y la aplastó con los muslos.

Cuando las olas retrocedieron, permaneció tumbada, cual una víctima de un barco hundido, húmeda, agotada, con los ojos cerrados y el vientre subiendo y bajando rápidamente. Al abrir los ojos se dio cuenta de que él los miraba directamente. Gray le cogió la mano y la puso sobre su sexo.

—Dime, ¿es que hay algo que no estés dispuesta a hacer? —inquirió con voz pastosa.

Barrie separó los labios, soltó un suspiro de asombro y tragó saliva.

—¿En qué estás pensando?

Con una mano en cada rodilla de Barrie, Bondurant las separó lentamente. Cuando bajó la cara, la exclamación de sorpresa de la joven se convirtió en un gemido de placer puramente animal. No era tímido, no mostró remilgos al poner las manos bajo sus caderas y alzarlas hacia él.

Barrie exploró tímidamente su duro sexo, rozó la suave punta con el pulgar, se volvió y lo buscó con los labios. Con un gruñido, él soltó un taco en cuanto ella se lo metió en la boca.

No obstante, ni siquiera esos primeros minutos de puras y ciegas sensaciones la habían preparado para el primer empuje del pene en su interior, ni para el contenido salvajismo de sus estocadas. Este clímax no fue una lenta, cálida y ondulada marea, sino que se convirtió en un estallido meteórico de energía y fuego que cayó repentinamente sobre ella, borró todo lo demás y dejó en su estela un vacío ciego y carente de aire y sonido.

Cuando finalmente se recuperó y abrió los ojos, Bondurant se encontraba de pie junto a la cama, con la piel húmeda de sudor, que rizaba algunos vellos de su pecho. Su expresión era rígida y tensa y, a los costados, sus puños se abrían y cerraban en una acción refleja.

—No creas que me has hecho cambiar de opinión. Cuando salga de la ducha más vale que te hayas largado.

Se volvió y entró en el cuarto de baño dando un portazo.

Barrie cerró los ojos y permaneció totalmente quieta. Esta era una de esas ocasiones en que fingía estar soñando, un juego que había aprendido de niña: cuando la situación se volvía intolerable en casa, cuando las peleas entre sus padres se descontrolaban, se metía en la cama, cerraba los ojos con fuerza y fingía que el mundo en que vivía no era sino una pesadilla y que pronto despertaría en otro mundo, un mundo encantado, de amor y paz, un mundo en el que todo era agradable y en el que los habitantes se llevaban estupendamente los unos con los otros.

El truco nunca funcionó antes, y eso no había cambiado. Al abrir los ojos se encontraba todavía en el dormitorio de Gray Bondurant, en su cama, y su ropa, la poca que le quedaba puesta, estaba en completo desorden.

Como todo lo demás.

Se repuso el tiempo suficiente para levantarse y vestirse. El agua de la ducha seguía cayendo cuando salió del dormitorio. Su bolso se hallaba donde lo había dejado, en el sofá. Lo recogió, metió en él la combinación rota y se dirigió hacia la puerta de la casa.

Sin embargo, allí se detuvo. Si se iba ahora, no habría conseguido nada, salvo una vergüenza más profunda de lo que habría creído posible experimentar. No existía explicación para su comportamiento, de modo que no insultó su conciencia intentando justificarlo o racionalizarlo.

Había ocurrido, había dejado que ocurriera. No, había participado activa y avariciosamente, lo había provocado. Era un hecho. No podía cambiar la historia.

La experiencia le había costado muy cara y ahora solo le quedaba vivir con las consecuencias, conformarse con una situación desastrosa y esperar poder recuperar aunque fuese un poco de dignidad. Y tal vez habría aprendido algo al venir aquí.

Cuando, diez minutos después, Gray entró en la cocina, ella lo esperaba con la espalda apoyada en la encimera y a la defensiva.

—Solo quiero que conste, señor Bondurant, que no sé lo que sucedió allí —observó, tratándolo nuevamente de usted.

—Solo quiero que conste, señorita Travis, que yo sí lo sé. —Con desenfado, Bondurant bajó un tazón del armario y se sirvió café del que Barrie había decidido preparar—. Saque su libreta, quizá quiera escribir esto. —Se volvió hacia ella—. A eso se le llama «follar».

Barrie se encogió por dentro, aunque exteriormente se mantuvo firme.

—Si espera que comportándose de un modo horrible me iré, le advierto que no va a funcionar.

—Entonces, ¿qué funcionará?

—Que hable conmigo.

—Preferiría pudrirme en el infierno —contestó enojado—, una de las razones por las que me largué de Washington fue para evitar a los reporteros. La mayoría de ustedes vendería su alma por un reportaje. Y cuando no hay nada de que informar, lo inventan. —La miró burlescamente de arriba abajo—. Aunque usted está en una categoría aparte, señorita Travis, no tuvo que vender nada, lo regaló.

Barrie indicó el dormitorio con la cabeza.

—Eso fue un... un accidente.

—No lo creo. Mi polla sabía exactamente adónde iba.

Barrie apretó los labios fuertemente, casi doblándolos hacia adentro, para no contestar; también trataba de no llorar, pues se había jurado no hacerlo.

—Por favor, señor Bondurant, estoy intentando rescatar lo que queda de mi integridad profesional.

—No sabía que la tuviera.

Barrie extendió los brazos.

—¿Acaso tengo aspecto de haber venido con la intención de seducirle?

Gray la observó, medio desvestida.

—En realidad, no, pero cuando se presentó la ocasión, usted no puso ninguna objeción.

La joven se sintió sonrojar al evocar los sonidos que Gray había oído.

—Solo vine para hacerle unas cuantas preguntas acerca de los Merritt.

—¡Maldita sea! ¿Cuántas veces tendré que repetirle que no voy a decirle nada?

—¿Ni siquiera que lo que dicen los periódicos sensacionalistas son puras mentiras?

—Lo son.

—¿No tuvo usted una aventura con Vanessa Merritt?

—No es asunto suyo.

—¿Es usted la causa de que ella se sienta tan desdichada?

—Si es desdichada, podría ser porque su hijo acaba de morir.

—¿Está seguro?

—¿Que si estoy *seguro*?

—¿Está seguro de que *murió*? ¿O acaso asesinaron a Robert Rushton Merritt?

Capítulo 11

Gray le dio la espalda y la maldijo en silencio. Esta tía iba directa a la yugular, entrevistaba con la misma ferocidad con que follaba.

Antes de despertarla ya se había dado cuenta de que era la misma reportera que entrevistó a Vanessa hacía unas semanas. Al parecer no había sacado todo lo que quería de la entrevista. Casi había esperado que acudiera a él, ella o alguien de su calaña, para arrastrarlo de nuevo por el lodo, y llevaba semanas acumulando resentimiento por la inminente invasión de su intimidad.

De modo que no se sentía en absoluto culpable por lo ocurrido. Estaba de mal humor y necesitaba sexo; ella había consentido, como mínimo. Con un escenario como ese, lo natural era que algo sucediera.

De hecho, dudaba de que la seducción formara parte de su plan. La falda larga, el jersey y las botas no estaban diseñados para inspirar fantasías sexuales; tenía los ojos hinchados todavía por el sueño y granitos secos de rímel se habían pegado a sus pómulos. El color de sus labios se había desvanecido hacía tiempo y su cabello estaba hecho un lío...

Su voz, sin embargo, era asombrosa, era como un sueño húmedo; no solo prometía sexo increíble, sino que cumplía la promesa.

Pero si creía que con un buen revolcón iba a debilitarlo, se equivocaba de todas todas. Ahora se resentía aún más del hecho de que hubiese invadido su hogar y su intimidad. Se merecía su desdén.

Apuró el café, cogió una sartén y una cacerola y las colocó sobre la cocina. Bajó del armario una lata de *chili*, o sea, carne picada con picante, al estilo tejano, la abrió, echó el contenido en la cacerola, cascó unos huevos y los echó en un cuenco. Tras batirlos hasta crear espuma, se sirvió otra taza de café y lo tomó a sorbos en tanto la carne picada hervía a fuego lento.

—¿Puedo? —Barrie alzó un tazón vacío.

—Sírvase, al fin y al cabo usted lo preparó. No quiero ser el responsable de que se duerma al volante cuando se haya ido.

Se fijó en que acunaba el tazón con las dos manos, que por cierto eran muy pequeñas. Al sentir su mirada, ella alzó los ojos.

—Le pido perdón por la bofetada, nunca he pegado a nadie. Es usted una persona provocativa, señor Bondurant.

—Eso me han dicho. —Gray removió la carne—. ¿Cómo me encontró?

—Mayormente a través de mis fuentes en Washington, pero no se preocupe, fui discreta.

—Nunca me preocupo, señorita Travis. *Es* señorita, ¿verdad? ¿O acaba de cometer adulterio?

Ese comentario la exasperó más que el hecho mismo o los insultos que le había lanzado antes, y sus ojos echaron chispas de rabia.

—No, no he cometido adulterio, me inclino ante su mayor experiencia en ese campo... y con que me llame Barrie será suficiente, gracias.

Gray se volvió hacia la cocina, dejó caer una cucharadita de mantequilla en la sartén y encendió el fogón. Mientras observaba cómo se derretía la mantequilla pensó en el modo de sacar a la joven sin usar la fuerza. Sin hacer un gran esfuerzo mental, se le ocurría una lista entera de diferentes maneras de matar a una persona silenciosa e instantáneamente, sin causarle dolor, pero la idea de lastimar a una mujer le revolvía el estómago.

—Tiene una propiedad hermosa.

Las palabras de Barrie interrumpieron sus elucubraciones.

—Gracias.

—¿Cuántas hectáreas son?

—Unas veinte, más o menos.

—¿Está solo aquí?

—Hasta esta mañana, sí.

—Estoy segura de que sabe que cerca de aquí hay un pueblo llamado Bondurant. ¿Es...?

—No, es una coincidencia.

—¿Tiene ganado? Aparte de los caballos que hay en el corral, quiero decir.

—Tengo una pequeña manada de ganado vacuno.

—¿De *allí* viene toda la carne de su congelador?

Gray se volvió y la miró con expresión mordaz.

—Me serví un poco de agua y cogí unos cubitos de hielo —dijo Barrie, y alzó la barbilla desafiante.

—¿Qué más encontró mientras fisgoneaba?

—No estuve fisgoneando.

Gray se volvió nuevamente hacia la cocina, extendió la mantequilla derretida por el fondo de la sartén y añadió los huevos. Metió dos rebanadas

de pan en el tostador, sacó un plato del armario y revolvió los huevos con una espátula y, cuando estuvieron como a él le gustaban, los puso en el centro del plato, los bañó con el *chili* borbotante y los coronó con una copiosa dosis de salsa picante Tabasco. Las tostadas saltaron, así que las cogió y las añadió al plato. Cogió un tenedor, lo llevó todo a la mesa y se sentó a horcajadas en la silla.

Con el rabillo del ojo la vio aproximarse y sentarse frente a él. Sin hacerle caso se metió varios bocados en la boca y no le dirigió la palabra hasta que decidió hacer una pausa para tomar un sorbo de café.

—¿Tiene hambre?

—Un poco.

—¿Quiere?

Barrie miró su plato indecisa...

—No estoy segura.

Bondurant se encogió de hombros.

—Está en la cocina.

Barrie se levantó y regresó al poco rato con una porción más pequeña de su desayuno. Al principio, Gray observó que lo probaba vacilante, pero en seguida lo masticó, se lo tragó y se puso a comer de buena gana.

—Esta zona es muy remota —comentó entre bocados—. ¿No llega a sentirse nunca solo?

—No.

—¿Ni se aburre?

—Nunca.

—Antes de su... jubilación, su vida estuvo llena de aventuras. ¿No echa de menos el ajetreo de Washington?

—Si así fuera, regresaría.

—¿A qué dedica su tiempo?

—A lo que me apetece.

—¿Cómo se gana la vida?

—Es de mala educación hablar de finanzas.

—Bueno, entonces no hay problema, puesto que ya ha decidido que los reporteros son unos maleducados.

Barrie arqueó las cejas inquisitivamente.

—Llevo un rancho.

La sencillez de la respuesta la sorprendió.

—¿De ganado? —Él asintió con la cabeza—. ¿En serio? Mmm. ¿Sabe hacerlo?

—Lo aprendí de niño.

—¿Dónde?

—En el viejo rancho de mi padre.

—Eso no me dice mucho.

—Eso pretendo, señorita Travis.

La joven suspiró frustrada.

—Ha demostrado que es hábil en operaciones militares encubiertas y ha sido asesor de un presidente. Definitivamente, llevar un rancho de ganado no tiene nada de excitante. Me cuesta aceptar que esta nueva actividad lo estimule y le suponga un reto.

—No me importa lo que acepte.

—¿Se queda allí fuera, cabalgando todo el día?

Gray ni siquiera se molestó en responder.

—¿Solo cuida de sus vacas, como buen vaquero?

—Sí, cuando necesitan que las cuide.

—¿Eso estaba haciendo ayer? ¿Cuidando de su ganado?

—No, ayer fui a Jackson Hole.

—Yo venía de allí, debimos de cruzarnos en la carretera. —Barrie apartó su plato vacío—. Estaba muy bueno, gracias.

Bondurant se rio.

—Si hubiera sido una hamburguesa de vaca, se la habría comido y habría dicho que estaba deliciosa.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque quiere algo de mí y, como no lo consiguió con el sexo, ha decidido mostrarse amistosa. ¿Acaso tanta charla no es otro intento de desarmarme? Francamente, señorita Travis, me gustó más su primer enfoque.

—No fue un *enfoque*, ya le he dicho que fue...

—Un accidente. Dígame, ¿se acuesta, así como así, con todos los hombres que conoce?

—¡Oiga...!

—¿No la quería su papá?

Barrie bajó la mirada a la mesa, pero la alzó casi inmediatamente.

—Supongo que no puedo culparle por tener tan mala opinión de mí.

—¡Ah!, de amiga a penitente.

—¡Maldito sea! —Barrie golpeó la mesa con fuerza y se puso de pie—. Estoy siendo sincera.

Él también se levantó.

—No, señorita Travis. No sé si es usted valiente o estúpida, pero, sea como sea, no voy a hablarle ni de mí ni de los Merritt, ni me interesa nada que tenga que decirme acerca de ellos.

—¿No ha oído lo que le dije antes sobre la muerte de su hijo?

—Lo oí, pero preferí no hacerle caso. Y le advierto que no pienso cambiar de opinión.

Gray puso el plato de Barrie sobre el suyo, los llevó al fregadero y los aclaró.

—¿No le interesa lo que le he dicho?

—No, porque es la clase de comentarios que ustedes, los reporteros, echan al vuelo con la esperanza de que un pobre idiota muerda el anzuelo...

—¿Cree que haría un comentario tan grave simplemente porque sí?

Gray cerró el grifo y se encaró con ella.

—Sí. Aunque la acabo de conocer, tengo razones para creer que haría casi cualquier cosa para que un reportaje suyo aparezca en el programa «20/20». En vez de meterse conmigo, ¿por qué no se acuesta con el productor de una cadena?

—Porque ninguno de los productores que conozco fueron amantes de Vanessa Merritt.

Su propia y repentina furia lo asustó y, antes que dejarse llevar por ella, Bondurant esquivó a Barrie y se dirigió a la parte trasera de la casa. Oyó cómo lo seguía. Se movió con tal rapidez que de pronto estuvo delante de él y le había puesto las manos en el pecho.

—Cree que vine a intercambiar sexo por una información jugosa, ¿eh? Pues se equivoca. De hecho, me ha mortificado haber puesto tanto mi profesión como a mí misma en entredicho. No me conoce, así que tendrá que aceptar mi palabra; créame, me muero de ganas de salir por esa puerta con el rabo entre piernas y me cuesta muchísimo mirarle a la cara.

Algo en su voz lo obligó a aguardar y escucharla.

Ella apartó las manos de él y se las secó en la falda.

—El hecho de que todavía esté aquí debería darle una idea de cuán importante es este reportaje, señor Bondurant. No solo para mí y mi carrera, sino para todos. Por favor, escúcheme y luego, si me ordena que me vaya, lo haré sin rechistar. Deme cinco minutos, ¿de acuerdo?

La interpretación no ha estado mal, se dijo Gray, pero no ha sido lo suficientemente buena. Su entrenamiento en misiones de reconocimiento había intensificado su cautela innata y le había enseñado a no fiarse nunca de las apariencias. La experiencia le había enseñado que los periodistas eran

seres corruptos que se alimentaban de carroña, que te roían los huesos sin el menor remordimiento y que luego te dejaban, expuesto y vulnerable, para dedicarse a su siguiente víctima.

No obstante, pese a sus declaraciones, empezaba a interesarse por lo que sabía Barrie Travis, o lo que había deducido, sobre la muerte del hijo de Vanessa. A sabiendas de que hacía mal y con la esperanza de no tener que lamentarlo después, le concedió los cinco minutos.

—Vamos afuera.

Él se sentó en la mecedora y ella, en el escalón superior, rodeándose las piernas con los brazos. Probablemente sentía frío, mas él no le ofreció nada para protegerse del fresco matinal.

Ahora que había aceptado escucharla, parecía casi reacia a hablar del tema, aunque había sacado la libreta.

—Todo esto es realmente hermoso.

En esos momentos, la niebla cubría el valle y ocultaba las montañas, pero la inminente salida del sol convertía la neblina en dulce de algodón y el aire resultaba fresco y vigorizante.

—El granero parece más viejo que la casa y el garaje.

Muy observadora.

—Ya estaba cuando compré la propiedad, lo habían construido en el lugar de la primera casa. Me limité a remodelarlo.

Los caballos retozaban y se perseguían en el corral.

—¿Cómo se llaman?

—No tienen nombre.

Barrie no supo disimular su sorpresa.

—¿Sus caballos no tienen nombre? Qué triste. ¿Por qué?

—¿Esto forma parte de la entrevista, señorita Travis?

Ella negó con la cabeza, perpleja.

—No conozco a nadie que no les ponga nombre a sus animales. Parte de la personalidad de *Cronkite* deriva de su nombre. —La expresión de Barrie se suavizó y animó—. Es un cachorro grande, afectuoso y mimado. Debería tener un perro, le haría mucha compañía.

—Me gusta mi soledad.

—Eso lo ha dejado muy claro.

—El tiempo pasa.

Entonces Barrie lo soltó de golpe.

—Creo que Vanessa Merritt mató a su propio hijo.

Gray apretó los dientes haciendo un esfuerzo por no decir nada.

La joven habló unos minutos sin parar. Bondurant perdió la cuenta, pero seguro que fueron más de cinco. Le explicó algunos de los motivos que podría tener la primera dama para destruir a su hijo y detalló los pasos que había dado en su investigación y los obstáculos con que se había topado.

—Ahora la señora Merritt está «recluida». ¿No le parece extraño?

—No —mintió Gray.

—Era comprensible que se retirara de la vida pública tras la muerte del bebé. Jackie Kennedy hizo lo mismo cuando perdió al suyo. Pero era por un tiempo concreto y ya ha transcurrido. Si solo está descansando, como insisten los allegados, entonces, ¿por qué no está con su padre? ¿O por qué no ha ido a su casa en Mississippi?

—¿Cómo sabe que no ha ido allí?

—No lo sé —reconoció Barrie con el entrecejo fruncido—. Pero han anunciado que está en manos del doctor Allan y él se encuentra en Washington. No veo a qué se debe tanto secreto.

—No se trata de ningún secreto.

—Entonces, ¿cómo explica la extraña actitud de Anna Chen? Siempre fue una fuente fiable y dispuesta a colaborar.

—¿La hizo enojar?

—No la conozco lo bastante bien como para hacerla enojar.

—Yo a usted no la conozco de nada y ya me ha hecho enojar.

—Tenía miedo —insistió Barrie obstinada—. Reconozco el miedo cuando lo veo.

—De acuerdo, puede que tuviera miedo —concedió Gray con impaciencia—. Quizá acababa de ver un ratón y tal vez el comportamiento de Vanessa sea un tanto raro, pero ¿acaso no merece la oportunidad de llorar en la intimidad sin que alguien la esté escudriñando?

Barrie Travis, la reportera de voz sensual, resaltaba las ambigüedades que él mismo había captado. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta, así que se puso de pie y fue hacia el borde del porche.

—¡Dios, cuánto debe de estar sufriendo!

Se mesó el pelo con fuerza, cerró los ojos y luchó por mantener alejados sus propios demonios.

Transcurrió un buen rato antes de que recordara la presencia de Barrie. La pilló mirándolo con una extraña expresión.

—No fue solo una aventura. La quería, ¿verdad? —inquirió ella en un susurro—. Y todavía la quiere.

Maldiciéndose por aceptar pasar siquiera cinco minutos con ella, Bondurant se agachó y por segunda vez ese día, cogió el voluminoso bolso de cuero y se lo dio bruscamente a la joven.

—Se le ha acabado el tiempo.

La agarró del brazo y la obligó a levantarse. Para recuperar el equilibrio, ella se aferró a uno de los postes que sostenían el techo del porche.

—Después de todo lo que le he dicho, ¿no tiene nada más que decir?

—Está siguiendo un callejón sin salida, señorita Travis. Todas estas inconsistencias no son sino distorsiones de los hechos, unidas por su mezquina, retorcida y ambiciosa mente, a fin de crear un asqueroso pero sensacionalista reportaje. Tómelo como quiera, pero le sugiero que abandone su investigación antes de que moleste a alguien de la presidencia que podría hacerle verdadero daño. Olvide al bebé y cómo murió.

—No puedo olvidarlo, hay algo en su muerte que no me cuadra.

—Allá usted. Pero haga lo que haga, olvídense de mí.

Dicho esto, Bondurant entró en la casa y cerró la puerta con llave.

Capítulo 12

Cuando Howie recibió la orden de que tenía que ir al despacho del gerente general, se le revolvió el estómago. Nada más salir del lavabo se dirigió directamente al despacho enmoquetado del primer piso. Una secretaria indiferente le informó de que lo esperaban —en plural— y le dijo que entrara.

Jenkins se hallaba sentado detrás de su escritorio, otro hombre, de pie junto a la ventana, y un tercero, en un sillón.

—Pasa, Howie —le dijo Jenkins y, con piernas temblorosas, Howie se adentró en el despacho.

Normalmente, una reunión no programada significaba malas noticias, como una caída en picado del índice de audiencia, un importante recorte del presupuesto o una buena regañina.

—Buenos días, señor Jenkins —Howie intentaba parecer tranquilo.

Adrede clavó la vista en su jefe y no la desvió hacia los dos hombres, que lo miraban como si estuvieran sometidos a una sesión de identificación.

—Estos señores son del FBI.

El esfínter de Howie se tensó. ¡Maldita Hacienda! Hacía tres años que no presentaba su declaración de renta.

—Quieren hacerte unas preguntas acerca de Barrie Travis.

Howie se sintió tan aliviado que casi se rio. El sudor frío había goteado desde sus axilas y se había acumulado en la cintura.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Le has asignado alguna misión? —preguntó Jenkins.

—Eh...

Se trataba de un pregunta capciosa y Howie necesitaba tiempo para sopesar su respuesta. Si contestaba que sí y Barrie se había metido en algún lío, él estaría metiéndose con ella. Por otro lado, si contestaba que no, y el instinto de Barrie no fallaba en cuanto a una información explosiva, muy confidencial, estaría sacrificando su parte de mérito.

Miró de reojo al agente del FBI recortado contra la ventana, que, al igual que su compañero, parecía muy serio.

—No. Me pidió permiso para tomarse unos días a fin de investigar algo, pero yo no le asigné la misión.

—¿De qué se trata? —inquirió el agente situado junto a la ventana.

—No lo sé, algo que ella descubrió.

—¿No lo habló con usted? —preguntó el segundo agente.

—No mencionó el tema, lo único que me dijo es que era algo explosivo.

—¿No tiene usted la menor idea de qué se trataba?

Su nuevo amigo del bar le había hecho las mismas preguntas.

—No, señor.

—Me cuesta creerlo.

—Es la verdad —afirmó Howie—. Traté de sonsacarla, pero dijo que no quería dar detalles hasta que tuviera algo concreto en lo que apoyar su corazonada.

—Es usted su supervisor inmediato, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Y no tiene idea de qué información busca su reportera?

Howie sintió que se le debilitaban las rodillas y se puso inmediatamente a la defensiva.

—Bueno, tiene que entender mi filosofía en cuanto a la administración del personal, o sea, que a mis subordinados les permito cierto grado de iniciativa. Cuando un reportero cree que está a punto de descubrir una información explosiva, le suelto un poco las riendas, pero se entiende que a cambio de mi generosidad espero un reportaje muy bueno.

Esto no impresionó a Jenkins, que habló casi antes de que Howie hubiese acabado.

—Pero la señorita Travis está fuera esta semana, ¿verdad?

—Así es, se fue... veamos..., anteayer. Dijo que probablemente no regresaría hasta la próxima semana.

—¿Adónde fue? —quiso saber uno de los agentes.

—No me lo dijo.

Los agentes intercambiaron una mirada significativa y Howie deseó saber qué quería decir.

—¿Está cubriendo sus gastos la cadena?

La pregunta la hizo Jenkins, cuya perpetua mueca de malhumor se había intensificado en los últimos minutos.

—Solo si presenta un reportaje. —Howie explicó el trato a que había llegado con Barrie—. No quería que desperdiciara el dinero de la empresa en

una búsqueda inútil —añadió, con la esperanza de ganar con ello unos puntos a su favor.

—¿Qué hay de su ideología?

Howie se volvió hacia el agente que se encontraba junto a la ventana.

—¿Su ideología?

—Sus tendencias políticas. ¿Se decanta a la derecha o la izquierda?

Howie lo pensó un momento.

—Yo diría que es liberal, siempre está a favor del más vulnerable, de las mujeres, los mariquitas, los extranjeros, gente como esa. Votó por el presidente Merritt. —Sonrió a todos los allí presentes, que se mantuvieron serios—. El presidente le envió flores hace poco, eso le gustó mucho.

Ninguno de los dos agentes hizo comentarios al respecto. El del sillón inquirió:

—¿Sabe si la señorita Travis es miembro de alguna organización, de algún grupo de activistas o de una secta religiosa?

—Sí. —Howie asintió con la cabeza entusiasmadamente—. Es metodista.

Uno de los agentes puso los ojos en blanco y el otro prosiguió:

—¿Diría que es una fanática religiosa?

—No, no se opone a soltar tacos ni nada por el estilo.

—¿Simpatiza con algún grupúsculo u organización radical?

—Que yo sepa, no. Pero ha participado en algunas protestas.

—¿Contra qué?

—La prohibición de libros, la destrucción de las selvas tropicales, comer marsopa en vez de atún, cosas como esas.

—¿Nada subversivo?

—No.

—¿Qué hay de su vida privada?

—No habla mucho de eso.

—¿Novios?

—Ninguno fijo.

—¿Compañeros o compañeras de piso?

—Vive sola.

—¿Amigos íntimos?

Howie negó con la cabeza.

—No la he oído hablar de ninguno. Ya saben, es una de esas mujeres que están casadas con su carrera.

—¿Qué hay de sus padres?

—Muertos.

—¿Sabe cómo se llamaban? ¿Dónde vivían?

—Lo lamento, murieron antes de que ella empezara a trabajar aquí.

Howie tenía tantas ganas de darse importancia y colaborar que casi había olvidado que hablaban de Barrie y no de una peligrosa criminal. Experimentó cierto remordimiento. A veces Barrie era como una patada en el trasero, pero le sabía mal hablar de ella tan abiertamente con agentes federales.

—¿Tiene problemas? ¿Ha hecho algo malo?

—No es más que una investigación rutinaria. —El agente que estaba sentado se puso de pie—. Ha llamado muy a menudo para preguntar por la salud de la primera dama; ha demostrado un interés aparentemente excesivo por la señora Merritt y su paradero.

Howie se relajó.

—¡Vamos, llama en son de amiga! Intimaron bastante cuando Barrie la entrevistó.

El segundo agente comentó:

—La Casa Blanca tiende a recelar cuando alguien empieza a hacer preguntas acerca del presidente o miembros de su familia.

Los dos agentes agradecieron a Jenkins y a Howie el tiempo que les habían dedicado y se marcharon.

Howie, sin embargo, no logró escabullirse tan fácilmente, pues la mirada furibunda de Jenkins tuvo el mismo efecto que unos grilletos en los tobillos.

—¿Sabes algo que no has contado? —exigió saber.

—No, señor.

—¿Cuál es esa noticia bomba?

—Como les dije a ellos, señor Jenkins, no lo sé. Pero según Barrie, el caso Watergate sería insignificante en comparación.

—Entonces *sí* tiene que ver con la política.

—Solo dijo que era muy importante.

Jenkins lo señaló con un dedo imperioso.

—No quiero chiflados radicales trabajando en mi cadena.

—Barrie no está chiflada, señor, es una buena reportera; usted mismo se lo dijo en su memorándum.

—Yo no le he enviado ningún memorándum. ¿De qué cojones estás hablando, Fripp?

—¿George?

Vanessa no estaba segura de haber logrado que la oyeran, pero el médico bajó la mirada y le sonrió.

—Me alegro de que estés despierta. ¿Cómo te encuentras?

—Mal.

Sentía náuseas y le costaba enfocar las múltiples y vacilantes imágenes del facultativo. Recordaba vagamente una fea escenita y que George la había sedado con una inyección. Se le antojó que hacía mucho tiempo de eso.

—¿Qué me pasa? ¿Dónde está David?

—El presidente y yo acordamos que necesitabas reposo absoluto, y te trajimos aquí.

El doctor Allan le dio unas palmaditas en el brazo, pero ella probablemente no las hubiese percibido de no ser porque estaba mirándose la mano, donde una jeringuilla intravenosa alimentaba sus venas con una solución transparente.

Un movimiento al otro lado de la cama le llamó la atención. Una enfermera le sonreía.

—Soy Jayne Gaston.

La mujer debía de tener unos cincuenta y cinco años, su cara era ancha y agradable y el cabello corto y entrecano.

—La señora Gaston ha estado contigo las veinticuatro horas del día —explicó George—. Te está cuidando muy bien y hasta ahora has sido una paciente ideal.

Vanessa se sentía confusa y desorientada. La habitación se le antojaba vagamente familiar, pero no recordaba dónde la había visto antes.

—¿Por qué me habéis puesto un gota a gota?

—Para que no te deshidrates. No podías retener los líquidos.

La enfermera estaba tomándole la presión.

—¿Estoy enferma? —inquirió Vanessa.

De pronto le entró pánico. ¿Qué era lo que no querían decirle? ¿Había sufrido un accidente, habría perdido una extremidad? ¿Padecía cáncer terminal? ¿La había alcanzado un disparo?

Esas espantosas posibilidades fueron sustituidas de inmediato por la terrible realidad: David la había mandado allí.

—¿Dónde está David? Quiero hablar con él.

—El presidente se encuentra hoy en la costa este —observó George sin dejar de sonreír afablemente—. Pero creo que regresará esta noche. Tal vez puedas hablar con él más tarde.

—¿Por qué necesito enfermera? ¿Me estoy muriendo?

—Claro que no. Túmbate —le pidió George, y presionó su hombro suavemente cuando ella trató de incorporarse. Después miró a Jayne Gaston al otro lado de la cama y le dijo—: Más vale que la bajemos un poco más.

—Pero, doctor Allan...

—Por favor, señora Gaston...

—Por supuesto, doctor.

La mujer salió de la habitación.

—¿Dónde está mi padre? —La voz de Vanessa parecía lejana y débil hasta para sus propios oídos—. Quiero ver a papá. Llámalo, dile que venga a por mí.

—Me temo que no puedo hacer eso, Vanessa; no sin el permiso de David.

La enfermera regresó con una jeringuilla y le puso una inyección en el muslo.

—Te pondrás bien más pronto si te relajas y dejas que te cuidemos —le dijo George con gentileza.

—¿Qué me pasa? ¿Ya ha nacido el bebé?

Jayne Gaston miró al doctor Allan.

—Pobrecita, cree que todavía está embarazada.

George asintió con expresión sombría.

—Mi bebé —sollozó Vanessa—. ¿Tenéis a mi bebé?

—Vayámonos para que descanse.

—No, por favor —pidió ella con voz rasposa—. No me dejéis. Me odiáis todos, lo sé. ¿Por qué no me lo decís? Mi bebé está muerto, ¿verdad?

El doctor Allan indicó con la cabeza a la enfermera que lo siguiera fuera de la habitación; ella le obedeció y cerró silenciosamente la puerta.

Vanessa bregó por recordar algo importante, algo que se le escapaba. Tenía que pensar y recordar una cosa concreta, pero ¿qué?

Entonces un gemido surgió, como en espiral, de lo más profundo de su ser. Evocó el cuerpo sin vida que había levantado de la cuna; oyó el eco de sus propios gritos, que esa noche retumbaron por los pasillos de la Casa Blanca.

—Mi bebé —sollozó—. Mi hijito. ¡Ay, Dios!, lo siento.

Más que debilitarla, la angustia la galvanizó. No estaba segura de su meta, pero sabía que ya no podía quedarse allí tumbada, desvalida. No sintió dolor al arrancar el esparadrapo que aseguraba el tubo del gota a gota al dorso de su mano y, después de quitárselo, contuvo las náuseas y extrajo la aguja de su vena.

Al intentar incorporarse tuvo la impresión de que un yunque le presionaba el pecho y la anclaba a la cama. Recurrió a cada gramo de fuerza que le quedaba y se obligó finalmente a sentarse. La habitación se inclinó, los árboles que veía por la ventana parecían crecer en ángulos de cuarenta y cinco grados. Sufrió arcadas, pero no vomitó.

Su cerebro no era capaz de enviar los mensajes a sus piernas y le costó cinco minutos e increíbles esfuerzos arrastrarlas por encima del borde de la cama, donde se quedaron, colgando, mientras ella contenía las náuseas y las incesantes oleadas de mareo. Finalmente hizo acopio de valor y resistencia para deslizarse apoyada en el colchón y poner los pies en el suelo.

Las piernas no la soportaron, y se desplomó junto a la cama; le costaba respirar y se encontraba demasiado débil para levantarse, demasiado débil hasta para pedir ayuda. Rompió a llorar y deseó estar muerta.

No, ¡maldita fuera!, no iba a ponérselo tan fácil.

Resuelta, decidió impulsarse alternativamente con manos, pies, hombros y talones. Su avance se medía por incrementos diminutos.

Cuando llegó a la puerta se hallaba bañada en sudor y el cabello y el camión se le adherían a la piel. Se hizo un ovillo y descansó un momento, temblando ahora que el sudor se enfriaba.

Por fin alzó la cabeza y miró el pomo, que le pareció tan inalcanzable como la luna. Intentó golpear la puerta, mas apenas consiguió dar unas casi imperceptibles palmadas, de modo que pegó las palmas a la fresca madera y se arrastró hacia arriba, tensando los músculos de brazos y pecho, hasta que logró arrodillarse.

Cogió el pomo con ambas manos y alcanzó a girarlo a la vez que volcaba su peso sobre la puerta, que se abrió de golpe. Cayó sobre el hombro en el pasillo, cosa que lanzó punzadas de dolor por su brazo.

—¡Señora Merritt! ¡Ay, Dios mío! ¡Doctor Allan!

Gritos, el ruido de gente corriendo, unas manos que la cogían por las axilas y la alzaban.

Debilitada, agotada, Vanessa se tambaleó entre los dos agentes secretos, que la llevaron a su cama.

George Allan los apartó a codazos.

—Gracias, caballeros.

—¿Quiere que pida una ambulancia, doctor Allan? —inquirió uno de los agentes.

—No será necesario. —Con un estetoscopio, el médico escuchó los latidos del corazón de la primera dama—. Señora Gaston, ¿podría preparar

otro gota a gota, por favor?

El otro agente preguntó si debía llamar al presidente o al señor Martin y el facultativo contestó que él mismo lo haría en cuanto la señora Merritt se estabilizara. Los dos agentes se retiraron.

—Vamos a atarla de brazos y piernas —ordenó el médico a la enfermera.

—¿No es excesivo?

—No podemos arriesgarnos a que vuelva a bajarse de la cama y se caiga, señora Gaston.

—Yo la ayudaré con gusto si desea levantarse, doctor Allan. De hecho, quizá le hiciera bien moverse un poco. Creo que está demasiado sedada.

—Agradezco sus opiniones —el tono de George lo desmentía—, pero yo sé lo que es mejor para mi paciente. Por favor, siga mis órdenes, que son también las del presidente de Estados Unidos. ¿Queda claro?

—Sí, doctor Allan.

Los ojos de Vanessa estaban cerrados, pero había escuchado casi toda la conversación, aunque le costaba dar sentido a algunas palabras. ¿Por qué no iba a levantarse si lo deseaba?

¿Dónde estaba David?

¿Dónde estaba su padre?

¿Dónde estaba *ella*? Quizá en el infierno.

Nada de quizá, seguro que en el infierno.

—¿Dónde?

—En Wyoming.

—¡Mierda!

Después de darle la mala noticia al presidente, Spence guardó silencio y siguió haciendo *jogging* a su lado. La violencia verbal que siguió a la declaración resultaba, como mínimo, pintoresca. Merritt recurrió a las palabrotas aprendidas de su padre, que había trabajado en los astilleros de Biloxi.

Las raíces populares de Merritt se desvelaron en su primera campaña para el Congreso y, cuando se presentó como candidato para la presidencia, todos los votantes sabían ya que no había vivido rodeado de riqueza y privilegios. Su madre había trabajado como cocinera en una escuela pública, pero aunque su familia percibía dos sueldos, rara vez contaba con suficiente dinero y ni siquiera poseía casa: David Merritt pasó la infancia en una caravana de alquiler en un camping de segunda.

En vez de intentar ocultar la humildad de sus orígenes, el comité de su campaña había presentado a Merritt como la personificación del sueño americano, el Abraham Lincoln del siglo XXI, un hombre que había salvado increíbles obstáculos para ocupar el cargo más importante del mundo. La tutela del senador Armbruster, a quien le había llamado la atención la inteligencia y la resolución de Merritt, lo había ayudado muchísimo.

Lo que no salió a la luz pública fue la ignominia de la pobreza del joven Merritt; pocos sabían que tanto su madre como su padre eran alcohólicos y que había cuidado de sí mismo mucho antes de que el alcohol los matara oportunamente. La única vez que David Merritt se embriagó fue el día en que enterró a su padre y lo hizo para celebrar que se había liberado de dos personas que desdeñaba y despreciaba desde siempre.

Ahora, Spence miró al presidente.

Como de costumbre, su estallido no había durado demasiado y guardaba silencio. Spence había decidido darle la inquietante noticia en este momento porque era un asunto personal y precisaba una absoluta intimidad. En el camino que recorrían cabían pocas probabilidades de que alguien los oyera, incluidos los agentes del servicio secreto, que los seguían a pocos metros de distancia. Sabían que no debían acercarse demasiado cuando el presidente conversaba con Spence, pues todo lo que decían era estrictamente secreto.

—¿Cómo sabes que Barrie Travis ha ido a Wyoming?

El presidente resopló.

—No ha ido a casa desde hace dos días y ha alojado al perro en una perrera.

—No te he preguntado si estaba fuera de la ciudad —espetó Merritt—, sino cómo sabes que ha ido a Wyoming.

Spence no se molestó con el rapapolvo. Para él el mal genio constituía una debilidad, incluso en los presidentes... *especialmente* en los presidentes.

—Mientras estabas en California hablé con el payaso que trabaja con ella. —Le explicó el encuentro con Howie Fripp en el bar del barrio—. Es un imbécil. De todos modos, no creo que sepa adónde ha ido Travis, porque dijo lo mismo a dos agentes del FBI que fueron ayer por la mañana a la cadena de televisión. Según ellos, estaba cagado de miedo y si hubiese sabido algo, lo habría soltado.

—¿Han registrado su casa?

—Oficialmente, no. No tenemos orden ni razón viable para conseguirla.

—¿Y oficiosamente?

—Oficiosamente la registró de arriba abajo el mejor hombre en ese campo —informó Spence con una fría sonrisa—. A él le pareció que Travis intentaba cubrir sus huellas; no encontró un solo apunte, ni un papel, ni un recibo, nada que indicara que se marchaba o adónde iba. Lo que sí halló fueron algunos libros de la biblioteca que no ha devuelto a tiempo, todos ellos se refieren a las enfermedades psicológicas de las mujeres y al SMSL.

Merritt se secó la frente sudorosa.

—Así que sigue con eso.

—Supongo que sí. Localizamos su coche en el aeropuerto, en el aparcamiento de vuelos nacionales, y revisamos todos los registros de pasajeros de todos los vuelos que han salido de allí en los últimos días. No utilizó su verdadero nombre y de momento no ha pagado nada con su tarjeta de crédito.

El presidente dejó de correr y Spence lo imitó. Los agentes del servicio secreto se detuvieron, manteniendo todavía la distancia.

—Se está mostrando realmente paranoica —observó Merritt.

—Exacto. Cuando vimos que su nombre no aparecía en los registros, hablamos con los de las agencias de viajes, hasta que dimos con la persona que le vendió el billete. Travis viajaba con nombre falso y pagó el billete a Jackson Hole en metálico. El empleado de la línea aérea la identificó en cuanto la vio en una fotografía.

—Ha ido a ver a Gray.

—Así es. —La expresión de Spence era tan sombría como la del presidente—. Al menos eso debemos suponer.

Merritt se quedó pensativo.

—Gray odia a los reporteros, no creo que haya querido hablar con ella.

—¿Estás dispuesto a arriesgarte?

—¡Maldita sea! —Merritt se quitó una gota de sudor de la punta de la nariz—. ¿Qué pasa si ya es demasiado tarde? Si ha hablado con Gray, si él se lo ha contado todo...

—Entonces tenemos un problema en potencia.

—Ante un año electoral no podemos permitirnos siquiera un problema «en potencia».

—Estoy de acuerdo. —Spence sostuvo la mirada de Merritt—. Creo que tenemos que garantizar el silencio de esta reportera.

El presidente asintió con la cabeza y se puso a hacer *jogging* de nuevo.

—Haz lo que consideres necesario.

Spence se acopló a su ritmo.

—Me encargaré de esto en seguida.

Capítulo 13

—¡No jodas! ¿El FBI?

—Eso ha dicho Howie.

Barrie se miraba en el espejo mientras hablaba con Daily desde su habitación de motel en Jackson Hole. Estaba muy pálida, ¿sería por la mala iluminación o por el creciente miedo que experimentaba?

—Dos agentes fueron a la WVUE y le hicieron preguntas sobre mí. —La joven le relató todo lo que recordaba de lo que le había explicado Howie—. Según me dijo estaba cagado de miedo. Me contó detalles irrepetibles de sus problemas intestinales.

—No creo que debas tomarte este asunto tan a broma, Barrie.

Otro mecanismo de defensa que había desarrollado Barrie de niña era un sentido del humor sardónico, pero en esta ocasión su ingenio no le ayudó en absoluto a aligerar la gravedad de la situación. Había llamado a Daily con la esperanza de que restara importancia a su preocupación y, sin embargo, él la incrementó.

—¿Qué crees que significa?

—Pues que has puesto nerviosas a ciertas personas.

—¿Qué personas?

—Puede que solo a Dalton Neely. Tus repetidas llamadas deben de haber irritado al secretario de prensa de la Casa Blanca, porque insinúan que no han dicho toda la verdad acerca de la salud de la primera dama, y su modo de indicarte que lo dejes en paz consiste en echarte a los agentes federales.

—¿Y si no...?

—Si no —Daily suspiró— quizá las más altas esferas en el Despacho Oval. ¿Tiene Howie alguna teoría?

—A él y a Jenkins les dijeron que se trataba de una investigación meramente rutinaria y entonces Howie les dijo que mi interés por Vanessa era amistoso y que derivaba de la reciente entrevista.

—¿Se lo creyeron?

—Al parecer sí, y supongo que aquí terminará la historia.

—Probablemente.

Al cabo de un rato, Barrie añadió:

—Daily, estamos diciendo que sí a algo que ninguno de los dos creemos.

Se produjo un silencio casi absoluto, roto únicamente por el resuello de Daily, quien preguntó finalmente:

—Casi lo olvidaba, ¿qué tal estuvo Bondurant?

A Barrie le dio un vuelco el corazón. En efecto, ¿*qué tal* era Bondurant? ¿En la cama o fuera de ella? En la cama era condenadamente fabuloso, fuera de ella...

—Más o menos lo que esperaba: hostil, taciturno.

—No te recibió con los brazos abiertos, ¿eh?

En cierta forma, sí.

—Bueno, no exactamente.

—¿Aclaró algo del tema?

—En absoluto. Pero estoy convencida de que él y Vanessa sentían algo el uno por el otro... o al menos que él estaba enamorado de ella.

—¿Y tú crees que llegaron a hacerlo...?

—Se consumara o no, te aseguro que él está todavía emocionalmente ligado a ella. En un momento en que tenía la guardia baja, lamentó el infierno por el que ella debe de estar pasando. Supongo que se refería a la pena por la muerte de su bebé...

—Nunca supongas nada, Barrie. ¿Acaso no escuchas? ¿No has aprendido nada? Averigua los *hechos*.

—Bueno, no voy a exponerme a otro *round*, si es eso lo que estás sugiriendo. Me dijo que olvidara el reportaje y, en todo caso, que lo olvidara a él, y esto último es lo que pienso hacer. Realizaré mi reportaje, pero sin Bondurant.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, hombre, nada.

¡Dios!, se moriría si Daily se enteraba de cómo había sacrificado su integridad y su objetividad periodísticas a cambio de unos minutos de dicha sexual.

—De acuerdo —repuso Daily en un tono nada convencido—. Es solo que pareces estar muy a la defensiva.

—Me preocupa mi reportaje.

—¿Así que vas a seguir adelante?

—¡Claro que sí! ¿Desde cuándo el jefe de un reportero de menor rango merece la visita del FBI? Cuantas más puertas me cierran, más me convengo

de que alguien tiene algo que ocultar.

—¿Cuándo regresarás?

—Mañana. Seguiré la pista desde Washington. ¿Sabes algo nuevo de Vanessa?

—La misma mierda de siempre.

—Te llamaré mañana por la noche, cuando llegue a casa. ¿Estás bien?

—Estoy bien. No te preocupes. —No parecía estarlo—. Barrie... si te has topado con algo realmente feo... bueno, cuídate, ¿de acuerdo?

Su preocupación la conmovió e hizo que lo echara de menos. Aun después de colgar mantuvo la mano sobre el auricular, pues no le apetecía romper el contacto emocional. Más que un amigo, Daily era un familiar; se había comportado como un padre para ella, mejor incluso que el suyo de verdad.

Cansada, fue al cuarto de baño y empezó a desvestirse. El espejo que había sobre el lavabo no resultó más amable que el del tocador del dormitorio. Estaba horrorosa. Hacía treinta y seis horas que se había maquillado y los restos se habían incrustado en las finas arrugas en torno a sus ojos, que parecían hundirse más cada día. Tenía treinta y tres años. ¿Cómo estaría a los cuarenta y tres? ¿Y a los cincuenta y tres? No tenía con quién compararse, pues su madre no había vivido tanto.

Descorrió la cortina de la ducha y abrió el grifo. Chilló cuando el agua le tocó el pecho y miró hacia abajo para ver qué causaba el escozor. En sus senos había ligeras abrasiones rosas causadas por una barba rasposa.

¡Dios!, ¿qué había hecho?

Metió la cabeza bajo el chorro de agua con la esperanza de que la presión de la ducha sacara a golpes el recuerdo de Gray Bondurant. Desnudo, era delgado, fuerte y ágil. Su cuerpo no tenía la suave perfección de la juventud, había experimentado cierto desgaste, pero las marcas y los surcos lo volvían mucho más atractivo, de la misma manera que las canosas patillas y las arrugas alrededor de los ojos hacían más interesante su cara.

Necesitaba descansar, se dijo mientras se enjabonaba el cabello. El cansancio y el estrés la estaban volviendo emocionalmente frágil y demasiado meditabunda. Primero acerca de Daily, luego acerca de sus padres y ahora acerca de un hombre alto, ágil, de ojos azules y boca cruel.

¿No te quería tu papá?

No, señor Bondurant, no me quería, ni tampoco amaba a mi madre.

Si la hubiera amado, ¿por qué le iba a ser infiel? ¿Por qué iba a cometer adulterio todo el tiempo que estuvo casado? ¿Por qué iba a mentir y a negar las acusaciones de su madre? ¿Por qué iba a provocar las vituperantes riñas a

grito pelado que habían llenado de dolor y terror las noches de Barrie? ¿Por qué iba a seguir torturando a su familia con sus aventuras hasta que murió de un infarto en la habitación de un hotel en Las Vegas, mientras el pimpollo del mes le untaba los genitales con un gel afrodisíaco con sabor a coco? Ni siquiera fue lo bastante considerado como para palmarla decentemente.

¿Y qué había hecho su estúpida madre? ¿Acaso le había reprochado haber roto los votos matrimoniales? ¿Lo había insultado por no prestar atención a su hija, por estar demasiado ocupado follando para reparar en la transformación de una niña en una joven adulta? ¿Había vociferado, acusándolo de ser el padre menos afectuoso y atento de la historia de la humanidad? Incluso después de muerto, ¿le había dicho a alguien que era un soberano hijo de puta y que siempre lo había sido?

No. Lo enterró a lo grande y luego, incapaz de imaginarse la vida sin él, fue a casa y se tragó un frasco entero de pastillas.

En una semana, dos entierros.

Sí, señor Bondurant, no cabe duda, dio usted en el blanco.

Barrie salió de la ducha y cogió una toalla. Había leído muchos libros de psicología y escuchado los programas de entrevistas que trataban el tema. Sabía que las chicas rechazadas por sus padres solían acabar de dos formas: se convertían en ninfómanas y, fuera como fuese, buscaban el amor y la atención de cualquier hombre que encontraban, o bien rechazaban del todo a los hombres y preferían normalmente a otras mujeres.

Barrie no había hecho ni lo uno ni lo otro.

Ella no era una mujerzuela deseosa de atención masculina que se valorara exclusivamente en función de esta. Pero tampoco había seguido el otro camino. Solo los hombres despertaban su apetencia sexual y cuando se hallaba con uno que se le antojaba físicamente atractivo, en cierto modo encantador y relativamente inteligente, disfrutaba mucho del sexo. Su única regla inquebrantable consistía en que ella era la que fijaba la hora, el lugar y los parámetros de la relación. Es decir, era ella la que llevaba las riendas.

Hasta el episodio sexual de esta mañana.

Era la primera vez que había perdido tanto el control. Esa clase de zambullida inconsciente, despreocupada y temeraria en la pasión resultaba peligrosa para la psique. Como prueba bastaba un botón: su madre. Barrie había jurado que no repetiría el fatal error de su madre, o sea, amar ciegamente y dejar que denigraran ese amor.

Barrie compartía su cuerpo cuando lo permitían el deseo y las circunstancias, pero tenía muy claro que no dejaría que jodieran su cabeza y

aún menos su corazón.

Gray despertó justo a tiempo de ver cómo la almohada descendía sobre su cara.

Instintivamente intentó coger la pistola que guardaba debajo de su almohada, pero unas rodillas le sujetaban los brazos, y su asaltante se había sentado a horcajadas sobre su pecho. Gray se retorció, forcejeó, arqueó el cuerpo y trató de inspirar el aire inexistente.

Y el cabrón se reía.

Gray reconoció la risa una fracción de segundo antes de que la almohada se apartara violentamente. La cara de Spencer Martin se hallaba suspendida sobre él, sonriendo malévolamente.

—Esto de estar en la frontera te está reblandeciendo, viejo.

Gray se lo quitó bruscamente de encima y rodando sobre sí mismo saltó de la cama.

—Maldito chiflado, podría haberte matado.

—¿No será al revés? —Spence continuaba riendo—. Yo pude haberte matado a *ti*.

—¿Qué demonios haces aquí, metiéndote a hurtadillas en mi casa? ¿A qué juegas? ¡Dios!, ¿qué hora es? Tengo que hacer pis.

—Yo también me alegro de verte, Gray. —Spence lo siguió hasta la puerta del cuarto de baño—. Has perdido unos kilos.

Gray cogió unos tejanos que tenía colgados detrás de la puerta. Mientras se los ponía, estudió a su excolega.

—Y tú has ganado unos cuantos. Seguro que el chef de la Casa Blanca todavía sabe cocinar.

Spence conservó esa sonrisa que rara vez esbozada.

—¿Sabes lo que más he echado de menos desde que te fuiste?

—¿Mi encanto?

—Tu falta de encanto. Conmigo casi todo el mundo es servil. Soy el asesor en quien más confía el presidente y su mejor amigo y, sin importar cuán mal educado soy, la gente hace lo que sea por besarme el culo. Pero tú no, Gray, tú tratas a todo el mundo igual. Como una mierda.

—¿Por eso has venido? ¿Porque me echas de menos?

Gray había atravesado la casa y entrado en la cocina, seguido de Spence. Solo contaba con un reloj, y este se encontraba sobre la cocina. Miró la hora... pronto amanecería. Habían transcurrido veinticuatro horas desde su

encuentro con Barrie en esta estancia y la inquietante simetría del hecho no le pasó por alto.

—Nunca fuiste muy divertido, Gray, pero convenía tenerte cerca, eras útil.

Gray le lanzó una mirada significativa.

—Sí, ¿verdad? Estuve allí cuando más me necesitaste. —Sostuvo su mirada unos tensos segundos antes de darle la espalda—. ¿Te apetece un café?

—Por favor. ¿Tienes algo de comer?

Gray preparó un abundante desayuno semejante al que le había dado a Barrie el día anterior. Lo único que rompía el silencio mientras comían era el tintineo de los cubiertos al tocar los platos. Al cabo de un rato, Spence preguntó:

—¿Es siempre así?

—¿Cómo?

—Tan silencioso.

—No. —Gray tomó un sorbo de café—. Por lo general lo es más... no hay nadie hablando.

—Gray el solitario. El héroe fuerte, silencioso y leal que nunca sonríe, que evitó la publicidad y que prefirió vivir retirado. ¡Joder! Serías un buen tema para crear una leyenda. ¿Quién sabe? Puede que dentro de cien años los escolares canten canciones populares sobre ti.

Gray guardó silencio.

Tras la misión de rescate de los rehenes, varios editores y productores de cine se pusieron en contacto con él, deseosos de convertir su aventura en entretenimiento; le ofrecieron ingentes sumas de dinero, pero él nunca se sintió tentado. Había ahorrado lo suficiente para comprarse esta propiedad y vivir cómodamente el resto de su vida. Lo único que deseaba era salir de Washington cuanto antes y lo había hecho.

Quitó los platos de la mesa, regresó con la jarra de café y sirvió otra taza para cada uno. Finalmente volvió al tema original, o sea, la razón por la cual Spence había viajado a Wyoming.

—Por ti. Así de sencillo. David me envió a Seattle a cumplir un encargo y se me ocurrió que, como tenía que volar por aquí, podía venir a verte.

Quizá David le había encargado una misión, pero nada de lo que hacía Spence era sencillo; cada uno de sus actos obedecía a múltiples motivos. Así se cubría. Se retiraba a posiciones alternativas si algo de lo que hacía se hallaba sometido a algún control inherente al sistema federal.

Spence había sido el mejor, incuestionablemente, de toda la división de infantería y reconocimiento a la que pertenecían. Era perfecto en todo: armamento, información, supervivencia. No conocía el significado de la palabra miedo, era una máquina. A Gray no le habría sorprendido encontrar en su cráneo un ordenador en lugar del cerebro, o un motor en su pecho, en lugar del corazón.

Sabía con toda certeza que el hombre que se sentaba frente a él no tenía alma.

—Mientes, Spence.

Spencer Martin ni siquiera parpadeó.

—¡Puedes jurarlo! Y te aseguro que estoy encantado de que me hayas pillado, Gray. No has perdido tu sagacidad ni tu perspicacia. —Se inclinó—. Quiere que regreses.

Pese a su sorpresa, Gray conservó la calma.

—David te necesita en Washington —insistió Spence.

—¡Y un cuerno!

—Escúchame. —Spence alzó ambas manos con las palmas hacia afuera—. Es un hombre orgulloso. ¡Diablos, no hace falta que te lo diga! Ya sabes que es obstinado y resuelto y que lo que más le cuesta es ceder o disculparse cuando se ha equivocado.

—De modo que te envió para que tú lo hicieras por él.

—No me estoy rebajando, pero te pido, de parte de David, que lleves tu culo a Washington, donde pertenece.

—Mi culo pertenece aquí, donde está.

Spence echó una mirada al espectacular paisaje que se veía al otro lado de las ventanas.

—Tú no eres un guardabosques, Gray.

—Me gustan las montañas.

—A mí también, son maravillosas, para hacer alpinismo o para esquiar. Conserva este lugar para las vacaciones, pero regresa conmigo a Washington. El presidente te necesita, yo te necesito, el país te necesita.

—Menudo discursito tan conmovedor. ¿Quién te lo redactó? ¿Neely?

—Hablo en serio.

—¿Que el país me necesita? —Gray resopló—. Corta el rollo. Al *país* le tiene sin cuidado que esté vivo o muerto. Hice lo que me entrenaron para hacer. Mi país no me pidió más y ciertamente yo tampoco se lo pedí a él. Y así debe ser.

—De acuerdo, olvida lo del deber patriótico. ¿Qué hay de David?

—¡Diablos! Él tampoco me necesita, su puntuación en las encuestas está altísima. El otro partido sacrificará a un pobre infeliz para que se presente contra él el próximo año pero será un costoso e inútil ejercicio, porque David tendrá su segundo mandato. No me necesita absolutamente para nada.

—No es cierto.

Spence se levantó, se estiró y miró por la ventana. El sol había salido y la vista resultaba espectacular. La nieve en los picos parecía salpicada de oro.

—Este asunto con Vanessa es una granada que podría estallarnos en las manos —observó Spence.

—¿Qué asunto?

Spencer se volvió hacia Gray.

—La muerte del bebé. Está totalmente flipada.

—Cualquier madre lo estaría.

Spence negó con la cabeza.

—Es más que eso. La pena ha agudizado su otro problema. No se la puede dejar sola. —Le explicó que se encontraba en Highpoint bajo los cuidados del doctor Allan y una enfermera la vigilaba las veinticuatro horas del día—. David tiene miedo de que cometa alguna locura.

—¿Como herirse?

—Quién sabe. En todo caso, David cree que, si regresas podrías tener un efecto estabilizador en ella.

—Tiene mucha más fe de lo que mi capacidad de curar merece. Además, si él no puede ejercer influencia en su esposa, ¿qué espera que haga yo?

—Que hagas desaparecer las nuevas habladurías acerca de su matrimonio —contestó abiertamente Spence—. Vanessa ha estado fuera mucho tiempo últimamente y ya sabes cómo es la gente... Han empezado a circular algunos rumores. Un buen matrimonio ayudaría mucho a la hora de reelegir a David pero un matrimonio deteriorado sería desastroso. Si regresaras, los rumores terminarían de una vez. Puede que David sea un hombre indulgente, pero nunca volvería a contratar a un hombre que hubiese sido amante de su esposa.

Los dientes de Gray rechinaban tanto que le dolía la mandíbula y tenía los puños fuertemente apretados debajo de la mesa.

—Y por si no tuviéramos bastante, ha aparecido esa reportera y lo ha complicado todo —prosiguió Spence—. Ha estado haciendo preguntas demasiado personales. Se llama Barrie Travis y sus credenciales no son impresionantes. —Puso el brazo sobre el ordenador portátil que siempre llevaba consigo y resumió el historial profesional de la joven—. Pero desde que Vanessa le concedió la entrevista, se ha hecho pasar por la mejor amiga y

confidente de la primera dama. No es más que una chiflada, pero a veces las balas perdidas son las más peligrosas.

—Es una amenaza. Estuvo aquí.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

—Ayer.

Spence volvió su silla y se frotó la cara con las manos.

—Creíamos que se había limitado a husmear en Washington, pero si te ha buscado a ti, va en serio.

—¡Oh, sí, va en serio! Tiene la mochila llena de artículos publicados en la prensa amarilla sobre mí y Vanessa. Había hecho sus deberes y se había dispuesto a conseguir las pruebas. Le dije que no tenía nada que decir acerca de los Merritt y que no me interesaba lo que ella pudiera saber de ellos.

—¿Dijo algo?

Gray rio socarronamente.

—Prepárate para esto, colega. Cree que Vanessa mató al bebé y fingió que se trataba de muerte en la cuna.

—Espero que estés bromeando.

—¿Alguna vez me has visto bromear?

—¡Dios mío! —susurró Spence—. Sabíamos que iba totalmente desencaminada, pero... ¿De veras cree que Vanessa pudo hacer eso? Es escandaloso.

—Claro que sí.

—No hace falta que te diga cuánto daño causaría Barrie Travis si llegara a filtrar algo así, no solo a David y a la campaña del próximo año, sino también a Vanessa, que está muy frágil ahora. George ha tenido que aumentarle la dosis de la medicación para conservar su equilibrio mental. Se ha encariñado mucho con la bebida, y eso agrava el problema. Si la teoría de Travis se hiciera pública, Vanessa se derrumbaría totalmente.

Gray se imaginó la mente de Spence, haciendo *clic clic* en Su recorrido por la única vía que conocía: la de la protección y preservación de la presidencia para David y, por tanto, para sí mismo.

—¿Dónde está ahora la tía esa?

Gray se encogió de hombros.

—Rumbo a Washington, supongo. Le dije que se perdiera.

Spence se había puesto nuevamente en pie.

—Más vale que llame a Washington. David querrá oír esto en seguida.

—El teléfono está en la mesita de noche del dormitorio.

—Gracias. Por cierto, el desayuno estaba buenísimo —comentó Spence mirando sobre su hombro al salir de la estancia.

Mientras limpiaba la cocina, Gray encendió la radio para oír las noticias y el parte meteorológico. Guardó metódicamente los productos perecederos en la nevera y los demás en el armario.

Mientras lo hacía, se dirigió al cajón donde guardaba algunos utensilios de cocina y cambió una espátula de mango largo por una Beretta.

Entonces abrió el grifo y llenó el fregadero de agua caliente con jabón y sumió en ella los platos sucios. Se puso a lavarlos inmediatamente, pero no apartó la vista ni un momento de la tostadora. Cuando la superficie cromada reflejó un movimiento a sus espaldas, se sacó la pistola de la cinturilla, giró en redondo y disparó.

La espuma del jabón que goteaba de la mano que sostenía el arma cayó al suelo.

Capítulo 14

El vuelo de Barrie a Washington resultó largo y turbulento. El aeropuerto era tan caótico como un bazar turco, y cuando consiguió sacar el coche del aparcamiento y llegó a la cadena de televisión, tenía los nervios de punta. Esperaba entrar a hurtadillas, comprobar si había correspondencia y mensajes en su escritorio y salir sin que nadie advirtiera su presencia.

Aunque en su buzón electrónico no aparecía ningún mensaje, en su contestador automático tenía cuatro: dos de conocidos, uno de la tintorería, informándole de que no podían quitar la mancha de su blusa, y el último de Charlene la chiflada, que exigía saber por qué no había contestado Barrie a sus llamadas anteriores.

Barrie se preguntó cuál sería la última noticia de Charlene: ¿una infiltración de terroristas en los *boy-scouts*, actividad mafiosa entre los esquimales, la presencia de cianuro en las cajas de Corn Flakes?

—Pobrecita —murmuró a la vez que borraba los mensajes—. Probablemente se siente sola y quiere hablar con alguien.

—¿Quién?

—¡Maldita sea, Howie! —se quejó, y giró su silla—. ¿Acaso te produce una excitación enfermiza acercarte furtivamente a la gente y darle un susto de muerte?

—No te habrías sobresaltado si no te sintieses culpable.

—No empieces... estoy de muy mal humor.

—¿Tú estás de mal humor? —exclamó Howie con voz aguda—. ¿Qué hay de mí? Yo fui el que te cubrió cuando vinieron los federales, es a mí a quien mentiste y me hiciste quedar como un tonto con Jenkins con aquel rollo del memorándum.

—Lo siento, Howie, de veras, no te habría mentido si no hubiera sido necesario.

Barrie se puso en pie, dispuesta a irse, pero él le cortó el paso.

—¿Qué estás investigando, Barrie? Dímelo.

—No hasta que tenga más información.

—¿Por qué no llevaste a un cámara contigo?

Barrie se había preguntado cuándo se iba a dar cuenta el gran Einstein de que no había pedido que la acompañara un cámara de vídeo en su persecución del gran reportaje. ¿Qué era un reportaje televisivo sin imágenes?

—Habría sido prematuro. Cuando alguien esté dispuesto a declarar algo frente a las cámaras, serás el primero en saberlo.

La expresión de Howie se volvía más malvada por momentos.

—Me quedan pocos años para jubilarme y si crees que voy a perder mi pensión por tu culpa, estás muy equivocada. Ya de por sí suponías un gran riesgo, pero decidí darte una oportunidad y me la jugué por ti.

—Y te estaré eternamente agradecida. Acabo de cruzar la línea divisoria del continente y dos husos horarios, me siento cansada, irritable y nada fresca en cuanto a higiene. Voy a recoger a mi perro y después iré a casa y me acostaré. Buenas noches.

La joven se apretujó contra la mampara y pasó frente a él.

—De acuerdo, estás cavando tu propia tumba. Pero no creas que voy a caer contigo. Es la última vez que me dejas acusar por ti. ¡Y estás horrible! — le soltó cuando ella ya no podía oírle.

Jugueteó con la idea de dejar a *Cronkite* en la perrera esa noche, pero decidió que precisaba compañía. Además, no quería confinarlo más tiempo del necesario.

Llegó a la perrera unos minutos antes de la hora de cerrar y tanto el personal como *Cronkite* se sintieron encantados de verla.

—Se porta bien, pero está terriblemente mimado —observó la joven cuando le entregó a *Cronkite*.

—Sí, lo sé, pero es un príncipe.

Barrie se arrodilló y mesó el pelo del animal mientras él le lamía la cara con entusiasmo. Su exaltación no aminoró camino de casa.

—Te prometo un festín en cuanto entremos —le dijo la reportera al bajar del coche—. Pero, por favor, cálmate.

Puesto que había un coche frente a su casa había tenido que contentarse con aparcar a media manzana.

—¡*Cronkite*, por favor!

Cuarenta kilos de perro tiraron de la correa. A sabiendas de que se hallaba cerca de casa, donde lo esperaba un gran manjar, *Cronkite* se puso casi frenético.

Barrie quitó la correa del collar. O hacía eso o se dejaba arrastrar por él. Una vez libre, *Cronkite* saltó y permaneció en el aire una milésima de segundo, antes de echar correr, brincando calle abajo; sus garras hacían *clic-clic* en el pavimento.

—Entra por tu puerta —le gritó Barrie.

Se asomó por la portezuela trasera del vehículo para sacar su bolso y su equipaje.

La fuerza del estallido la golpeó como una mano gigantesca y la hizo caer hacia atrás.

Una inmensa bola de fuego se elevó hacia el cielo nocturno y cubrió el barrio entero con el horripilante brillo rojo del infierno.

—¡Aydiosmíodiosmíodiosmío!

Logró ponerse a cuatro patas y por unos segundos no pudo sino mirar, boquiabierta, el desastre que se estaba produciendo a media manzana de allí, donde había estado su casa, de la que salían espirales de humo que ocultaban una luna en cuarto menguante. Durante un rato la conmoción le impidió moverse, mas una oleada de adrenalina surtió efecto. Se levantó y, tambaleándose como un borracho, fue dando bandazos y trompicones acera abajo.

—¡*Cronkite!* —su grito era poco más que un graznido—. ¡*Cronkite!* ¡Ven, chico, ven!

No reparó en el calor cuando cruzó el sendero de ladrillos que llevaba a la puerta de su casa.

—¡Señora!, ¿está loca?

Unas manos la cogieron por detrás y la detuvieron.

—Que alguien me ayude —gritó un hombre—, está tratando de entrar.

Entonces varios pares de manos le impidieron seguir adelante. Barrie forcejeó sin éxito. La arrastraron al otro lado de la calle, al césped de un vecino, alejándola del peligro. Ella trató de hacerse entender, aunque solo acertaba a sollozar.

—*Cronkite. Cronkite.*

—Creo que *Cronkite* es su perro.

—Ya no, si estaba en esa casa...

—¿Sabe alguien qué ha ocurrido?

—¿De quién era la casa?

Barrie apenas oía las voces a su alrededor. De las casas salían vecinos y la acera y la calle pronto se atestaron de mirones. Se oyó el chillido de las sirenas a lo lejos.

En cuanto sus bienintencionados vecinos estuvieron seguros de que Barrie no iba a irrumpir en la conflagración la soltaron y se alejaron para contemplar el fuego más de cerca. Por su parte, ella se escondió en los setos que separaban ese jardín del vecino y observó, cómo se desintegraba su propiedad. Nadie le prestó atención; los mirones charlaban los unos con los otros, intentando ordenar las secuencias del acontecimiento.

—Ya vienen los coches de bomberos. ¿Podrán pasar?

—Espero que rocíen nuestros tejados.

—¿Había alguien adentro?

—Solo un animal doméstico. Alguien ha dicho que el perro de la propietaria...

Sin que nadie la oyera, Barrie gimió.

—¡*Cronkite!*

Fue la última palabra que pronunció antes de que una mano grande le tapara la boca y tirara de ella hacia atrás, a través de los setos...

Trató de gritar, pero la presión de la mano en su boca aumentó. Barrie enterró los talones en el jardín trasero del vecino, mas su captor la levantó bruscamente. En cuanto llegaron al callejón detrás de la casa, le pateó espinillas, tan fuerte que él aflojó la mano, aunque solo estuvo libre el tiempo suficiente para caer y raspase las rodillas en el pavimento. Gritó, aunque no la habrían oído por encima del estrépito y la confusión del gentío y de los vehículos de los bomberos.

Se esforzó por recuperar el equilibrio y el hombre volvió a levantarla con un abrazo que le cortó el aliento.

—Cierre el pico o tendré que hacerle daño.

Como lo creyó, Barrie ya no opuso resistencia y se dejó arrastrar por otro jardín, otro callejón y otro jardín. Finalmente llegaron a un coche aparcado a dos manzanas del suyo.

Cuando su secuestrador fue a coger la manija de la portezuela, le mordió con fuerza el pulpejo de la palma y le clavó el codo en la panza. El hombre se encogió y gruñó, soltando un taco. Barrie echó a correr a toda velocidad, si bien su libertad no duró, pues él le agarró un puñado de cabellos y la paró en seco.

La giró bruscamente y la zarandó con tal fuerza que Barrie temió romperse.

—Deje de luchar contra mí, ¡maldita sea!, estoy tratando de mantenerla viva.

Cuando su cerebro dejó de zangolotearse, Barrie se dio cuenta de que se encontraba en compañía de Gray Bondurant.

—¿Tiene sus gafas?

Gray conducía rumbo a un suburbio del estado de Maryland; lo hacía con habilidad, con seguridad y sin exceder el límite de velocidad. Lo último que deseaba era que los detuvieran para ponerles una rutinaria multa de tráfico. Pasadas unas manzanas miró por el retrovisor para asegurarse de que nadie los seguía. Todavía no lo buscaban.

Al darse cuenta de que su pasajera no había captado su pregunta, la observó de reojo. Ella tenía la vista clavada en el parabrisas, atontada.

—¿Tiene sus gafas? —repitió.

Barrie se volvió hacia él, lo miró con expresión vacía y finalmente asintió con la cabeza. Sin saber cómo, había logrado mantener el bolso colgado del hombro.

—Quítese las lentes de contacto y póngase las gafas.

Barrie se pasó la lengua por los labios y tragó saliva.

—¿Cómo sabía...?

—Lo sé. Haga lo que le he dicho y métase el cabello debajo de esa gorra de béisbol.

La gorra que había traído consigo se hallaba en el asiento entre ellos.

—¿Qué...? ¿Por qué...?

—Porque no quiero correr el riesgo de que la reconozcan.

—¿Quién?

—Los tipos que hicieron saltar su casa por los aires, ¿quién cree?

—Mi perro está muerto.

Se le quebró la voz. Los faros de un coche que se aproximaba a ellos en sentido contrario se reflejaron en sus ojos lacrimosos; rompió a llorar silenciosamente. Gray se hizo el cobarde y no dijo nada; no sabía qué podía decirle para consolarla, además no era muy bueno para eso. Pensó que era preferible que llorara a que actuara como una zombi.

Continuó conduciendo, dejándose llevar por el flujo, tanto de las lágrimas como de los coches. Cuando Barrie se tranquilizó por fin, metió el coche en el aparcamiento de un café que estaba abierto las veinticuatro horas del día.

—Tenemos mucho de qué hablar y no podemos entrar si va a desmoronarse y atraer la atención de la gente.

Permaneció quieto mientras ella se quitaba las lentes de contacto y se ponía las gafas. La había visto al revisar su bolso cuando la descubrió durmiendo en su sofá.

—¿Tiene pañuelo?

—No.

Barrie se limpió la nariz con la manga.

—Entonces estoy preparada, pero olvídense de la gorra, nadie me reconocerá.

Antes de que él pudiera impedirselo, había abierto la portezuela y había salido. La alcanzó en el momento en que la saludaba la sonriente camarera, que los acompañó a un reservado. Rechazó la glaseada carta.

—Café nada más, por favor.

Se trataba de un lugar bien iluminado y tan solo había unas cuantas mesas ocupadas por otras personas. Una mujer fregaba el suelo de una sección separada por un cordón con una solución cuyo poderoso olor casi superaba el del jamón frito y el del jarabe para tortitas.

—Señor Bondurant, ¿cómo es que me ha secuestrado segundos después de que mi casa estallara?

Él no contestó hasta que la camarera les hubo servido el calé y se hubo retirado.

—No lo hice yo, si eso es lo que está sugiriendo.

—Eso es, exactamente, lo que estoy sugiriendo.

—Pues se equivoca. —Gray miró su café y añadió—: Lamento mucho lo de su perro.

—Y esto lo dice un hombre que ni siquiera pone nombre a sus caballos.

—Mire, le hice un favor al sacarla a rastras de allí.

—Pero ¿por qué a *rastras*? ¿Por qué no se limitó a acompañarme?

—Porque no estaba en condiciones de entrar en razón, tenía que sacarla de allí y fue el modo más rápido que se me ocurrió. Pensé que irían a por usted, y no me equivocaba, pero si quiere que nos separemos ahora mismo, a mí me da igual.

—¡No sé de qué habla! —exclamó la joven, pero en voz baja para no llamar la atención.

—Entonces, ¿por qué no cierra el pico y deja que se lo explique?

Barrie se apoyó contra el respaldo de vinilo del asiento y se cruzó de brazos.

Gray tomó unos sorbos de café.

—Primero, quiero saber exactamente qué ha ocurrido.

—Podemos suponer que *Brinkley*... —Se equivocó de periodista y nombró a otro, de la misma época e igualmente famoso, pero de otra cadena.

—*Cronkite*.

—Que *Cronkite* entró en casa antes que usted.

—Hay... *había* una entrada para él en la puerta trasera.

—¿Por allí entraba normalmente, por atrás?

—Normalmente sí.

—Entonces es probable que pusieran una trampa en esa puerta.

Barrie se inclinó sobre la mesa.

—¿*Quiénes*? ¿Y qué hace usted aquí? ¿Por qué me siguió a Washington? Porque me siguió, ¿verdad?

—Vine a advertirle de que había hecho las preguntas equivocadas a las personas equivocadas y de que está siguiendo la pista de una noticia que el presidente no puede dejar salir a la luz.

Barrie palideció aún más y, nerviosa, se mordió el labio inferior.

—¿Cómo lo sabe?

—Menos de veinticuatro horas después de irse usted me visitó Spencer Martin.

—¿No ocupa algún cargo en la Casa Blanca?

—Podría decirse que sí. Después de David Merritt es el hombre más poderoso del país.

—Entonces, ¿por qué no se le ve y oye más?

—Porque no quiere que se le vea y se le oiga. Se mueve por los pasillos de la Casa Blanca como un fantasma, pues su anonimato le da aún más poder. No aparece mucho, pero es el principal asesor de Merritt.

—No está al corriente, señor Bondurant, el principal asesor del presidente es...

—Olvídese de Frank Montgomery, ese no es más que un testaferro, un lacayo. Cuando Merritt le echa un hueso, él va a buscarlo. Tiene un cargo, un despacho bonito y privilegios, pero Spence es el *alter ego* de David, y David ni siquiera va al lavabo sin consultarlo primero con él. Spence ha intervenido en todas las decisiones, indiferentemente de lo importantes o insignificantes que sean, que el presidente haya tenido que tomar. Es lo que puede llamarse un facilitador.

—¿Qué facilita?

—Tareas.

Barrie arqueó una ceja.

—Tareas que podrían comprometer al presidente si se ocupara personalmente de ellas.

No tuvo que deletreárselo.

—En otras palabras, existen zonas oscuras en las tareas que Spencer Martin hace para el presidente y usted lo sabe porque también fue...

—Facilitador.

—Entiendo.

Los ojos que lo miraban a través de las gafas eran como espejos de su conciencia.

—Pero renuncié. Hacía más de un año que no lo veía, ni sabía nada de él... desde que me marché de Washington... y se presentó en mi casa un día después de irse usted.

—¿Pura coincidencia?

—No, vino a verme porque se imaginaba... o sabía... que usted había estado allí, haciéndome preguntas acerca de Vanessa.

—¿Qué le dijo usted? De mí.

Gray entendió por qué se lo preguntaba: quería saber si había alardeado con su amigote de su última conquista sexual. En la mano que Barrie le había mordido sentía unas condenadas punzadas. Segundos después de conocerse, le había propinado una bofetada. En muchos aspectos, Barrie Travis era valiente y temeraria, pero ahora parecía sumamente vulnerable y, ¡diablos!, acababan de matar a su perro, de modo que renunció a esa inmejorable oportunidad de abochornarla.

—Le dije que había ido a husmear, que tenía la loca idea de que Vanessa había matado a su hijo y había hecho pasar el asesinato por SMSL.

—¿Le dijo eso? —exclamó la chica—. No me sorprende que hayan quemado mi casa.

—Si hubiese negado que sabía algo, se habría dado cuenta de que mentía; tuve que seguirle la corriente. Pero en seguida adiviné que usted había descubierto algo, si no, ¿por qué iba a estar tan nervioso como para ir hasta Wyoming con el fin de investigar lo que ya sabía?

—¿Está absolutamente seguro de que lo visitó por eso?

—Sí. En el bolsillo de su americana había un billete de avión de ida y vuelta, de Washington a Jackson Hole.

—¿Y qué?

—Que Spence me dijo que iba a Seattle por un encargo del presidente. Para algo así, habría viajado en un avión del gobierno. Además, había comprado el billete con un nombre falso y en Jackson Hole alquiló un coche

con otro nombre falso. No tenía intenciones de ir a Seattle. No, señorita Travis, no era una visita de cumplido. Su reportaje supone una enorme amenaza para la presidencia, y harán lo que sea para evitar que lo saque a la luz.

—¡Dios mío! —susurró Barrie, y se tocó los labios con dedos exangües—. Empiezo a asimilarlo. Yo tenía razón. Ese bebé no murió de SMSL.

—¿Cuándo lo sospechó por primera vez? —Barrie tenía la vista perdida en un punto indeterminado—. Señorita Travis...

—Lo siento. —La joven se frotó las sienes—. Oír mi hipótesis en palabras de otra persona la hace más *real*. Las implicaciones son asombrosas... y espantosas.

—Especialmente para el hombre que vive en la Casa Blanca. Contésteme. ¿Cuándo sospechó por primera vez que algo iba mal?

—Vanessa me llamó, así como así, y me pidió que me encontrara con ella. Me di cuenta en seguida de que se estaba controlando por pura fuerza de voluntad.

Barrie le contó todo lo ocurrido después de ese primer encuentro y le explicó lo que había hecho para producir el reportaje. Gray la escuchó atentamente.

—La vi... la entrevista a Vanessa.

—La Vanessa Merritt que habló frente a las cámaras era totalmente diferente de la mujer absolutamente desdichada con quien estuve unas semanas antes.

—No es de sorprender. Vanessa es una maníacodepresiva.

Gray observó cómo sus labios carnosos se abrían por el asombro.

—¿Está seguro? ¿Cuándo se lo diagnosticaron?

—Hace mucho, poco después de que se casaran, creo.

Barrie se había quedado obviamente pasmada.

—¿Cómo han logrado mantener eso en secreto tantos años?

—Porque la someten a un tratamiento y está muy bien controlada. En sus episodios de exaltación es excelente haciendo campaña, siempre animada y dispuesta. Por supuesto, le administran litio para controlar sus cambios de humor, y solo los perciben quienes la conocen bien. Cuando está medicada funciona estupendamente. Una de las verdades que dijo Spence es que la muerte del bebé la ha desequilibrado. En cuanto la vi en la tele supe que sucedía algo terrible —concluyó.

—Así que usted la conoce bien.

—Conozco mejor a David —afirmó Gray intentando esquivar el misil.

—¿De verdad cree que él y su principal asesor son los responsables de que mi casa saltara por los aires?

—¿No me ha escuchado? ¡Diablos, claro que lo creo! Spence debió de dejarlo todo arreglado antes de irse de Jackson Hole. Cuando descubran esta noche que la única víctima fue su perro, tratarán de deshacerse de usted por otro medio.

Barrie se quedó más blanca que la leche. Poco después inspiró profundamente y habló con voz más ronca que de costumbre.

—Me está diciendo que mi vida no vale ni el papel en que se registró.

—Básicamente, sí.

La joven descansó la frente en la palma de la mano.

—Creo que voy a vomitar.

—No lo haga —espetó Gray—. No podemos hacer un numerito. Respire por la boca.

Gray permaneció tenso hasta que desaparecieron las náuseas de Barrie, quien, al cabo de un rato, pidió un vaso de agua. Gray le hizo una señal a la camarera, que se fijó en que Barrie se sentía mal.

—¿Está bien?

—Náuseas matutinas. —Gray pensó que debía de parecer un mentecato con la sonrisa que había esbozado—. Pero le dan de noche.

—Se le pasará en unos meses, cariño. ¿De cuánto está?

—Este...

—Tres —replicó Gray.

La camarera dio unas palmaditas en el hombro de Barrie y le ofreció una taza de té caliente.

—Se pondrá bien en seguida —le dijo Gray—. Gracias.

La mujer se alejó algo más tranquila. Barrie tomó vados sorbos de agua.

—Miente muy bien.

—Usted no.

—Lo sé.

Gray se percató de que la joven seguía conmocionada y que podría echarse a llorar en cualquier momento.

—Lo he metido en esto, ¿verdad?, señor Bondurant.

Él se encogió de hombros despreocupado.

—Sí que lo he hecho —insistió con voz trémula—. Fui a verle y ahora su vida también corre peligro. Comparte la información que no pueden dejar que se cuente.

Cuanto más hablaba, más se angustiaba.

—Se ha arriesgado mucho al venir. Debió quedarse en Wyoming. Si regresa a casa ahora, tal vez se olviden de que lo sabe y crean que me ha echado a patadas.

Su ingenuidad divirtió a Gray, quien, no obstante, mantuvo una expresión seria.

—No olvidan ni dejan cabos sueltos. La geografía no importa. Quieren enterrar profundamente lo que le haya pasado al bebé y lo que realmente le ocurre a Vanessa... y con esto, enterrar nuestra curiosidad.

—¿Cómo es que llegó tan pronto?

—Estropeé el ordenador de Spence, cogí el coche que había alquilado y dejé las llaves y el papeleo en el buzón de urgencias de la sucursal del aeropuerto. Para viajar hasta Washington usé el billete de regreso de avión de Spence.

Como sabía que había pocos vuelos comerciales a Jackson Hole, Barrie inquirió:

—¿Estaba en el mismo avión que yo? —Gray asintió con la cabeza—. No lo vi.

—De eso se trataba, de que no me viera.

—¡Oh! ¿Por qué no me lo advirtió en algún momento del vuelo? Si lo hubiese hecho, *Cronkite* estaría vivo todavía.

—Calculé mal. No esperaba que su primera advertencia fuera también el golpe de gracia; creí que empezarían con una amenaza velada, como la que probablemente recibió su fuente en el hospital. Pero no se andan con rodeos. No deseaban asustarla para que guardara silencio, sino que la querían muerta.

—Eso parece. —Barrie se mordió el interior de la mejilla—. ¿Cómo acabó la cosa con Spence?

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Cómo se hizo con su billete de avión? ¿Cómo logró eludirlo?

Gray le sostuvo largo rato la mirada, preguntándose cuánto debía contarle.

—No lo hice —contestó sencillamente.

Capítulo 15

—Daily, te presento a Gray Bondurant. Gray, este es Daily Welsh.

Barrie quiso aún más a Daily por no armar un alboroto al ver que se presentaban en su casa a las dos de la mañana; ni se lo reprochó, ni los bombardeó a preguntas, simplemente gruñó, se apartó y les indicó con las manos que entraran.

Obviamente lo habían sacado de la cama. De su cabeza irradiaban cerdas de ralo cabello gris, cual las puntas de la corona de la estatua de la Libertad; llevaba una camiseta raída, unos calzoncillos que casi le llegaban a las nudosas rodillas y unos calcetines negros que no le favorecían en sus piernas blancas y virtualmente lampiñas.

Al salir del café, Barrie y Gray estuvieron de acuerdo en que necesitaban un lugar en el que descansar, analizar la situación y decidir qué hacer a continuación. Gray había seguido las instrucciones de Barrie para ir a casa de Daily y la joven percibía lo que estaba pensando: si esto era lo mejor que encontraba a modo de refugio, su futuro peligraba realmente.

La casita no era precisamente una fortaleza y, para un extraño, Daily parecía un hombre muy enfermo que, para sobrevivir, dependía de una modesta pensión y del aparato respiratorio. Desgraciadamente todo ello era cierto.

—Sé que es un verdadero abuso, Daily —comentó Barrie mientras que él iba encendiendo lámparas en la sala—, pero no sabíamos adónde ir... han matado a *Cronkite*.

La mano de Daily se paralizó sobre un interruptor.

—¿Que mataron a *Cronkite*? ¿Quién?

—Es una larga historia.

—Tengo toda la noche.

La expresión apenada del hombre reflejaba lo que sentía la joven; le abrió los brazos y ella se refugió en ellos. Por lo general era ella la que lo abrazaba y él actuaba como un cascarrabias y rechazaba sus muestras de afecto.

Pero en esta ocasión no solo inició el abrazo, sino que la apretó contra su cuerpo y le dio unas torpes pero sinceras palmadas en la espalda.

—Hijos de puta morbosos. ¿Qué hicieron? ¿Pusieron veneno en su comida? Si llego a pillarlos... ¿Quién lo hizo?

La chica dio un paso atrás y se quitó las gafas para secarse los ojos.

—Tengo mucho que contarte.

Daily se dirigió automáticamente a su sillón reclinable, tirando del tanque de oxígeno sobre ruedas. La chica se sentó donde siempre, en el sofá, y Gray permaneció de pie. Hasta ese momento, Daily no había dado muestras de curiosidad acerca de por qué el héroe nacional retirado había salido de su aislamiento y se encontraba en su salón en mitad de la noche.

Ahora lo señaló con la cabeza.

—¿Qué hace él aquí?

—Hicieron saltar mi casa por los aires esta misma noche.

—¿Quieres decir que hizo *bum*?

Miró a Barrie, luego a Gray y de nuevo a Barrie.

—Ha desaparecido, Daily. La han destrozado. Todo, incluida mi videoteca —observó amargamente al pensar en las cintas irremplazables que había coleccionado a lo largo de tantos años—. Bondurant cree que habían puesto una trampa explosiva en la puerta trasera. *Cronkite* entró antes que yo, por su puerta.

Daily se quedó pasmado.

—¿Quién haría eso?

—El presidente.

—¿Qué has dicho? ¿Te refieres al presidente de Estados Unidos?

—Según Bondurant, la explosión debía matarme por las preguntas que he estado haciendo acerca de la salud de Vanessa y la muerte del bebé.

—¡Dios mío! —Daily miró a Gray—. ¿Qué le hace pensar...? ¡Siéntese, por favor!, tengo que estirar el cuello para verlo.

Por primera vez en varias horas, Barrie sintió ganas de sonreír. Gray se sentó en el único espacio disponible: junto a ella, en el sofá.

—¿Qué le hace pensar que Merritt iría tan lejos para hacer callar a Barrie? —insistió Daily.

—Envió a Spencer Martin a ocuparse de mí por la sencilla razón de que yo había hablado con ella.

—Defina «ocuparse de».

—Asesinar.

—Creí que eran amigos.

—Lo éramos. No obstante, fue a Wyoming a asesinarme porque tenía miedo de que Barrie me hubiese contado su teoría acerca de la muerte del bebé. Eso debe indicarle cuán resueltos están a evitar que la información salga a la luz.

Con el entrecejo fruncido, Daily se alisó unas cuantas púas de la coronilla.

—¿Está seguro? —inquirió escéptico.

—Está seguro —replicó Barrie—. Cuénteselo, Bondurant.

Mientras este relataba a Daily los hechos de la visita de Spencer Martin a Wyoming, la chica se preguntó por qué no lo había reconocido entre los pasajeros del vuelo a Washington. No había prestado mucha atención a los demás viajeros, pero ¿acaso sobresaldría? Era evidente que se había asegurado de no hacerlo y ese talento camaleónico no aumentó precisamente su confianza en Gray, sino que en cierto modo hacía que recelara más de él.

—Que se sepa, Spencer Martin nunca estuvo en Wyoming —resumió Daily.

—En mi casa no tocó nada, excepto los cubiertos que usó para comer y los lavé. El hecho de que evitara tocar las cosas fue lo primero que me puso sobre aviso.

—¿Dónde está Martin ahora? —preguntó Daily.

Gray mantuvo una expresión impenetrable y el incómodo silencio se alargó hasta que Barrie se vio obligada a responder:

—El señor Bondurant no está dispuesto a explicar cómo consiguió escapar.

Echó un vistazo al rígido perfil del hombre que sentado a su lado. No le cabía duda de que podía matar, incluso a alguien que había sido su amigo; los ojos fríos y la estrecha línea que tenía por boca parecían confirmarlo. Sería perdonable que hubiese matado a Spencer Martin en defensa propia, pero ¿podía creerle? Daily le hizo una pregunta que Barrie tenía en mente desde hacía rato...

—¿No se habría puesto ya en contacto Spence Martin con el presidente?

—Normalmente sí, y hasta se disculpó y salió de la estancia con el pretexto de que tenía que llamar a la Casa Blanca. Sin embargo, sé que no habría llamado hasta que hubiera podido dar a David un informe completo que incluyera mi exterminación. Lo más probable es que esté yendo y viniendo por su despacho, preguntándose por qué Spence no se ha puesto en contacto con él, pero no puede enviar a nadie a Wyoming, porque no es allí donde se supone que debería estar.

—Tarde o temprano alguien lo echará de menos y empezarán a buscarlo —opinó Barrie.

—Spencer no tenía ni familia ni amigos. David y su administración han sido todo en su vida. Para entenderlo, deben conocer también de dónde viene. Era un chico frágil, obsesionado y nada sociable; en la escuela los otros chicos lo intimidaban y se metían con él porque era bajito, pero era mucho más inteligente que los demás. Acostumbrado a ser el blanco de la mofa de todos, decidió convertirse en el tirano más temido de Washington, y lo consiguió. Todos saben que frustrar a Spence equivale a hacerle un desprecio al Despacho Oval. Spence no habrá dicho a nadie adónde iba, solo respondía ante David.

—Ni siquiera el principal asesor del presidente puede tener tanta autonomía —objetó Barrie—. Ni Yancey, el ministro de Justicia, ni el FBI... —Se interrumpió al ver que Gray negaba con la cabeza.

—Bill Yancey es un buen hombre, casi demasiado, según la Casa Blanca. Yancey ha tenido varias disputas con David desde que este lo nombró. Pero, créanme, la red de agentes de Spencer Martin es tan elitista y tan implacable como las SS del Tercer Reich, funcionan como topos en cada órgano del gobierno, incluido el servicio secreto; están en alerta constante y si las órdenes de Spence contradijeran las que recibieran por las vías oficiales, estos tipos obedecerían las de Spence.

Barrie se abrazó los hombros.

—Me está asustando.

—Son individuos que dan miedo; muchos eran soldados que recibieron entrenamiento especial, que se han retirado y ya no tienen guerras que librar.

Barrie se preguntó si se daba cuenta de que se había descrito a sí mismo.

—Si se tratara de algo realmente vital —añadió este—, Spence se encargaría personalmente de la misión.

—Como asesinar a un antiguo compañero de acción.

Gray respondió al comentado de Daily con una sonrisa maliciosa.

—Exacto. Aunque casi siempre asignaba la tarea a otra persona, que solía llevarla a cabo cuando Spence estaba fuera de la ciudad, para que contara con una coartada en caso de que el perpetrador se dejara atrapar o hubiese dejado pruebas que condujeran a él. Estoy seguro de que algo así arregló para la casa de Barrie. No es inusual que él esté fuera y pasará cierto tiempo antes de que alguien sienta suficiente curiosidad para hacer preguntas.

—Merritt sí que sentirá curiosidad.

—Cuando David se entere de que estoy vivo —replicó a la afirmación de la joven—, sabrá que Spence no logró realizar con éxito lo que había ido a hacer en Wyoming.

Con ese comentario todos guardaron silencio un rato. Finalmente, Daily se volvió hacia Gray.

—Lo admiro por lo que hizo en el Próximo Oriente.

Gray agradeció el cumplido con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Pero?

—Pero discúlpeme si le digo que es posible que lo que nos está contando sea pura mierda.

El insulto no pareció afectarlo.

—Tiene todo el derecho del mundo de recelar, no es un secreto que existía cierta tensión entre David y yo cuando me fui de Washington.

—Por su esposa.

A Barrie le costó creer la temeridad de Daily: estaba formulándole las mismas preguntas que ella no se había atrevido a hacerle.

—Vanessa fue parte de la ruptura final, sí.

—Entonces ¿por qué habría de creer lo que nos ha dicho?

—En otras palabras, podría estar inventándolo todo con la esperanza de fastidiar la presidencia de David —aventuró Gray.

—La idea se me pasó por la cabeza —reconoció Daily con su característica franqueza.

Con mayor serenidad de la que Barrie habría creído posible, Gray observó:

—Yo no empecé esto. Yo no busqué a la señorita Travis con una información explosiva; ella vino a hacerme preguntas sobre la muerte del bebé, preguntas que reflejaban mis propias sospechas.

Eso la sorprendió y la enfadó.

—¿Por qué no me lo dijo? Me hizo creer que me consideraba la peor de las oportunistas... usted...

—Déjalo hablar, Barrie. —Daily miró a Gray—. ¿Qué le hizo sospechar?

Este se puso en pie y empezó a caminar por el salón mientras hablaba.

—Vanessa puede parecer encantadora y muy dulce, pero también puede ser la criatura más exasperante, egocéntrica y manipuladora que Dios haya puesto sobre la tierra. Su padre y David ejercen una fuerte influencia sobre ella, pero la he visto aprovechar sus maquinaciones sin que ellos se dieran cuenta.

—No está pintando una imagen muy favorecedora. De hecho, la mujer que acaba de describir encaja con mis primeras impresiones —admitió Barrie.

—Lo que quiero decir es que, pese a sus problemas, sé que, más que nada en el mundo, Vanessa deseaba un bebé. Estoy absolutamente seguro de ello. Estaba dispuesta a aguantar lo que fuera para tenerlo, aunque los médicos se lo desaconsejaban debido a su enfermedad.

—¿Enfermedad? —Daily les dirigió una mirada inquisitiva.

—Es maniacodepresiva —le aclaró Barrie, y le relató lo que le había explicado Gray.

—¡No me diga! —exclamó Daily asombrado.

—A miles de personas les habría ayudado saberlo —comentó Barrie—. Otros pacientes se habrían sentido alentados porque era capaz de tener una vida plena y satisfactoria pese a su enfermedad.

—Hasta hace poco —manifestó Gray.

—Cierto.

—No debieron dejarla sola esa noche.

—Según informaron, la niñera de la Casa Blanca había pedido la noche libre por un asunto familiar —les recordó Daily.

—Lo había pedido con antelación. La pregunta es: ¿por qué no había una niñera sustituta? —dijo Gray—. ¿Por qué dejaron que Vanessa se encargara sola del bebé, con solo David y Spence para apoyarla en caso de urgencia, cuando todos ellos sabían que a menudo no sabía cómo afrontar las emergencias?

—Siendo maniacodepresiva, las emociones que suelen experimentar las mujeres después del parto se habrían exacerbado en Vanessa: el resentimiento, la sensación de no ser adecuada, de estar metida en una trampa, etc. —Barrie miró a Gray—. Por eso no compartió usted sus sospechas con nadie, ¿verdad? Quería protegerla.

—La protegía con mi silencio, pero no en el sentido que usted le da. Verá, no estoy de acuerdo con usted. Vanessa no asfixió a su hijo.

—Estoy confundida —rezongó la joven, irritada—. Pero está de acuerdo en que no murió a causa del SMSL.

—Sí.

—Eso no tiene sentido —dijo Barrie en voz baja—. Si Vanessa no lo asfixió, entonces, ¿quién...?

La pregunta murió abruptamente en sus labios. Se volvió hacia Daily, que había seguido atentamente la conversación, y al mirarlo comprendió de

repente que ambos habían pensado lo mismo. A continuación se dirigió a Gray.

—¿*Merritt*?

Él asintió con la cabeza.

—Pero ¿*por qué*?

—¿Por qué podría odiar un hombre a un niño de tres meses tanto como para matarlo?

La chica no tuvo que pensarlo.

—Si no fuera suyo.

Gray asintió bruscamente con la cabeza, le dio la espalda y se dirigió hacia la ventana.

Por supuesto. Esa era la respuesta a tanto enigma: la angustia de Vanessa y su absoluta impotencia, la renuncia a la autopsia, los violentos intentos por impedir el reportaje, la participación de Bondurant, sobre todo la participación de Bondurant.

Lentamente, la mirada de Barrie se dirigió hacia él, que daba todavía la espalda a la estancia y miraba a través de la diminuta apertura entre las descoloridas cortinas.

Daily se puso de pie.

—Bueno, creo que acusar al presidente de infanticidio supone suficiente excitación por una noche, al menos para este viejo tonto. Vuelvo a la cama. Ustedes pueden quedarse todo el tiempo necesario.

Oyeron el chirrido de una rueda de la carretilla que transportaba su tanque de oxígeno mientras cruzaba el pasillo y entraba en su dormitorio. Cuando hubo cerrado la puerta, un denso silencio descendió sobre la casa.

—El presidente aprobó con entusiasmo que yo la entrevistara —comentó Barrie en voz baja.

—Para despistar a todo el mundo. Si no hubiese permitido que hablara públicamente del tema, habría resultado sospechoso.

—Supongo que tiene razón.

—Apostaría todo lo que poseo.

—Tiene miedo por Vanessa, ¿verdad?

Gray se volvió y la miró, mas no dijo nada.

—Mientras parecía controlada —Barrie iba ordenando sus pensamientos al hablar—, usted pudo descartar sus sospechas en cuanto a la muerte del bebé, pero cuando me vio entrevistarla, se dio cuenta de que no era ella misma, incluso teniendo en cuenta sus cambios de humor y de comportamiento, y eso le hizo dudar aún más. Luego fui a verlo y mi teoría se

hizo eco de lo que siempre había temido, que la muerte del bebé no se debía al SMSL. La visita de Spencer Martin acabó de convencerlo. Y ahora cree que Vanessa corre peligro también. Si David Merritt no tuvo ningún remordimiento para matar a un recién nacido, ¿qué le impediría matar también a su esposa para guardar el secreto del primer crimen?

—Ninguno. Si no cree nada de lo que le he dicho, crea eso. Hará cualquier cosa para proteger su posición en la presidencia y tener un segundo mandato. Lo que sea.

Barrie se frotó los brazos contra el repentino frío que la recorrió.

—Parece a punto de caerse de sueño —comentó Gray—. Seguiremos con esto por la mañana. Duérmase.

—¿Habla en serio? No podré dormir.

—Acuéstese y cierre los ojos... dormirá, ya lo verá.

Demasiado cansada para discutir, Barrie indicó la parte trasera de la casa.

—La habitación de los invitados, por decirlo así, está al final del pasillo. Hay una cama, pero no se la recomiendo, pues *Cronkite* fue el último que durmió en ella.

Gray miró la puerta cerrada del dormitorio de Daily.

—¿Confía en él?

—Le confiaría mi vida.

—Entonces es probable que sepan que pueden encontrarla aquí.

—Nadie sabe que vengo aquí.

—¿Quiere explicarme eso?

—No. —Su amistad con Daily era algo que solo ellos dos conocían y no le apetecía compartir las razones con Bondurant—. Nadie me buscará aquí. De momento estamos a salvo.

—De acuerdo —aceptó Gray de mala gana—. Dormiré aquí, usted acuéstese en la cama.

Barrie echó a andar pasillo abajo, casi demasiado exhausta para poner un pie delante del otro. No recordaba haberse sentido nunca tan agotada, física y emocionalmente.

En la cómoda que había en el dormitorio encontró unos pijamas atroces, demasiado horribles incluso para el gusto poco discriminador de Daily. Cogió la parte superior de uno de ellos, se dirigió al cuarto de baño y llenó la bañera de agua.

Hacía casi veinticuatro horas que no dormía y los ojos empezaban a escocerle, le dolían las articulaciones y los músculos y se había raspado las rodillas. Se tomó dos aspirinas que había encontrado en el botiquín de Daily y

sumergió todo el cuerpo, incluida la cabeza, en el agua caliente. Tras enjabonarse y lavarse el pelo, apoyó la cabeza en la bañera y cerró los ojos.

Cuanto más aliviaba el baño su malestar físico, más le dolían las heridas emocionales. Su pesar era hondo. Teniendo en cuenta la cantidad de personas que morían a causa de desastres naturales, enfermedades, guerras y asesinatos, se le antojaba mezquino llorar la defunción de un perro y, no obstante, experimentaba una terrible pérdida. Por mucho que lo intentó, no pudo evitar sollozar.

Del grifo caían pequeñas gotas de agua. El sonido que producían al salpicar le resultaba extrañamente consolador. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, le bajaban por la barbilla hasta el pecho y seguían los valles de su cuerpo hasta adentrarse en el agua. Cada vez que creía haber agotado el llanto, recordaba otra característica entrañable de *Cronkite* y de nuevo empezaba a llorar. No se dio cuenta de que no se encontraba a solas hasta que percibió el aire frío contra la piel. Abrió los ojos. Bondurant se hallaba de pie en el quicio de la puerta, con una mano sobre el pomo, la otra en la jamba y la mirada fija, en ella.

Barrie no se movió. No le habría servido de nada buscar algo con que taparse, él ya había visto todo lo que había que ver y lo había tocado todo... íntimamente. Su cuerpo respondió del mismo modo que había respondido aquella otra mañana en el dormitorio de Gray, o sea, con vacilante calor.

—¿Está bien?

Incapaz de hablar, la joven asintió con la cabeza.

—Ha estado llorando.

Al no encontrar la respuesta adecuada, no dijo nada y le sostuvo la mirada, que se desvió una sola vez hacia su cuerpo.

—*Rocket, Tramp* y *Doc* —dijo Gray con voz hosca.

—¿Qué?

—Mis caballos. Sí que tienen nombre.

Salió al pasillo y cerró la puerta.

Capítulo 16

A la mañana siguiente, el senador Clete Armbruster acudió temprano a la Casa Blanca y exigió ver al presidente de inmediato. Le informaron de que el presidente estaba despierto, pero no había salido aún de su habitación privada. Armbruster dijo que lo esperaba. Lo escoltaron al Despacho Oval y le ofrecieron café. Casi había acabado su segunda taza cuando David Merritt entró, tan saludable como siempre, pero algo irritado.

—Lamento haberte hecho esperar, Clete. ¿Qué es tan urgente? Gracias —dijo a su secretaria, que le había dado una taza de café—. Ya puede dejarnos.

Clete era un hombre impaciente por naturaleza, estaba levantado desde las cuatro; se había vestido y leído el *Washington Post* para matar el tiempo antes de ir a ver al presidente a una hora razonable y la larga espera lo había exasperado aún más.

No se anduvo con rodeos.

—Quiero ver a mi hija hoy mismo.

—Me han dicho que fuiste a Highpoint ayer.

—Estoy seguro de que ese charlatán que se hace pasar por médico también te ha dicho que se negó a dejarme verla.

—A petición de Vanessa, Clete. ¿Tomas la medicina que te han recetado para la presión? Tienes la cara muy roja.

La imperturbabilidad de su yerno le subió aún más la presión sanguínea.

—Escúchame, David, quiero saber qué le ocurre a Vanessa. ¿Por qué está aislada? ¿Por qué tiene a su lado a una enfermera las veinticuatro horas del día? Si está tan enferma, debería ir a un hospital.

—Cálmate, Clete, antes de que tenga que llevarte a ti al hospital. —Merritt guio a su suegro a un sofá y se sentó a su lado—. Vanessa ha estado bebiendo; no puede mezclar el alcohol con su medicina. George y yo estuvimos hablando con ella y estuvo de acuerdo en que debía recibir un tratamiento para curarse de la dependencia.

—¿Dependencia? ¿Ha llegado a tal punto que se le puede calificar de dependencia?

—Clínicamente, lo dudo. Fue el término que ella usó, pero se dio cuenta de que unas cuantas copas de vino cada día podrían convertirse en un problema más grave si no paraba de una vez.

—¿Por qué no confió en mí? ¿Y tú, por qué no me lo dijiste?

—Quería decírtelo, quería pedirte consejo, pero Vanessa insistió en que no lo hiciera.

—¿Por qué no?

—Sentía vergüenza, Clete. —Merritt se puso en pie y se sirvió más café—. No quería que te sintieras decepcionado, cree que eres lo más maravilloso del mundo.

—Yo siento lo mismo por ella. Siempre me ha contado sus problemas y se los he solucionado.

Vanessa tenía apenas trece años cuando su madre murió, pero Clete no se dejó llevar por el pánico al verse obligado a criar solo a su hija adolescente. Vanessa había sido siempre su hijita; él la adoró desde el día en que nació y ejerció más influencia sobre su infancia que su esposa.

Quizá la había malcriado un poco, pero disculpaba sus propios excesos: algunas personas parecían necesitar que se les consintieran algunas cosas y Vanessa era una de ellas. Cuando le diagnosticaron los trastornos psicológicos, Clete consideró que aún había más razones para mimarla y protegerla.

—Quizá le pareció que había llegado el momento de empezar a solucionar ella misma sus problemas —sugirió David—. O tal vez no quiso preocuparte. En todo caso, me suplicó que no te dijera más de lo que estamos diciendo al público, que, por supuesto, es la verdad. Se ha aislado para enfrentarse a su pesar.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo el que George necesite para estabilizarla. Vanessa está de acuerdo, quiere ser la primera dama que era antes de tener al niño y, en cuanto hayan ajustado la dosis de los medicamentos, no habrá razón para que no lo sea. Espera... —añadió, anticipándose al siguiente comentario de su suegro.

Cogió el mando a distancia de la televisión, cuyo volumen había bajado del todo. Clete se había fijado en que había dividido su atención entre la conversación con él y la pantalla. Se volvió para ver qué era lo que le interesaba tanto.

De pie contra un fondo de árboles chamuscados, escombros que echaban humo y bomberos trabajando, un reportero anunció:

—La pronta respuesta de los bomberos evitó que el incendio se extendiera a otras residencias de la calle, cercana a la plaza Dupont. Confinaron el fuego

a una sola casa. —La cámara recorrió los restos ennegrecidos de un edificio que humeaba—. Esta mañana, funcionarios de la ATF, la Agencia de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, y del Departamento de Bomberos están buscando entre los escombros alguna pista que revele la causa de la explosión.

El informador miró sus apuntes.

—La casa era propiedad de Barrie Travis, reportera de la WVUE, una cadena de televisión local independiente. La señorita Travis ha sido aclamada recientemente por su serie de reportajes sobre el SMSL. Se cree que la señorita Travis sobrevivió a la explosión, pero hasta ahora no ha estado disponible para comentar lo sucedido.

Se despidió y apareció el presentador del telediario. David volvió a bajar del todo el volumen y su suegro se puso de pie.

—Pienso seguir acosándola hasta que acepte verme.

—¿A Barrie Travis? —inquirió David bruscamente.

—¿Por qué demonios iba a querer verla a ella? Es una pena lo de su casa, pero ella es como una patada en el trasero; no ha dejado de importunarnos en el despacho, pidiendo una declaración acerca del aislamiento de Vanessa. —Hizo un gesto con la mano para indicar la poca importancia que concedía a la reportera—. Quiero ver a Vanessa —insistió—. Debería saber que no voy a regañarla por unas copas de vino, no es culpa suya que esté enferma.

—Eso mismo pienso yo, Clete. Le supliqué que no se culpara a sí misma por todo esto, pero ya sabes que pretende ser perfecta. Odia dejarse llevar por las limitaciones que le impone la enfermedad.

Merritt le dio una palmada en el hombro y lo acompañó a la puerta.

—Me gustaría pasar más tiempo contigo ahora, pero tengo un montón de citas esta mañana. Hablaré con Vanessa por teléfono esta tarde y le diré que la quieres.

—Hazlo.

El senador había dejado que le diera una palmadita y lo acompañara a la puerta como a un niño, pero si David Merritt, presidente de Estados Unidos, creía poder aplacarlo con unos cuantos comentarios banales y sacarlo tranquilamente del Despacho Oval con su pico de oro y su franca sonrisa, se equivocaba rotundamente.

Un sonriente David Merritt abrió la puerta.

Clete Armbruster, que no sonreía en absoluto, la cerró de nuevo.

Perplejo, Merritt lo miró.

—¿Qué ocurre, Clete?

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, David. Reconozco el talento y el potencial cuando los veo, y en ti vi mucho de las dos cosas. Yo no deseaba ser presidente, lo que quería era crear uno y tú tenías la materia prima necesaria, te adaptaste bien a mis enseñanzas, aprendiste rápidamente cómo ser un político, mi instinto no me engañó y no podría estar más orgulloso de ti.

—Gracias.

—Pero recuerda cierta noche, hace dieciocho años, cuando fuiste a verme, cagado de miedo y gimiendo como un cachorro porque habías metido la pata hasta el fondo. Te acuerdas de esa noche, ¿verdad, chico?

—¿Adónde quieres ir a parar? —inquirió Merritt, tenso.

Armbruster se acercó aún más a él.

—Lo que quiero decir es que el incidente al que me refiero se parece demasiado a este como para que me sienta sumamente incómodo.

—¡Dios mío, Clete!, no puedes comparar...

El senador detuvo su sincera declaración poniendo su mano en el pecho de David.

—Sé que tu matrimonio con mi hija no es perfecto, ningún matrimonio lo es. Sé que andas por ahí follando con otras. Vamos, si hasta te he cubierto las espaldas, porque acepto que antes que yerno mío eres un hombre. He tolerado tus aventuras porque, en el fondo, has hecho feliz a Vanessa. —Bajó la voz, que se convirtió en un profundo gruñido—. Pero si llegaras a hacerla desdichada, me cabrearía mucho, David, ¿me oyes, chico?

—Cuidado, Clete, me parece que estás amenazando al presidente de Estados Unidos.

—¡Maldita sea, tienes razón! —repuso furioso Armbruster—. Será mejor que no olvides quién te puso en este cargo. Yo te creé y yo puedo destruirte. No tengo miedo de Spencer Martin, ese escurridizo de mierda, ni de su ejército de matones, ni de nadie. Poseo mucho más poder en esta ciudad del que puedes imaginarte. He cultivado muchos amigos e igual número de enemigos, y cada uno de ellos está endeudado conmigo. —Hizo una pausa para que Merritt lo asimilara—. Ahora, hijo, quiero que me digas que Vanessa va a estar perfectamente bien cuando el doctor Allan acabe con ella en Highpoint.

—Te lo juro.

El senador le dirigió una larga y escrutadora mirada.

—Más te vale no mentirme, David, porque si me entero de que algo va mal, ya puedes ir despidiéndote de tu verga y de la presidencia.

En cuanto su suegro se hubo ido, Merritt encendió su ordenador y tecleó el código de seguridad que daba acceso al portátil de Spence.

Nada. ¡Nada! El ordenador de Spence no respondía, pese a que lo habían programado con varios apoyos absolutamente seguros. La única explicación era que lo habían destruido y, en ese caso, sus comunicaciones privadas también se habrían destruido, porque esa contingencia estaba integrada en el programa.

Pero lo que más preocupaba a Merritt no era el sistema del ordenador, sino su inaccesibilidad, que indicaba que algo había fallado gravemente. Spence no habría dejado que nada le ocurriera a su programa de enlace a menos que él también estuviera fuera de combate y eso solo era posible si Gray...

—Gray.

Merritt soltó el nombre como si fuese un epíteto. San Gray, el único error que el presidente reconocía haber cometido. Lo contrató como parte de su equipo porque interpretó su reserva como implacabilidad. ¿Quién iba a pensar que un hombre entrenado para matar con sus propias manos sería caballeroso? Gray, con su código ético, se había convertido en el único diente chirriante de una rueda por lo demás bien engrasada.

No obstante, Gray Bondurant no carecía de defectos. Había amado a la esposa de otro hombre, la suya, la de Merritt.

La probabilidad de que Gray fuera el responsable de que Spence no se pusiera en contacto con él lo llenó de temor y de rabia. Furioso, pulsó las teclas del código que daba acceso a una terminal de una oficina inocua situada en el otro extremo de la ciudad. Al recibir el visto bueno, escribió una sola palabra: Bondurant.

El hombre que se encontraba en la otra terminal, uno de los mejores soldados secretos de Spence, sabría qué hacer. Iría inmediatamente a Wyoming para comprobar la situación. Ahora solo tenía que esperar la información.

No, de hecho, podía hacer algo más. Pidió a su secretaria que lo comunicara con el despacho del director de la ATF.

Tras un intercambio de cortesías, Merritt le preguntó:

—¿Qué han descubierto sus chicos acerca de la explosión de anoche en la plaza Dupont?

Se percató de que su interés sorprendió al director, aunque este contestó sin rodeos.

—Apenas hemos empezado la investigación, señor presidente. De momento no sabemos cuál fue la causa.

—Barrie Travis es amiga íntima de la señora Merritt. Mi esposa está muy angustiada con la explosión y, francamente, la primera dama no necesita más tensiones. Le prometí que se lo preguntaría a usted. Siento molestarlo, pero ya sabe cómo son estas cosas.

—Claro, señor presidente, lo entiendo perfectamente. Por favor, asegure a la señora Merritt que estamos haciendo todo lo posible —respondió el director, al parecer menos receloso.

—¿Y cerrará el caso con la mayor brevedad posible?

—Le daré prioridad, señor presidente.

—La señora Merritt y yo se lo agradeceremos. Por cierto, ¿ha hablado alguien con la señorita Travis esta mañana? ¿Cómo se encuentra?

—Lo siento, señor, pero no lo sé. Nadie ha vuelto a tener noticias de ella desde que sucedió la tragedia. Según los testigos que la vieron justo después, estaba muy apenada porque su perro murió en la explosión.

—Vaya. Es terrible. Bueno, manténgame informado.

—Por supuesto, señor presidente.

Merritt colgó el auricular, pero no se sentía más tranquilo que antes de hacer la llamada. Spence se habría asegurado de que la pista no llevara a la Casa Blanca. Aun así convendría que la investigación se hiciera de modo superficial.

¡Menuda mañana! A Merritt no le inquietaban las amenazas de su suegro, pues el senador no era, ni mucho menos, tan temible como se creía. La mayoría de los amigos y enemigos de los que alardeaba estaban jubilados, muertos o eran demasiado seniles para provocar la destrucción de un presidente popular.

Además, no podría hacer circular rumores en torno al presidente sin salpicarse también. Clete compartía la vergüenza secreta. Pese a sus amenazas, no iba a destaparla, claro que no.

No obstante, continuada atosigándolo con respecto a Vanessa hasta que estuviera seguro de que ella se encontraba bien. Tendría que hacer algo para mitigar su preocupación. Más tarde consultada con Spence...

Soltó un taco. Varios asuntos exigían la atención de Spence. *¿Dónde diablos estaba?*

Sin embargo, en el fondo *lo sabía*, aunque no se atrevía a aceptar la evidencia.

Capítulo 17

—Nunca me ha gustado ese tipo, pero todavía me cuesta creer que sea capaz de hacer algo así.

—Lo haría, y con facilidad.

—¿De quién estáis hablando? —inquirió Barrie al entrar en la cocina de Daily, donde este y Bondurant tomaban café. Se sirvió una taza y se sentó con ellos a la mesa, evitando mirar a Bondurant a los ojos. Como él había predicho, había dormido bien.

Una vez que se hubieron dado los buenos días, Daily la puso al corriente:

—Gray estaba convenciéndome de que nuestro presidente es capaz de asesinar.

—No tengo pruebas de lo que estoy a punto de decirles —advirtió Gray—, así que quizá piensen que sufro alucinaciones, que soy paranoico o un mentiroso rematado.

—O puede que lo creamos —comentó Barrie.

Él volvió la cabeza y por primera vez esa mañana, sus miradas se encontraron. La joven sintió que su vientre se volvía ingrátido, por lo que rápidamente se puso a mover la crema de su café.

—Bueno, oigámoslo —pidió Daily.

—David me nombró para organizar y ponerme al mando del equipo de reconocimiento que rescató a esos rehenes, y lo hizo por una razón.

—¿Porque estaba usted eminentemente capacitado?

—También lo estaban muchos otros hombres, pero me envió allá a morir.

—¿Por los chismes que lo vinculaban con Vanessa? —preguntó Barrie.

—Sí. —Hizo una breve pausa para ordenar sus recuerdos—. Elegí a treinta hombres, los mejores en tareas de reconocimiento de que disponían los marines. Estos jóvenes podían acercarse sigilosamente a una persona y arrancarle una pestaña sin que se enterara siquiera de que habían estado allí.

»Nos llevaron en un helicóptero de un portaaviones que estaba en el golfo Pérsico. Antes de que nos bajáramos, un escuadrón de F-16 sobrevoló la zona en una acción diversiva y recibió lo peor de la andanada. Anduvimos cinco

kilómetros hasta la ciudad envueltos por un hedor indescriptible. Había aguas residuales y podredumbre por todas partes, y comprendimos que el presupuesto íntegro del país se destinaba a la guerra, ni siquiera una mínima parte se reservaba a la higiene y a la calidad de vida.

»La ciudad era un laberinto de edificios y callejones sin salida, pero los servicios de información nos habían explicado dónde se encontraba exactamente la prisión y sabíamos cómo íbamos a entrar en ella. Un exprisionero nos había facilitado un plano y una descripción detallada del sistema de seguridad de la cárcel, que no era ni muy complejo ni muy bien organizado; pero los guardias eran militares y estaban fuertemente armados. Conocíamos también la localización de las celdas en donde tenían a los rehenes. Huelga decir que habíamos ensayado y cronometrado cada movimiento.

»Funcionó con precisión. Los guardias ni siquiera supieron lo que les había golpeado cuando nos los cargamos. En cuanto liberamos a los rehenes me inquieté por si lo echaban todo a perder, pero guardaron silencio y obedecieron sin rechistar las señales que les hicimos con las manos. Algunos tenían heridas que no habían curado y en general todos se encontraban débiles y enfermos por la malnutrición, pero podían caminar. Ya teníamos la mitad de la batalla ganada.

»Pero cuando íbamos saliendo, todo empezó a descoordinarse. Varios guardias habían arrastrado a un joven prisionero a una celda vacía y hacían turnos de vigilancia con él; como se suponía que no debía de haber nadie allí, pues esa parte de la prisión estaba cerrada, nos metimos de lleno. Aquello se convirtió en un infierno, por todos lados hubo disparos. Al primero que liquidé fue al chico.

Gray guardó silencio; Barrie y Daily ni siquiera pestañearon.

—No... no tendría más de nueve o diez años. —Cerró los ojos y se los frotó—. La sangre le corría por detrás de las piernas y formaba un espeso charco en el suelo. Estoy seguro de que le habían perforado los intestinos. Esos cabrones habían... bueno, gritaba mucho y había perdido tanta sangre que no habría sobrevivido... Agonizaba, de modo que le disparé.

A través de las lágrimas que le anegaban los ojos, Barrie observó cómo cogía su taza de café, pero no bebió, sino que la rodeó con las manos y se aferró a ella.

—Armamos una buena con esos pervertidos, pero lógicamente nos descubrieron. Todavía nos quedaban un montón de pasillos por cruzar, y los rehenes estaban asustados y muy nerviosos.

»Pero no estábamos dispuestos a morir en ese agujero de mierda. Gracias a Dios, logramos salir de la prisión, aunque demasiado tarde, pues ya se había dado la alerta y nos rodeaban las tropas del ejército, que odiaban a los norteamericanos sobremanera. Esos chiflados hijos de puta tenían tantas ganas de matarnos que disparaban indiscriminadamente contra todo lo que se movía, sin reparar en que a veces acertaban a los suyos.

»Encontramos un refugio provisional. Por radio pedí ayuda a nuestro soporte aéreo. Hicieron lo que pudieron, pero los helicópteros no podían ir más allá del lugar designado, porque si les disparaban y caían, moriríamos todos.

»Uno de mis hombres hizo un reconocimiento del terreno y encontró un callejón que parecía libre. Corrimos hacia allí sin saber adónde nos llevaría, pero en ese momento lo único que nos importaba era alejarnos de la prisión.

»En cuanto entramos en el callejón nos llegaron disparos desde los tejados de las casas; mis chicos se cargaron a los francotiradores, uno a uno, pero durante unos cinco minutos estuvimos inmovilizados con muy poca protección. Fue entonces cuando ocurrió.

Gray alzó los ojos antes de proseguir y se encontró con las miradas de Barrie y de Daily.

—Habíamos visto que alguien disparaba desde una ventana abierta de lo que parecía un edificio de apartamentos. Un soldado sugirió que le lanzáramos un misil, pero David me había ordenado que evitáramos cualquier muerte innecesaria entre los civiles. Quería que fuese una misión de rescate, no una agresión por la que la comunidad mundial se nos echara encima.

»Inmovilizados como nos encontrábamos, lo único que podíamos hacer era atraer los disparos del francotirador para que uno de los nuestros lo eliminara. Me ofrecí como voluntario para hacer de señuelo, me expuse como blanco y mis chicos acabaron con el francotirador. Sin embargo, durante el intercambio, uno de mis hombres me apuntó con su rifle de asalto. Se llamaba Ray Garrett, un chico de Alabama, alto y huesudo. Yo me crié en Luisiana, así que bromeábamos sobre nuestra condición de sureños. Lo había escogido yo mismo, había ideado estrategias con él y habíamos ensayado la operación juntos. Pero iba a matarme, y lo habría hecho de no ser porque nuestras miradas se encontraron.

»Supongo que vaciló un instante antes de dispararme, el tiempo que necesitó un tirador enemigo para matarlo. Eso fue lo que me salvó.

La mirada de Gray se perdió un momento. Luego inspiró hondo y continuó.

—Ya saben lo que sigue, más o menos. Tras seis horripilantes horas, logramos llegar hasta los helicópteros cargados con el cuerpo de Garrett, al que enterraron como un héroe.

—Quizá se equivocó usted —sugirió Barrie suavemente—, en plena confusión...

—Vi claramente sus intenciones, estaba a menos de tres metros de mí; nadie más se dio cuenta, pero yo sí.

—¿Te acuerdas de la metedura de pata del presidente, Barrie? —intervino Daily—. Cuando se anunció que la misión se había cobrado una víctima norteamericana, Merritt lo elogió a él.

—Lo había olvidado —interrumpió Barrie—. El *faux pas* se olvidó con la excitación del regreso victorioso, pero me acuerdo que supuso un verdadero bochorno para Dalton Neely. Había convocado una conferencia de prensa para anunciar el éxito de la misión y el regreso a salvo de los rehenes. Luego leyó un breve comunicado del presidente en el que lo alababa a usted por haberse sacrificado por sus compatriotas. Dijo que jamás había habido mejor soldado que Gray Bondurant, y se refirió a usted como su mejor amigo. Los asistentes no pudieron contener las lágrimas.

—Cuando David se enteró de que había una víctima dio por sentado que su asesino había logrado matarme y redactó la declaración antes de comprobar los hechos.

—¿Cómo sabían que podían corromper al joven? —inquirió Daily.

—No creo que lo hicieran. —Gray los sorprendió a ambos—. A Garrett no podían sobornarlo con dinero. Estoy seguro de que, en nombre del presidente, Spence lo abordó y le dio a entender que yo era un traidor, un espía, una amenaza para la democracia, algo así... Garrett era un excelente marine, pero no era una lumbrera. Cuando me apuntó con el rifle estaba obedeciendo las órdenes directas del comandante en jefe. Nada más lo habría impulsado a traicionarme, ni siquiera la amenaza de muerte. No lo culpé. Era un instrumento de David y Spence, ellos fueron tan culpables de su muerte como el francotirador.

—¿Habló con Merritt de esto? —preguntó Barrie.

—Dios sabe que deseaba hacerlo, pero no podía sin poner las cartas sobre la mesa y volverme aún más vulnerable.

—Pero se largó de allí —le reprochó Daily.

—No dimítí por cobardía —contestó irritado.

Daily alzó las manos para disculparse.

—No se disguste, no era mi intención ofenderlo.

—Dejé mi trabajo en la Casa Blanca porque no quería servir a David Merritt.

—Pero todavía constituye una molestia para él, por eso Spence fue a hacerle una visita a Wyoming.

Gray asintió con la cabeza.

—David sabe que lo he descubierto, primero con lo de Garrett y ahora con lo del bebé de Vanessa. Soy un problema sin resolver, de modo que envió a Spence a solucionarlo de una vez para siempre.

—Por mi culpa —observó Barrie desolada.

—Habría ocurrido, tarde o temprano; hacía tiempo que lo esperaba. David no podía eliminarme cuando todos me consideraban un héroe nacional, así que fingió compartir las alabanzas que recibía. Una vez desviada la atención del público, se le antojó que sería más fácil deshacerse de mí sin que se supiera. Aunque usted no hubiera aparecido, me habrían matado de todos modos.

—Bien, ahora que sabemos cuál es el problema, ¿cómo vamos a solucionarlo? —señaló Daily—. A mí no me queda mucho tiempo de vida, pero preferiría no tener que acabar mis días en una prisión federal por intentar destruir al presidente.

—En cuanto se sepa la verdad acerca de la muerte del bebé, esta administración caerá en picado —aseguró Gray.

—Estoy de acuerdo —dijo Barrie—. Eso se arreglará por sí solo. Ahora la que me preocupa es Vanessa. En este momento representa la mayor amenaza para Merritt.

—No me creo en absoluto esa tontería de que se ha «aislado». David la tiene secuestrada en algún sitio.

—¿Con qué propósito, Gray? —preguntó Daily.

—Para intimidarla y obligarla a callar en cuanto a cómo murió el bebé. Sé cómo piensa. En su opinión, Vanessa obtuvo lo que se merecía; tratará de convencerla de que ella misma se lo buscó por serle infiel. Dependiendo del método de persuasión que utilice para hacerlo, Vanessa no será capaz de resistirlo.

—¿Método de persuasión?

—Ni siquiera me atrevo a pensar en ello.

—¿Qué hay de Armbruster? ¿Se ha acobardado y se está haciendo el muerto?

—Yo también quisiera saberlo, Daily, pero prefiero no meterlo en esto y trabajar independientemente hasta que sepa algo más.

—¿Qué va a hacer? —se interesó Barrie.

—Tengo algunas ideas —contestó Gray.

Obviamente, no iba a revelarlas.

—Puede usar esta casa como base de operaciones —ofreció Daily.

—Gracias, pero no quiero ponerle en peligro a usted también.

Daily se rio.

—No tengo nada que perder. Además, este lugar es seguro, nadie lo buscará aquí.

—Eso dijo ella anoche.

Gray señaló a la joven con la cabeza.

—Nadie sabe que somos amigos —le explicó Daily.

—¿Por qué?

—Es un asunto privado, entre Daily y yo —espetó Barrie.

—Créame, Gray, aquí estará a salvo.

—¿Qué hay de su trabajo? —preguntó Gray a la chica.

—No puede volver allí —respondió por ella Daily—. Los del FBI fueron a hacer preguntas sobre ella.

Gray frunció el entrecejo.

—Apuesto a que no eran agentes corrientes del FBI, sino hombres de Spence. Habrá cubierto todas sus bases. Barrie, ¿cuánta gente en la WVUE sabe lo de su reportaje?

—No lo comenté con nadie.

—¿Con algún amigo?

—Nadie, excepto Daily.

—¿Amantes?

Al detectar la ironía de la pregunta, le respondió con un escueto «no».

—Bien. Cuantas menos personas lo sepan, mejor.

—Después de lo de anoche, creo que Barrie debería permanecer escondida, al menos hasta que sepamos lo que ocurre con la señora Merritt —sugirió Daily.

—Claro. —Gray se volvió hacia la reportera—. Quédese aquí con Daily y no se deje ver. Yo me encargaré de esto. Eso sí, le prometo que será la primera en poder contarlo.

—¿Ah, sí? Muchísimas gracias. —Barrie dirigió a ambos una mirada despectiva—. Han estado hablando de mí como si no estuviese aquí, y hasta han hecho planes para mí. Bueno, pues gracias, pero no. Pienso actuar a mi manera.

—Lo siento, señorita, no se puede entrar en esta zona.

—Era mi casa, yo vivía allí. Soy Barrie Travis.

Sabía que esas palabras funcionarían como una varita mágica. A los pocos segundos la rodearon los reporteros que merodeaban por allí con sus fotógrafos, esperando que alguien les diera una declaración oficial de los hechos.

Habían entrevistado a los vecinos y a los testigos, pero todos les habían explicado lo mismo; habían cubierto todos los ángulos posibles y no tenían nada nuevo que contar. En ese momento, las autoridades se mostraban reacias a especular acerca de las causas de la explosión. Los agentes de la ATF que investigaban el caso se mostraban especialmente renuentes. Nadie decía nada.

Y ahora, de pronto, la elusiva Barrie Travis iba a hablar. Todos la apuntaron con micrófonos y cámaras de vídeo.

—Como ven, mi casa está totalmente destruida, lo único que queda es esto. —Señaló los escombros—. Pero lo que más lamento es haber perdido a mi perro, *Cronkite*, que murió en la explosión.

—¿Dónde ha estado usted desde que se produjo la tragedia?

—¿Por qué no se ha presentado antes?

—¿Sabe qué la causó?

Barrie alzó la mano para detener la lluvia de preguntas.

—En cuanto a las causas, dejaré que sean las autoridades quienes contesten.

—¿Cree que fue un accidente?

Barrie miró inquisitivamente al reportero, como si su pregunta fuese absurda.

—Por supuesto que fue un accidente. ¿Qué pudo ser, si no? Cuando hayan terminado con la investigación, estoy segura de que tendrán una explicación lógica.

Gray había dicho que Spencer Martin se habría asegurado de eso.

—Ahora, por favor, si me disculpan...

La acompañaron hasta su coche, que seguía aparcado en el mismo lugar donde lo había dejado cuando se produjo la explosión. Unos cuantos reporteros persistentes la siguieron hasta la VVUE, pero ella los eludió en el aparcamiento y se negó a hacer más comentarios. El guardia de seguridad de la puerta les impidió entrar con ella.

Una hora antes, la joven había rechazado el consejo de Daily de que se mantuviera oculta.

—No pienso esconderme —les dijo acaloradamente—. Primero porque no creo que sirva de nada, pues si el sistema de información de Spencer Martin ha penetrado todos los organismos, como dice Gray, de todos modos me encontrarían. Segundo, porque mi trabajo consiste en dar noticias e, irónicamente, yo soy una noticia y estaría loca si no aprovechara mi notoriedad actual. En tercer lugar, cuanto más se me vea, menos probable será que sufra un «accidente» mortal. Como ha dicho usted mismo, Gray, Merritt no hará nada mientras yo esté en el candelero.

—Bien hecho, Bondurant —rezongó Daily con amargura.

—Merritt no es tonto —prosiguió Barrie—. No puede atentar de nuevo contra mi vida sin que hasta a la mente más ingenua le parezca sumamente sospechoso —declaró—. Mientras se me vea estaré a salvo.

La noticia de que Barrie se encontraba en el edificio de la emisora se propagó a toda prisa. Howie acudió rápidamente a su cubículo e hizo salir a los demás.

—¡Caramba, Barrie!, creíamos que estarías carbonizada —le dijo.

—Lamento decepcionarte.

—Estoy tratando de ser amable.

Quizá sí, porque parecía alicaído con su comentario.

—¿Te gustaría una exclusiva en el noticiario de esta noche? —inquirió la joven—. Una entrevista conmigo, así, como estoy. —Había tenido que ponerse la misma ropa que llevaba la noche anterior—. Con aspecto lastimoso y patético. Hasta podría derramar una o dos lágrimas para un primer plano.

Los ojos de Howie se iluminaron.

—¡Seña fantástico!

—Mañana haré un seguimiento, algo que tenga que ver con experiencias próximas a la muerte, con enfrentarse a la propia mortalidad, algo por el estilo. Trataré de conseguir entrevistas con clérigos y sicólogos que tratan a víctimas traumatizadas, y puede que para el final de la semana los investigadores hayan determinado la causa de la explosión.

—¿Tan pronto?

—Dudo que la investigación se alargue demasiado —observó Barrie en un tono irónico que Howie no captó—. En todo caso, en cuanto tenga el veredicto, haré un reportaje sobre cómo reúnen las pruebas a fin de recrear las escenas y encontrar las causas.

—¡Caray!, estás caliente... y no lo digo con segundas intenciones. —Mirando con cautela por encima del hombro, Howie susurró—: ¿Existe la posibilidad de que fuera provocada? ¿Alguien se enteró de la exclusiva sobre

la que estás trabajando? ¿Podrían estar relacionados tu reportaje y la explosión?

—Has visto demasiadas películas de Sylvester Stallone, Howie. Es imposible que estén relacionados. —Soltó una risa despectiva—. Esa información explosiva no es nada comparada con ver cómo mi casa volaba por los aires delante de mis narices. De modo que tú y Jenkins podéis relajaros. He estado cara a cara con la muerte y, créeme, eso cambia la perspectiva, ¡así! —Chasqueó los dedos—. A partir de ahora verás a una Barrie Travis muy distinta.

Gray había dicho que no sabía mentir y esperaba que estuviese equivocado.

—Bueno, me alegro de veras de oírlo. —Howie sacó el pecho—. Sabía que si mantenía las riendas el tiempo suficiente y le daba algunos azotes a tu culito lindo, te haría entrar en razón.

Detrás de su sonrisa zalamera, Barrie Travis rechinó los dientes.

Capítulo 18

El presidente intentaba librarse de la frustración en su gimnasio privado en la Casa Blanca. Veía el Stairmaster y otros aparatos como enemigos que había de conquistar. De su nariz, orejas, barbilla y dedos caían gotas de sudor.

El encargado de investigar la situación en Wyoming se había puesto en contacto con él esa mañana mediante el ordenador y las noticias no habían sido favorables. Al parecer, Spence no había ido a casa de Bondurant y, cuando le preguntó qué decía él al respecto, dejó caer la segunda bomba: tampoco había señales de Bondurant.

Pese al informe, Merritt estaba seguro de que Spence había ido allí, pero se había asegurado de no dejar pistas. Asimismo estaba igualmente convencido de que Gray no habría desaparecido sin una razón apremiante y de ello dedujo que se había cargado a Spence antes de que este pudiese eliminarlo a él.

De ser correcta su deducción, Gray lo sabía todo y las consecuencias de su conclusión resultaban tan vastas, tan deprimentes, que Merritt se refugió en el gimnasio. Necesitaba estar solo para pensar y urdir un plan.

A Gray no le daría miedo enfrentarse a la presidencia ni lo intimidarían los métodos disuasorios que utilizaban con cualquiera que desafiara a la Casa Blanca; tampoco acabaría por renunciar y largarse. Cuando Gray creía tener la razón, hacía cualquier cosa por defender su punto de vista; sus convicciones eran tan sólidas como el peñón de Gibraltar. Una de las razones por las que Merritt lo odiaba era justamente por esa inflexibilidad.

Cuando juró el cargo de presidente tenía grandes planes para los tres. Con su carisma y la labia política podía convencer al Congreso de lo que fuera. Spence era el brazo fuerte e implacable del trío, no necesitaba justificaciones, se limitaba a actuar, con eficacia y presteza. Gray era el experto estratega, veía todos los ángulos de cada situación y elegía siempre el mejor modo de enfocarla. Juntos habrían sido los tres hombres más poderosos del mundo.

¡Ojalá Gray no hubiese deseado nunca a Vanessa!

—¡Maldito idiota! —rezongó.

Haciendo palanca con los brazos, se levantó de la colchoneta y cogió una toalla. Mientras se secaba la cara y la nuca alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Inmediatamente entró un agente del servicio secreto seguido de Gray Bondurant.

—Señor presidente —dijo el sonriente agente—, tengo una sorpresa para usted.

Merritt esbozó una abierta sonrisa que sintió como si fuese una grieta abierta en un bloque de hormigón.

—¡Gray, qué sorpresa!

Gray también sonreía, aunque, como de costumbre, sus ojos no reflejaban la menor calidez.

—Vine con la esperanza de que tendría suficiente tiempo libre para recibirme. —Gray lo miró de arriba abajo con expresión aprobadora—. La nación debería dormir bien, señor presidente, se encuentra en tan buena forma que usted solo podría derrotar a todos sus enemigos, dentro y fuera del país.

Para que el agente del servicio secreto no pusiese su cordialidad en tela de juicio, se estrecharon la mano y se dieron unas palmadas en la espalda. La Casa Blanca había negado con vehemencia los rumores de una ruptura entre ellos y se suponía que cuando Gray se marchó, su amistad era tan buena como siempre, o tal vez mejor incluso debido al espectacular éxito de la misión de Gray.

Merritt tuvo que echar mano de todas sus dotes de interpretación para ocultar su rabia. Había sido tocado por un maestro. ¿Acaso no acababa de pensar que Gray era un experto estratega? Se trataba de una emboscada bien planeada y aparentemente inocente; sabía que si acudía directamente a la Casa Blanca sin anunciar su llegada, lo dejaría completamente desarmado. El personal lo conocía bien y no recelaría: había venido a ver a su amigo, el presidente, ¡qué amable!

Lo que más irritaba a Merritt era que tenía que seguirle el juego, al menos hasta que averiguara qué se proponía. En cuanto se quedaron a solas, Merritt se dirigió ala barra.

—¿Qué te sirvo?

—Lo que vayas a tomar tú.

El presidente sirvió dos vasos de zumo de naranja.

—¡Caray, qué alegría verte! —dijo—. Esto se merece un brindis.

—No quiero interrumpir tus ejercicios.

—Estaba a punto de dejarlo, ya no aguanto tanto como antes —observó con una mueca de modestia.

—Lo dudo.

—¿Te importa que me meta en el jacuzzi?

—Claro que no.

Merritt se quitó la ropa y se sumió en el agua burbujeante, que formaba remolinos y desprendía una nube de vapor.

—¡Ah, es maravilloso! ¿No te apetece acompañarme?

—No, gracias.

Gray arrastró una silla hasta el borde de la piscina y se sentó.

—Tienes más canas.

—Es hereditario. ¿No te había dicho que a mi padre le salieron prematuramente?

En el fondo, Gray Bondurant no había cambiado, su cuerpo se mantenía duro y musculoso, y su expresión todavía era resuelta. La envidia era una emoción que rara vez experimentaba el hombre que había progresado desde un camping de caravanas hasta la Casa Blanca, pero era la emoción subyacente en el odio que sentía por Gray.

Él era más guapo que Gray, tal vez más inteligente y físicamente tan fuerte como él.

Mas Gray tenía una gran confianza en sí mismo y una moralidad que le permitía mirar a todo el mundo directamente a los ojos sin encogerse por dentro. Hasta en los viejos tiempos, cuando estaban juntos en los marines, mucho antes de que se enfrentaran, Merritt era siempre el primero en apartar la mirada de la de Gray. Le guardaba rencor por la comodidad con que llevaba la honradez y la nobleza y le despreciaba por sus principios, pese a que en su fuero interno envidiaba la fuerza que le proporcionaban.

—Todavía tienes el abdomen plano —comentó—. Me alegro de que Wyoming no te haya estropeado.

—Es una tierra dura, pero si no me hubiera forjado en Washington, no habría podido con ella.

Merritt soltó una risilla.

—He echado de menos tu sentido del humor; es tan seco como el polvo, pero siempre supiste hacerme reír. —Estiró los brazos sobre el borde de azulejos de la piscina y, aunque creía que conocía la respuesta, inquirió—. ¿Qué te trae por Washington?

—Una mujer.

No se lo esperaba. Gray le había echado otra bola curva y para esconder su sorpresa se rio.

—¿Una falda? ¿Una mujer ha derrumbado por fin al poderoso «Tómalas y Déjalas». Bondurant? Me cuesta creerlo.

—Triste, pero cierto.

—Por favor —gruñó Merritt—. No eches a perder la imagen que tengo de ti, no me digas que has adquirido sensibilidad. Espero que no te hayas convertido en un «tipo de los noventa».

Gray le ofreció su sombría media sonrisa.

—Nunca. Por eso esta encaja perfectamente con mis necesidades. Es guapa, tiene una voz muy sexi y lo mejor de todo es que no es muy lista.

—¿Tiene nombre esa maravilla de chica?

—Barrie Travis.

Merritt hizo una mueca.

—Debes de estar de broma. Es una soberana patada en el culo. De acuerdo, no está nada mal y además tiene un tipazo, pero, Gray, amigo mío, solo te causará problemas. Si ve algo más que sexo en la relación, se te pegará y nunca podrás quitártela de encima. ¿Estás seguro de que sabes en lo que te metes?

—De momento soy yo quien se está metiendo en ella.

Los dos profirieron una risita obscena.

—No puede ser tan malo —reconoció Merritt.

—Es lo bastante bueno como para sacarme del rancho y traerme aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

Gray se encogió de hombros.

—Hasta que me harte de ella y regrese a casa.

Merritt acabó su zumo, posó el vaso en el borde y salió lentamente de la piscina. Se ajustó una toalla en la cintura y se sentó en una silla, junto a Gray. Sabía que si seguía esta conversación con su examigo podría meterse en terreno aún más peligroso, pero no pudo resistirlo. Si Gray continuaba con esta parodia de encuentro amistoso, él también podía hacerlo. Cuando de interpretar se trataba, él era mejor que Gray. Tenía mucha más práctica.

—¿Dónde os conocisteis? Quiero todos los detalles jugosos.

—Se presentó en mi casa la semana pasada.

—¿Para qué?

—Estaba preparando un reportaje, o, más bien, un nuevo enfoque de un reportaje anterior, un seguimiento de la misión de rescate de los rehenes.

—¿Y no le dijiste que se largara? Nunca te han gustado los reporteros.

—No estoy follando con su profesión, David.

Merritt se rio.

—¿Ya ves? Otra vez ese humor seco tuyo. —Frunció el entrecejo—. Acabo de acordarme... su casa se incendió completamente anoche.

—Sí, fue horrible.

—La vi esta mañana en el telediario hablando con los reporteros. Tiene agallas.

—Por eso representa un desafío.

—Bueno, ¿y dónde os alojáis? ¿En un hotel?

—No, con un amigo.

El amigo de Barrie Travis era un periodista jubilado llamado Ted Welsh. Aun en ausencia de Spence, su red de informadores le había proporcionado fotos de Welsh en albornoz recogiendo el periódico en un jardín infestado de hierbajos. Según se decía, el viejo padecía enfisema y no suponía ningún peligro para Merritt.

¡Menudo par! Travis se había instalado en la casa semi en ruinas de Welsh, y juntos tramaban la destrucción del presidente. Era de risa. Podría deshacerse de ambos de un solo golpe.

Pero Gray sí suponía un problema; con él como cabecilla, el trío podía volverse peligroso, y eso no le hacía ninguna gracia.

—Hablando de amigos —observó Gray—, me sorprende que no sepas ya todos los detalles jugosos acerca de Barrie y yo, pensé que te los habría contado Spence. Vino a verme al rancho, poco después de que ella me visitara.

La sonrisa de Merritt menguó casi imperceptiblemente; ni siquiera el mejor actor podría haberla conservado.

—Spence está de vacaciones; casi tuve que obligarlo a tomarlas, ya sabes que es adicto al trabajo. Dijo que tal vez pasaría por tu casa, pero no he sabido nada de él desde que se fue. ¿Dijo adónde iría después de Wyoming?

—No me mencionó sus planes, pero ya sabes cómo es. Aparecerá cuando menos lo esperes. De hecho, yo tampoco lo esperaba cuando se presentó en mi casa.

Merritt se había aferrado a una mínima esperanza de que Spence se encontrase vivo aún, y ahora supo, con toda seguridad, que no lo estaba. Gray lo había matado.

No podía dejarse llevar por el sentimentalismo... De todos modos, no necesitaba a Spence, mejor dicho, ni a él ni a nadie. No obstante, Spence le había sido muy útil; escaseaban los hombres con su talento y su ciega e

incondicional lealtad y obediencia. Y aún resultaba más difícil encontrar a tipos sin escrúpulos como él.

Gray le había robado esa valiosa baza y encima tenía que aguantar que estuviera sentado delante de él, con expresión franca y haciendo bromas al respecto. Merritt sintió ganas de romperle la cara; sin embargo contuvo su rabia, pues sabía que si estallaba, se incriminaría a sí mismo.

Además, no quería desperdiciar energía en una situación imposible de cambiar y Spence sería él primero que le diría que el luto resultaba contraproducente y que solo los débiles se lo permitían.

—Me preguntaba si anda por aquí la primera dama.

La pregunta de Gray sirvió de acicate a las meditaciones de Merritt.

—Eh... no, todavía se encuentra fuera.

—¿En ese «lugar sin revelar»?

—Sí. Y he jurado mantener el secreto.

Gray se inclinó y apoyó los brazos en los muslos, en una posición confidencial que el propio Merritt asumía a menudo.

—David, he estado preocupado por ella. ¿Está bien? Dime la verdad, no me cuentes toda la mierda que Neely echa a los medios de comunicación. ¿Cómo se encuentra Vanessa, de veras?

—¿Estás buscando una noticia sensacionalista para tu nueva compañera de cama?

—Cuando estamos en la cama tiene cosas más interesantes que hacer que entrevistarme.

—Le es difícil hablar con la boca llena, ¿eh?

Gray soltó la esperada risa, aunque se pareció más a un gruñido, y su delgado y arrugado rostro se tornó serio de nuevo.

—Vanessa no parece la misma desde la muerte del bebé. ¿Está enferma?

Si hubiera podido permitírselo, Merritt le habría retorcido el pescuezo en ese preciso momento. Su esposa le había puesto los cuernos con este hombre. Los rumores que corrían acerca de él y Vanessa se habían acallado, pero no consiguió detenerlos a tiempo.

¿Cuánta gente había llegado a la conclusión de que Gray, y no él, era el padre del bastardo de Vanessa? ¿Cómo se atrevía este hijo de puta a mencionar al crío sin un asomo de disculpa en los ojos?

Por pura fuerza de voluntad, el presidente de Estados Unidos contuvo la furia. ¿Cómo podría haber explicado que Gray se había ahogado en el jacuzzi del gimnasio de la Casa Blanca? Ni siquiera Spence habría sido lo bastante

temerario como para intentar convencer de ello al ministro de Justicia y al público norteamericano.

Así que no le quedó más remedio que reprimir el impulso asesino, agachó la cabeza y se mesó los cabellos con las manos.

—No me importa decírtelo, Gray, ha sido muy duro. Ella se culpa... culpa a su enfermedad... por no haber sido una madre perfecta y no haber podido evitar que su bebé muriera en la cuna.

—Me temía algo así. Tengo entendido que la está tratando George Allan. ¿Está cualificado para una situación como esta?

—Por supuesto. Ha sido su médico de cabecera durante muchos años y sabe exactamente lo que necesita para poder llevar una vida normal. En cuanto supere esta crisis, estará bien.

—Espero que sí.

Merritt miró el reloj de la pared y se puso de pie.

—Ha sido fantástico volver a verte, Gray, y odio tener que poner fin a nuestra conversación, pero tengo una reunión del gabinete dentro de media hora.

—He tenido suerte de haber podido charlar contigo tanto rato. —Gray se levantó y se estrecharon las manos—. Por favor, dile a Vanessa que pregunté por ella. ¿Crees que será posible que la vea?

—Me temo que no. Mejora día a día, pero ni siquiera quiere ver a Clete. Dile a Barrie Travis que lamento lo de su casa.

—Sí, lo haré.

Fuera del gimnasio había varios agentes del servicio secreto esperando al presidente para escoltarlo al ala residencial de la Casa Blanca.

—Por favor, acompañe al señor Bondurant a su coche —le pidió Merritt a uno de ellos.

—No hace falta —aseguró Gray tranquilamente—. Yo trabajaba aquí, ¿te acuerdas? Conozco el camino.

—De todos modos —Merritt se expresaba en un tono desenfadado—, nos agrada tratar a los viejos amigos con todos los honores.

Capítulo 19

Decir que el presidente se hallaba alterado era subestimar su estado de ánimo.

Acababa de hablar por teléfono con el doctor George Allan, a quien le había contado lo de la inesperada visita de Gray Bondurant como si estuviera encantado de haber visto a su viejo amigo. Sin embargo, George leyó entre líneas: David no deseaba que Gray anduviera merodeando por Washington, investigando minuciosamente la muerte de Robert Rushton Merritt.

Al igual que sus compatriotas, George se había convencido de que el bebé había muerto de SMSL. Aquella noche, cuando lo llamaron a la Casa Blanca, acudió apresuradamente y aceptó la palabra de David de que él y Vanessa habían descubierto al niño muerto en su cuna.

Como no quería saber si era o no cierto, no hizo muchas preguntas y, siguiendo las instrucciones del presidente, facilitó el entierro del niño y archivó el caso.

Pero la cosa no había acabado allí. Vanessa había mezclado a una entrometida reportera que, según David, se había puesto en contacto con Bondurant. Obviamente, a David no le convenía entrar en detalles sobre lo que había ocurrido realmente en el cuarto del bebé. Seguro que no quería despertar la curiosidad de Bondurant, porque si había alguien que pudiera desenmascararlo, ese era Gray.

—¿Qué hay de la... eh... la reportera? En las noticias dijeron que una explosión había destrozado su casa.

—Sí, así es. Es una pena, claro, pero al menos su crisis personal ha desviado la atención que tenía puesta en nosotros. —Hizo una pausa y después prosiguió—. Todo esto es culpa de Vanessa, ella es la responsable del tenaz interés de Barrie Travis. Si no se hubiese puesto en contacto con ella, ahora no nos estaría fastidiando. Por cierto, ¿cómo está Vanessa hoy?

George era consciente de que ese era el verdadero motivo de la llamada del presidente. Conteniendo el pánico que amenazaba con hacer presa de él, el médico le puso al día en cuanto a la salud de Vanessa.

Entonces, David le dio instrucciones, aunque no de manera explícita, pues no era necesario. El mensaje resultaba claro para cualquiera que lo escuchara, y George estaba escuchando.

El presidente había escogido ese día para cobrarse su deuda.

George colgó el auricular y se cubrió la cara, empapada de sudor, con las manos. Temblaba por fuera y oía un fuerte zumbido en los oídos. Se sentía débil y tenía ganas de vomitar.

Pensó en llamar a Amanda. Firme y serena, era un remanso de paz en medio del caos en que George había convertido su vida. A veces, con solo oír su voz recuperaba la esperanza, aun cuando su futuro fuese un campo minado que lo llevaría al desastre. Y esa era una buena razón para no llamarla: ¿para qué cargarla con las consecuencias de sus errores?

En lugar de telefonarla, se tomó un Valium.

Era un trabajo sucio, de los que David solía encomendar a Spence. Él no temblaría ni necesitaba un Valium. George se preguntó qué sabía David de Spence para obtener una obediencia tan ciega. ¿O sería al revés? ¿Sería Spence el titiritero y David el títere? O bien, y esto era lo más probable, se debía a que Spence no precisaba razones para hacer lo que hacía.

Le encantaba la crueldad. Nunca había amado a una mujer y ninguna lo había amado a él. Nunca había sido testigo del nacimiento de un hijo engendrado con amor. Nunca se había movido en sus brazos una nueva vida, nunca había observado a un bebé con lágrimas en los ojos. Tampoco había sentido culpa ni remordimientos. Nunca.

Puede que fuera un cobarde, pero él, George, era mejor hombre que Spence.

¡Bah!, eso carecía de importancia. Por lo visto, Spence había desaparecido. Disimulando cuidadosamente lo que decía, David había sugerido que Gray era el responsable de la ausencia inexplicable de Spence. George esperaba que si Gray había matado a ese cabrón sin corazón, lo hubiese hecho sufrir primero.

Gray fue inteligente al salirse a tiempo y a George le habría gustado tener su valor. Gray había dicho «me largo», y se había largado. Pero Gray no tenía la soga al cuello.

Y George sí, y le apretaba más por momentos.

Se pellizcó el puente de la nariz hasta que le dolió, bajó la mano y miró hacia la puerta cerrada del pequeño estudio revestido con paneles de madera. Podía permanecer quieto, una hora o dos, mirando la puerta fijamente, pero al final tendría que obedecer las órdenes del presidente. Cuanto más lo retrasara,

más pensaría en ello, y cuanto más pensara en ello, más despreciable le parecería.

Se levantó lentamente, salió del estudio y cruzó el pasillo con pies de plomo.

El dormitorio de la enferma resultaba asfixiante.

Jayne Gaston era una enfermera atenta. Todas las mañanas aseaba a su paciente a conciencia y cambiaba las sábanas de su cama, pero aun así, la habitación de la enferma había cogido el olor propio de la enfermedad.

El doctor George Allan se aproximó a la cama.

—¿Cómo está?

—Ahora duerme.

La enfermera miró compasivamente a su paciente mientras el médico la examinaba.

George escuchó los latidos de su corazón y comprobó su presión y temperatura en el historial que había al pie de la cama sin mirarla a la cara. Afortunadamente, la mujer estaba dormida. No habría sido capaz de mirarla a los ojos, y se preguntó si, después de esto, podría hacerlo con los de Amanda o con los suyos propios.

—Se alteró hace un rato y se echó a llorar —le informó la enfermera—. Me suplicó que la dejara levantarse. Doctor Allan, si se siente lo bastante fuerte, no veo por qué...

—Gracias, señora Gaston.

—Doctor, estoy segura de que usted sabe mejor que nadie...

—Yo también estoy seguro. —Le dirigió una mirada severa—. No pienso seguir tolerando estas conjeturas, señora Gaston.

—Solo deseo lo mejor para la paciente.

—¿Y cree que yo no?

—Por supuesto que sí, doctor, no quería decir eso. —La mujer se enderezó—. Pero tengo muchos años de experiencia.

—Por eso se la contrató, pero se está extralimitando.

—La señora Merritt está demasiado sedada...

—¿Acaso se lo he preguntado! —gritó George.

—Además, creo que la dosis de litio es peligrosamente alta.

—Usted ha visto los resultados del laboratorio, el nivel de litio en su sangre es correcto.

—Entonces no confío en el laboratorio y no creo en los resultados...

George sentía cómo su corazón le golpeaba las costillas. Le temblaban las rodillas, la sangre le pulsaba violentamente detrás de los ojos y tenía la cara

roja.

Se obligó a calmarse.

—Ya no se precisan sus servicios, señora Gaston —le notificó—. Haga el favor de hacer sus maletas de inmediato. Alguien la llevará a Washington esta misma noche.

La enfermera se cubrió el pecho con las manos abiertas.

—¿Me está despidiendo?

—Ya no tiene usted cabida en el programa de tratamiento de la señora Merritt. Ahora, si...

La señora Gaston negó obstinadamente con la cabeza y cogió la mano de Vanessa.

—No me iré. Es paciente mía también y me niego a dejarla en esta situación. Si quiere mi sincera opinión, creo que está intoxicada y a punto de entrar en coma.

—Si no acepta irse de buena gana, no me quedará más remedio que hacer que la echen por la fuerza.

El doctor Allan cruzó la habitación a grandes zancadas, abrió la puerta y llamó a gritos a los agentes del servicio secreto.

Capítulo 20

—¿Barrie Travis?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

Barrie se tapó la oreja libre con un dedo para oír a la mujer por encima del alboroto de la sala de redacción.

—¿Sabe lo de Highpoint?

Barrie se puso al instante en alerta.

—¿A qué se refiere?

—Ha ocurrido algo.

—¿Puede ser más explícita?

—No... no lo sé... no estoy segura. —Su angustia era patente—. Alguien tiene que averiguar lo que está ocurriendo allí.

La mujer colgó el auricular.

Barrie llamó a la centralita.

—¿Se identificó o dijo desde dónde llamaba la persona que acabas de pasarme?

—No, solo pidió hablar contigo. ¿Es otra chiflada?

—No estoy segura. Gracias.

Se puso en pie de un brinco y cogió su bolso. Había terminado su reportaje para el telediario de la tarde y lo había dejado sobre el escritorio del productor. Nadie la echaría de menos si se iba temprano.

En los últimos días se las había arreglado para convencer al público —y esperaba que entre ellos se incluyera David Merritt— de que seguía trabajando y viviendo como de costumbre antes de perder su casa.

Aún no había ningún informe en cuanto a la causa de la explosión que destruyó su casa y la joven hacía lo posible por dar la impresión de que no la relacionaba con sus incursiones en la vida privada del presidente y la primera dama.

Cuando cruzaba la sala de redacción a toda prisa se le ocurrió que podría llevar a un cámara consigo, por si la información resultaba válida, aunque

decidió contenerse. Llevaría una cámara de vídeo a Highpoint, de este modo, si allí sucedía algo, al menos lo tendría grabado en una cinta.

Primero, no obstante, debía idear la manera de entrar en Highpoint sin que le dispararan.

—¿No reconociste la voz?

—¿No acabo de decir justamente eso? —contestó irritada—. No, Gray, no reconocí la voz.

Barrie y Gray ya se tuteaban.

—No te enfades con él —la tranquilizó Daily—. No quiere que actúes con precipitación.

Barrie se puso furiosa al ver que Daily le daba la razón a Gray.

—No estoy pidiendo a nadie que se precipite conmigo. Quédate aquí, me trae sin cuidado. Yo voy a seguir esta pista.

—No sería esa chiflada, ¿verdad? —inquirió Daily—. Esa tal Charlene.

—No era ella —insistió Barrie—. No sé quién era, pero no tenía las características de los chiflados que suelen llamar. Su voz era culta y educada... y temerosa. Creo lo que me dijo.

Daily persistió.

—No tienes pruebas de que en Highpoint esté ocurriendo algo fuera de lo normal. Podría ser otro caso como el del juez Green y, de ser así, acabarías con un huevo estrellado en la cara y el culo al descubierto.

—¿Qué es eso del juez Green? —quiso saber Gray.

—Nada —espetó la joven, que miró airadamente a Daily y dio un manotazo en el aire—. Esta conversación ha acabado. Me largo.

No habría regresado a casa de Daily para contarles su plan de no ser porque se encontraba allí la cámara de vídeo, que había adquirido recientemente porque la que tenía la había perdido en la explosión. Le puso las pilas, la comprobó, se la metió en el bolso y se volvió hacia sus preocupados compinches.

—Bueno, deseadme suerte.

Daily se hallaba tan inquieto que empezó a faltarle el aire.

—Tú eres el marine. ¿Tienes alguna idea? —le preguntó a Gray.

—Como no sea atarla de brazos y piernas, no se me ocurre nada. Pero iré con ella... probablemente hará que nos disparen a los dos —dijo a la vez que se metía una pistola debajo de la cinturilla del pantalón.

En ese preciso instante sonó el busca de Barrie.

—¿Una de tus fuentes? —preguntó Daily.

—Aparte de ti, son los únicos que tienen este número. No reconoció el número en la pantalla, mas identificó de inmediato la voz, que contestó desde lo que parecía un teléfono público, pues oyó ruidos de tráfico de fondo. El hombre no perdió el tiempo, le dio su mensaje y cortó la comunicación.

Barrie se quedó pensativa unos instantes, luego colgó y miró a Gray.

—Vámonos, si es que vas a venir conmigo.

—¿Quién era? —Daily los siguió hasta la puerta arrastrando tras de sí su rechinante tanque de oxígeno—. ¿Se trataba de Highpoint?

—No, nada importante. —La débil sonrisa de la joven le dio a entender que mentía—. Te llamaremos en cuanto sepamos algo. Trata de descansar.

—Y tú trata de regresar con vida. Me gustaría poder visitarte cuando estés en la cárcel.

—¿De Luisiana?

—¿Qué dices?

—Dijiste que eras de Luisiana. ¿De qué ciudad?

—De un punto en la carretera —respondió Gray—. Seguro que no has oído hablar de él.

—Tuve buenas notas en geografía.

—Grady.

—No he oído hablar de él —reconoció.

Gray conducía concentrado, aferrando el volante con las dos manos. Iban rumbo al sudeste, hacia la campiña de Virginia. Pastos ondulantes, ranchos de cría de caballos y bosques conformaban el paisaje, mas ni él ni Barrie parecían fijarse en él.

Eran las primeras palabras que intercambiaban desde que dejaron atrás el barrio de Daily. Incapaz de aguantar otro kilómetro de silencio hostil, además de sus propios pensamientos, Barrie había empezado una conversación bastante neutral.

—¿Es un buen lugar para criarse?

—Por supuesto.

—¿Tuviste una infancia feliz?

—Pasable.

—¿Mala?

—¿Yo he dicho que fuera mala?

—Entonces, ¿fue buena?

—He dicho que pasable. ¿De acuerdo?

—No tienes por qué echarme la bronca, solo siento curiosidad por saber de dónde viene un hombre como tú.

—¿Un hombre como yo? —repitió Gray sardónico—. ¿Qué clase de hombre soy?

Ella tardó un momento en encontrar una réplica adecuada.

—Alto.

Él esbozó una fugaz sonrisa.

—¿Qué me dices de tus padres?

Gray tardó un rato en contestar.

—Mi madre y mi padre murieron cuando un tornado provocado por un huracán arrasó el local de su negocio.

—Lo siento —expresó ella con sinceridad—. ¿Cuántos años tenías?

—Nueve, más o menos.

A Barrie le costó asimilarlo... no el hecho de que sus padres fuesen víctimas de un huracán sino que Gray hubiese sido niño. No se lo imaginaba como un chiquillo despreocupado, jugando con otros chicos, participando en juegos en fiestas de cumpleaños, abriendo regalos con los miembros de la familia reunidos en torno al árbol de Navidad.

—Aquella mañana en Wyoming me dijiste que aprendiste a ser granjero con tu padre.

—Tenía una manada de ganado, pero también poseía un taller de reparaciones en la ciudad. Podía arreglar cualquier tipo de motor, y mi madre era casi tan buena como él con una llave inglesa.

Barrie reparó en la extraña suavidad de su severa boca.

—Los querías.

Él se encogió de hombros.

—Era un niño, los niños siempre quieren a sus padres.

«Aun cuando no hay por qué quererlos», pensó Barrie.

—¿Quién te crio después de su muerte?

—Mis abuelos paternos y mis abuelos maternos, alternativamente. Eran buenas personas. Todos han muerto.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana. Vive todavía en Grady y está casada con un contable público titulado que es presidente de la junta de administración de la escuela y diácono de la iglesia baptista. Tienen cuatro hijos.

—Debe de ser agradable, eso de tener sobrinas y sobrinos a los que mimar.

—No los veo.

—¿Por qué?

—Mi cuñado cree que soy peligroso.

—¿Lo eres?

Gray volvió la cabeza. Sus ojos parecieron traspasarla como un rayo.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

—Sí. —La joven bajó la vista—. Creo que puedes ser muy peligroso.

Al mirar por el parabrisas se fijó en que ya había anochecido del todo y que los bosques que había a ambos lados de la carretera se habían convertido en masas oscuras.

—La llamada que recibí en casa de Daily era de mi fuente en el Ministerio de Justicia —lo informó.

—¿Tienes una fuente en el Ministerio de Justicia?

—¿Resulta tan sorprendente?

—¿Quién? ¿De qué departamento? ¿Tiene un cargo importante?

—Sabes que no puedo decírtelo.

—Bueno, espero que no sea un topo de Spence.

Barrie hizo caso omiso del comentario.

—Mi fuente me dijo que tú y Merritt tuvisteis una reunión a puerta cerrada hoy.

—Así es.

—Qué raro que no nos lo mencionaras, ni a Daily ni a mí.

—No era importante.

—¿Estuviste quince minutos con el presidente de Estados Unidos y no era importante?

—Solo fui a visitarlo.

—¿A visitarlo? ¡Oh!, yo también podría hacerlo... pero David Merritt nunca me otorgaría una audiencia privada.

—Tengo amigos en el servicio secreto. Me presenté sin que me anunciaran para comprobar como reaccionaba al verme.

—Bueno, ¿y qué hizo?

—Casi se cagó encima.

Recapituló su conversación con Merritt para la joven y añadió:

—Le hice saber que Spence había fracasado en su última misión.

—¿Y eso fue todo?

—Eso fue todo.

—Tal vez.

Gray la miró receloso.

—¿Por qué iba tu fuente a mencionarte mi encuentro con David?

—Porque le preocupa mi seguridad, le pone algo nervioso la gente con la que me asocio. Me sugirió, por ejemplo, que el presidente podría estar utilizándote como cebo para una reportera entrometida a la que quiere hacer callar.

—Ya no trabajo para el presidente.

—Eso dices. Pero me pregunto que tipo de relación te une a los Merritt. Eras el hermano de sangre del presidente antes de ser amante de su esposa, y eso podría crear una situación sumamente ambigua.

Las manos de Gray se aferraron con más fuerza aún al volante.

—¿Por qué no sueltas lo que estás pensando?

—En mi opinión, tus lealtades están irremediabilmente divididas.

Él le dirigió otra mirada furibunda aunque ni confirmó ni negó la suposición.

—¿Se mencionó mi nombre en el encuentro?

Él asintió con la cabeza.

—¿En qué contexto?

—Le dije que te estaba cepillando.

Barrie sintió que se le ponían rojas las mejillas.

—Prefiero esa expresión a la otra palabra que usaste, aunque también es impúdica.

—Así es como lo recuerdo, como algo impúdico.

—¿Llegó a aclarar algo sobre Vanessa? —inquirió la joven para reconducir la conversación al encuentro con el presidente.

—Nada nuevo.

—¿Me lo dirías si lo hubiese hecho?

—Probablemente no.

—¿Por qué?

—Porque ya estás demasiado metida en esto.

—Por un reportaje exclusivo que sacudirá al mundo entero, estoy dispuesta a arriesgarme.

—Bueno, pues yo no —espetó Gray—. No estoy dispuesto a arriesgar mi vida, ni la de Vanessa, ni siquiera la tuya, solo para que puedas obtener un par de miles de dólares más al negociar tu próximo contrato. Si he de conseguir que salgamos vivos de esto, no quiero que una aficionada que sueña con ser una estrella ponga en peligro mi estrategia.

Eso le dolió.

—Soy una profesional.

—Tal vez para un telediario, pero en Highpoint no estaremos en un estudio frente a las cámaras, sino que nos enfrentamos a hombres armados y tú no estás a la altura.

—Soy más dura de lo que crees.

—¡Oh!, sé que tienes agallas. Me parece recordar hasta dónde eres capaz de llegar para obtener información. ¿Acaso lo has olvidado tú?

Puesto que Gray parecía absolutamente decidido a hacerla reaccionar, Barrie bajó la voz y, en tono sensual, replicó:

—No, no lo he olvidado, no he olvidado un solo momento. Y lo que es más importante, Bondurant, tú tampoco.

El que le volviera las tornas funcionó y un músculo se tensó en la mandíbula de Gray. Con una sonrisa de suficiencia, Barrie se concentró en la carretera, mas su satisfacción no duró.

—¡Cuidado! —gritó.

Gray reaccionó rápidamente y dio un golpe de volante para evitar el choque. Cuatro policías en motocicleta acababan de salir de una curva, de dos en dos, seguidos por un coche de bomberos, un vehículo de aspecto oficial y una ambulancia, todos ellos a gran velocidad y en dirección contraria.

Gray permaneció en el arcén hasta que pasaron todos y dio media vuelta.

—¿Vas a seguirlos?

—Puedes apostar a que sí.

—Pero ¿por qué...?

—Mira arriba —contestó Gray antes de que Barrie terminara la pregunta; ella pegó la mejilla a la ventanilla y vio cómo dos helicópteros se ladeaban y elevaban por encima de las copas de los árboles—. Tu fuente anónima tenía razón, ha ocurrido algo.

—Pero Highpoint está allá.

La joven señaló hacia atrás.

—El retiro presidencial se encuentra al otro lado del lago, pero toda esta zona se llama Highpoint y el doctor Allan tiene una casa en esa loma. —Con la barbilla indicó el lugar aproximado en el bosque desde el que habían despegado los helicópteros—. Allí es donde han tenido a Vanessa.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenía una corazonada y acaba de confirmarse. El vehículo que iba detrás del coche de bomberos era del gobierno, probablemente del servicio secreto.

Con las manos firmemente aferradas al volante, Gray pisaba a fondo el acelerador del coche de Barrie a fin de no perder de vista las luces traseras del

último vehículo de la caravana.

—¿Qué crees que significa esto?

—¿A ti qué te parece? —repuso tenso.

A Barrie le costaba expresar en voz alta lo que pensaba.

—El doctor Allan no le haría daño a posta, no cuando la vigila el servicio secreto.

—La Casa Blanca estaba repleta de agentes del servicio secreto la noche en que murió el bebé y eso no evitó que anunciara que había muerto a causa del SMSL. Si David tiene a George Allan pillado, dirá y hará todo lo que él le diga.

Siguieron la caravana hasta Shinlin, una pintoresca y bien cuidada comunidad de unos quince mil habitantes. Dada la proximidad del pueblo al retiro del presidente, la gente estaba acostumbrada a que la comitiva presidencial irrumpiera en la serenidad de sus calles.

Gray mantuvo una distancia prudente y cuando se hallaba a dos manzanas de los vehículos, estos se detuvieron en la entrada de urgencias del hospital.

Barrie miró a Gray.

—Si Vanessa precisa atención médica urgente, ¿por qué no la trajeron en helicóptero?

Antes de que pudieran especular al respecto, las puertas traseras de la ambulancia se abrieron de golpe y de ellas salió George Allan, despeinado y sumamente nervioso, con la camisa remangada hasta los codos y el cabello de punta, como si se lo hubiese estado mesando con los dedos. Él, el conductor y un enfermero sacaron una camilla en la que transportaban un cuerpo atado y cubierto por una sábana.

—¡Ay, Dios mío, no! —exclamó Barrie.

Los enfermeros empujaron la camilla hacia las puertas de vidrio automáticas. Dos hombres se bajaron del coche gubernamental y, con aire sombrío, se adentraron tras ellos en el hospital.

El doctor George Allan se dobló y vomitó en el pavimento.

Capítulo 21

Cuando sonó el teléfono de Clete Armbruster y lo despertó de un sueño profundo, giró sobre su cuerpo y miró el reloj de la mesita de noche.

—¡Maldita sea! —Una llamada a esa hora presagiaba alguna urgencia—. ¿Diga?

—¿Senador Armbruster?

Como esperaba la pronunciación casi abreviada de un ayudante, le sorprendió oír la voz suave, ronca y femenina, más adecuada para el sexo que para anunciar una mala noticia, que le hablaba al otro lado de la línea. Irónicamente, esto le causó pánico. Hacía tiempo que no había contratado los servicios de una profesional, pero lo primero que se le pasó por la cabeza fue que a una de sus antiguas compañeras se le habían dado instrucciones para que notificara a todos sus antiguos clientes que padecía un virus que posiblemente causara la muerte.

—¿Quién es?

—Soy la periodista Barrie Travis, la amiga de Vanessa.

El senador apartó las mantas con un irritado puntapié, puso los pies en el suelo y se sentó. El hecho de que Barrie Travis se hiciera pasar por amiga de Vanessa constituía una verdadera exageración y todavía lo era más que se considerara periodista. Nunca entendería, aunque en ello le fuera la vida, por qué Vanessa le había concedido la reciente entrevista.

—¿Qué quiere?

—Tengo que hablar con usted. Se trata de Vanessa.

—¿Sabe qué hora es? Por cierto, ¿cómo consiguió mi número privado? ¿Acaso no le informé mi personal de que no pienso hablar de mi hija con miembros de la prensa?

—No se trata de eso, señor.

—¿A quién cree que va a engañar? Buenas noches.

—¡Senador! ¡Por favor, no cuelgue!

Recapacitó al percibir la angustia en su voz. Se llevó el teléfono inalámbrico al cuarto de baño, se paró frente al inodoro e hizo sus

necesidades.

—¿Qué ocurre? ¿Otra explosión?

—Es imperativo que lo vea.

—¿Para qué?

—No puedo decírselo hasta que lo vea.

Armbruster soltó una risita mientras tiraba de la cadena.

—La incertidumbre me está matando.

—Le aseguro, senador Armbruster, que no se trata de un truco de periodista. Por favor, créame cuando le digo que es de suma importancia. ¿Puede reunirse conmigo?

Clete se frotó la cabeza.

—¡Ay, Dios!, probablemente lo lamentaré el resto de mi vida, pero llame a mi oficina mañana y pida una cita.

—No lo entiende, tengo que verlo ahora mismo, de inmediato.

—¿Ahora? Estamos en mitad de la condenada noche.

—Por favor. Me encuentro en una cafetería en Shinlin, en la esquina de las calles Lincoln y Paul's Meadow. Lo estaré esperando.

Barrie colgó el auricular. El senador hizo lo mismo, con violencia y empezó a soltar una retahíla de tacos; después se deslizó hacia el borde de la cama, se sirvió una copa de whisky y se lo bebió de un trago con la firme intención de no hacer caso de la llamada y volver a dormir.

Mas vaciló de nuevo. ¿Qué diablos sabría esa reportera acerca de Vanessa que no podía esperar hasta mañana?

Como si de un enemigo mortal se tratara, dirigió una mirada siniestra al teléfono. Por su culpa ya no podría volver a dormirse y, además, tenía que admitir que le sorprendió que la periodista se expresara en un tono que se le antojaba realmente apremiante.

Se levantó, se vistió y a los diez minutos iba rumbo a Shinlin, pueblo que conocía de sobra después de haber ido tantas veces a Highpoint.

En su mente evocó otra noche de hacía dieciocho años. Disfrutaba de unos días de vacaciones en su granja en el Mississippi rural, donde el ritmo de vida solía ser lento y básicamente despreocupado. Salvo esa noche.

Lo despertó de madrugada la insistente llamada del timbre de la puerta. El ama de llaves salió de su habitación de detrás de la cocina, anudándose el cinturón de la bata, mas Clete llegó primero a la puerta.

David Merritt se hallaba en el umbral, empapado de lluvia y con un aspecto horrible. El fulgor de un rayo iluminó largos y sangrientos rasguños en sus mejillas.

—¿Qué diablos te ha pasado? —exclamó Clete.

—Siento despertarte, pero tenía que verte inmediatamente.

—¿Qué ocurre? ¿Has tenido un accidente?

David echó una mirada aprensiva al ama de llaves; Clete le dijo que podía marcharse y ella se retiró a su dormitorio.

Entonces Clete llevó a David a su estudio, encendió la lámpara del escritorio y sirvió una copa de coñac para el joven. Este se sentó en el asiento del alféizar de la ventana, cogió la copa con las dos manos y apuró el contenido de un trago.

—Normalmente no bebes así —observó Clete a la vez que le daba un pañuelo para que se restañara los rasguños de la cara—. Sea lo que sea lo que te corroe debe de ser malo, así que desembucha.

Clete se repantigó en el sillón reclinable de cuero y cogió un cigarro. David se levantó y empezó a andar por la estancia.

—Se trata de una chica.

—Lo imaginaba.

Clete agitó la mano para apagar la cerilla con que había encendido el puro.

—La conocí cuando vinimos el verano pasado.

—¿Es de por aquí? ¿Dónde la conociste? ¿Cómo se llama? ¿Quién es su familia?

—Se llama Becky Sturgis, pero seguro que no la conoces. Vive en un camping, no es nadie. Ligué con ella en un bar de la carretera. Estaba borracha cuando llegué, nos miramos y luego bailamos. Coqueteamos y acabamos magreándonos. La cosa se puso caliente muy pronto, pues ella no dejaba de acariciarme y besarme; teníamos que salir de allí, si no la situación se iba a volver embarazosa. Apenas llegar afuera tiró de mí y lo hicimos allí mismo, contra la pared del edificio.

Habría sido una hipocresía castigar a su protegido por una indiscreción sexual, ya que a su edad Clete Armbruster había tenido también aventuras bastante alocadas y solo con la madurez aprendió el valor de la discreción y el sentido común. No obstante, le pareció que le hacía falta cierta reprimenda.

—A varios grandes hombres de estado se les ha negado la Casa Blanca por haber confundido el cerebro con la verga, por no saber con cuál joder y con cuál pensar.

—Lo sé —contestó David muy tenso—. Juro por Dios que creía que era inofensiva; era bonita y muy sexi. Vivía sola, trabajaba en una lechería, donde despachaba los camiones de reparto, y básicamente no tenía familia.

Clete soltó un gruñido de escepticismo.

—Si era tan inofensiva, ¿qué te trae a mi puerta a estas horas de la noche, sangrando y con aspecto de estar a punto de vomitar la cena sobre la valiosa alfombra oriental de mi querida y difunta esposa?

—La... la maté.

Lo labios de Clete se pusieron tan flácidos que casi se le cayó al regazo el puro encendido. Poco a poco se fue serenando y pudo levantarse del sillón reclinable y servir otra copa de coñac, ahora para sí mismo. La apuró de un sorbo. Veía disolverse como un terrón de azúcar todo lo que había soñado para el joven.

David Merritt había destacado tanto como voluntario en la campaña de Armbruster que pronto le ofrecieron un puesto remunerado. Cuando lo conoció, hacía poco que se había licenciado de los marines; era disciplinado e intuitivo; apenas precisaba supervisión y llevaba a cabo todas las misiones con aplomo y rapidez. Clete no tardó en ofrecerle un puesto de mayor responsabilidad.

Tras obtener un escaño en el Senado, lo invitó a formar parte de su personal en Washington, y en los últimos dos años había resultado un aventajado alumno en asuntos políticos. Clete ya tenía grandes planes para él, porque consideraba que tenía lo que se necesitaba para ser un excelente político.

Poseía conocimientos de economía, más bien prácticos por haber tenido que arreglárselas con los escasos recursos de que disponía en su juventud. En su tiempo libre estudiaba Derecho y procedimientos gubernamentales. Además poseía un distinguido historial militar; era guapo, se expresaba bien y, hasta esta noche, carecía de antecedentes escandalosos.

Clete tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no abofetearlo violentamente por ser tan estúpido.

—Supongo que tenías una buena razón para matarla —apuntó con dureza.

—Juro por Dios que fue un accidente.

—No jures por Dios —rugió Clete—, júramelo a mí, chico.

—Lo juro, Clete.

Este estudió largo rato el rostro de David y no vio señales de fingimiento en la expresión destrozada. Ante sí tenía a un joven muerto de miedo.

—De acuerdo, ¿qué ocurrió?

—Primero tengo que volver atrás. Después de esa primera vez, la veía siempre que veníamos.

Clete se pasó el puro por la comisura de los labios.

—¿En Navidades?

—Sí, señor.

—¿Semana Santa?

David asintió con la cabeza.

—¿Mientras cortejabas a Vanessa? ¡Nos has visto cara de tontos a los dos! —gritó Clete.

—Te equivocas, Clete. —La voz de David se quebró por la emoción—. Sabes lo que siento por Vanessa, la amo y quiero casarme con ella, pero...

—Pero sentiste el impulso de enterrar la picha en una basura de un camping que se emborracha y jode contra la pared de un tugurio de paletos. ¿Esa es tu idea de cómo llevar tu vida amorosa?

El arrebató le despejó la mente; regresó al sillón reclinable y, dando furiosas caladas al puro, dejó que se le calmara la ira. David le dio tiempo de tranquilizarse, hasta que el senador ordenó en tono despectivo:

—Cuéntame el resto.

—La última vez que vinimos me llamó para pedirme que fuera a su caravana. Cuando llegué... —David hizo una pausa y se pasó la mano por la cara—. Me costaba creerlo: tenía la panza hasta aquí.

Clete se limitó a mirarlo fijamente un rato.

—Dame esa botella de coñac. —David se la dio, aunque Clete parecía tener ganas de golpearlo con ella. El senador tomó dos tragos directamente de la botella—. ¿Me estás diciendo que estaba embarazada?

—Lo estaba. Tuvo al niño hace unas semanas. Un varón.

—¿Es tuyo?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —exclamó David alzando la voz por primera vez esa noche—. Es posible, pero podría ser de cualquiera, aunque ella alegaba que era mío.

—¿Era? ¿En pretérito?

—Empezó a fastidiarme para que fuera a ver al niño; insistía en que era mío. Yo tenía miedo de que cometiera alguna locura si no iba. Así que fui esta noche a darle dinero; me pareció que era lo menos que podía hacer. Pero... pero no se podía razonar con ella, Clete. Me arrojó el dinero a la cara, dijo que no podía descartar mis responsabilidades con dinero y que no aceptaría nada que no fuera el matrimonio.

Cada palabra era como otro martillazo en el ataúd del futuro político de David Merritt. En ese momento, el propio Clete temió vomitar la cena sobre la valiosa alfombra oriental de su difunta esposa.

—Le dije claramente que lo del matrimonio era imposible porque ya estaba comprometido con otra mujer a la que amo. —El joven hizo otra pausa y miró a Clete de reojo—. Sé que a Vanessa no le he pedido formalmente que se case conmigo, y no pretendo hacerlo hasta que termine los estudios, pero ella sabe cuánto la amo, se entendía que...

—Continúa —lo interrumpió con rudeza el senador—. ¿Qué sucedió cuando le dijiste a esa mujerzuela que no habría boda?

—Se volvió loca.

David se sentó de nuevo, se cubrió la cara con las manos y permaneció así un buen rato. Finalmente apoyó las manos entrelazadas en las rodillas.

—Usaba un cajón de tocador como cuna. Supongo que sus gritos asustaron al bebé, que se puso a llorar, y eso la volvió aún más loca. Dijo que no pensaba criar sola a un niño y entonces... entonces le rodeó el cuello con las manos y empezó a estrangularlo. Traté de apartárselas, pero no pude. Lo estranguló.

—¡Dios mío! —Clete se quedó boquiabierto—. ¿Lo mató?

David asintió con la cabeza.

—No podía creerlo; el niño lloraba y de pronto se calló de golpe. Estaba muerto.

—¿Por qué no llamaste a la policía?

—No me dio la oportunidad —exclamó David—. La muy perra me atacó, por eso tengo los rasguños, se abalanzó sobre mí como una fiera. Tuve que protegerme, luchamos, ella perdió el equilibrio y cayó, golpeándose con la esquina de una mesa empotrada. Debió de fracturarse el cráneo. Hay sangre por todas partes.

El joven cerró fuertemente los ojos, pero no consiguió contener las lágrimas y empezó a sollozar.

—Un error, un solo error y ahora, todo lo que has hecho por mí, todo aquello por lo que hemos trabajado, todo echado a perder. Y Vanessa —gimoteó—. ¿Qué pensará Vanessa de mí? ¿Cómo va a afectar esto nuestro futuro juntos?

Clete había dedicado demasiado tiempo y esfuerzo cultivando a David para la presidencia para echarlo todo a rodar por una chica que nadie echaría en falta y un bebé que nunca debió nacer. Si lo único que habían de tener en cuenta eran las consecuencias políticas de las fechorías de David, Clete habría resuelto el lío a fin de proteger su inversión.

Pero al mencionar a Vanessa, David se aseguró la pronta intervención de Clete, que no estaba dispuesto a que a su hija se le rompiera el corazón al

enterarse de que el hombre al que adoraba desde hacía años, y con el que esperaba casarse, había dejado embarazada a una blanca pobre y despreciable, y luego la había matado accidentalmente.

Visto de ese modo, Becky Sturgis y su hijo no importaban gran cosa, mientras que David Merritt estaba destinado a la grandeza. Un día sería el hombre más poderoso del mundo, ¿por qué sacrificar ahora su potencial por culpa de un error? ¿Por qué destrozar las esperanzas y los sueños de Vanessa, cuando ella no tenía ninguna culpa? Y a pesar de que era inocente en todo este lío, sería la que más sufriría.

¡Diablos!, Clete no iba a dejar que eso ocurriera, claro que no.

—De acuerdo, chico, contrólate. —Se acercó a David y le dio una fuerte palmada en la espalda—. Dúchate, tómate otro coñac y acuéstate. ¡Ah! Y no digas ni una palabra de todo esto a nadie nunca.

David lo miró con expresión desolada.

—¿Quieres decir...?

—Me encargaré de ello.

David se puso en pie inseguro.

—No puedo pedirte que hagas eso, Clete. Dos personas han muerto. ¿Cómo vas a...?

—Deja que yo me preocupe por los detalles. —Clavó su grueso índice en el pecho del joven—. Mi tarea consiste en hacer que el problema desaparezca y la tuya, en enderezarte. ¿Entendido, chico?

—Sí, señor.

—Se acabó eso de andar jodiendo indiscriminadamente. Cuando tengas que correrte ve a que una profesional te haga una buena mamada y envíame la cuenta.

—Sí, señor.

—No podemos hacer que te elijan presidente para que luego un montón de putas salgan a la luz con juicios de paternidad en tu contra, ¿verdad?

Clete sonrió.

David le correspondió también con una tímida sonrisa.

—No, señor.

—Bien. ¿Dónde está la caravana de la chica?

Clete se encargó del problema esa noche. Como había dicho David, el lugar estaba hecho un asco, pero la palabra imposible no figuraba en el diccionario de Clete Armbruster y, en menos de cuarenta y ocho horas, el incidente con Becky Sturgis era agua pasada.

David nunca se molestó en preguntar cómo había logrado hacer desaparecer dos cuerpos sin suscitar sospechas; nunca quiso saber cómo consiguió borrar Cleve la existencia de Becky Sturgis. Al igual que Cleve, David actuó como si el incidente no hubiese tenido lugar y, en los dieciocho años que habían transcurrido desde entonces, no habían vuelto a mencionarlo, no hasta hacía unas tardes en el Despacho Oval de la Casa Blanca, cuando Cleve hizo una sutil alusión al respecto.

La muerte de su propio nieto le había hecho recordar a aquella otra joven y a su hijo recién nacido. Los dos acontecimientos eran distintos, si bien existían suficientes coincidencias entre ellos como para inquietarlo.

Con demasiada frecuencia se le pasaba por la cabeza al senador un pensamiento.

¿Acaso fue David Merritt, y no la madre, quien mató al niño dieciocho años antes? Y, de ser así, ¿había vuelto a matar?

Capítulo 22

Barrie observaba atentamente la puerta del restaurante, deseosa y a la vez temerosa de que llegara el senador Armbruster.

En una región en que prevalecía la arquitectura georgiana, no encajaba la de la cafetería barata, cuya chillona y brillante decoración, típica de los años cincuenta, consistía en centelleante cromo y vinilo color turquesa. El suelo estaba formado por cuadros de baldosas blancas y negras. A esas horas de la noche, los comensales se limitaban a unos cuantos empleados del hospital y una pareja de adolescentes que sorbían batidos de chocolate.

Barrie y Gray hacían durar su café en un reservado situado frente a un enorme ventanal que daba a la entrada de urgencias del hospital. Después de haber vomitado, el doctor Allan se había tomado un momento para serenarse y había seguido al sombrío séquito hacia el interior del edificio. Aún no había salido y no hubo más actividad.

Gray apenas había hablado. Tenía la mirada clavada en las puertas por las que se habían llevado el cuerpo de Vanessa; descansaba los brazos en la mesa color rosa flamenco; ocasionalmente doblaba los dedos, formando un puño, y después los estiraba del todo. Su aspecto era el de un hombre hartado y sumamente peligroso.

Barrie carraspeó.

—Probablemente dirán que se suicidó.

—No si yo tengo la oportunidad de decir algo al respecto. Vanessa no habría matado a su hijo ni se habría suicidado.

Impulsivamente, Barrie le puso una mano sobre el brazo. Sobresaltado por el contacto, él le miró la mano y luego la cara.

—Lo siento, Gray. Sé que amabas a Vanessa. El bebé... —Barrie vaciló—. Era tuyo, ¿verdad?

—¿Qué importa ahora? —espetó él y sacudió el brazo para apartar su mano—. Está muerto y ella también.

El rechazo hirió profundamente a Barrie. Ni siquiera su padre, en las raras ocasiones en que se había molestado en ir a casa, la había rechazado

físicamente ni se había portado mal con ella adrede.

—Váyase al infierno, señor Bondurant.

Se deslizó por el asiento y se levantó, deseando salir de allí cuanto antes y dejar que se pudriera con su dolor a solas. De no ser por la inminente llegada del senador Armbruster, lo habría hecho. En lugar de eso se dirigió al servicio de señoras y, una vez allí, colocó los brazos a ambos lados del lavabo y se apoyó en él hasta que tuvo el valor suficiente de alzar la cabeza y enfrentarse a su reflejo en el espejo. Quizá no estuviese tan molesta con Gray como consigo misma. Su herida estaba en carne viva. Sus emociones eran sinceras y las de ella, en cambio, estaban encontradas. Una lucha entre su interés profesional y su conciencia estaba provocándole un dilema moral.

Era testigo ocular de un acontecimiento que pasaría a la historia. El potencial que una información como esa supondría para su carrera resultaba asombroso y sintió vértigo al pensar en que podría ser la primera y única periodista que sacaría la noticia a la luz.

Sin embargo, la muerte injusta de una mujer no era realmente algo que celebrar, sobre todo cuando una se sentía tan involucrada como Barrie. Si hubiese dejado de investigar el misterio de la muerte del niño, ¿habrían matado de todos modos a Vanessa? ¿Había llegado demasiado lejos intentando buscar una noticia bomba? ¿Era responsable en cierta manera del curso de los acontecimientos que habían derivado en esta tragedia, o la suerte de Vanessa estaba sellada mucho antes de que invitara a Barrie a tomar café?

Lo terrible era que nunca lo sabría y esas preguntas la perseguirían el resto de su vida.

Se lavó las manos y se aplicó una toalla de papel húmeda en la cara. Cuando salió del servicio vio que Clete Armbruster se acercaba a la entrada. Se encontró con él la puerta.

—Senador Armbruster.

De pronto se le ocurrió que no había ensayado lo que iba a decirle. Era un hombre intimidante en cualquier circunstancia y no le hacía ninguna gracia tener que ser ella la que le dijera que su hija había muerto.

—Gracias por venir —dijo con poca convicción.

—Jovencita, más vale que tenga una buena razón para haberme hecho levantar en plena noche —manifestó mientras la seguía hacia el reservado—. No estaría aquí, a no ser que...

Se paró de golpe al ver a Gray Bondurant.

Este se puso de pie.

—Clete, ha pasado mucho tiempo.

Al senador no le agradó verlo. Obviamente no lo apreciaba demasiado y resultaba fácil adivinar por qué. Cualquiera padre sentiría rencor por el hombre que hubiese manchado el honor de su hija, sobre todo si esta era, además, la primera dama de Estados Unidos. Peligraba en este caso algo más que su virtud personal.

—Bondurant —pasó por alto la mano que le tendía Gray—, ¿qué hace aquí? —Se volvió hacia Barrie—. ¿Es esta la gran sorpresa que me anunció, el asunto de vital importancia?

—Por favor, siéntese, senador, denos la oportunidad de explicárselo. ¿Le apetece un café?

—No. —Se sentó a un lado de la mesa y Barrie y Gray compartieron el banco de enfrente. Clavó la mirada en Gray y comentó—: Estás muy lejos de Montana.

—Es Wyoming, y le aseguro que no estoy aquí por gusto.

—Que yo sepa, nunca has hecho nada que no desearas hacer.

—Está aquí porque cree que algunas vidas corren peligro —manifestó Barrie—, y yo estoy de acuerdo con él.

Las cejas de Armbruster se arquearon de forma cómica.

—¿En serio? ¿Las de quién? ¿La del juez Green?

A Barrie no le hizo ninguna gracia que la ridiculizara, mas se mantuvo serena.

—Quizá no confíe usted en mi credibilidad, pero lo que estoy a punto de decirle es la verdad sin tapujos, después de oírla podrá sacar sus propias conclusiones. ¿De acuerdo?

—Lo único que me interesa de lo que tenga que decirme es lo que concierne a mi hija.

Barrie hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—Senador, si no me equivoco, la muerte de su nieto no fue accidental, creo que lo asesinaron, probablemente lo asfixiaron para que pareciera que había fallecido a causa del SMSL.

Armbruster la miró incrédulo.

—¿Qué está dando a entender, jovencita? Si está sugiriendo que Vanessa...

—Lo mató David —interrumpió Gray, que prefirió ir directamente al grano.

El senador permaneció quieto; solo sus ojos se movían, saltando de Barrie a Gray y viceversa. Al cabo de un rato se inclinó por encima de la mesa y siseó:

—¿Estás loco?

—No —contestó Gray con calma—. David mató al hijo de Vanessa porque él no lo engendró.

—¡Eso no es cierto! —protestó Armbruster, aunque en voz baja—. Eres la última persona que puede emitir un juicio moral acerca de mi hija, Bondurant, maldito hijo de puta calumniador, debería pegarte un tiro aquí mismo.

El rostro de Gray se tensó.

—David no engendró el bebé de Vanessa. No podía. Se hizo practicar una vasectomía hace años.

Esa noticia asombró a Barrie tanto como al senador. Gray pasó por alto su queda exclamación y centró su atención exclusivamente en Armbruster.

—Nadie lo sabía, Clete, y Vanessa menos que nadie. Durante años intentó por todos los medios concebir un hijo, y el cabrón dejó que lo hicieran, sabiendo perfectamente que nunca lo lograría. Le producía un placer perverso ver cómo se desmoronaba todos los meses cuando le venía la regla.

Barrie tenía la mirada fija en el perfil de Gray. Ya se había dado cuenta de que era un ser complejo, pero empezaba a preguntarse exactamente cuántas caras poseía. Justo cuando creía haberlas visto todas, salía otra a relucir.

—Si David Merritt se hubiese hecho practicar una vasectomía, yo lo sabría. Mientes —afirmó el senador.

—No me importa si me crees o no, Clete. Te aseguro que David no podía engendrar un hijo, pero Vanessa no lo supo hasta que se quedó embarazada y se lo dijo.

Clete seguía echando chispas por los ojos y mantenía una expresión desconfiada, si bien Barrie detectó una grieta en su hostilidad.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió el hombre.

—Vanessa me llamó y me lo contó.

Esa noticia la dejó estupefacta. Había dado por sentado que en cuanto Gray se retiró a Wyoming ya no se había puesto en contacto con Vanessa y, al parecer, el senador tenía la misma impresión, pues parecía tan sorprendido como ella.

—Me llamó llorando —prosiguió Gray— y me preguntó qué debía hacer.

—De modo que el bebé era tuyo —comentó Armbruster.

—Eso no importa, ahora.

—¡Y un cuerno!

Armbruster le dirigió una mirada acusadora, pero Bondurant se mostraba implacable y desafiante.

—¿Quieres oír el resto? —le preguntó Gray por fin.

Armbruster hizo un gesto impaciente con la mano.

—Pese a todo lo que has visto en los medios de comunicación —Gray miró a Barrie de reojo—, David se puso como una fiera cuando Vanessa le dijo que estaba embarazada, porque con eso confirmaba los rumores que corrían de que había tenido una aventura conmigo. Ya sabes cómo se ofende David a la más mínima, así que imagínate cómo debió de afectar a Vanessa la escena que le montó. —Suspiró y agitó la cabeza—. Durante esos nueve meses la hizo pasar por un infierno diario; no le quedaba más remedio que aguantar, pero estaba esperando su oportunidad.

Los anchos hombros del senador se habían encogido. Al parecer daba crédito a las palabras de Gray.

Barrie fue la primera que rompió el repentino y pesado silencio.

—¿Por qué no pidió el presidente a George Allan que le practicara un aborto?

—Eso mismo me estaba preguntando yo —señaló Armbruster.

—Porque un aborto no sería lo bastante doloroso —replicó Gray sin vacilar—. Creo que David quería castigarla por su infidelidad y supongo que el peor castigo que se le ocurrió fue dejar que siguiera con el embarazo, que diera a luz, que llegara a amar al niño y quizá que dejara de vigilarlo. Cuando lo hizo, se vengó de ella con creces, y puesto que Vanessa fue testigo del asesinato, él...

Barrie se dio cuenta de que no podría decirle al senador lo que debía saber.

—La señora Merritt se puso en contacto conmigo por una razón y creo que intentaba decirme que corría peligro.

—¿Peligro?

—Así es, porque ella sabe que fue el presidente quien mató al bebé. —Barrie lo miró con compasión—. Le he llamado esta noche, senador, porque creemos que el presidente ha... ha conseguido que sea imposible dar testimonio de un crimen.

—¿Que sea imposible? —repitió Armbruster—. ¿Qué quiere decir con eso?

Barrie señaló el hospital con la cabeza. Armbruster miró a través del cristal, que reflejaba el interior del restaurante, incluida la sombría imagen de los tres.

—Una ambulancia la llevó allí hace dos horas.

—¿Desde la casa de George Allan?

Barrie asintió con la cabeza.

—Los seguimos.

Armbruster ya no parecía el poderoso, insolente y autoritario estadista que era, sino un padre que acababa de oír una noticia terrible acerca de su única hija. En los últimos minutos podría decirse que su cara había perdido la batalla contra la gravedad. Las arrugas se habían profundizado, la piel le colgaba más y su voz sonó débil, cargada de rechazo.

—Estuve en esa casa hace apenas unos días.

—¿Llegaste a ver a Vanessa? —preguntó Gray.

Cuando el senador negó con la cabeza, la piel flácida bajo su barbilla tembló.

—George me dijo que estaba descansando y que no quería ver a nadie, ni siquiera a mí.

—Clete —Gray habló con paciencia—, George hará cualquier cosa que le ordene David, como hizo la noche en que este mató al bebé.

—Pero los del servicio secreto están allí para protegerla.

—No podían proteger a tu nieto. Créeme, David ha planeado esto meticulosamente... con ayuda de Spence, estoy seguro. Vanessa toma muchos fármacos y probablemente usará eso como excusa... si ha fallecido.

—¿Fallecido? —repitió Armbruster—. ¿Estás diciendo que...?

Sus ojos saltaron de Gray a Barrie.

Más tarde, Barrie no recordaba haber salido del restaurante y haber salvado la corta distancia hasta la entrada de urgencias. No se veía ningún agente del servicio secreto y la recepcionista les preguntó amablemente si podía ayudarlos.

El senador ni siquiera dirigió la vista hacia ella, sino que se encaminó directamente a un par de puertas automáticas y las franqueó. Barrie y Gray le pisaban los talones. El doctor George Allan se encontraba apoyado en la pared en el otro extremo del pasillo y no daba la impresión de estar más calmado que cuando entró detrás del cuerpo de Vanessa. Cuando alzó la mirada y vio a Armbruster, Barrie y Gray acercarse, su cara mudó de color.

—Senador Armbruster... ¿qué... qué hace aquí?

—¿Dónde está mi hija? —El senador miró la puerta que quedaba detrás del médico—. ¿Está allí?

—No.

—¡Cabrón mentiroso!

Armbruster apartó al médico de un empujón, pero este lo cogió de la manga.

—Senador, por favor, no puedo dejarlo entrar hasta que el forense la haya examinado.

De la garganta del senador salió un sonido muy parecido a un sollozo. Gray cogió al facultativo de las solapas y lo empujó contra la pared.

—Comadreja de mierda, te van a dejar frito por esto... si es que no te mato yo primero.

Alertado ante una situación de crisis, el personal del hospital se había reunido en el extremo del pasillo, mas ni siquiera el jefe de seguridad tuvo el valor de intervenir.

Armbruster abrió la puerta que había estado vigilando el doctor Allan, pero inmediatamente se paró en seco en el umbral, se dejó caer contra el quicio y se agarró a él para mantener el equilibrio. En el fondo de la habitación, contra la pared, se hallaba la camilla. Habían quitado las correas de seguridad y cubierto el cuerpo inmóvil con una sábana azul.

—¡Dios mío! —se lamentó con la voz entrecortada.

De un empujón se apartó de la puerta y atravesó la estancia. Barrie y Gray fueron tras él dispuestos a apoyarlo. George Allan entró, pero no hicieron caso de sus vehementes protestas.

Cuando llegaron a la camilla, el senador permaneció quieto, con la mirada clavada en la sábana azul y las grandes manos colgando pesadamente a los lados.

—¿Clete?

El senador asintió con la mirada, Gray agarró dos esquinas de la sábana y la levantó.

Los tres lanzaron un grito apagado al ver la cara del cadáver, la de Jayne Gaston, enfermera titulada.

Capítulo 23

—Jayne Gaston era la enfermera privada contratada por George Allan para cuidar a Vanessa mientras esta se encontraba en Highpoint. —Barrie se hallaba tumbada boca arriba en el catre sobre el que *Cronkite* se echaba la siesta cuando lo llevaba a casa de Daily. Estaba poniendo a este al tanto de los acontecimientos de la noche anterior—. Por cierto, gracias por no echarme.

—¿Adónde irías, si no?

—Exactamente. Soy una paria. Si fuera una leprosa no me evitarían con mayor agresividad. Quizá debería colgarme una campanilla del cuello para advertir a la gente que voy por la acera.

—Eso no tiene ninguna gracia —refunfuñó Daily.

—Tienes razón. —La voz de Barrie estaba cargada de lágrimas contenidas—. En todo caso, volvamos a lo de anoche. Al parecer, Jayne Gaston sufrió un paro cardíaco ayer por la tarde en casa del doctor Allan, en Highpoint. Él intentó reanimarla, pero no lo consiguió.

Durante unos instantes, la laboriosa respiración de Daily fue el único sonido que se oyó en la pequeña y desordenada habitación, en la cual Barrie había desperdigado las pocas compras que había hecho desde la demolición de su casa. Daily se hallaba en un extremo del catre y sobre sus muslos descansaban los pies de Barrie, enfundados en las medias, a los que les estaba dando un masaje nada inspirado.

—Si la enfermera murió por la tarde, ¿por qué esperaron hasta que oscureciera para sacar su cuerpo? —preguntó.

—El doctor Allan tuvo que hacer algunos arreglos para que llevaran a Vanessa de vuelta a Washington. Al parecer quería protegerla del trauma que supondría la muerte de la señora Gaston. Enviaron un helicóptero para transportarla a la Casa Blanca, pero cuando este acudió, ya se había enterado de lo de la señora Gaston y se mostró inconsolable. Según el médico, se habían encariñado mucho la una con la otra.

»Luego no consiguieron ponerse en contacto con el pariente más cercano de la señora Gaston, un hijo que vive aquí, en la ciudad, y el doctor Allan no

quería llegar al hospital con el cuerpo antes de notificárselo al hijo.

—Pero eso ocurre siempre.

—No cuando la difunta es la enfermera privada de la primera dama. El doctor Allan tenía miedo de que la noticia se filtrara por radio y televisión antes de haber hablado con el hijo. No se equivocaba demasiado.

—Supongo que tiene sentido —murmuró Daily—. Pero a mí no me parece una excusa nada convincente.

—Bueno, en todo caso, el doctor Allan aguardó para llamar a la ambulancia hasta que le pareció que ya no podía esperar más. Por azar, Gray y yo nos topamos con el desfile de vehículos en la carretera y lo seguimos. Cuando vimos el cuerpo de la muerta...

La joven suspiró.

—Llegaste a una conclusión basándote en suposiciones y no en hechos.

—Eso es... restrégamelo.

—Me cuesta creer que le pidieras a Armbruster que fuera allá.

—Créelo. A Armbruster y a un cámara de la WVUE, que acudió en el momento más oportuno, o sea, segundos después de que se descubrió mi terrible equivocación. Grabó para la posteridad mi asombro y el de Gray, el casi colapso de Armbruster y la llegada de Ralph Gaston, hijo de la difunta, que además de sufrir el golpe de enterarse de la muerte de su madre, se vio envuelto en las consecuencias tumultuosas de mi metida de pata.

»Algún sádico de entre los empleados del hospital notificó a la prensa local que, a su vez... Bueno, ya sabes cómo acabó. Éramos tema de primera plana. Gracias a Dios que sofocaron la historia antes de que acudieran las cadenas televisión y yo me largué con la única cinta que contenía la grabación del acontecimiento.

Barrie hizo una pausa para secarse los ojos y sonarse nariz. No había dejado de llorar desde el rapapolvo del senador Armbruster, que, indiferente a los mirones, la había puesto como un trapo por hacer el ridículo y, peor aún, hacerlo quedar a él como un tonto. Deberían azotarla por causarle un susto terrible, le dijo, y le advirtió que iba pagar muy caro su comportamiento imperdonable, inexcusable y carente de ética. Como no dudaba de que lo decía en serio, la joven se había tomado la amenaza muy a pecho y sentía que se cernía sobre ella como el reluciente filo de la guillotina. Estaba condenada, solo que no sabía cuándo ni cómo llegaría su hora. A largo plazo quizá no tuviese por qué temer la represalia del senador: su incertidumbre se centraba en la forma que dicha represalia podría tomar.

—¡Dios! —gruñó, y se tapó los ojos con el brazo—. Daily, ¿cómo es posible que meta la pata tantas veces? Todo me llevaba a la conclusión de que el presidente de Estados Unidos había cometido un asesinato, tal vez dos. La lógica exigía que lo pensara bien.

—Francamente, no creo que la lógica sea todo lo que dicen que es —repuso Daily comprensivo—. Repasa la historia y dime el nombre de un solo gran hombre que no haya despreciado la lógica.

—Deja de intentar hacer que me sienta mejor. Déjame que me regodee en mi tristeza, me lo merezco.

Daily siguió dándole un masaje en la planta del pie.

—La verdad es que estabas bastante equivocada, eso es cierto. Esto es peor que el incidente del juez Green.

—No me lo creía —susurró la chica—. Cuando Gray alzó esa sábana, estaba preparada para ver el hermoso cabello castaño y el cremoso cutis de Vanessa. Y en su lugar, había una extraña. Me quedé boquiabierta. Luego, por supuesto, Armbruster explotó... Y Gray.

—¿Y Gray? —insistió Daily.

—Hizo como David Copperfield: desapareció.

Su temeridad le acarrearía graves consecuencias pero, de todas, la desaparición de Gray era quizá la más difícil de digerir. Se había resignado a ser el blanco de las ansias de venganza de Armbruster: el senador la haría sufrir por esos minutos en que creyó que su hija había muerto. Durante muchos años sería el hazmerreír de la prensa de Washington. La escasa credibilidad que había conseguido desde el desastre con lo del juez Green se había desvanecido y tardaría años en recuperar un mínimo de respeto en los círculos periodísticos, si es que lo lograba.

Aunque no lo hubiese notificado a la cadena para la que trabajaba, la noticia había acabado por filtrarse. La avenida Pensilvania era como la calle principal de cualquier pequeña ciudad del país: los rumores y las malas noticias se propagaban a la velocidad del rayo. Un fiasco con un elenco tan selecto no podría mantenerse en secreto.

De modo que se había preparado para que la ridiculizaran, consciente de que le dolería, pero no tanto como el abandono de Gray.

Había pasado la mirada de la máscara de muerte de Jayne Gaston a los ojos de Gray. La una resultaba tan animada como la otra. Por extraño que pareciera, se había preocupado más por la reacción de Gray que por la del senador Armbruster. De los dos, el senador se había mostrado más vociferante

y vituperioso; su diatriba la había distraído y, para cuando acabó de vilipendiarla, Gray se había esfumado.

—Busqué por el hospital y en el aparcamiento —explicó a Daily—. Nadie recordaba haber visto cómo se iba. Mi coche se encontraba donde lo había dejado, así que no sé en qué medio de transporte se marchó. Simplemente se esfumó.

Se mordió una cutícula suelta del pulgar.

—Me imagino que se sintió mortificado por haberse dejado llevar por la fantasía de una idiota como yo, él, un hombre con tanta experiencia.

—¡Por favor! —gruñó Daily—. La autocompasión me da ganas de vomitar.

—No me estoy...

—No convenciste a Bondurant de nada y te halagas si lo crees. Confirmaste sospechas que ya tenía, acuérdate.

—Pero basándose en lo que le dije mató a Spencer Martin.

—En defensa propia.

—¿Estamos seguros de eso?

—¿Lo dudas?

—Bueno, si Merritt no tenía nada que ocultar, ¿por qué iba a enviar a Spencer Martin a Wyoming a deshacerse de Bondurant? Como yo le había contado mi tonta teoría, Gray debió de malinterpretar el motivo de la visita de Spencer Martin; probablemente fue mera coincidencia que llegara en ese momento. Merritt no va a dejar que desaparezca su principal asesor sin poner en marcha una exhaustiva búsqueda y una investigación y a Gray van a acusarlo de asesinato.

—Cubrió las huellas de Martin y probablemente ocultó el cuerpo en un lugar donde nunca lo encontrarán —especuló Daily—. Sin cadáver, no hay asesinato.

—Eso es un mero tecnicismo.

—No parecía muy preocupado.

—No, estaba más preocupado por Vanessa. Cuando creyó que había muerto, él mismo parecía un cadáver.

Gray Bondurant amaba a Vanessa; lo que sentía no era solo deseo, era amor. La quería lo suficiente como para sacrificar su carrera por ella. Había presentado su dimisión a fin de que ni su matrimonio ni su imagen pública se vieran perjudicados por un escándalo. La amaba tanto que había renunciado a su hijo. Debió de suponer una tortura no estar presente cuando nació el niño y luego llorar su muerte a solas, virtualmente exiliado.

Barrie nunca sería el objeto de esa clase de amor. Malhumorada, pensó que tanta devoción se desperdiciaba en una mujer tan superficial y egoísta como Vanessa Armbruster Merritt. Estaba enferma, cierto, pero ¿significaba eso que se le podía perdonar que fuera tan terriblemente manipuladora? ¿Por qué la había mezclado en esto, por cierto? ¿Por qué le había arrojado esas pistas falsas?

—Es todo un semental —observó Daily.

—Mmm. ¿Qué? ¿Quién? ¿Bondurant? —Barrie dobló rápidamente la pierna y se incorporó—. No lo sé.

—Vosotros dos, ¿no...?

Daily arqueó las cejas.

—Claro que no...

—Pero te habría gustado.

—Dame un respiro. Nuestro señor Bondurant posee algunos rasgos admirables, pero no es en absoluto mi hombre ideal. Es de los fuertes y silenciosos y eso, en mi opinión, significa que es un ser despreciable con problemas de peso.

»Mató a un amigo, según dice en defensa propia, pero solo contamos con su testimonio. Está enamorado de una mujer que nunca podrá poseer; vive como un ermitaño en el culo del mundo, y eso es rarísimo y bastante tétrico.

»Aunque viviera a la vuelta de la esquina y lo proclamaran el ciudadano más recto y comprometido del año, no ha ocultado la opinión que le merezco, o sea, que soy una calamidad ambulante, un desastre inminente. De todos modos, esta conversación es absolutamente inútil, porque no me interesa y, en todo caso, ha desaparecido. ¿De acuerdo?

—Entonces, ¿cuánto tiempo tardasteis en acostaros después de conoceros?

—Unos noventa segundos.

—¡Caramba, Barrie!

—Sí, un acercamiento realmente profesional... pero solo para una prostituta. —Suspiró profundamente—. Puesto que mi carrera de periodista está acabada, debería considerar la posibilidad de dedicarme a proporcionar placer personal.

—Tú, ¿una prostituta? —Daily rio—. Me gustaría verlo.

—Tendría que cobrar más por mirar. —Bajó las piernas al borde del catre—. Inicié esta conversación con la esperanza de animarme, y resulta que me ha deprimido aún más. Voy a ducharme.

—Una ducha no curará lo que te aflige.

—Bueno, de todas formas voy a ducharme. —Buscó ropa interior nueva en una bolsa y, mientras cortaba las etiquetas, añadió—: Si se me concediera un deseo, Daily, lo que pediría sería reiniciar mi vida el día en que Vanessa me invitó al café. Te aseguro que me negaría.

—¿Significa eso que estás convencida de que el bebé Merritt murió de SMSL y que el resto no fue sino producto de un error de juicio y una imaginación demasiado activa...?

Barrie le dirigió una mirada penetrante.

—¿Tú no?

—¡Estás radiante! —El senador Armbruster abrazó fuertemente a su hija, casi asfixiándola—. No sabes cuánto me alegro de verte.

—A mí también me alegra verte, papá. —Vanessa le devolvió el abrazo, mas él percibió su inquietud y la soltó. Su sonrisa era tan brillante y a la vez tan falsa como un anillo de diamantes de diez dólares—. Me vi en el espejo esta mañana y no creo que la palabra radiante sea la más apropiada para describirme en estos momentos.

—Acabas de levantarte después de haber pasado varias semanas en cama, enferma. ¿Qué esperabas? Pronto recobrarás el color de las mejillas.

—Yo creo que está hermosa —fue el comentario de David Merritt, que estaba untando mantequilla en un panecillo de arándanos.

Estaban desayunando los tres juntos en el dormitorio de Vanessa. Clete opinaba que lo que menos convenía a Vanessa era la cafeína, y ya iba por su segunda taza.

—Quizá deberías pasar unas semanas en casa —sugirió—. Podrías tumbarte al sol, dormir hasta tarde cada día y comer esos alimentos del sur que tanto engordan. ¿Qué te parece, David? ¿Deberíamos enviarla a Mississippi?

Su yerno esbozaba su sonrisa de campaña. Seguro que había estado practicando.

—Acabo de recuperarla, Clete, no me gustaría que se fuera otra vez tan pronto. Además, definitivamente se está curando. George ha hecho maravillas.

El senador no compartía la opinión de su yerno acerca del doctor Allan.

—Anteanoche parecía estar pendiente de un hilo.

Vanessa se encontraba frente a su tocador probándose pendientes.

—¿Cuáles me pongo? —Se volvió hacia ellos con un pendiente diferente junto a cada oreja—. Creo que mejor las perlas, ¿no te parece, papá?

—Las perlas están bien.

—Eran de mamá.

—Sí, lo sé.

—En mi tercer año de secundaria dejaste que me los pusiera para ir a un baile, ¿te acuerdas, papá? Perdí uno y te alteraste mucho. Pero al día siguiente regresé al gimnasio y no paré de buscarlo hasta que lo encontré. Mi vestido era rosa. Te dio un ataque porque creías que la costurera había subido demasiado el dobladillo. Iba con aquel chico que se llamaba Smith, el que fue a Princeton y después lo echaron por sus malas notas. He olvidado lo que pasó con él después.

Antes de que diagnosticaran que Vanessa era maníaco-depresiva, a Clete lo confundían y entristecían los bruscos cambios de humor que veía en ella. Podía tocar fondo en su depresión, agitarse y angustiarse, o mostrarse hiperactiva. No obstante, rara vez la había visto tan exaltada como ahora, producto de un episodio maníaco o de una fuerte dosis de antidepresivos. Los síntomas eran tan semejantes que costaba diferenciarlos. De cualquier modo, no estaba equilibrada y ese había sido el propósito del aislamiento.

Sin duda, David había reparado en su comportamiento; sin embargo se esforzaba en pasarlo por alto. Interrumpió el parloteo de Vanessa para responder al comentario de su suegro acerca del médico.

—George no estaba en su mejor momento la otra noche, Clete. ¿Puedes culparlo? Primero se muere la enfermera, luego no encuentra a su pariente más cercano y, encima, Barrie Travis se presenta en el hospital, contigo y con Gray, y provoca un tremendo alboroto y una escenita para los medios de comunicación, de los que sin duda podríamos haber prescindido. —Soltó una risita y agitó la cabeza incrédulo—. Dime que no creías realmente que el cadáver era de Vanessa.

—A esa jovencita ya le he calentado mucho la cabeza, te lo aseguro. Y no he acabado con ella —dijo Clete haciendo un gesto de desprecio.

—No quiero hablar más de eso —se quejó Vanessa, apartándose del tocador—. Mira mis brazos, tengo la carne de gallina. Es horrible oír rumores sobre la propia muerte.

—Nunca perdonaré a esa mujer lo que me ha hecho pasar —afirmó Clete—. He conocido a muchos periodistas irresponsables, pero ella es el colmo. ¿Cómo diablos se le ocurrió la idea? ¿Cuál es tu versión, cariño?

—¿De qué? ¡Oh!, ¿te refieres a lo que ocurrió en Highpoint? Lo recuerdo todo muy vagamente; en realidad ni siquiera me acuerdo de haber salido de allí. Cuando desperté me encontraba en mi cama, aquí, y George me decía que en seguida me sentiría mucho mejor.

—Y así es.

David se aproximó a ella, le cogió una mano y le besó la mejilla, si bien Cleve se fijó en que Vanessa marcaba rápidamente la distancia entre ellos.

—George me dijo que la enfermera había sufrido un ataque al corazón. Sentí lástima por ella, aunque en realidad no llegué a conocerla. —Reajustó una pesada pulsera con dijes que le rodeaba la esbelta muñeca—. Esta cosa me molesta.

—¿Qué quieres decir con que no conociste a la señora Gaston?

—Eso precisamente, papá. Me acuerdo vagamente de su voz, pero no sería capaz de reconocerla si la viera; no recuerdo su aspecto. Creo que voy a quitarme esto.

Deslizó la pulsera por la mano y al quitársela cayó sobre la mesa provocando un gran estrépito.

—George Allan me hizo creer que tú y ella os habíais hecho muy amigas.

—George tiene razón —aseguró David—. Es solo que no lo recuerdas, querida.

—No llegué a conocerla, David —insistió su esposa—. Lo sabré yo mejor que tú, ¿no? ¿Por qué me corriges siempre? Lo haces constantemente y sabes que lo detesto. Haces que me sienta estúpida.

—No eres estúpida.

—Me tratas como si lo fuera.

—Estabas bajo medicación, cariño —repuso tranquilamente David—. Te encariñaste mucho con la señora Gaston, pero, debido a los sedantes que ingerías para ayudarte a descansar, no te acuerdas.

—De acuerdo, de acuerdo, como quieras. —Vanessa agitó las manos—. ¡Jesús! Me cuesta creer que muriera al pie de mi cama. No me cuadra. —Volvió a ponerse la pulsera y la sacudió—. Me encanta llevar esta pulsera, me gusta cómo tintinean los dijes, como las campanillas de los trineos en Navidades.

—La Navidad llegará sin que nos demos cuenta. —David volvía a sonreír—. Luego oiremos las campanadas del año nuevo, año de elecciones. Olvidémonos de Barrie Travis, de la enfermera y de todos los tristes acontecimientos de este año y concentrémonos en el próximo. —Se frotó

vigorosamente las manos—. Tenemos que hacer muchos planes para la campaña.

—No quiero pensar en eso todavía.

—Estoy de acuerdo, David —anunció Clete—. Creo que nos estamos adelantando demasiado. Esperemos a que Vanessa se encuentre recuperada del todo primero; nos queda mucho tiempo para los planes de la campaña.

—Nunca es demasiado pronto para empezar.

Vanessa se retorció las manos.

—La sola idea... Escucha, David, me siento mucho mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo, pero no creo estar preparada para presentarme en la conferencia de prensa esta mañana.

A Clete lo había indignado enterarse de que habían programado una conferencia de prensa para las once de la mañana en la Sala Este y que se esperaba que Vanessa asistiera. Habían mandado llamar a su estilista, quien había hecho milagros con su cabello y su maquillaje; sin embargo, por muy habilidosa que fuera, no había conseguido ocultar del todo sus ojeras ni lo demacrado de sus mejillas.

—¿Por qué tengo que asistir? —preguntó angustiada.

—Durará solo unos minutos.

—Esa no es una respuesta —opinó Clete—. ¿Por qué es necesario que Vanessa asista?

—Porque Vanessa metió a Barrie Travis en nuestras vidas, por eso —repuso David bastante tenso—. Todo empezó con eso y culminó con el desastre en la sala de urgencias. Los rumores se propagan a toda velocidad y la única manera de acallarlos es hablar de la muerte de la señora Gaston y explicar exactamente lo ocurrido.

»Además, la gente ha echado de menos a su primera dama. Has recibido miles de tarjetas y cartas deseándote que te restablecieras pronto. No puedes dejar de contestar, Vanessa.

—Claro que contestaré, se lo encargaré en seguida a mis secretarias. Pero ¿no podemos retrasar la conferencia de prensa un par de días?

—Ya la han programado —espetó David—. A Dalton le daría un ataque si la canceláramos. Además, generaremos más especulaciones en cuanto a por qué te encontrabas en Highpoint bajo los cuidados de una enfermera privada. No puedo permitirme más comentarios negativos de la prensa. ¿No hemos tenido suficientes ya?

—¡David! —gritó Clete—. ¡Por Dios!

Su yerno suspiró.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado. Discúlpame, Vanessa, no hablaba en serio. —Se acercó a su esposa y en esta ocasión colocó las manos sobre sus hombros. Clete podía haber jurado que ella se encogía—. Todos hemos sufrido una tremenda tensión, y tú más que nadie —le dijo David con gentileza—. Si lo deseas, puedes olvidarte de la conferencia de prensa de hoy. No es tan importante. No debería haber insistido tanto en que asistieras si no estás preparada.

La mirada de Vanessa se dirigió rápidamente hacia su padre y este vio pánico e impotencia en sus ojos. No obstante, la mujer respondió:

—No, David, estaré allí. Es mi deber, como primera dama.

Él le apretó los hombros.

—¡Esa es mi chica! No la habría programado de haber sabido que te causarías tantos trastornos. George me ha asegurado que ya estás bastante fuerte. De hecho, me ha dicho que cuanto más pronto te incorpores a la vida activa, mejor te sentirás.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Dalton hará un breve elogio de la señora Gaston. Dirá que lo has escrito tú, pero lo leerá él. Tú solo tienes que preocuparte de estar bonita para las cámaras. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que podrá —declaró enérgicamente Clete—. ¿A qué hora tiene que bajar?

—Poco antes de las once. Si puedes quedarte con ella hasta entonces, Clete, te lo agradeceré. Tengo algunos asuntos pendientes que he de resolver.

Dicho esto, David salió del dormitorio.

—Deberías comer algo, Vanessa.

—No tengo hambre. Tomé zumo de naranja antes. —Se dirigió a la ventana y separó las cortinas—. Papá, no quería hablar de esto delante de David, pero ¿lo oí mencionar a Gray?

—Por desgracia —rezongó su padre, que había decidido no hablarle de la reaparición de Bondurant y se sentía descontento de que a David se le hubiese escapado—. Confiaba en que ya no volveríamos a ver a ese Rambo.

—¿Está en Washington?

—Sí, estuvo aquí. Ya debe de haber regresado a Wyoming con la cola entre las patas.

—Siempre lo has odiado y te equivocas. Se portó bien conmigo. Quisiera verlo.

—No discutamos sobre esto, Vanessa.

—¿Qué hacía aquí? ¿Por qué regresó?

—Es una larga historia.

—Me gustaría oírla.

—En otro momento, ahora tienes demasiados problemas a los que enfrentarte.

—Quiero que me hables de Gray —exigió Vanessa con un hilo de voz.

Su control era tan tenue que Clete la complació... hasta cierto punto.

—No sé por qué regresó —mintió—. Pero te diré que iba acompañado de Barrie Travis. No me imagino combinación más peligrosa, aunque, por otro lado, están hechos el uno para el otro.

—¿Cómo se juntó Gray con ella?

—¿Quién sabe? ¿Qué importa? Pocas personas carecen tanto de ética como ella y Bondurant... ¿Por qué hemos de hablar de esto, Vanessa? Sabes lo que pienso de él.

—No es como crees, papá, en absoluto. Es...

Clete le puso un dedo sobre los labios para acallarla.

—No quiero saberlo, Vanessa.

—Pero tienes que saberlo, tengo que hablar de ello.

Había fisuras en la hermosa máscara creada por la estilista para la conferencia de prensa y sus ojos azules expresaban una tormenta emocional.

—Ahora no, más tarde.

—Las cosas están hechas un lío. Yo estoy hecha un lío, ¿verdad? David solo finge que estoy bien, pero no lo estoy. Tú también lo sabes, ¿verdad? Estoy... rota por dentro, ¿verdad? Lo siento.

—Shss, shss. —Clete la abrazó, apretó el rostro de su hija contra la solapa de su chaqueta y le susurró al oído—: Escúchame, Vanessa, has confiado en mí toda tu vida, sabes que siempre me he encargado de todo, ¿verdad? Bueno, pues sigo encargándome de todo... tienes que confiar en mí. Me encargaré de todo... de todo. Te lo prometo. ¿De acuerdo?

Ella se apartó. Clete la miró directa y profundamente con la esperanza de que el mensaje penetrara en su confusión y el efecto de los medicamentos en su sistema. Finalmente, Vanessa asintió con la cabeza.

—Bien. Ahora, ve a empolvarte la nariz —sugirió alegremente el senador—. ¡La primera dama de Estados Unidos no puede aparecer frente a las cámaras con el narigón brillante!

Ella se dirigió al cuarto de baño. Antes de llegar, se volvió.

—¿Estará allí Spence esta mañana?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Por nada. Es que no lo he visto desde que regresé.

Las tupidas cejas del senador se juntaron por encima del puente de su nariz.

—Ahora que lo pienso, yo tampoco lo he visto últimamente.

Capítulo 24

—Estás tan seca como un tallo de maíz en agosto.

David metió la mano y hurgó, pero, aunque le resultaba incómodo, Vanessa no protestó. Su placer derivaba de los fútiles intentos de su marido por penetrarla.

—Ya no tengo jugos, David, tú los secaste.

—No, los gastaste corriéndote con Bondurant.

Metió la mano entre sus cuerpos, separó las tiernas dobleces de carne y la penetró con violencia. Ella se mordió el labio a fin de no gritar, para no darle la satisfacción de saber que le había hecho daño. A esta parodia ni siquiera podía llamársele sexo. Se trataba de un acto de dominio sobre ella; ejerciéndolo, David hacía patente su suprema autoridad, sin lugar a dudas.

Sus insultos habían perdido todo el poder que antes tuvieron, la repetición había debilitado el impacto. Con una nueva letanía de obscenidades, David llegó al clímax y, cuando rodó sobre su propio cuerpo para separarse de ella, estaba refocilándose.

—Antes de felicitarte, David, recuerda que no hay nada de vida en ti. — Vanessa arrancó un pañuelo de papel de la caja que había sobre la mesita de noche y se secó el semen de la entrepierna—. Eres estéril, ¿o lo has olvidado?

—Cierra el pico.

—Incluso si hubiese sabido lo de tu vasectomía secreta, probablemente habría tenido un amante, solo para saber qué se siente al hacer el amor con un hombre capaz de dar vida.

—Si vuelves a decir eso...

—¿Qué harás, David?

—No creo que quieras saberlo.

—¿Me estás amenazando? ¿Quieres amenazas? De acuerdo. ¿Qué hay de la noche en que murió Robert Rushton?

—¿Por qué sigues sacando eso a la luz, Vanessa? A los dos nos conviene enterrarlo, como hicimos con el crío.

Ella se levantó de un salto, mas se mantuvo junto a la cama.

Las consecuencias físicas de su reciente tormento resultaban sobrecogedoras cuando se la veía desnuda. Había perdido tanto peso que los huesos de la pelvis le sobresalían de modo grotesco de su abdomen cóncavo; su piel había perdido elasticidad y le caía flácidamente allí donde antes había músculos tonificados.

Normalmente esos cambios antiestéticos la habrían puesto histérica, pero en ese momento solo pensaba en el odio que la consumía, el odio que sentía por el hombre que estaba tumbado boca arriba en la cama.

Cuando la transportaron de Highpoint a Washington estaba consciente a medias y esta mañana se había sentido sumamente tensa. Malabarismos con los fármacos, eso hacía George Allan por David, jugaba con los medicamentos, poniéndola a tope o bajo mínimos, según conviniera a su marido. ¿Cuánto tiempo podría resistirlo?

Más equilibrada ya y capaz de examinar su situación, no estaba segura de preferir la cordura. El conocimiento iba acompañado de una espeluznante percepción de la realidad, o sea, que la muerte inoportuna de la enfermera Gaston había detenido los planes que David tenía para ella.

Había soportado la conferencia de prensa como la educada política que era. De pie entre su marido y su padre, de cara a las luces, las cámaras y los micrófonos, que formaban parte de su vida desde siempre, se preguntó si entre los observadores alguien sería capaz de percatarse del terror de que era presa. O si alguien se había fijado en sus joyas. O lo que era más importante, ¿se habrían dado cuenta de que no llevaba puesta una joya en particular?

David no había reparado en ello y ese pequeño éxito la alentó.

—Te crees muy listo porque todos creen que el pequeño Robert murió de SMSL.

—Y eso es preferible a que todos sepan la verdad, ¿no? ¿No prefieres que crean la mentira? Te gusta ser la primera dama. ¿Qué te ocurriría si el mundo se enterara de la verdad?

—No piensas en lo que me sucedería a mí —replicó desdeñosa—, sino en lo que podría sucederte a ti. Sé que el doctor Allan iba a matarme con los fármacos para asegurarte de una vez para siempre que la verdad no iba a salir nunca a la luz. ¿No es así, David?

—Estás alucinando, Vanessa.

—No, esta noche lo veo todo muy claro. —La primera dama soltó una risa forzada—. Qué pena, David. *Has fracasado. Tú* has fracasado. Sigo viva. Puede que más débil, pero con todas las intenciones de convertir tu vida en un verdadero infierno, como tú has hecho con la mía.

—Sí, cualquiera diría que tu vida es infernal. —David se incorporó y paseó la mirada por el lujoso entorno—. Vives en la casa más prestigiosa de la nación; estás casada con el hombre más importante del mundo; tienes a tanta gente dispuesta a cumplir todos tus deseos que ni siquiera sabes cuántas son ni cómo se llaman.

»Los modistos hacen cola, suplican para que se les dé la oportunidad de vestirme; viajas en el *Air Force One*, el avión de la presidencia, y tienes acceso a varios yates; dispones de una flotilla de limusinas; una nación entera y la mitad del resto del mundo te adora. —Le acarició un muslo—. No me extraña que te sientas tan desolada, Vanessa.

Esta apartó su mano de un manotazo.

—¿Por qué no me rompiste el corazón hace años, David, cuando era joven y estaba irremediabilmente enamorada de ti? ¿Por qué no abusaste de mi amor entonces, para acabar de una vez?

—Porque me ha divertido ser el monstruo en tu vida de cuento de hadas. Crees que eres desdichada, Vanessa, pero en realidad no sabes lo que es la desdicha. La desdicha consiste en ser pobre y no poder hacer nada al respecto para evitarlo; en vivir con dos asquerosos borrachos que te odian por el simple hecho de que estás vivo y que te apalean por pura diversión.

»Tú creciste rodeada de riquezas, te entregaban en bandeja de plata todo lo que deseabas; nunca, en tu jodida vida, tuviste que mendigar, economizar, ni siquiera nunca deseaste algo que no te dieran.

—¿Por eso me estás castigando? —preguntó Vanessa, que no salía de su asombro—. ¿Porque de niña tuve más ventajas que tú?

—No —contestó David con voz firme—. Te estoy castigando porque le abriste las piernas a un hombre en el que confiaba y al que llamaba amigo. Eso —señaló, desdeñoso, la vagina de su esposa— es lo que hizo que me traicionara a *mí*.

Había alzado la voz y su cara estaba congestionada de rabia.

—Tú me traicionaste primero —gritó ella—. Con docenas de mujeres, cientos tal vez, Dios sabe cuántas. —Cerró las manos, enojada, desesperada—. Te adoraba, David. Tenía dieciséis años cuando trabajabas en la campaña de papá; deseaba madurar para poder casarme contigo; siempre te amé. La única razón por la que te fui infiel fue porque quería herirte.

»A pesar de tus aventuras con otras mujeres, deseaba que nuestro matrimonio durara, e incluso después de saber lo de tu vasectomía y darme cuenta de que el bebé no era tuyo, estaba dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, quería que nos enamoráramos de nuevo.

David se echó a reír y agitó tristemente la cabeza con indulgencia.

—Vanessa, nunca estuve enamorado de ti. ¿De veras crees que si tu apellido no hubiese sido Armbruster me habría encadenado a una zorra estúpida, superficial y enferma como tú?

Vanessa inspiró hondo y soltó el aliento con un quebrado sollozo. Al ver su fría y despiadada crueldad se preguntó cómo había podido dejarse engañar. Realmente, David poseía un increíble talento, sabía hechizar a la gente, a ella, a su padre, a toda una nación de votantes.

—Eres malvado.

—Y tú una loca. Cualquiera que te conozca lo sabe.

La apartó de un ligero empujón al ponerse de pie y se puso la bata.

Vanessa se aferró al respaldo de una silla.

—No soy ni tan estúpida ni tan superficial como tú crees y no dejaré que te salgas con la tuya en tu intento de asesinarme.

—Cuidado, Vanessa —dijo David quedamente—. Amenazar al presidente de Estados Unidos constituye un grave delito.

—No me importa lo que me hagan, voy a destruirte.

—¿Ah, sí?

Cuando se aproximó a ella, Vanessa luchó por mantenerse firme, hasta que le dio una bofetada con el dorso de la mano. Chocó con la pared y se tocó el pómulo, que parecía desintegrarse debajo de la piel.

—No vuelvas a amenazarme nunca, Vanessa. No harás *nada*, aparte de seguir siendo la nulidad insulsa y obediente que has sido siempre, primero para tu padre y luego para mí.

»Y, hablando de Clete, no creas que podrás hacerme caer sin arrastrarlo a él también. Ha participado en todos los chanchullos de Washington desde la presidencia de Johnson. Si me destruyes a mí, pondrás fin de paso a la carrera de tu querido papaíto.

»Llama, pues, a todos los condenados periodistas, suelta indirectas acerca de tu descontento en la Casa Blanca, pero estate preparada para ver el fin del senador Clete Armbruster.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta, si bien antes de salir le lanzó una última pulla.

—En un momento dado fuiste un culito bastante bueno y ahora ya ni eso.

Cruzó rápidamente el pasillo en dirección a su dormitorio y saludó con una breve inclinación de cabeza a los agentes del servicio secreto que le deseaban

las buenas noches. Aun cuando había ganado en su disputa con Vanessa —ni siquiera había sido una competición igualada— se había marchado enojado. Todavía no sabía qué hacer con ella.

¡Maldita fuera esa enfermera!

Le habían abierto la cama, la luz de la lámpara sobre la mesita de noche iluminaba tenuemente el dormitorio y ofrecía una impresión íntima e invitadora. Pensó en hacer que llamaran a una columnista de una cadena de periódicos que en el papel era una ardiente defensora de los derechos de las mujeres, pero cuyas mamadas eran legendarias. Que la metieran a escondidas en la Casa Blanca la excitaba y solía compensarlo muy bien. Sin embargo, los gimoteos de Vanessa le habían apagado el deseo, y eso suponía una razón de más para echar pestes.

Se sirvió un vaso de agua, le añadió un poco de whisky y lo llevó al cuarto de baño. Se lavó los dientes, se enjuagó la boca y escupió en el lavabo. Cuando cogió el vaso de agua con whisky distinguió en el espejo un movimiento a sus espaldas.

Al girar bruscamente sobre los talones, el vaso se le cayó y se rompió en el suelo. Se apretó el pecho y se apoyó contra el lavabo.

—Señor presidente, parece que acaba de ver a un fantasma.

—¡Dios mío! —David se desplomó sobre el inodoro. No podía dejar de temblar—. Creí que estabas muerto.

Spencer Martin se hallaba apoyado, con aire desenfadado, en el quicio de la puerta. Pese a su aplomo, se le veía desmejorado; su ropa no era de gran calidad, pero parecía nueva; no se había afeitado y parecía que no se había duchado o lavado el pelo en varias semanas.

Recuperado ya del *shock* inicial, David preguntó:

—¿Dónde diablos has estado? Estás hecho una mierda y a eso hueles precisamente.

—Antes de huir, yací varios días sobre mis necesidades.

—¿Tu huida de qué?

—Creo que el pintoresco término que usaban los pioneros para describirlo es un almacén de tubérculos. De hecho es un agujero en el suelo, en este caso debajo del granero de nuestro amigo Gray Bondurant. —Spence hizo una mueca desdeñosa—. ¿Puedes creerlo? Ese hijo de puta me disparó.

David escuchaba atentamente mientras Spence le describía el desayuno informal que compartieron él y Gray.

—Reconoció que Barrie Travis había ido a verlo, pero por lo visto me adivinó el pensamiento desde un principio y me disparó antes de que yo

podiera dispararle a él. —Sus labios se estrecharon y formaron una delgada y amarga línea—. Va a lamentar no haber aprovechado la oportunidad de matarme. Siendo, como es, todo un *boy-scout*, no disparó a matar.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Me curó la herida del hombro, me desnudó, me ató como a un pavo de Navidad y me metió en el sótano. No podía mover las manos, pero alcanzaba la comida y el agua con la boca. Había una cantidad suficiente para varias semanas, si la racionaba bien. Justo antes de cerrar la puerta me recordó que había sacado las mejores notas en el entrenamiento de supervivencia. «Sobrevive, pues, hijo de puta», me dijo.

»La herida de bala me dolía, pero sabía que si no se infectaba no sería mortal. Tardé veinticuatro horas... eso calculo... en liberar las manos. Él sabía que lo lograría, pero también sabía que tardaría bastante tiempo en salir, si es que lo conseguía.

»La superficie debía de tener tres metros cuadrados aproximadamente, el techo estaba a unos diez centímetros de mi cabeza y el grosor del techo al suelo del granero era de unos treinta centímetros de adobe soportado por maderos de pino. Por supuesto, eso no lo supe hasta que salí.

—¿Qué hay de la puerta?

—Era de madera, pero la había reforzado con dos vigas de hierro, sobras, supongo, de los materiales con que construyó la casa. En ella había taladrado tres agujeros para ventilar el lugar, y había colocado las vigas en paralelo entre agujero y agujero. Sobre ellas había echado paja. Quedaban camufladas a la vista de cualquiera.

—Envié a un hombre allí.

—¿Uno de los míos? —Cuando David asintió, Spence comentó—. Entonces, es hombre muerto; debería haber revisado cada centímetro.

—¿Cómo saliste?

—Con las uñas. La comida consistía mayormente en pasta seca, pan y algo de cereales, por lo que no me servía de gran ayuda.

—¿Qué hay de los contenedores de agua?

—De porexpán sin tapa ni tubos. Solo contaba con esto. —Alzó las manos—. Finalmente pude hacer un agujero, fuera del perímetro de la puerta y lejos de las vigas, lo suficientemente grande para pasar por él, a duras penas, es cierto. Si el techo hubiese sido más alto, no habría podido alcanzarlo, puesto que no tenía nada sobre lo que elevarme, salvo los pies descalzos.

—Tienes suerte de que el suelo del granero no fuese de hormigón.

—Gray lo construyó en el lugar donde había habido una casa de pioneros y supongo que quería conservar parcialmente su aspecto pintoresco. —Spence sonrió, mas su expresión resultaba espeluznante—. Ha sido siempre un estúpido sentimental.

—Está aquí, ¿sabes?

—Me lo imaginé.

David le habló de la inesperada visita que le había hecho Gray Bondurant y luego lo puso al corriente de todo lo ocurrido durante su ausencia.

—Tuvimos muy mala suerte —comentó, refiriéndose a la muerte de Jayne Gaston—. George iba aumentando gradualmente la dosis de litio de Vanessa, pero en el historial figuraba la cantidad exacta que debía darle en realidad. Cuando le ordenó que le administrara más sedantes de lo normal, la enfermera se rebeló y él trató de que la sacaran a la fuerza. Ella sufrió un paro cardíaco y murió. Entonces, nuestra reportera favorita...

—Lo sé. Leí la información en el *Washington Post*. Me costó creer que siguiera con vida. Nadie podría haberse salvado de esa explosión, David.

—Su perro entró en la casa antes que ella.

—¡Menuda suerte!

—Después del incidente en Shinlin, Clete está contra ella; ha sido humillada en público y descarnada profesionalmente. Espero que haya aprendido la lección.

—Confiemos en que así sea, aunque ya sabes que es una mujer de efectos retardados.

—Tienes razón. —David asintió solemnemente con la cabeza—. ¿Qué hacemos con Gray?

—De momento, yo diría que deberíamos mantener en secreto mi regreso, ¿no crees?

—Pero sin duda te vieron entrar esta noche.

—Ordenaré que digan a los guardias que, por un asunto de seguridad nacional, nadie debe enterarse de que he regresado. Mis hombres harán correr rumores de que ha habido graves amenazas contra la vida de la primera dama... o algo así.

—Eso está bien... nos convendrá.

Spence lo miró.

—Entonces, ¿estás decidido todavía?

David evocó la reciente escena con Vanessa.

—Más que nunca. He estado con ella esta noche. Sigue obsesionada con la muerte del bebé. El problema no ha desaparecido.

Spence miró directamente su reflejo en el espejo que había sobre el lavabo.

—Tenemos mucho que hacer, pues.

—Lo primero es lo primero. —David se puso en pie—. No sabes cuánto te he echado de menos y cuánto me alegro de que hayas vuelto, pero ahora báñate, ¡por Dios!

Capítulo 25

—Señorita Travis, su comportamiento es imperdonable.

—Soy consciente de la magnitud de mi error, señor Jenkins, y la experiencia me ha resultado sumamente humillante.

El gerente general de la WVUE continuó hablando en tono severo.

—El senador Armbruster ha llamado, personalmente, para contarme su versión de lo ocurrido y me dio incluso más detalles de los que figuran en las noticias. Escuché, con creciente consternación, lo que me decía acerca de su flagrante falta de ética, y me ha dejado pasmado saber que un empleado de esta cadena podría comportarse de ese modo.

—Lamento haberles avergonzado, a usted y a la WVUE. Si pudiera reparar la situación, lo haría, créame.

Le convenía mostrarse arrepentida por su error, y de hecho lo estaba. Sin embargo, sintió un enorme rencor contra Armbruster por hablar de ella a sus espaldas, delatándola como si fuese una niña malcriada. Si quería añadir algo más, debería habérselo dicho cara a cara.

—Comparadas con la enormidad de su metedura de pata, las consecuencias fueron mínimas, ¡gracias a Dios! La conferencia de prensa del presidente ha ayudado a poner el incidente en su justa perspectiva.

—Sí, señor, así es.

—Bien está lo que bien acaba.

Este comentario lo hizo Howie Fripp, que, junto con Barrie, también tuvo que pagar las consecuencias de lo ocurrido con el senador Armbruster. Hasta ahora había estado royéndose un padastro y sudando tanto que se le habían manchado las axilas de la sucia camisa blanca. Barrie sabía que no se sentía inquieto por ella, que lo único que le importaba era que su propio pellejo quedara intacto cuando salieran del despacho del gerente general.

Jenkins saltó sobre él.

—Fuiste tú quien envió al cámara, ¿no, Fripp?

—Eh... sí, pero solo porque Barrie me llamó y lo pidió. Según ella tenía el reportaje del siglo.

—Dios nos libre.

Con todo el dolor de su corazón, Barrie se sintió obligada a defender a Howie.

—No puede responsabilizar a Howie, señor Jenkins. Lo llamé a su casa y le pedí que me enviara un camarógrafo. —Las mejillas se le pusieron rojas bajo la mirada furibunda del gerente general—. Es una de las numerosas decisiones que lamento.

Lo lamentaba porque la presencia de los medios de comunicación convirtió una situación crítica en un verdadero desastre; sin embargo, también experimentaba remordimientos porque había hecho la llamada para desquitarse.

El rechazo de Gray a su muestra de conmiseración le había dolido. Nunca había sido admiradora de Clete Armbruster y, en cuanto a Vanessa, antes de verse arrastrada por una intriga fantasmagórica que hacía peligrar su vida, Barrie nunca había visto a la primera dama con muy buenos ojos y, ya que estaba sincerándose consigo misma, debía reconocer que estaba celosa de Vanessa porque Gray seguía enamorado de ella.

De modo que esa noche, cuando marcó el número de teléfono de Howie y le dio su urgente mensaje, sus sentimientos hacia todos ellos no eran precisamente caritativos. Fin de la objetividad.

¡Oh!, la llamada era justificada, egoísta tal vez, pero justificada. Dadas las circunstancias, en toda la historia del periodismo ningún reportero habría dejado de pedir apoyo. Podría haber sido el reportaje que la lanzara al estrellato.

No obstante, visto retrospectivamente, la hacía parecer la mujer más insensible del mundo. Por lo tanto se lo tenía bien merecido, se dijo a sí misma.

—Armbruster podría demandarnos por esto y, francamente, no lo culparía —prosiguió Jenkins.

—El senador Armbruster tiene motivos para estar alterado —convino Barrie humildemente—. Le hice pasar unos minutos infernales, y por ello le pedí perdón de todo corazón. También he llamado a la Casa Blanca, con la esperanza de rectificar personalmente, pero se niegan a contestar.

—No veo por qué —murmuró Howie.

Jenkins lo miró airadamente.

—Desearía que el presidente y la señora Merritt sepan cuánto lamento mi error y quisiera disculparme por la angustia que pude haberles causado.

—Muy noble de su parte, señorita Travis. Pero, si por casualidad consigue que le pasen la llamada, no se presente como empleada de la WVUE. — Jenkins entrelazó las manos sobre el escritorio y la miró con firmeza—. A partir de ahora, su relación con esta cadena ha terminado.

Barrie lo había temido fervientemente y, con igual fervor, se había negado a aceptar que pudiese ocurrir. Mientras se enfrentaba a las consecuencias más inmediatas de su metida de pata, había conseguido apartar el miedo a ser despedida, si bien ahora se veía obligada a enfrentarse a esa realidad.

—¿Estoy despedida?

—Tiene una hora para vaciar su escritorio y salir edificio.

—Por favor, señor Jenkins, no me despida. He aprendido la lección. De ahora en adelante seré absolutamente escrupulosa, confirmaré todos los datos.

—Es demasiado tarde, señorita Travis, nada de lo que diga me hará cambiar de opinión.

La joven se abandonó a la merced del gerente.

—Sabe lo de mi casa.

—Sí, muy inoportuno.

—Necesito el trabajo.

—Lo siento, ya hemos tomado una decisión.

Con la mente hecha un caos, Barrie se agarró a un clavo ardiendo.

—De acuerdo, sáqueme de las calles y manténgame en la sala de redacción.

—Señorita Travis...

—Redactaré las noticias, editaré guiones, contestaré el teléfono, me encargaré del apuntador, repartiré el correo, iré a por bocadillos... será como si estuviese a prueba y, al cabo de unos meses, podrá hacer una nueva evaluación de mi trabajo.

—Por favor, no haga nada más que pueda avergonzarla —contestó Jenkins en un tono firme pero a la vez amable—. Ya no encaja en nuestro programa.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no está usted a nuestro nivel, quiere decir que no ha cumplido con nuestras expectativas, significa que su contrato se acaba a causa de un cúmulo de fallos, no solo por este último.

—¡Y un cuerno!

Howie hizo una mueca.

El propio Jenkins parecía ligeramente sorprendido.

—¿Qué ha dicho?

—¿Por qué no intenta comportarse como un hombre, Jenkins? Reconozca la verdadera razón por la que está despidiéndome, o sea, que Armbruster le pidió mi cabeza y usted se la sirve en bandeja.

Jenkins se puso como un tomate, con lo que Barrie supo que había dado en el blanco. Se levantó y se estiró cuan alta era.

—Se equivoca, Jenkins. Esta chorrada de cadena, con su reputación de segunda y su administración de mierda, ya no encaja en *mi* programa.

—¿Quiere también unas patatas fritas?

Barrie comparó el contenido calórico y de grasas de las Patatas fritas con sus enormes ganas de comerlas.

—Claro, ¿por qué no? Una bolsa grande.

Pagó la hamburguesa con queso y las patatas fritas y regresó a su coche. Hoy cenaría sola, pues, tras meses de alentar a Daily a salir más, este había elegido precisamente esta noche para ir a una sesión de cine de Brigitte Bardot. Con un viejo colega.

—¿Te va a llevar en coche?

Cada vez que salía solo, sobre todo después de que oscurecía, se preocupaba por él.

—Sí, *mamá*. Viene a recogerme y me traerá de vuelta. Y, antes de que lo preguntes, prometo que comprobaré el nivel de mi tanque de oxígeno y me aseguraré de que esté lleno, aunque si jadeo tanto como espero al ver a la Bardot de joven, puede que se me acabe el aire antes de llegar a casa, y no te quiero ni contar si decido hacerme una paja.

Había añadido eso para irritarla. Barrie no le había dicho que la habían despedido porque sabía que insistiría en quedarse en casa para consolarla y no tenía sentido que dos se sintieran desdichados.

Tras la reunión en el despacho de Jenkins, uno de los guardas jurados de la cadena la acompañó a su cubículo y revoloteó a su alrededor mientras ella vaciaba su escritorio. La enfureció tanto que la trataran como a una delincuente que le hizo un comentario sarcástico.

—¿Acaso cree que quiero robar algo de este antro?

—No es nada personal, señorita Travis, son normas de la empresa.

—Sí, claro.

Como ya había borrado todo el disco duro de su ordenador y lo había copiado en disquetes, sacó de los cajones de su escritorio las carpetas, los apuntes y los guiones que se remontaban casi al día en que la habían

contratado. Lo echó todo sin ceremonias en cajas de cartón suministradas por la cadena, y el guarda la ayudó a llevarlas hasta su coche y a meterlas en el maletero.

Dado que no le apetecía pasar la velada sola en la deprimente casa de Daily, se preguntó adónde podía ir a comer su cena-pícnic. ¿En el monumento a Lincoln? ¿En el de Jefferson? Ambos eran hermosos de noche. Aún no lo había decidido cuando se internó en el tráfico.

—Barrie.

Esta gritó y pisó bruscamente el freno.

—No mires hacia atrás y no te pares.

El vehículo que circulaba detrás del de ella frenó con un chirrido de neumáticos y evitó por los pelos su parachoques trasero. El furioso conductor tocó repetidamente el claxon, la rebasó a toda velocidad con su Honda Civic y le hizo un gesto obsceno con un dedo de la mano.

—Dobla a la derecha en la próxima intersección —le ordenó Gray desde el rincón del asiento trasero.

Iba tan agachado que no se le veía la cabeza desde el espejo retrovisor.

—Me has dado un susto de muerte —gritó furiosa, si bien siguió sus instrucciones.

—Es una estupidez que una mujer que viaja sola no mire si hay alguien en el asiento trasero antes de entrar en el coche.

—Estaba cerrado con llave.

—Yo entré.

Este razonable comentario la enfureció aún más.

—Me imaginaba que ya habrías regresado a Wyoming para jugar a los vaqueros. ¿Por qué dejaste que me enfrentara sola al rapapolvo la otra noche? Fue una condenada cobardía. ¿Qué haces en mi coche, por cierto? ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Cuando llegues a la esquina dobla a la izquierda, ponte inmediatamente en el carril de la derecha y gira en la primera calle. ¿Hay un sedán verde unos tres coches más atrás de nosotros?

—¿Me están siguiendo?

—Mira por el retrovisor, pero sin que se den cuenta.

—Eh, no... sí, hay un coche verde más o menos a media manzana.

—Piérdelos, Barrie.

—¿Que los pierda? Tú me has perdido. ¿Cómo sabes que ese coche me está siguiendo?

—Ha estado haciéndolo todo el día.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo he estado siguiéndolos a ellos.

—Dígame, increíble señor de las desapariciones, ¿por qué iba a creerte?

—Despista a los que te siguen y olvida esa actitud, ¿vale? Trata de que no se den cuenta de que intentas evitarlos.

Aunque tenía cientos de preguntas por hacerle, Barrie se concentró en la conducción.

—Esto es divertido —manifestó cuando consiguió pasarse un semáforo en rojo que dejó atrapado al vehículo verde.

—¡Oh, sí, mucho! —gruñó Gray desde el asiento trasero.

Al cabo de unos diez minutos Barrie lo informó de que ya no veía al sedán verde.

—Métete en una carretera, sal de la ciudad y comprueba que no nos persigue ningún otro coche.

Barrie observó atentamente por el espejo retrovisor hasta que se aseguró de que nadie los seguía.

—De acuerdo, en cuanto puedas, date la vuelta y regresa por donde vinimos.

—¿Para qué?

—Tengo una habitación.

Barrie compartió con Gray la hamburguesa con queso y las patatas fritas en la habitación del motel en el que este se había registrado con un nombre falso. Pese a que había una mesita y una silla junto a la ventana, se sentaron con las piernas cruzadas encima de la cama y allí cenaron.

—Me han despedido —le explicó la joven mientras metía las servilletas y las envolturas en la bolsa de papel—. Mis sinceras disculpas no le bastaron al senador Armbruster, que llamó al gerente de la cadena esta mañana y le pidió que me echaran.

—Supongo que no te habrá sorprendido.

—No, claro que no. Armbruster no ha sobrevivido tanto tiempo en la política jugando limpio, y lamer culos forma parte del trabajo de Jenkins. Así que, no, no me sorprende demasiado. Luego, para empeorar una situación ya de por sí desagradable, me enteré de que *Cronkite* murió por un descuido mío.

—¿Y eso?

—Ese fue el veredicto de la ATF en cuanto a la explosión. Mi perro tropezó con un cable eléctrico cuando entró en la cocina por su puerta. El

enchufe soltó chispas y el gas natural del horno, que yo había dejado encendido cuando fui a Wyoming, prendió fuego. Como no había ventilación, el gas se había comprimido. Según ellos, no hacían falta muchas chispas. Por suerte el seguro cubrirá la pérdida total. —Con una triste sonrisa añadió—: Claro que la póliza no incluía a *Cronkite*.

—Su casa se incendió y su perro murió, pero no se preocupe, señora, lo cubre el seguro —dijo Gray con amargura.

—¿No me has oído, Gray? Fue un accidente.

—¡Y un cuerno! ¿Cuándo usaste el horno por última vez?

—No lo recuerdo.

—¿Alguna vez has apagado la luz del piloto?

—No.

—¿Alguna vez has tirado de un cable eléctrico hasta la puerta trasera?

Gray expresaba en voz alta las preguntas que ella ya se había formulado y al oírlas se sintió más resuelta a negar las respuestas obvias.

—Pero la investigación...

—El resultado era correcto. Así es exactamente cómo ocurrió la explosión, pero porque alguien lo había preparado todo. Spence no habría dejado que su hombre instalara un bomba, porque cualquier cosa compleja habría creado complicaciones.

»Lo arregló antes de irse a Wyoming y optó por la simplicidad. De hecho, no hizo falta pensar mucho, era como coser y cantar, vivías sola, de modo que no existía el posible obstáculo de un amante, un pariente anciano o una compañera. Te encontrabas fuera de la ciudad y hubo tiempo suficiente para que el gas se acumulara. Planearon la explosión y la llevaron a cabo de tal modo que pareciera un accidente debido a un descuido tuyo. Fue una casualidad que *Cronkite* entrara antes que tú, algo que no podían prever.

—¿Podían?

—David Merritt dio su aprobación.

Barrie negó con la cabeza.

—Tonterías. Te basas en el supuesto de que tenía que ocultar un secreto que yo estaba a punto de descubrir. Ya sabemos que no es así, que me equivoqué en cuanto a Vanessa y a la muerte del niño y... todo. Tú también. Nos equivocamos, ¿no?

—Entonces, ¿por qué te ha seguido alguien todo el día? Aun cuando lo tuyo no tuviera fundamento, y yo todavía digo que sí lo tiene, David nunca olvida las ofensas. Sea cierta o no la alegación, el que lo acusaras implícitamente lo ha enfurecido lo suficiente como para mandarte matar.

La actitud desafiante de Barrie se desmoronó.

—¿Crees que lo intentará de nuevo?

—Creo que sí.

—Qué suerte que ya haya cenado —murmuró la chica—. Acabo de perder el apetito.

—Queda una patata frita.

—Tomaremos la mitad cada uno. La rompió en dos, se metió una mitad en la boca y le tendió la otra. Gray la sorprendió al mordisquearla directamente de sus dedos.

El tacto de sus labios contra los dedos provocó un cúmulo de sensaciones en su cuerpo; sus extremidades se volvieron repentinamente pesadas, si bien su vientre flotó, ingrátido, y un cosquilleo la recorrió hasta las puntas de los dedos de los pies.

Barrie se puso en pie bruscamente.

—No voy a acostarme contigo, Bondurant, te lo digo por si acaso lo tenías planeado. Quiero evitarte la vergüenza y la incomodidad física de excitarte por nada.

—No me avergüenzo nunca y me siento muy cómodo, gracias. ¿He de suponer que has usado la palabra acostarse como eufemismo?

—Sabes lo que quiero decir.

Gray la miró durante un buen rato.

—Sé lo que quieres decir, pero no recuerdo habértelo pedido.

—Es cierto, no lo has hecho. Tú no pides. Al menos no lo hiciste la primera vez.

—No fue necesario.

No tenía sentido discutir. No necesitó cortejarla esa mañana en Wyoming. Entonces, ¿qué le había hecho pensar que estaba intentando seducirla ahora?

—Voy a ducharme —murmuró.

Cogió su bolso y, con él y el orgullo herido, entró en el diminuto cuarto de baño y cerró la puerta.

Capítulo 26

—Un hombre me pintó una vez.

—¿Te pintó?

Barrie había salido del cuarto de baño con solo el jersey y sus braguitas puestos. Olía a jabón y a piel húmeda, parte de la cual Gray había vislumbrado cuando la chica se quitó el jersey y se deslizó entre las sábanas. Gray se había sentado en una silla junto a la ventana, desde donde miraba periódicamente entre las persianas y hacía todo lo posible por no pensar en una Barrie Travis con olor a limpio y medio desnuda a pocos metros de él.

—No quiero decir que me haya pintado el cuerpo —aclaró ella—, sino que me retrató. Posé desnuda para él.

—¿Y eso? ¿Necesitabas el dinero?

—No, no fue por eso. Estaba en la universidad; me sentía llena de energía y rebeldía y quería hacer algo escandaloso, algo que mis padres desaprobaran. Él me lo pidió y yo me dije, ¡qué diablos!, ¿por qué no? Eso sí, a condición de que mantuviera caliente el estudio.

—¿Qué tal te fue?

—Resultó que su estudio era un nido de ratas en un ático que apestaba a aguarrás y a pintor guarro. Fumaba muchos porros, bebía mucho vino barato y era muy taciturno y malhumorado.

—¿Y el retrato?

—Un desastre. Algunas partes de mi cuerpo se perdieron en el proceso. Él sentía que lo había traicionado su propia labor de amor y estaba en medio de una diatriba artística cuando cogí mi ropa y me fui sin que se enterara. Sin embargo, cumplió su promesa de mantener el estudio caliente.

Gray soltó un bufido que podría haberse interpretado como una risotada.

—¿Fue él quien te enseñó a mamar?

Al cabo de un momento, cuando resultó obvio que Barrie no iba a contestar, Gray se volvió hacia ella.

Se hallaba tumbada de lado, mirándolo, con las rodillas dobladas hasta la cintura y el cabello rodeándole la cara y cayéndole sobre los hombros

desnudos, como si de una niña se tratara. Esa fue una de las primeras cosas que lo había intrigado de ella, esa irresistible combinación de atracción femenina y vulnerabilidad infantil. Por supuesto, ahora, semanas más tarde, con el calor de su cuerpo fresco aún en la memoria, no le quedaba duda de que era más mujer que niña.

En sus expresivos ojos se notaba una mezcla de perplejidad inocente y de dolor.

—¿Por qué lo haces, Bondurant?

—¿Qué?

—¿Por qué dices cosas intencionadamente groseras, insultantes e hirientes?

—No era esa mi intención. Intentaba bromear. Supongo que no se me da muy bien.

—Yo diría que se te da pésimamente.

—Es un fallo de mi carácter.

Permanecieron en silencio durante un buen rato.

—Lo único que me enseñó el artista fue que debía guardar las distancias con los artistas —susurró ella—. En cuanto a cómo aprendí... bueno... digamos que... que desarrollé la técnica sobre la marcha. —Tras una pausa significativa, añadió en voz aún más queda—: Esa mañana en tu rancho.

El cuerpo de Gray respondió al recuerdo erótico, con lo que la silla, ya de por sí condenadamente incómoda, se volvió más incómoda todavía. Tampoco podía mirarla tranquilamente a los ojos: no quería ser su primer viaje de aventura sexual, pues eso le daba importancia y la importancia acarreaba responsabilidades que no estaba seguro de poder manejar. Así pues, cambió de tema.

—¿Qué te hizo pensar en eso? ¿En el pintor?

Barrie se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que no sabía qué más decir.

—Eso es algo muy tuyo.

—¿El qué?

—La necesidad de decir algo siempre.

—No es cierto.

—¿Lo ves?

La joven hizo una mueca.

—Muy gracioso.

—Sí, todo el mundo me dice que soy un comediante y un bromista.

Gray ni siquiera sonrió, pero ella soltó una risa, se giró, se puso boca arriba y se echó los brazos sobre la cabeza. Gray no había oído reír a mucha gente, al menos no desde que se convirtió en adulto, y se le antojó que la risa de Barrie resultaba tan provocadora como su voz, auténtica y espontánea. Le gustó.

—Gracias, Bondurant. Con el día que he tenido, necesitaba reír, aunque ya debería estar acostumbrada.

—¿A qué?

—A que me pongan de patitas en la calle. Esta no ha sido la primera vez.

—¿Fue Daily el primero que te despidió?

Barrie ladeó la cabeza inquisitivamente.

—Me lo dijo.

—¡Qué amable! —contestó con ironía.

—Estábamos charlando de frivolidades.

—Sí, claro. Mientras te contaba mi turbulenta historia profesional, ¿acaso mencionó por qué me despidió?

Gray negó con la cabeza. Mentía. Daily se lo había contado con todo lujo de detalles. Pero deseaba seguir oyendo su voz, aun cuando una dosis constante de esa voz amenazara su decisión de no ponerle las manos encima. Cuando uno huye para salvar la vida, los interludios románticos no forman parte del programa.

—Bueno. —La joven sonrió evocando la situación—. Daily y yo no empezamos con buen pie. Él me dio mi primer trabajo en un telediario. Por supuesto, yo creía que lo sabía todo acerca del periodismo televisivo, y desde el primer día me molestó la crítica constructiva. En opinión de Daily, yo era una cabeza hueca que no tenía nada que dar a la profesión.

»Poco después de contratarme, empezó a buscar razones para despedirme, pero tenía las manos atadas por el Comité Federal de Comunicaciones, la Comisión de Igualdad de Oportunidades y una lista interminable de reglamentos sobre contratos y despidos. Sin embargo, tuvo suerte. Yo misma me autodestruí.

Fue la primera en llegar a un tribunal de condado donde un hombre había disparado contra los presentes en una sala y, basándose en el testimonio de una mujer que había escapado por los pelos a una andanada de balas, Barrie informó de que docenas de personas estaban heridas.

—Si no recuerdo mal, creo que mis palabras exactas fueron «en la sangrienta confusión».

Luego, ante las cámaras, en directo, informó de que los disparos habían tenido lugar en la sala del juez Green.

—Eso hacía que la noticia fuese aún más explosiva, porque se rumoreaba que se le estaba considerando para un escaño en el Tribunal Supremo. Frente a la cámara especulé sobre la posibilidad de que el tiroteo respondiese a motivaciones políticas. ¿Sería el juez Green el blanco de un radical que se oponía a su nombramiento, o sería un desquite por una condena nada popular? ¿Había sobrevivido, o estaría herido?

A fin de cuentas resultó que el juez Green se hallaba en el campo de golf cuando un cadí le habló del reportaje. El incidente había tenido lugar en otra sala y los únicos daños que se habían registrado habían sido las luces del techo, que habían sido alcanzadas por una bala durante la lucha entre el alguacil y un hombre que había llevado su escopeta al tribunal como prueba en una demanda civil que tenía que ver con la caza furtiva.

—Posteriormente identificaron a mi testigo ocular. Se trataba de una mujer que se dedicaba a llenar los vasos de agua y de té helado en la cafetería del sótano, y de cuya estabilidad mental se dudaba. Que se supiera, nunca se la había visto más allá de la planta baja del edificio.

»Lo que selló mi destino fue el hecho de que mi reportaje especial interrumpió una serie muy popular que la esposa del juez Green no se perdía nunca. Cuando oyó la información, salió corriendo de su casa, tropezó con un aspersor de agua en el jardín delantero y se rompió la muñeca derecha. A otras personas les indignó la interrupción, sobre todo cuando se enteraron de que no había habido ningún drama en el tribunal, en todo caso ninguno que rivalizara con el culebrón, y echaron abajo la centralita con sus llamadas iracundas.

»Mi credibilidad estaba por los suelos, así como la de la cadena, y la sala de redacción sufrió el desdén de nuestros rivales y, por si alguien se lo había perdido, los críticos televisivos de los periódicos locales se cebaron con ello días enteros. A Daily le dieron una buena bronca los directivos de la emisora por haberme contratado. Es un milagro que él pudiera conservar el empleo, pero a mí me despidió en un abrir y cerrar de ojos. El único que se benefició fue el juez Green, que ahora ocupa un puesto en el Tribunal Supremo.

—Un juez nada popular.

—Y eso supone otro punto en mi columna de pérdidas. Más de un gurú político escribió un editorial afirmando que, de no ser por la simpatía que mi fiasco le acarreó, nunca habrían aprobado su nombramiento. El pueblo

norteamericano puede agradecerme el haberle endilgado un juez ineficaz en el Supremo. Por cierto, Daily cree en esa teoría.

—Con tantos problemas como surgieron entre vosotros, ¿cómo es que os hicisteis tan buenos amigos?

—Hace unos años me enteré por los rumores de la prensa de que se había visto obligado a jubilarse porque padecía un enfisema. Yo me sentí obligada a hacerle una visita de cortesía. —Barrie esbozó una sonrisa a lo Mona Lisa y Gray le preguntó cuál era el secreto—. Daily reconoció que se había mostrado innecesariamente duro conmigo, porque no era talento lo que me faltaba, sino madurez y sentido común. Estaba dispuesto a ayudarme si cerraba el pico y lo escuchaba. Ha sido mi mejor amigo desde entonces.

—¿Por qué mantienes la amistad en secreto?

—Sobre todo porque es algo personal y siempre he procurado mantener mi vida privada al margen de mi vida profesional. En segundo lugar...

—Porque si se sabía que habías hecho las paces con tu exenemigo, perderías el respeto de tus colegas.

—Muy perspicaz, señor Bondurant. Cuando uno quema un puente en el mundo televisivo es para siempre. Si alguien supiera que soy amiga de Daily, me verían como una blandengue que intenta abrirse paso en una profesión implacable.

Su sonrisa era tan ingenua que Gray odiaba la idea de tener que desengañarla.

—No es ningún secreto, Barrie. He seguido a los que te vigilan. Saben dónde te alojas. —Ante su angustiado gruñido, añadió a toda prisa—: No creo que molesten a Daily, pero deberíamos advertírselo a primera hora de la mañana.

—¿Por qué me siguen?

—La mayoría de los agentes del servicio secreto que se encargan de la seguridad de David, Vanessa y la Casa Blanca son hombres de Spence, aunque asistieron al programa de reclutamiento y pasaron todas las pruebas.

—¿Cómo pueden burlarse de los reglamentos?

—Eso es lo bueno, no se burlan abiertamente, maniobran con la adaptabilidad del mercurio. Si alguien pone su conducta en tela de juicio, pueden decir que formas parte de la categoría de personas emocionalmente trastornadas y que deben vigilarte.

—Como mínimo.

—Trata de dormir.

Gray se levantó, apagó la lámpara y regresó a la ventana para mirar entre las persianas. Observó el aparcamiento cinco minutos por si reparaba en algún coche o veía algún movimiento sospechoso.

Convencido de que habían eludido la vigilancia, echó un vistazo a la cama y lo desconcertó ver que Barrie lo estaba mirando.

—Creí que te habías dormido.

Barrie se encontraba de nuevo tumbada de lado, pero ahora tenía las manos debajo de la mejilla.

—¿Quién eres, Gray Bondurant?

—¿Yo? No soy nadie.

—No es cierto —contestó ella soñolienta—. Sí que eres alguien.

—Duérmete.

—Tú también necesitas descansar. La cama es lo suficientemente ancha para los dos.

Sabía que no sería capaz de acostarse en esa cama sin probar esa piel, esa voz.

—Voy a quedarme aquí un rato.

—¿Para qué?

—Para pensar.

—¿En qué?

—Duérmete, Barrie.

—Solo una pregunta más.

—De acuerdo —suspiró Gray.

—Esa mañana, en tu casa, fue sexo sin compromiso, ¿verdad?

—Sí.

Barrie parpadeó varias veces y volvió a mirarlo.

—Pero fue estupendo.

Gray sonrió en la oscuridad.

—Estupendo.

—Dime una cosa. ¿Por qué no me besaste en los labios?

—Ya son dos preguntas. Buenas noches.

—¿George?

Le pareció que la voz de su esposa le llegaba desde una orilla lejana de un mar de whisky escocés. El doctor Allan alzó la cabeza y vio a Amanda en el umbral de la puerta de su despacho, recortada contra la luz del pasillo. Era

hermosa, deseable y fuerte. No soportaba verla, pues su fuerza resaltaba su propia debilidad.

Amanda entró en la estancia. Al llegar al escritorio cogió la botella y comprobó cuánto líquido quedaba. Ni siquiera en su estado de embriaguez se le escapó a George el silencioso reproche.

—¿Qué quieres, Amanda? —preguntó en tono quejumbroso.

—¡Vaya!, por lo menos veo que te acuerdas de mí. Me alegro. ¿Acaso recuerdas también que tienes dos hijos?

—¿Se trata de una adivinanza?

—Tu hijo mayor se está volviendo más reservado cada día. Le he suplicado que me diga lo que le ocurre, pero se pone malhumorado y se niega a hablarme. Sus maestros me han dicho que es un chico que se guarda sus problemas y nadie puede sonsacárselos. Se parece tanto a ti que me da miedo.

»Acabo de estar con tu hijo menor. Lo escuché rezar. Pidió a Dios que ayudara a su papá y rompió a llorar. Tuve que abrazarlo hasta que se durmió.

George se frotó los ojos, inyectados en sangre.

—Después iré a darles un beso de buenas noches.

—No me has entendido. No quiero que vayas a darles un beso tal como estás ahora. No son tan tontos, ¿sabes? Saben que te ocurre algo terrible que no tiene nada que ver con la bebida.

—La Bebida. ¿Como si fuera un nombre propio?

—Se ha convertido en eso. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿En serio? ¿Dirías que las últimas cuarenta y ocho horas son típicas? Cuando llegaste ayer por la mañana parecías un extraño ser sacado de una película de terror. Solo Dios sabe cuánto tiempo hace que no duermes. No me diste ninguna explicación por tu prolongada ausencia ni por tu aspecto. No me preguntaste por los niños, subiste directamente a este despacho, te aislaste y no has salido desde entonces.

Para subrayar sus palabras puso la botella sobre el escritorio con un violento golpe.

—Estás borracho perdido y te he oído llorar. Lo primero me da rabia, y lo segundo me rompe el corazón. George —suplicó—, ¿cómo puedo ayudarte si no me dices lo que te ocurre?

—No me ocurre nada.

—¡Maldita sea, George! ¿Cuándo cambió tu definición del matrimonio?

—¿Qué quieres decir?

—Si no confías en mí, ¿qué clase de matrimonio somos? Sobre el papel, al menos, soy tu esposa todavía, y exijo saber qué demonios está pasando.

—¡Por Dios! ¿Es que estás sorda? —gritó el facultativo—. *¡No pasa nada!*

Amanda no se desanimó ante su creciente enojo.

—No me mientas, te estás desmoronando ante mis propios ojos —le recriminó.

—¡Déjame en paz!

—No, no lo haré. —Sacudió violentamente su suave melena—. Eres mi marido y te quiero, te defenderé toda mi vida. Pero primero tengo que saber qué te ha ocurrido para que hayas dejado de ser el buen médico, esposo y padre que eras y te hayas convertido en un borracho balbuceante.

George la miró furioso, pero ella no se echó atrás, poseía una vena implacable y obstinada.

—Tu problema tiene algo que ver con David, ¿verdad? No te molestes en mentir, sé que él está en el fondo de tu crisis personal. ¿A qué se debe?

—Déjalo, Amanda.

—¿Qué te pidió que hicieras?

—Te he dicho que lo dejes.

—¿Con qué te está controlando?

—¡No me está controlando!

—¡Sí! —le reprochó ella—. Y si no te libras de ese control, acabará destruyéndote.

George se levantó de golpe y dio un puñetazo en la mesa.

—La mujer murió, ¿de acuerdo?

—¿Qué?

—Ya está, lo he dicho. Te he confiado mi problema. ¿Estás contenta? ¿Estás satisfecha?

—Te refieres a la enfermera.

—Sí, la enfermera, la que murió en nuestra casa junto al lago hace tres días. Sufrió un paro cardíaco repentino. —El médico agachó la cabeza y se la cogió con ambas manos—. Traté de reanimarla, pero no pude. Fracasé y ella murió.

Sus hombros se sacudieron con el sollozo.

—¿Estabas borracho?

—Había tomado un Valium, nada más.

—¿Hiciste todo lo que podías?

George asintió con la cabeza.

—Durante media hora traté de resucitarla. Finalmente los agentes del servicio secreto me separaron de ella y me dijeron que no serviría de nada, que estaba perdiendo el tiempo.

Vacilante, Amanda contuvo el aliento y colocó una mano en su hombro.

—Lo siento, George —manifestó con gentileza.

Él ansiaba su comprensión, sabía que sus brazos lo acogerían pese a las palabras furiosas que habían intercambiado. Sus senos serían suaves; su voz, consoladora, y su abrazo, tal vez un refugio en el que poder ocultarse un rato de sus demonios.

No obstante, no se merecía su consuelo ni su perdón. Dada su manifiesta indignidad, sintió rencor contra ella por tan incondicional amor, de modo que lo rechazó y apartó su mano con un encogimiento de hombros.

—¿Qué podrías haber hecho? —inquirió con beligerancia su esposa—. ¿Qué milagro podrías haber obrado para que el problema desapareciera?

Él le dio la espalda y se dirigió tambaleante hacia el armario de las bebidas. Abrir otra botella de escocés requirió más destreza de la que poseían sus dedos, sin embargo, lo consiguió y se sirvió otra copa.

—¡Oh, no, espera! —Se volvió hacia Amanda—. Puedes solucionar mi problema, ¿verdad? Puedes hacer cualquier cosa que te propongas, señora Amanda Exitosa, no, más bien Amanda la Sobresaliente.

Sabía que las palabras mordaces la herirían profundamente, mas no podía dejar de pronunciarlas, quería que alguien se sintiera tan mal como él, y Amanda era la única que tenía a mano, si bien ella mantuvo la compostura en todo momento.

—No podría haber resuelto tu problema, George, pero podría haberte consolado.

—De mucho me habría servido.

—Has perdido pacientes antes. Eres una persona que se dedica a curar y es normal que te sientas triste cuando nada de lo que haces consigue salvarlos, pero nunca te he visto tan desconsolado.

Ladeó la cabeza y lo miró directamente a los ojos. Estaba borracho, pero no tanto como para no temer que viera más en ellos de lo que deseaba que supiera, de modo que apartó la mirada, aunque no fue lo bastante rápido.

—No me lo has contado todo, ¿verdad? ¿Qué más ocurrió en la casa del lago?

—¿Quién ha dicho que ocurrió algo?

Lo miró desafiante.

—Te conozco, George, estás ocultando un elemento crucial en todo esto.

—La enfermera murió y ya está.

—Tiene que ver con Vanessa, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué la muerte de esa mujer...?

—¿Qué quieres de mí? —chilló George—. Me preguntaste por qué estaba preocupado y te lo he dicho. Ahora, ¡lárgate y déjame en paz! ¡Joder!

Nunca antes había utilizado ese lenguaje con ella y le costaba creer que acababa de hacerlo, aunque las palabras parecían rebotar en las paredes revestidas de madera, haciendo eco a su vulgaridad. ¿Acaso había caído tan bajo como para ofender verbalmente a su esposa? La idea lo sumió aún más en el abismo de depresión y asco de sí mismo. Apuró su copa de un trago.

Amanda se alejó de él muy disgustada. En la puerta se volvió.

—Gritame y maldíceme cuanto quieras, George, si hace que te sientas mejor. Soy fuerte, puedo soportarlo.

Levantó el puño izquierdo y se aseguró de que viera la alianza.

—David Merritt juró su cargo, pero yo también, en el altar, el día de nuestra boda, y juré que, aparte de la muerte, nada nos separaría y lo decía en serio. Eres mi marido y te amo, no voy a renunciar a ti sin luchar. Haré todo lo que esté en mi mano para evitar que ese hombre te destruya, aunque sea el presidente de Estados Unidos.

Capítulo 27

—¡Otra vez con eso! —se quejó Daily.

Barrie encendió la televisión y subió el volumen hasta un nivel ensordecedor.

—Gray cree que están vigilando tu casa.

—¿También han puesto escuchas?

—No necesitan poner micrófonos ocultos para fisgonear —le dijo Gray—. El equipo es tan perfecto que pueden escuchar una conversación a varias manzanas de distancia.

—¿Quiénes?

—Los hombres de Spence.

—Cabrones —refunfuñó Daily, señaló a Gray con la cabeza y, dirigiéndose a Barrie, comentó—: Creí que se había largado.

—Yo también lo creía. Me... me sorprendió anoche.

—Llegué tarde del cine —observó Daily—. Cuando vi que no estabas me quedé muy preocupado.

—Me olvidé de llamar —se disculpó Barrie.

Daily les indicó que se sentaran donde siempre, en el sofá.

—¿He de suponer que el asunto no está terminado? ¿Todavía crees que el bebé no murió de manera accidental?

—En mi opinión, eso es un hecho. Toda esta historia empezó precisamente con la muerte del bebé, y ahora se ha convertido en algo más importante. David intenta mantenerlo en secreto, pero le está costando. Spence no consiguió eliminarme y la situación en casa de George Allan se complicó cuando falleció la enfermera.

»Su muerte dejó expuesto al doctor Allan cuando ni él ni David querían quedar expuestos —conjeturó—. Puso fin a cualquier brujería que estuviese practicando sobre Vanessa.

—Dado que la muerte de la enfermera acabaría por saberse y la atención se centraría en la salud de Vanessa, tenía que... *revivirla*, por decirlo de alguna manera, y llevarla rápidamente a Washington —prosiguió Barrie.

—La mañana de la conferencia de prensa dejaron que el mundo entero la viera —dijo Gray—. Para quien no la conozca bien, parecía normal, pero yo creo que todavía corre peligro.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Daily—. A mí me dio la impresión de que todo era muy adecuado. Neely leyó los elogios de la primera dama, los Merritt acompañaban en el pensamiento y en sus oraciones a la familia de la enfermera, bla bla bla.

—Vanessa envió una señal de peligro. No llevaba la alianza de su madre —explicó Gray—. La ha llevado en el dedo anular derecho desde el día en que Cleve se la puso al morir su madre. Esa mañana, Vanessa no dejó de enseñar la mano, sobre todo cuando sabía que las cámaras la enfocaban. Creo que deseaba que alguien se fijara en que no la llevaba puesta.

—¿De veras crees que estaba pidiendo ayuda? —preguntó Daily.

—Sí.

—Es posible que hubiese extraviado la alianza —razonó Barrie—. Quizá se le cayó por haber perdido tanto peso, o puede que se haya hartado de ella; podría haberla enviado a la joyería para que la arreglaran a su medida o la limpiaran. Hay docenas de razones plausibles para no ponérsela.

—Es cierto, las hay. Si me hubiera encontrado en Wyoming cuando la vi en la tele, me habría sentido algo intrigado al ver que no la llevaba puesta, pero no necesariamente alarmado. Sin embargo —Gray se puso de pie—, desde que enviaron a Spence a matarme, desde que presencié la explosión de tu casa, y puesto que sé que te siguen equipos de vigilancia, tiendo a sentir algo más que cierta curiosidad.

—Y creo que tienes razón —reconoció a regañadientes la chica—. Esa conferencia de prensa fue la única aparición en público de Vanessa desde su «aislamiento». Si estuviese tan sana como afirma la Casa Blanca, se habría metido de lleno en sus tareas, ¿o no?

Impulsivamente, cogió el teléfono y marcó un número que se había aprendido de memoria.

—¿A quién llamas? —quiso saber Gray.

—Al despacho de Vanessa.

—Acuérdate de que probablemente estarán escuchando todo lo que digas.

—Se imaginarán que he vuelto a mis viejos trucos. Baja el volumen de la tele.

El repentino silencio resultó irritante.

—Buenos días —dijo Barrie afablemente cuando contestaron—. Me llamo Sally May Henderson, y represento a las Hijas de la Revolución

Americana —declaró, refiriéndose a una organización conservadora muy conocida—. Quisiéramos obsequiar a la primera dama con una de nuestras condecoraciones por servicio distinguido en reconocimiento de su campaña por alimentar y albergar a los vagabundos. —Hizo hincapié en que deseaban otorgársela personalmente—. Con la publicidad atraeríamos la atención de la nación hacia la continua necesidad de albergues y comedores gratuitos que la primera dama ha ayudado tanto a organizar.

Con cortesía, pero firmemente, le respondieron que hasta dentro de un breve período de tiempo resultaría imposible ver a la primera dama, pues aún se estaba recobrando de su reciente indisposición.

—Comprendo. Bueno, saludela calurosamente de nuestra parte. Volveremos a llamar. —Barrie colgó y se hacia Daily y Gray—. Han dado instrucciones a su personal de no programar citas para ella hasta que el doctor Allan dé luz verde.

Gray subió nuevamente el volumen de la televisión.

—David va a por todas.

—Eso parece.

Daily se frotó la mandíbula con expresión preocupada.

—¿No estaréis sugiriendo lo que creo, verdad?

—Vanessa ya no es una baza, sino un estorbo, y David elimina los estorbos —dijo Bondurant.

—Estás haciendo suposiciones —subrayó Daily.

—Sí, lo sé.

Gray volvió a sentarse en el sofá y durante un rato todos permanecieron en silencio.

Finalmente habló Barrie.

—Mi carrera ha sido una farsa, casi siempre he metido la pata y todo el mundo sabe que mi instinto no es precisamente fiable, pero en esta ocasión estoy segura de que tengo razón. Nuestro presidente es un criminal. —Miró a Gray—. Puede que no confíe en mi instinto, pero confío en el tuyo.

—Gracias. —Gray miró primero a Daily y después a Barrie—. Escuchadme. Deberíais tomaros unas largas vacaciones fuera del país. Si David se convence de que habéis renunciado, de que ya no suponéis una amenaza, relajará la vigilancia. Yo me encargaré a partir de ahora y, con suerte, salvaré a Vanessa antes de que David ponga en marcha su siguiente plan.

—Ni lo sueñes, ¡maldita sea! —exclamó Barrie acalorada—. Estamos hablando de un intento de asesinar a la primera dama y, como ciudadana, no

puedo darle la espalda. Y no solo eso, recordad que Vanessa me pidió ayuda primero a mí y si yo hubiese sabido interpretar bien sus señales, ahora podría estar con su padre, sana y salva. En cambio, como dejé caer la toalla sigue padeciendo la tiranía de su marido.

»Y yo he perdido todo lo que me importaba, *Cronkite*, mi casa, mi empleo, por culpa de la alevosía de Merritt. Tengo que desquitarme de ese hijo de puta del Despacho Oval. Y que Dios lo ayude, porque soy la peor enemiga que le podía tocar, pues ya no tengo nada que perder.

—Salvo la vida —repuso Daily.

—No —aseguró quedamente la chica—, excepto tú, Daily.

—No vuelvas esos ojos llorosos hacia mí, señorita. Tenéis el cerebro lleno de serrín.

Daily miró a Barrie y a Gray.

—¿Insinúas que no debemos denunciar a Merritt por lo que es? —preguntó Barrie incrédula.

—Estáis diciendo locuras. ¿Os habéis escuchado? ¡Es el Presidente de Estados Unidos, caramba! Ocupa el cargo más importante del país y es el individuo más poderoso del mundo. Si os metéis con él acabaréis muertos.

Barrie miró a Gray y en sus ojos vio un compromiso tan férreo como el suyo. ¡Qué ironía! Ahora los unía aquello que antes los separaba.

Después se volvió hacia Daily.

—Si Merritt piensa hacer que me maten, al menos quiero luchar, pero me niego a ponerte en peligro a ti —le dijo—. Tómame unas largas vacaciones.

—Deberías irte esta tarde, en cuanto hagamos los preparativos —lo exhortó Gray—. ¿Adónde te gustaría ir, Daily? ¿A México?

—¿Y que me entre descomposición? ¡Diablos, no!

—¿A las Bahamas?

—Hay un huracán en el Caribe. ¿Es que no ves el telediario?

—¿A Australia?

—No voy a ir a ninguna parte —contestó con firmeza—. ¿Acaso creéis que voy a dejar que os divirtáis solitos?

—No va a ser divertido, Daily —observó Gray en tono funesto—. No se puede jugar con estos tipos. Cuando tienen que cumplir una misión lo hacen en serio y nosotros tenemos que actuar de la misma manera. No quiero parecer melodramático, pero diría que esto podría convertirse fácilmente en una situación de vida o muerte.

—Ya estoy en una situación de vida o muerte —replicó Daily, y abrió los brazos, abarcando la estancia de aspecto lastimoso—. Tengo menos que

perder que Barrie, padezco una enfermedad incurable, no tengo esposa ni hijos... nada. A mi entender, si os ayudo, no me olvidarán cuando muera.

Barrie atravesó la habitación y le besó la coronilla.

—Eres un ser decrepito y feo, pero te quiero mucho.

—Corta ya, odio esa mierda empalagosa. —Con las manos le indicó que se apartara—. Bien, Bondurant, ¿por dónde empezamos?

Capítulo 28

Barrie se hallaba en casa del hijo de Jayne Gaston.

—Buenos días, señor Gaston, soy Barrie Travis —le dijo desde el umbral de la puerta—. ¿Se acuerda de mí?

—Demasiado bien. ¿Qué quiere?

—Le he traído esto. —Barrie hizo ademán de darle una maceta con una hortensia azul—. ¿Puedo entrar?

El joven vaciló, mientras decidía si debía hablar con ella. Finalmente la invitó a pasar.

—Solo unos minutos.

Ralph Gaston, Jr., era un hombre tranquilo, de unos treinta y cinco años y abdomen flácido. Vivía en una casa de ladrillo situada a mitad de una manzana en un barrio de clase media de un suburbio de Washington. Barrie había encontrado la dirección en el listín telefónico. La llevó a través de estancias limpias pero salpicadas de juguetes.

—Mi esposa ha llevado a los niños al centro comercial —explicó mientras pasaba por encima de un pequeño cortacésped.

—Siento que no estén aquí, quería darles el pésame a ellos también...

Lo siguió a un porche trasero protegido por una tela metálica. Al parecer, el señor Gaston estaba viendo un partido de fútbol en un televisor portátil. El joven bajó el volumen y tomó un sorbo de la cerveza que se hallaba sobre la mesa. No le ofreció nada. Barrie se sentó en la silla de aluminio que le indicó.

—Quiero que sepa que todo lo que digamos será confidencial. No he venido como periodista. Puede que se sienta mejor si sabe que me han despedido de la WVUE.

—De hecho, sí me siento mejor —contestó francamente Ralph Gaston—. Le está bien empleado, señorita Travis. Mi madre era una dama, tenía dignidad y rara vez buscaba llamar la atención. Usted convirtió su muerte en una comedia negra. Después del circo que montó en el hospital, me cuesta ser cortés con usted.

—No lo culpo. Lo que más lamento es que su dolor se hiciera público.

—¿Pretende disculparse?

—Claro que sí, lo siento de veras.

—Acepto sus disculpas. —Ralph Gaston empezó a levantarse—. Ahora, si no le importa...

—Su madre debió de sentirse muy halagada cuando el doctor Allan la contrató —comentó Barrie antes de que él acabara de ponerse de pie.

—¿Por qué lo dice?

Su voz, que restalló como un látigo, sorprendió a la joven.

—Oh, bueno, porque significaba que confiaba mucho en ella.

—¡Oh! —El hombre se relajó visiblemente—. Sí, se sintió muy afortunada; dijo que le satisfacía enormemente tener una paciente tan importante.

El instinto periodístico de Barrie era insaciable. ¿Con qué se había tropezado? Había ido a casa de Ralph Gaston porque deseaba sinceramente disculparse por la metedura de pata y las consecuencias que le acarreó a la familia.

Sin embargo, este encuentro formaba parte también de la estrategia que habían ideado ella y Gray para proteger a Vanessa. No podían informar a la policía de los supuestos crímenes del presidente, no contaban con pruebas fehacientes que pudieran llevar al Ministerio de Justicia, no podían asaltar la Casa Blanca a fuerza de disparos. Debían atacar con muchísima sutileza.

En opinión de Gray —y Barrie y Daily estaban de acuerdo—, debían destruir la presidencia desde dentro, hacer que cayera como una estrella en extinción. La energía de la presidencia de Merritt tenía que provocar, paradójicamente, su propia extinción.

La única arma de que disponían era la información. Necesitaban saber qué había ocurrido exactamente en la casa de George Allan junto al lago. Barrie había dicho que ella empezaría con el hijo de Jayne Gaston y, aunque en realidad no esperaba enterarse de nada de gran importancia, tal vez había infravalorado el potencial del encuentro.

Ralph había empleado términos como *afortunada* y *satisfecha* para describir lo que experimentó su madre cuando la nombraron enfermera privada de la primera dama, y eso significaba que no se sentía digna del cargo. ¿Por qué?

—¿Había tenido problemas de corazón?

—Solo en los dos últimos años —respondió Ralph a la defensiva—. Pero se cuidaba, se hacía chequeos con regularidad y tomaba sus medicinas. A mi

madre nadie podía obligarla a descansar. Le encantaba su trabajo y era una enfermera excelente.

—Eso me han dicho. El doctor Allan habló muy bien de ella, y el presidente también.

—Envió flores al entierro.

—¿En serio? A mí también me envió flores en una ocasión. —Antes de que ella supiera que era un asesino—. ¿Había sufrido su madre algún ataque cardíaco anteriormente?

—Uno ligero. —Ralph se puso de nuevo a la defensiva—. Se recuperó en seguida y nunca afectó su trabajo.

—Nadie ha puesto en tela de juicio sus cualidades, señor Gaston.

Este se frotó las manos en los muslos, gesto que Barrie interpretó como que estaba nervioso. El panzón suburbano de clase media ya no parecía tan tranquilo.

—Si mamá era lo bastante buena para cuidar a la primera dama, lo era para cuidar a cualquiera.

—Exactamente.

—Era sumamente competente.

—Estoy segura de que sí. ¿Le agradaba trabajar para el doctor Allan?

—¿Qué quiere decir?

Barrie esbozó una sonrisa de complicidad.

—Es pura curiosidad, ya sabe lo egoístas que pueden llegar a ser los médicos. Solo me preguntaba si su madre tenía esa impresión de él.

—Nunca dijo nada.

Barrie supo de inmediato que mentía.

—Tengo entendido que su madre estaba convencida de que a la primera dama le administraban el tratamiento adecuado, ¿no?

—La señora Merritt no estaba enferma, solo necesitaba descansar.

—Por supuesto, a eso me refería.

—No —Ralph negó con la cabeza—, lo que ha insinuado es que mi madre hacía la vista gorda si un paciente recibía un tratamiento inadecuado.

—No he querido decir eso, señor Gaston. El presidente ha alabado públicamente a su madre y al doctor Allan por el excelente cuidado que dispensaron a la señora Merritt.

—Entonces, ¿adónde quiere ir a parar?

Efectivamente ¿adónde?

—Es que es una verdadera lástima que, por muchos dones de curación que poseyera el doctor Allan, no pudiera salvar la vida de su madre.

—Dijo que había hecho todo lo posible.

—¿Y usted lo cree?

—¿Por qué no iba a creerlo? Es un gran médico y un hombre decente. A mi madre le dio una oportunidad que los demás le negaban.

—¿Una oportunidad?

—Sí, la de trabajar. —Ralph se levantó brusca y repentinamente—. No quiero seguir hablando de esto. Hace pocos días que murió mi madre y todavía estoy afectado.

—Por supuesto. Lo siento.

Barrie no lo presionó. De todos modos, se iba con mucho más de lo que había esperado obtener. De hecho, había conseguido muchas más preguntas que respuestas, y estaba ansiosa por investigar más a fondo.

—Ha sido usted muy amable al recibirme.

Barrie le estrechó calurosamente la mano desde el umbral de la puerta. Estaba convencida de que, como al resto de la nación, lo habían engañado los hombres en el poder y, por tanto, aunque se había mostrado casi grosero, solo sentía compasión por él.

—Por favor, dé mi pésame al resto de su familia y le pido nuevamente perdón por todo el dolor que le he causado.

Ralph Gaston, Jr., observó cómo Barrie Travis andaba acera abajo y entraba en un coche aparcado. Esperó a que se hubiese ido antes de dirigirse a toda prisa al teléfono.

Le contestaron al segundo timbrado.

Ralph solo había hablado con agentes federales dos veces en la vida: anteayer, cuando uno se presentó en el funeral de su madre y pidió hablar a solas con él, y ahora. En ambas ocasiones se le secó la boca y se le humedecieron las palmas de las manos.

—Me dijo que llamara si se presentaba la periodista. Bueno, pues acaba de irse de mi casa.

—¿Ha hablado con ella?

—Sí, señor. Quería darle con la puerta en las narices, pero hice lo que usted me dijo y traté de parecer tranquilo.

—¿Qué quería?

—Disculparse. —Le habló de la conversación y contestó todas las preguntas que le hizo aquel hombre—. Estaba muy interesada en el historial

médico de mi madre y en el tratamiento que recibió la señora Merritt en manos del doctor Allan.

Tras un tenso silencio, el agente del gobierno le dijo:

—Ha hecho usted bien, señor Gaston, y el presidente Merritt le agradecerá su ayuda.

Ralph se tragó un nudo provocado por el orgullo. Sus órdenes venían directamente del comandante en jefe; le habían dicho que el deseo de Barrie Travis de calumniar a la presidencia se debía a los celos poco naturales que tenía a la primera dama.

Barrie Travis sentía un intenso antagonismo hacia la Casa Blanca, y por tanto era enemiga de la nación. Aún no sabían hasta dónde llegaría su tendencia subversiva, pero después del incidente en Shinlin, se mostraban cautelosos. Por eso el presidente había solicitado que se le notificara inmediatamente si la chica visitaba a la familia Gaston en busca de información que pudiera utilizar para sus propósitos destructivos.

—Informaré inmediatamente al presidente —le dijo el hombre—. Ha cumplido usted con su deber.

—Gracias, señor, me alegro de haber servido de ayuda. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—Por favor, avíseme si vuelve a presentarse.

—No creo que lo haga. La han despedido de la cadena de televisión. Según me dijo no venía como periodista.

—Tengo serias dudas al respecto.

Spence colgó el auricular y se volvió hacia el presidente.

—Era Gaston. Todavía cree que habla con un agente del FBI. Adivina quién acaba de hacerle una visita de cortesía.

—¡Maldita sea!

¿Cuándo desaparecería este problema? Tenía cosas más importantes en las que pensar. Estaba a punto de reunirse con el Estado Mayor. Le habían llegado noticias preocupantes de Libia. En unas semanas recibiría las enmiendas al presupuesto del año siguiente; los recortes hechos por ambas cámaras del Congreso provocarían la ira de varios grupos de interés, y él tendría que apaciguarlos. El quid de toda decisión, por supuesto, era cómo afectaría a las elecciones del año siguiente.

Estos asuntos administrativos requerían concentración y, sin embargo, ocupaban un segundo lugar frente a este persistente problema.

—Es increíble que esta mujer se niegue a desaparecer —rezongó.

—Pero nosotros podemos hacerla desaparecer... así como a Gray. Podemos eliminarlos a ambos.

—Es muy arriesgado, Spence. Han aparecido demasiado en las noticias últimamente.

—Pero sobre todo por Clete, que los ha puesto como trapos públicamente. Si murieran de modo violento, el primer sospechoso sería el senador.

Merritt lo pensó. La idea lo atraía. Matarían dos pájaros de un tiro... Tres, contando a Clete. El equipo de vigilancia de Spence los mantenía informados de todos los movimientos de Gray, de Barrie Travis y del viejo con el que convivían. Le tentaba la idea de eliminarlos de un solo golpe. Resultaría conveniente y limpio. Era una propuesta atractiva... pero... demasiado incierta.

—No, Spence.

—Tengo hombres que podrían hacerlo. Sería algo tan alejado de la Casa Blanca que...

Merritt alzó una mano.

—Bill Yancey es demasiado imprevisible —explicó, refiriéndose al ministro de Justicia—. No puedo arriesgarme. Además —añadió—, tu idea es egoísta, quieres cargarte a Bondurant.

—Cierto, pero también resolvería tu problema.

—Quiero poner fin cuanto antes a este asunto, pero hemos de ser listos. No podrán perjudicarnos mientras no se acerquen a Vanessa.

—Sé razonable, David, no podemos mantenerla eternamente recluida en la Casa Blanca.

Merritt miró a su asesor.

—No, no cuando su salud vuelve a empeorar.

Nuevamente, Merritt le comunicó por telepatía su mensaje. Spence asintió y cogió el teléfono.

—Llamaré al doctor Allan ahora mismo.

Merritt le quitó el auricular.

—¿Acaso quieres que le dé un ataque cardíaco? George cree que estás muerto. Deja que lo llame yo.

Capítulo 29

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Gray en cuanto Barrie traspuso la puerta—. Se suponía que deberías haber regresado hace dos horas.

—Me he pasado toda la tarde descubriendo algo muy interesante. Relájate, estoy bien. Me han seguido hasta la última manzana antes de llegar a casa de Daily. Estoy muerta de hambre. —Le lanzó las llaves del coche—. Ve a por la cena mientras me ducho. Luego hablaremos.

Una hora más tarde, los tres se sentaban a cenar en torno a la mesa de la cocina de Daily. En un rincón, la radio berreaba.

Barrie se disculpó por haberlos tenido preocupados.

—No llamé porque no podía decirles nada importante y sé que me perdonaréis cuando os diga lo que he descubierto.

—¿De Ralph Gaston?

—Indirectamente. —Manteniendo el volumen de la voz muy por debajo del de la radio, Barrie describió su encuentro con el hijo de la difunta enfermera—. Lo raro es que insistió una y otra vez en que su madre era una enfermera excelente.

—¿Y qué?

—Que nadie, que yo sepa, ha sugerido lo contrario. ¿Por qué iba a discutir acerca de algo que yo no estaba poniendo en duda? Como eso se me antojó extraño, cuando lo dejé me puse a investigar y, entre otras cosas, llamé a una de mis fuentes en el tribunal, que introdujo su nombre en el ordenador del Centro Nacional de Investigaciones Criminales. La mujer había sido detenida en una ocasión con un nombre diferente.

Los dos hombres intercambiaron una breve mirada antes de clavarla de nuevo en Barrie.

—Durante años, después de haberse casado con Ralph Gaston, la enfermera siguió usando en el trabajo su nombre de soltera, Jayne Heisellman.

—Eso me suena —intervino Daily—. ¿Por qué?

—Porque, hace unos años, un paciente desahuciado murió mientras Heisellman lo cuidaba y se sospechó que se trataba de eutanasia. Ella lo negó con vehemencia, pero la devota familia del paciente fue a ver al fiscal y exigió una investigación. El caso no pasó de la primera instancia por falta de pruebas. El veredicto fue de muerte provocada por cáncer de páncreas y Heisellman quedó libre de toda sospecha.

—Ahora lo recuerdo.

—Yo sí que debería haberlo recordado —se lamentó Barrie—. Fue una de las primeras informaciones que cubrí en la VVUE. No la reconocí en el depósito de cadáveres. Había envejecido y la situación... digamos que no era precisamente la más adecuada para recordar algo al instante.

»Aunque se la absolvió de toda actividad criminal, la acusación le provocó tanto estrés que sufrió un ataque cardíaco. Esto también salió en la prensa. Se recuperó y, al cabo de seis meses, se le dio luz verde para volver a trabajar. Mas eso no fue tan fácil. La investigación dejó una mancha indeleble en su expediente, hasta entonces immaculado.

La habían obligado a dejar el centro médico donde ocurrió el incidente y aun con el apellido de casada la rechazaron una y otra vez en otros centros.

—Déjame adivinar —dijo Gray—. Hasta que la contrató el doctor Allan.

—Has dado en el blanco.

—Contrataron a una enfermera de quien se sospechaba que había provocado una muerte por compasión.

—Por si Vanessa moría *por compasión* o por la causa que fuera y la enfermera se proponía hablar, podía sufrir muy fácilmente un ataque cardíaco.

—Lo que no había sido inverosímil, dado su historial de complicaciones cardíacas.

Sus pensamientos estaban tan compenetrados que cada uno podía terminar las frases del otro.

—Pasara lo que pasara, contaban con el chivo expiatorio ideal.

—Buen trabajo —la felicitó Daily.

—Gracias.

Barrie saboreó el elogio de Daily.

—¿Crees que el doctor Allan mató a la enfermera y lo hizo pasar por otro ataque cardíaco? —inquirió este.

Gray se rascó la mejilla con aire distraído.

—Es posible, pero no lo creo. George es demasiado débil; no se me antoja una persona despiadada capaz de escabechar a alguien a sangre fría. No es como Spence ni como David. Creo que el ataque cardíaco los pilló con la

guardia baja. En el hospital estaba muy agitado pero no parecía en absoluto sentirse culpable. —Se volvió hacia Barrie—. ¿Qué hay de Gaston? ¿Forma parte de todo esto?

—No, lo único que le preocupaba era la reputación de su madre.

—Bien, ¿dónde nos lleva esto? —quiso saber Daily.

—No tengo la menor idea —contestó Barrie con una sinceridad aplastante.

Al cabo de un rato de reflexión silenciosa, Daily comentó:

—Bueno, yo estoy agotado. Además, ese condenado aparato me está volviendo loco.

Dirigió una mirada asesina a la radio.

—No vayas a dejarte llevar de nuevo por tus frustraciones.

Barrie se dio cuenta demasiado tarde de que había metido la pata. Había hablado sin pensar. A Gray no le pasó por alto la mirada fulminante de Daily.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Daily respondió en tono defensivo.

—Mira, Bondurant, estoy en mi casa; así que puedo hacer lo que quiera cuando me dé la gana.

La expresión de Gray se volvía más sombría por momentos.

—Si ha ocurrido algo que debería saber...

—¡Caramba! —interrumpió Barrie—. No hagamos una montaña de esto. Daily se alteró un poco esta mañana. Mientras estuviste fuera un sedan pasó varias veces frente a la casa y Daily perdió los estribos, salió al porche y les hizo un gesto con el dedo corazón. No tiene tanta importancia.

—No, pero ahora saben que los hemos descubierto.

El disgusto de Gray fue patente.

—Daily no quiso...

—Te agradecería que no me defendieras —espetó este, y se volvió hacia Gray desafiándolo—. ¿Quién eres tú para darme órdenes en mi propia casa?

—No estamos compitiendo entre nosotros, Daily. —Gray habló en un tono más suave y amable de lo que Barrie había imaginado—. Si os he dado algunos consejos ha sido por vuestra propia seguridad. Por mucho que os diga no os podéis imaginar lo peligrosos que son estos hombres. Tienen ganas de pelea. Por favor, no los provoquéis. No quiero tener que cargar con vuestra muerte en mi conciencia.

Daily parecía un niño injustamente regañado. Con un breve asentimiento de cabeza cedió ante la experiencia de Gray.

—Diablos —rezongó al levantarse—, voy a acostarme.

Barrie se ofreció a limpiar la cocina y le deseó buenas noches. Gray siguió a Daily. Puesto que la conversación había acabado, la chica bajó el volumen de la radio y agradeció el silencio. Cuando terminó de recoger la cocina, apagó la luz y se fue a la sala.

Gray se encontraba repantigado en un extremo del sofá, con la cabeza apoyada sobre los cojines del respaldo y las piernas estiradas hacia el frente. Barrie apenas lo distinguía en la oscuridad, rota únicamente por el brillo amarillento de los faroles que entraba por entre las cortinas.

Durante los primeros dieciocho años de su vida, sus padres habían estado tan ocupados causándose mutua desdicha que no se habían preocupado lo más mínimo por la felicidad de la hija que habían concebido en un raro segundo de armonía matrimonial. Quizá por eso había escogido una profesión en la que se la veía y oía constantemente. El periodismo televisivo no era para los que desean pasar desapercibidos. La niña abandonada era ahora una mujer altamente visible. La habían ridiculizado y regañado, pero rara vez la habían pasado por alto.

Salvo Gray Bondurant. La exasperaba que le resultara tan fácil hacerlo. No a ella, sino a la intimidad que habían compartido.

Desde la mañana en que se conocieron, casi no habían hablado de asuntos personales.

Lo que había sucedido aquella mañana en Wyoming no tenía nada que ver con el amor ni el afecto, sino que había sido una reacción química, un accidente. No esperaba que le besara los pies cada vez que entraba en una habitación, pero ¿no se merecía al menos algún reconocimiento? Parecía como si no hubiese ocurrido nada entre ellos. Cuando tuvo la oportunidad de acostarse con ella en el motel, ni siquiera lo intentó. Ese era el peor de los insultos.

Ahora se le veía distante y muy ensimismado. Barrie se preguntó si sería prudente entrar en ese rincón que era como su guarida. Mas los acercamientos cautelosos no eran lo suyo.

Cruzó la estancia, se plantó frente a él y, sin más preámbulos, soltó:

—No puedes actuar como si no hubiese habido nada entre nosotros.

—¿Por qué no? —Al menos no se hizo el inocente—. Creía que estábamos de acuerdo en que se trataba de sexo sin compromisos.

—Así es.

Gray se encogió de hombros como diciendo, *¿Entonces? Caso cerrado.*

—Aunque fuese sexo sin compromisos, ¿no podemos reconocer que ocurrió?

—¿De qué serviría?

—Bueno... eh... —Suspiró, exasperada—. No lo sé, pero creo que no deberíamos hacer como si nada.

—¿Por tu padre?

Gray la había pillado con la guardia baja. Barrie jamás hubiese imaginado que le iba a soltar algo así.

—¿Qué sabes de él?

—Que nunca estaba en casa, que era un adúltero consumado que murió entre sábanas de satén con una amante y que tu madre se suicidó por ello.

—Daily no se dejó nada en el tintero, ¿verdad? —observó la joven con amargura.

—Le estaba apuntando con una pistola... en el sentido figurado, claro.

—¿Por qué tanto interés, Bondurant?

—¿Por qué estás tan irritable?

—Tú te has comportado del mismo modo cada vez que he tocado el tema de tu pasado.

No vio sus ojos en la oscuridad, aunque sintió su examen minucioso y meditabundo.

—Eres una contradicción, Barrie, y a mí me entrenaron para que estudiara y analizara las contradicciones porque suelen ser muy significativas.

—De acuerdo, picaré. ¿En qué soy una contradicción?

—Por ejemplo, cuanto más fea se pone la situación, más a broma te la tomas. Envías señales contradictorias a los hombres, porque tan pronto estás defendiéndote de todo lo que tenga que ver con el sexo como... La caballerosidad exige que me calle.

—Eres un auténtico príncipe.

—Quería saber por qué pasas de un extremo al otro. Con lo que me ha dicho Daily, te entiendo mejor. Supongo que el rechazo de tu padre te ha convertido en una mujer muy ambiciosa.

Barrie puso los brazos en jarras.

—¡No me digas!

—Te esfuerzas para que se fijen en ti y te aprueben. Buscas afecto, pero también tienes miedo. Te das aires feministas, rechazas a los hombres antes de que ellos puedan rechazarte a ti, pero esa postura dura contradice tus tendencias naturales, que son absolutamente femeninas. Tu padre hizo que desconfiaras de los hombres.

—No soy desconfiada, Bondurant, soy lista. Y no desconfío de todos los hombres, solo de algunos.

—De la mayoría.

—La mayoría de ellos no son dignos de confianza. A diferencia de mi madre, nunca dejaré que un hombre me trate como si fuese invisible. Y esto nos lleva al motivo de esta conversación. No espero nada especial de ti, pero me gustaría que dejaras de mirarme como si no existiera y de fingir que no te importo.

—De acuerdo.

—Perfecto. Buenas noches.

—Buenas noches.

A solas en el atestado dormitorio, tumbada en el estrecho camastro, Barrie se dio cuenta de que había conseguido sus objetivos, pero su victoria le resultaba tremendamente vacía.

Capítulo 30

Vanessa Merritt desayunaba en la cama. Hacía tres días que no salía de su dormitorio, desde la noche en que David la golpeó, y él no había acudido a verla.

Apoyada en un montón de almohadas, observó cómo Katie Couric entrevistaba al ministro de Defensa, que había regresado recientemente del norte de África. Se había hablado de una concentración militar en Libia y de bombardeos aéreos contra Israel, de los que el gobierno libio había negado ser responsable. El ministro había aconsejado al presidente que no tomara medidas drásticas, políticas o militares, hasta que las redes del servicio de inteligencia comprobaran la veracidad de las informaciones.

Como se viera obligado a tomar acciones belicosas, David se pondría furioso, pues esa clase de decisiones provocaba invariablemente fuertes reacciones en ambos partidos y la indignación del público. Hasta una leve escaramuza contra una fuerza hostil podía costarle votos.

Vanessa sonrió al pensar en el dilema que esto podría causar a su marido.

La sonrisa desapareció cuando su ayudante llamó a la puerta y anunció que el doctor Allan deseaba verla.

—¿Qué quieres, George? —preguntó bruscamente mientras él se aproximaba a la cama.

—¡Menuda manera de saludar! —exclamó el médico con el impecable comportamiento que usaba siempre con los enfermos—. He venido a examinarte.

—¿Te lo ha ordenado David?

George fingió no ver la fea magulladura e hinchazón que tenía debajo del ojo.

—Se ha ido esta mañana al Caribe a inspeccionar los daños causados por el huracán.

Vanessa señaló la televisión con la cabeza.

—Lo he visto en las noticias cuando se despedía con la mano al abordar el avión en la base de Andrews. Parecía muy resuelto. Estoy segura de que él

solito podrá matar el huracán como si fuese un dragón. *Sir David el Intrépido.*

—El sarcasmo no te sienta bien, Vanessa.

El médico le puso la manguilla del medidor de la presión sanguínea.

—Tampoco me sienta bien la magulladura de la mejilla que tan admirablemente has intentado pasar por alto. ¿Tenía miedo David de que necesitara cirugía reconstructiva en el pómulo? ¿Por eso te mandó llamar, para que valoraras el daño y le dieras un presupuesto de lo que costaría repararlo?

—Estoy aquí porque tengo que hacerte otro análisis de sangre.

Le quitó la manguilla y la sustituyó por una goma, que ató fuertemente alrededor de su bíceps, haciendo un torniquete.

—David piensa que quizá necesites descansar más para que te recuperes del todo.

—¿«Descanso»? Querrás decir aislamiento.

¡*Dios mío, no!*, gritó para sus adentros. ¿De qué le serviría gritar en voz alta?

Los agentes del servicio secreto acudirían corriendo y delante de ellos acusaría a George de intentar asesinarla por segunda vez. Sus guardias y la ayudante que había hecho pasar a George —cuyo aspecto recordaba a la más bondadosa de las abuelas, con sus jerséis holgados y sus zapatos cómodos, aunque sin duda era una de las espías de David— la mirarían compasivamente por haber enloquecido tanto, la drogarían y la sacarían de allí.

Estaba atrapada y nadie podía ayudarla. Durante la conferencia de prensa había intentado dar una señal para que alguien fuera a rescatarla. ¿Acaso ninguna de las personas que la conocían bien se había fijado en que no llevaba la alianza de su madre?

Ni siquiera Gray habría reparado en ese detalle. Spence había desaparecido, aunque, de todos modos, su lealtad era únicamente para David. Recordó la promesa que le hizo su padre cuando le dijo que lo tenía todo bajo control, pero ¿dónde estaba esta mañana?

—Quiero llamar a mi padre —dijo mientras George le limpiaba la cara interna del brazo, a la altura del codo, con alcohol.

—Ya lo llamaré yo por ti más tarde. Cierra la mano para que pueda sacarte la sangre.

—Quiero llamarlo ahora —insistió Vanessa con la voz agudizada por el terror.

Apartó violentamente las mantas y se sentó en la cama con las piernas colgando. Hizo caso omiso de su propia desnudez y cogió el teléfono de la mesita de noche, pero estaba tan nerviosa que se le cayó el auricular. Se bajó al suelo y, a gatas, se esforzó por cogerlo.

—¡Vanessa, por Dios!

George la cogió por la cintura y trató de levantarla.

—¡Suéltame, hijo de puta!

Forcejeó pero, de un manotazo, él le quitó el auricular y la puso en pie. Ella agitó los brazos y, con los dedos como garras, trató de arañarle la cara.

—No dejaré que vuelvas a hacérmelo.

—Solo estoy tratando de ayudarte.

—¡Hipócrita mentiroso! —siseó—. Deja de fingir. Ambos sabemos por qué has venido. Te han ordenado que vuelvas a ponerme fuera de combate, ¿verdad? Al menos hasta que haya desaparecido la prueba de los malos tratos que recibo de mi marido. No conviene que a la primera dama se le vea un moratón después de una riña doméstica, ¿no?

Luchó por liberarse de los brazos de Allan, pero el médico la sostenía con fuerza...

—No te alteres, Vanessa, o tendré que sedarte.

—Si David te pidiera que me mataras, ¿lo harías, George?

—¡Por supuesto que no!

—¡Embustero! Trataste de hacerlo en Highpoint. ¿Con qué te está sobornando?

—No sé a qué te refieres.

—Estás encubriendo un asesinato para él, entonces, seguro que sabe algo sobre ti. ¿De qué se trata, George?

—Yo no sé nada de un asesinato.

—¡Oh, sí que lo sabes! Pero no dirás nada porque David te ha amenazado, ¿verdad? Verás, lo conozco muy bien y sé cómo actúa. ¿Qué está blandiendo contra ti? ¿Algo que tiene que ver con Amanda? Eso es lo que más te dolería, ¿no es cierto? Siempre has sentido cariño por esa insípida esposa tuya. ¿O acaso ha amenazado a tus hijos? Eso también sabe hacerlo muy bien. Créeme, es... ¡Ay!

Sin que ella lo viera, el facultativo había cogido la jeringuilla preparada, le había clavado la aguja en el muslo y había bajado el émbolo antes de que ella pudiera moverse.

—Lo siento, Vanessa, pero no me dejaste alternativa.

—Tenías alternativa, George, todos la tenemos. ¡Maldito seas! —gritó con la voz quebrada—. ¡Malditos seáis, tú y David! ¡Idos al infierno, los dos!

Esa noche, el doctor Allan metió el coche en el camino privado de su casa, pero no hizo nada por bajarse y entrar. Permaneció sentado, apático, con la mirada perdida en el parabrisas y las manos sobre el regazo. Estaba agotado, no tenía fuerzas ni para abrir la portezuela.

Lo consoló ver que había luces encendidas en la casa. Cada vez que regresaba temía encontrar las ventanas oscuras y las habitaciones, las cómodas y los armarios vacíos. Vivía con el miedo de que Amanda se fuera y se llevara consigo a los niños.

Ella había jurado luchar por él, pero ¿en qué momento renunciaría? ¿Cuándo se daría cuenta de que quizá no mereciera la pena salvarlo? Veía el asco en su mirada, cada mañana, cuando bajaba a desayunar, temblando y con los ojos nublados, con una resaca de alcohol y de culpabilidad.

La amaba por quererlo todavía lo suficiente como para preguntarle dónde había estado y qué había hecho, si bien se tomaba a mal su perspicacia. Amanda poseía un detector de mentiras innato, más certero que cualquiera de los que tuviera la policía, y a George cada vez le costaba más encontrar explicaciones plausibles.

El sentimiento de culpabilidad lo ponía a la defensiva y lo volvía grosero. Tras varias escenas desagradables, Amanda había dejado de preguntarle acerca de las tareas médicas que llevaba a cabo a petición de David Merritt, probablemente porque estaba harta de sus mentiras y, tal vez, a fin de ahorrar a sus hijos el trauma de oír sus violentas discusiones.

Sus ojos expresaban censura y desdén. George sentía cómo se le iban agotando la paciencia, la tolerancia y el amor. Cualquier día lo abandonaría y entonces él moriría de vergüenza y de desesperación.

Tomó un buen sorbo de la botella que había llevado entre las piernas mientras se dirigía a casa. Casi deseaba que lo hubiese parado un poli y lo hubiese detenido por conducir ebrio; con gusto se habría declarado culpable. Preferiría pasar un tiempo en la cárcel a soportar la condena a vida que le había impuesto David. Con él en la cárcel, David tendría que encontrar a otro médico que le resolviera el problema, y George estaba deseando ceder la responsabilidad.

Había aguardado en el Despacho Oval hasta que David regresó de su apresurado viaje al Caribe, donde los medios de comunicación habían

documentado a fondo su misión de buena voluntad. Al joven, guapo y vital presidente Merritt lo habían fotografiado mientras rebuscaba entre los escombros producidos por la tormenta y consolaba a los isleños, a los que una feroz fuerza de la naturaleza les había robado su hogar y a sus seres queridos.

Ojalá supieran que es mucho más destructivo el hombre que les dispensa tantos tópicos, pensó.

A pesar de que había sido un día muy largo, parecía que el viaje lo había estimulado, pues entró en el Despacho Oval con energía y ligeramente bronceado.

—¡George! ¿Qué hay?

¡Como si no lo supiera!

—Lamento informarte de que tu esposa ha enfermado de nuevo. Me tomé la libertad de llevarla esta mañana a un centro privado, donde la cuidarán bien.

El hijo de puta hasta fingió que le dolía la noticia y, abatido, preguntó si habían avisado a su suegro.

—Supuse que preferirías decírselo personalmente al senador.

David pidió a George que hablara con Dalton Neely acerca del mejor modo de redactar el boletín de prensa y el médico aceptó hacerlo a primera hora de la mañana siguiente.

Si David se fijó en la expresión atormentada y la falta de entusiasmo del doctor Allan por su plan, no lo demostró. Confiaba en que cumpliría sus instrucciones al pie de la letra, sin importar lo que sintiera al respecto.

¿Qué está blandiendo contra ti?

George maldijo el día en que conoció a David Merrit. Lo que a la sazón pareció una ocasión única se había convertido en el acontecimiento de peor agüero de su vida. Por accidente, ¿o es que realmente fue por casualidad, como pretendía?, el joven residente de futuro tan prometedor conoció al joven y prometedor congresista en la cancha. Cuando se estrecharon la mano, George experimentó una descarga eléctrica en el brazo, diríase que había recibido una inyección del carisma y la energía de David.

Empezaron a reunirse para jugar a la pelota, tomar unas copas y comer. Los Allan, recién casados y con poco dinero, no podían permitirse recibir con lujo a los invitados, mas David parecía a gusto cenando hamburguesas en el patio de su modesto apartamento. Cuando se casó, su esposa se mostró menos entusiasta con las cenas informales en casa de los Allan. Vanessa y Amanda no hicieron amistad como lo habían hecho sus maridos, y George se imaginó que era porque Amanda era intelectualmente superior a Vanessa. La

personalidad y los intereses de las dos mujeres no podían ser más distintos, si bien su indiferencia no había supuesto un obstáculo para la amistad entre él y David.

George no tardó en considerar a David su mejor amigo, de modo que, naturalmente, cuando su vida pareció estar a punto de convertirse en un desastre, le pidió ayuda.

El paciente que llegó a la sala de urgencias, un joven de raza negra, se había desplomado durante un partido de baloncesto en su barrio. A juzgar por la edad y el aspecto del paciente y sus amigos, George sospechó que se trataba de una sobredosis y preguntó a la pandilla qué drogas había tomado su amigo ese día.

—¡Joder! Quiere jugar en la jodida NBA —le informó uno de los chicos—, no toma drogas duras.

No obstante, George no estaba convencido. Todos los síntomas hacían pensar en una sobredosis de barbitúricos combinados con alcohol, de modo que ordenó un lavado gástrico y un emético de ipecacuana.

Lo que George no sabía, si bien la madre del paciente se lo dijo cuando ella llegó, fue que de niño había sufrido fiebre reumática, que le había dejado dañada la válvula de la aorta. Padecía, pues, una insuficiencia cardíaca provocada por un vigoroso partido de baloncesto.

Antes de que George pudiese tomar las medidas necesarias para corregir su error, la ipecacuana surtió efecto y el chico aspiró en los pulmones y se ahogó literalmente en sus propios vómitos.

Abatido por el pesar y el pánico, George corrió a contárselo, balbuceando, a David, quien lo escuchó atentamente.

—Se encontraba desorientado y no podía decírmelo, se habría salvado si yo no hubiese llegado precipitadamente a una conclusión equivocada. Con un examen pulmonar más concienzudo...

—¿Los otros chicos te dijeron que padecía del corazón?

—Según la madre, el chico nunca quiso que sus amigos lo supieran, porque creerían que era marica. ¡Caramba! —sollozó con la cabeza entre las manos—, la madre podría demandarnos al hospital y a mí por negligencia.

Veía su carrera caer en picado antes de despegar siquiera, pues le quedaban pocos meses para terminar su internado. Sus sueños, los de él y los de Amanda, quedarían destrozados.

—No seas tan duro contigo mismo —le aconsejó David con calma—. ¿Qué se suponía que ibas a pensar? Era un chico negro de la calle, ¡por Dios!

—Nunca se me ocurrió que podría ser su corazón.

—Claro que no.

—Pero debió ocurrírseme —insistió George—. No debí descartar las demás posibilidades solo porque el diagnóstico me parecía tan obvio.

—Mira, si crees que voy a dejar que mi amigo sufra el resto de su vida por un error cometido de buena fe, te equivocas. ¿Confías en mí?

Hechizado por la tranquilidad de David, George asintió con la cabeza.

—¿Alguien oyó a la madre del chico cuando te habló del problema del corazón?

—No lo creo, estábamos solos.

—Bien.

—Pero figurará en su historial. La madre lo llevó consigo al hospital.

—¿Dónde está ahora el historial?

George sacó la carpeta incriminadora y se la entregó.

—Nunca la has visto, ¿entendido? —David la guardó en su caja fuerte y, cuando se dio la vuelta, se burló de la expresión de la cara de George—. Relájate. Todos los días mueren pacientes en la sala de urgencias. Te prometo que nadie lo investigará a fondo.

—¿Qué hay de su madre?

—Probablemente pensaba que moriría de repente. Supondrá que tenía que ocurrir un día u otro y confiará en que has hecho todo lo posible por salvarlo.

George se mordió el labio inferior.

—Dado que murió en la sala de urgencias por causas obvias, probablemente no le practicarán una autopsia.

David le dio una palmada en la espalda.

—Entonces deja de preocuparte.

Como predijo David, nadie dudó de la causa de la muerte que indicó George y, después de que la funeraria se llevó el cuerpo, nunca más se supo de la madre.

Aquel secreto culpable reforzó los lazos de amistad entre George y David. Este presentó al joven George a sus colegas del Congreso y a otras personas influyentes. Hablaba de él como del mejor médico de Washington y, como lo hizo con la misma actitud sincera y persuasiva con que introducía proyectos de ley en la Cámara de Representantes, la gente lo creyó.

Para cuando George abrió su propio consultorio, estaba bien establecido entre la gente importante de la capital.

Años más tarde, cuando lo nombraron médico oficial de la Casa Blanca, vendió por un monto increíble su lucrativo consultorio y compró una casa a la vuelta de la esquina de la residencia del vicepresidente.

La situación resultaba inmejorable.

Pero una noche lo llamaron a la Casa Blanca para que declarara muerto al bebé Robert Rushton Merritt, de tan solo tres meses, y la vida de encanto del doctor George Allan empezó a desmoronarse.

David se había cobrado el favor que le hizo años atrás. George nunca lo había preguntado, pero imaginaba que David tenía aún el historial médico del chico. Equivocarse en el diagnóstico había constituido un error cometido de buena fe, un error mortal cierto, pero George habría sobrevivido si lo hubiese confesado en ese momento. Lo que la comunidad médica no podría perdonar, al cabo de tantos años, era el encubrimiento, la mentira. La solución de David había supuesto su perdición y no la salvación que le pareció entonces.

Dada su fama actual, una investigación de ese episodio olvidado de la sala de urgencias se convertiría en una noticia de primera plana. Sin importar cuántos pacientes morían a causa de los errores cometidos por los médicos, la atención de todos se centraría en ese chico, en su impotente madre y en el facultativo que había metido fatalmente la pata.

Debía proteger a su familia contra tal escándalo. Los ahorrillos de la venta del consultorio sostendrían a Amanda y a los niños el resto de su vida; a Amanda no le quedaría un miserable seguro de vida o una enorme deuda.

¿No le quedaría?

De pronto se le ocurrió que cuando pensaba en su vida lo hacía en pasado, y más valía que lo hiciera, ya que obedecer el último edicto de David equivaldría a morir.

Capítulo 31

—¿Crees que miente? —inquirió Barrie con voz tensa.

—Dalton Neely es el secretario de prensa de la Casa Blanca —dijo Gray—. Vive a costa de las mentiras.

—Esta vez no lo creo.

Estaban comiendo tarta con café en la cocina. Hacía casi una semana que Neely había anunciado que la primera dama se retiraba de nuevo de la vida pública por un tiempo no especificado. Los detalles acerca de su condición resultaban vagos y no reveló su paradero.

Ya no necesitaban subir el volumen de la radio para tapar sus conversaciones, pues Gray había instalado un generador acústico y colocado varios transductores en diferentes puntos de la casa. El dispositivo de alta tecnología producía sonidos que no podían filtrarse y que restaban eficacia a los dispositivos de escucha.

—Creo a Dalton cuando dice que Vanessa no se encuentra bien —declaró Barrie.

—¿Por qué lo defiendes?

—No lo defiendo a él, sino mi punto de vista. Vanessa está enferma y han decidido aislarla para que se cure cuanto antes. La muerte de su hijo ha agudizado su depresión y, en consecuencia, tienen que reajustar sus medicinas. Han de controlarla hasta que se estabilice. Apostaría mi carrera a que eso fue lo que ocurrió en todo momento.

—No tienes carrera —observó Daily.

—Gracias por recordármelo, gracias por recordármelo cada cinco minutos.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna. No lo sé —espetó Barrie irritada—. No, no es cierto. Sé lo que me molesta. Echo de menos mi vida de antes de que se jodiera.

—Querrás decir antes de que tú la jodieras. Nadie te ordenó que te volvieras loca con lo del SMSL, el niño del presidente o la salud mental y emocional de la primera dama. Todo eso lo hiciste solita.

—Bueno, y ¿quién me enseñó los trucos del oficio, eh? Tú.

—Yo te enseñé a hacer reportajes basándote en hechos, no en conjeturas. Eso es lo que te enseñé, no lo que aprendiste. —Daily se esforzó por recobrar el aliento—. ¿Quieres que te devuelvan tu vida? Pues puedes irte de mi casa cuando quieras.

—Tal vez lo haga. Estoy harta de acampar en tu miserable cuartucho de invitados. Estoy harta de compartir el cuarto de baño con dos hombres desordenados que nunca cuelgan las toallas mojadas ni bajan la tapa del inodoro. —Barrie empujó su silla, que rechinó sobre el linóleo de la cocina, y se puso en pie—. Estoy harta de vosotros dos y de este maldito embrollo en que nos hemos metido —continuó acalorada—. Es una pérdida de tiempo estúpida y peligrosa. De hecho, en este momento acabo de tomar una decisión: voy a recuperar mi vida. Vosotros podéis hacer lo que os apetezca.

Con paso firme cruzó la cocina y cerró de un portazo.

Al cabo de un momento de tenso silencio, Gray comentó:

—La cabreaste de veras.

El suspiro de Daily resonó en su pecho.

—Sí, fui muy duro. Después de todo lo que le ha sucedido, debí ser más suave, supongo. Será mejor que vaya a hablar con ella.

—No te molestes. Déjala hacer pucheros y considéralo como estrés premenstrual. Dentro de un rato estará más tranquila y podré ir a consolarla.

—Estás follándotela, ¿verdad?

—Una vez.

—¿Nada más?

—¿Qué es esto, llevas un registro?

—¿Qué planes tienes para ella?

—No hago planes con las mujeres.

Daily no dejó que la mirada intimidatoria de Gray le impidiera decir lo que tenía en mente.

—A veces podría retorcerle el pescuezo, pero quiero a esa chica como si fuese mi propia hija y no me gustaría que la hirieran, ni tú, ni esta situación. Quizá sea el momento de soltar el anzuelo y acabar con esta tontería.

—Hace una semana no creías que fuese una tontería.

—Tengo derecho a cambiar de opinión. Todo esto empezó con la sed de Barrie por un reportaje explosivo y empiezo a creer que su ambición era contagiosa. Debería haber sido más sensato y no haberme dejado infectar.

»Luego fue a Wyoming y te puso nervioso a ti también. En cuanto te enteraste de que Vanessa estaba en apuros acudiste corriendo a salvarla.

¡Diablos!, bien mirado, los tres somos patéticos.

—¿Estás bien, Daily?

—¿Te parece que estoy bien? —resolló—. Soy demasiado viejo y estoy demasiado enfermo para soportar todo esto. Quisiera que mis últimos días fueran más pacíficos. Además, no me agrada mucho la idea de que graben la palabra *traidor* en mi tumba. Hace falta mucho valor para reconocer cuándo nos equivocamos y me gustaría creer que a mí todavía me queda suficiente valor para hacerlo.

Daily se levantó y se dirigió hacia la puerta, arrastrando los pies y el rechinante tanque de oxígeno.

—No olvides apagar la luz. No pagáis alquiler y la electricidad no es gratis, ¿sabes?

Gray lavó las tazas de café, se dirigió a la puerta y apagó la luz de la cocina. Él, Barrie y Daily permanecieron allí, en la oscuridad, varios minutos.

Barrie agarró a Gray de la oreja y tiró de ella hasta que consiguió que bajara la cabeza.

—¿A qué vino ese chiste sobre el estrés premenstrual? —le susurró al oído.

—Lo siento.

Gray formó las palabras con los labios pero no llegó a pronunciarlas.

Daily hacía lo posible por respirar silenciosamente.

—¿Estás seguro de que esto funcionará?

—No —susurró Gray con sinceridad—. ¿Sabes cómo utilizar eso?

Poco antes le había dado un cursillo intensivo de cómo usar el detector infrarrojo.

—Barre la zona —dijo Daily con un hilo de voz—. Si alguien anda merodeando en la oscuridad, vigilando la casa, el aparato nos avisará.

—Bien. Si ves algo, susurra, que yo te oiré.

Gray se puso en la oreja el auricular inalámbrico del aparato emisor y receptor que tenía en el bolsillo de su chaqueta.

—Está muy bien ese juguetito.

Aun en la oscuridad, Barrie vio cómo le brillaban los ojos a Daily.

—El único problema es que los de los profesionales son mejores —advirtió Gray—. Bien, vamos.

Cuando alzó un pulgar, salieron por la puerta trasera. No había luna, por lo que al equipo de vigilancia le costaría verlos, a menos que usaran binoculares nocturnos y detectores infrarrojos. Como había dicho Gray, los profesionales contaban con un montón de aparatos. Sabía cuáles eran los

vehículos de vigilancia —una furgoneta hoy, una furgoneta de reparto ayer y un Renault 5 anteayer—, que aparcaban en la misma calle de Daily pero una manzana más abajo. Si bien la semana había transcurrido sin actividades encubiertas, los hombres de Spence estaban a la altura de lo que este esperaba de ellos, aun en su ausencia.

El coche de Daily y el de Barrie se hallaban aparcados frente a la casa. Gray confiaba en que no estuvieran controlando la parte trasera en estos momentos y asimismo esperaba que la escena interpretada en la cocina hubiese funcionado para que el equipo de vigilancia creyera que había disensión entre ellos. Gray suponía que el generador de sonido no cubriría del todo sus conversaciones, de modo que habían hecho lo posible para que quienes los escuchaban oyeran solo lo que a ellos les interesaba.

Sin hacer ruido, se alejaron del minúsculo cuadrado de agrietado hormigón que hacía las veces de porche y, agachados, cruzaron corriendo el diminuto jardín trasero. Al igual que en la noche en que la casa de Barrie se incendió, Gray la llevó a través de varias manzanas residenciales por jardines traseros y callejones. Dos perros ladraron, pero afortunadamente no se encontraron con los agentes del gobierno.

Gray había dejado un coche aparcado detrás de un complejo de oficinas de una sola planta. Cuando llegaron ajustó su diminuto micrófono.

—¿Cómo va la cosa, Daily?

—Sin novedades. Buena suerte.

—Cambio y fuera.

Barrie se había quedado sin aliento, tanto por la tensión como por el esfuerzo. Entraron en el coche y permanecieron en silencio incluso después de emprender el camino.

—¿Crees que nos han descubierto? —preguntó Barrie por fin.

—Lo sabremos en unos minutos.

Gray se alejó del barrio de Daily. Ocasionalmente aumentaba la velocidad y luego la reducía casi totalmente, siguiendo un serpenteante e intrincado camino por las calles residenciales.

—A menos que aparezca un helicóptero, yo diría que estamos a salvo —manifestó por fin.

Se quitó el auricular y colocó el aparato emisor y receptor entre los dos asientos.

—Tú y Daily fuisteis realmente convincentes —comentó secamente la chica—. Cualquiera que lo oyera diría que soy una zorra ambiciosa, traidora y bobalicona con estrés premenstrual.

—Eso lo resume muy bien.

Le dirigió una mirada airada.

—¿Dónde conseguiste el coche?

—En el aparcamiento de un centro comercial.

—¿Lo robaste?

—No, le dije al propietario que estaba tratando de derrocar al presidente y le pregunté si no le molestaba prestármelo.

—No tiene gracia. Ya habrá informado del robo y podrían detenernos.

—Cambié las matrículas con las de un Chevrolet Blazer. Hay miles de Taurus como este en la zona metropolitana. Además, mañana lo dejaré y conseguiré otro.

—No cabe duda de que te tomas el delito con mucho desenfado.

—Comparado con los delitos y crímenes que quizá nos veamos obligados a cometer antes de que esto acabe, el robo de un vehículo es insignificante. Y ahora, dame su dirección.

Howie Fripp vivía solo en un apartamento de cuatro habitaciones situado en el segundo piso de un edificio sin ascensor. Cada año, las escaleras parecían crujir más, al igual que sus rodillas, que ya le dolían cuando abrió la puerta y entró. Encendió la luz y se dirigió hacia la reducida cocina dispuesto a comerse toda la comida china que había comprado de camino a casa.

—Hola, Howie.

—*¡Oh, Dios mío!*

El hombre giró sobre sus talones a tiempo de ver a Barrie saliendo de su dormitorio.

—¿Te he asustado, Howie? —se burló mientras caminaba en dirección a la cocina—. Oye, lo siento, sé que resulta realmente exasperante que alguien se te acerque furtivamente.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué...?

Vio al alto y delgado hombre oculto en las sombras, justo detrás de Barrie.

—¿Quién es?

—Gray Bondurant, te presento a Howie Fripp.

Barrie se apartó a fin de que Howie observara al comando de fieros ojos azules, cabello entrecano y sonrisa malévol.

—¿Usted es Gray Bondurant?

—Veo que has oído hablar de él.

A Howie se le formó un nudo en la garganta.

—Mucho gusto, señor Bondurant.

—Me gustaría poder decir lo mismo.

Hasta su voz sonaba dura y a Howie le recordó al hombre con el que había jugado al billar, quien, por cierto, nunca regresó al bar.

Los ojos de Howie saltaron repetidamente de uno a otro. No le agradó la expresión de Bondurant... en absoluto. Ese tipo tenía el aire confiado e intrépido del animal de rapiña que acaba de vislumbrar su próxima víctima y que sabe que le resultará fácil matarla.

—¿Qué hacéis en mi apartamento?

—Hemos venido a buscar información. —Con la punta de la bota... ¡Vaya, algunos tipos de veras calzan botas de vaquero!... Bondurant arrastró una silla de la mesa—. Siéntese, Howie, no queremos interrumpirle la cena. Podemos hablar mientras come.

Howie se dejó caer en el asiento, mas negó con la cabeza cuando Bondurant empujó hacia él la bolsa de comida china que había puesto encima de la mesa. Solo de pensar en el cerdo en salsa agridulce y el *chowmein* de gambas sintió ganas de vomitar, y fracasó en el intento de ocultar su malestar.

—¿Qué pasa, Howie? Tu cara ha mudado de color. ¿Acaso no te alegras de vemos? —inquirió Barrie.

—No me está permitido hablar contigo, Barrie, sea cual sea la circunstancia. Jenkins amenazó con despedirme si te daba siquiera la hora.

—Entonces, tiene suerte, Howie, porque ya sabemos qué hora es —observó Gray Bondurant.

—No es que no quiera hablar contigo, Barrie, es solo que, ya sabes... ¡caramba!, tengo que proteger mis intereses. No es personal, te lo juro. Nos separamos como amigos, ¿no?, sin resentimientos, al menos por mi parte. —Sus axilas goteaban como una manguera—. Yo... yo... oye, espera, tengo un mensaje para ti. Un momento, lo anoté en un papel. —Se dio varias palmaditas en el bolsillo hasta que lo encontró—. Aquí está. Tómallo. Esta llamada llegó cuando me estaba preparando para salir esta noche. Dijo que era amiga tuya y exigió hablar contigo, así que me pasaron la llamada.

—Charlene Walters —leyó Barrie.

—Eso es. Dijo que era urgente y me dio su número de teléfono. ¿Ves? Está apuntado aquí.

—No es una amiga. Es una chiflada que no deja de molestarme.

—¡Oh!

Qué desilusión para Howie, que esperaba que esa tal Charlene fuese alguien con quien Barrie ansiara hablar. Estaba haciendo todo lo posible por

ayudar, pero no le parecía que estuviese impresionando a Bondurant, cuya expresión pétrea no había variado.

Temeroso, Howie observó cómo el alto e imponente héroe sacaba la silla que quedaba, le daba la vuelta y se sentaba a horcajadas. Sus movimientos eran sinuosos y silenciosos; sus ojos pondrían la carne de gallina a cualquiera y a Howie se le antojó que su mirada le perforaba el cráneo. Una persona cuerda no se liaría con este hombre.

Barrie se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos. Se la veía relajada, aunque Howie sabía que la sonrisa que esbozaba era falsa.

—Estás sudando como un cerdo, Howie.

—Me gustaría saber por qué están aquí.

—Gray y yo vinimos para mantener una charla amistosa.

—¿Acerca de qué?

—¡Oh!... Del tiempo. De cómo les va a los Redskins esta temporada. Por cierto, ¿tienen una mínima oportunidad de llegar a las finales? También podemos hablar de la nueva película de Harrison Ford. De qué ocurre en la Casa Blanca.

—Yo no sé lo que ocurre en la Casa Blanca.

—Claro que lo sabes, Howie. Trabajas en la sala de redacción.

—Barrie, por favor, renuncia. Lo único que vas a conseguir son más problemas.

—Me conmueve tu preocupación. De veras. Pero me interesa más lo que has oído decir recientemente acerca de la primera dama.

—Nada.

—Seguro que sí.

—Lo juro por Dios.

—Ahora que ya no estoy allí, ¿quién ocupa mi lugar?

—Grant. Dice que allí nadie quiere abrir la boca.

—Siempre se filtra algo. Rumores, chismorreos. Parece que la señora Merritt ha vuelto a irse. ¿Por qué? ¿Adónde? ¿La ha visto alguien? ¿No se encuentra bien? ¿Está tan enferma que podría morir?

—Te lo juro —gimoteó Howie—, no sé nada. ¡Caramba!, estás obsesionada, ¿lo sabes? Te has vuelto absolutamente chiflada con esto. ¿Es que no tienes nada más en la mente que la señora Merritt? No es normal, Barrie. Creo que has perdido varios tornillos, eso creo.

Barrie respiró hondo y soltó el aliento con un suspiro. Miró a Gray y agitó la cabeza.

—Te dije que no iba a cooperar. Más vale que nos vayamos.

Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero Gray la paró.

—No podemos dejar que cuente a los federales que estuvimos haciéndole preguntas.

—Mmmm. Supongo que tienes razón.

La chica miró a Howie con expresión dudosa.

Este se sentía obviamente inquieto por el giro que tomaba la conversación.

—No diré a nadie que habéis venido.

—Me temo que no podemos arriesgarnos.

Bondurant metió la mano debajo de su chaqueta y sacó una pistola de la cinturilla de su pantalón.

Howie empezó a recitar como un mantra.

—¡Ay, mierda, joder! ¡Ay, Dios mío! No quiero morir. No quiero. No me mate. Por favor.

Con un espantoso *clic*, Gray apretó el percutor de su Magnum. Howie cerró con fuerza los ojos y empezó a balbucear.

—B...Barrie... p...por favor, no puedes dejar que me mate. Éramos amigos.

—¿Amigos? ¿Amigos, Howie? No hablas en serio. —La joven rio—. Los amigos no se traicionan, y eso es lo que siempre me hiciste con Jenkins. Me trataste como mierda todos los días que trabajé contigo. Además, yo no tomo decisiones por Gray; si él ha decidido no dejar que hables, no puedo hacer nada para impedirlo. Pero prefiero no estar aquí, porque no volvería a comer comida china. Gray, ¿te importa esperar a que me vaya a la otra habitación?

—Por favoooooor —suplicó Howie con un sollozo sostenido—. ¡Por Dios, Barrie!

—Lo siento, pero realmente está fuera de mi control.

De un empujón, la joven se separó de la encimera y camino de la otra habitación se detuvo para apretarle un hombro en señal de despedida final.

Bondurant alargó el brazo por encima de la mesa y clavó la boca del arma en medio de la frente de Howie.

—Sí que he oído algo, pero no sé si es cierto.

Las palabras brotaron con tanta rapidez que cayeron las unas sobre las otras cual acróbatas de circo.

Barrie se paró y se volvió, frunciendo el entrecejo con escepticismo.

—Inventarías cualquier cosa para que Gray no te disparara.

—No, no, lo juro, señor Bondurant.

Howie dibujó una equis invisible sobre el pecho, como hacen los *boy-scouts*.

—¿Qué has oído?

—Se rumorea que a la señora Merritt la han ingresado en un hospital por abuso de sustancias tóxicas.

—Eso no es ninguna novedad —manifestó Barrie—. Ya ha habido especulaciones como esa.

—Esta vez va en serio —afirmó Howie nervioso.

Bondurant no había dejado de fruncir el entrecejo.

—¿En qué hospital?

—No lo sé, nadie lo sabe, además podría ser un chisme.

Bondurant miró a Barrie y ella negó con la cabeza. Él se encogió de hombros y con el arma dio otro golpecito a Howie en la frente.

—El d...doctor Allan se sube cada día a un helicóptero en el jardín de la Casa Blanca —se apresuró a añadir Howie—. Suele regresar al cabo de una hora, hora y media. Pero nadie sabe adónde va o si estos rápidos viajes tienen algo que ver con la primera dama. También se rumorea de él que tiene problemas en casa.

—El matrimonio de los Allan es sólido —intervino Bondurant—. He estado con ellos, están locos el uno por el otro.

—Como últimamente no se llevan demasiado bien, se ha especulado que tal vez vaya a ver a alguna fulana, ¿quién sabe? —Howie volvió la cabeza y, esperanzado, miró primero a Barrie y luego a Bondurant—. Os juro que eso es todo lo que sé, no he oído nada más. Jenkins me dijo que me metería el monumento a Washington por el culo si me atrevía a hablar siquiera contigo, así que si utilizáis esta información, no le digáis que os la he dado yo. Prométemelo, Barrie, ¿de acuerdo?

—¿Qué crees? —preguntó Bondurant a la chica—. ¿Está mintiendo?

—¡No! —exclamó Howie.

—No estoy segura. —Barrie se mordió la cara interna de la mejilla—. Podría ser, para salvarse. Pero, por otro lado, sabe que si lo que nos cuenta es pura mierda, regresará a por él.

—No estoy mintiendo. No regresará —repuso con presteza el aludido.

Bondurant le clavó una mirada fiera.

En cuanto a Howie, su vida entera pasó frente a sus ojos al menos tres veces antes de que Bondurant cerrase el percutor y apartara el revólver.

—Veamos, Howie, no te mataré esta noche si nos das una razón para regresar mañana.

—¿Para qué?

—El nombre del hospital. No es mucho pedir, ¿verdad? El nombre del hospital a cambio de poder volver a comer una buena comida china como la que tienes aquí.

—Yo no... ¿Cómo voy a averiguar el nombre del...?

—Es tu problema, pero estoy seguro de que lo lograrás.

—No cuentes con ello —objetó Barrie—. Aceptará cualquier cosa con tal de salvarse el miserable trasero. Y probablemente nos traicionará.

—¡No lo haré! —chilló Howie—. Juro por Dios que no lo haré, señor Bondurant.

—Haz lo que quieras, Gray, pero no confío en él. Es un gusano.

—Gracias por recordármelo. —La voz de Bondurant hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Howie—. Según me ha contado Barrie, solías hacérselo pasar muy mal en el trabajo.

—No es cierto.

—No es solo un sórdido machista, sino también un sórdido machista mentiroso.

Los peligrosos ojos azules se entrecerraron otra fracción de centímetro.

Angustiado, Howie se removió en su asiento.

—De acuerdo, puede que... que le hiciera algunos chistes, pero nunca fue con mala fe.

—Me pareces la clase de tío que haría comentarios obscenos a una mujer solo porque no puede conseguir llamar su atención de otro modo.

—Eso es, exactamente, lo que hacía —dijo Barrie.

—Es cierto, lo hacía. —El entusiasta asentimiento hizo que la cabeza de Howie se tambaleara sobre sus hombros—. Diga lo que diga Barrie, me declaro culpable.

—¿Hacías comentarios groseros acerca de sus impulsos sexuales, su vida amorosa, su cuerpo y su sexo en general?

—A veces.

—Mirabas sus piernas, te comías sus senos con los ojos, hacías y decías cosas que rebajan la dignidad de las mujeres.

—Sí, lo hice. Claro que sí, y de veras que lo lamento.

—¿En serio? —inquirió Gray secamente.

—Sí, señor, lo digo en serio. Que me quede ciego aquí y ahora si no lo lamento.

Pensativo, Bondurant golpeteó el respaldo de la silla con el cañón del revólver.

—Si me entero de que has vuelto a insultarla o maltratarla, voy a cabrearme, Howie, y rezarás porque te quedes ciego en lugar de que yo te persiga.

—Lo... lo entiendo.

—¿Qué hay de lo de mañana?

—Trataré de averiguar lo que queréis.

—Espero que lo consigas.

Howie se relajó y sonrió.

—Porque odiarías tener que matarme, ¿verdad?

—No. Porque odiaría tener que desperdiciar una bala haciendo puré de tu cerebro.

Bondurant se puso abruptamente de pie, metió el arma bajo la cinturilla del pantalón y desapareció en el dormitorio. Barrie lo siguió sin decir una palabra.

—¿Adónde vais? —gritó Howie—. ¡Eh! ¿A qué hora quedamos mañana? ¿Dónde nos encontraremos?

Su única respuesta fue un malévolo silencio. Cuando finalmente hizo acopio de valor para dejar la cocina y entrar en su dormitorio, este se encontraba vacío. Al parecer, sus huéspedes se habían desvanecido. De no ser por la mancha húmeda de la delantera del pantalón, podría creer que había imaginado el espantoso episodio.

Capítulo 32

—Me dio pena.

—No sientas pena por él. Cuando lo comparaste con un gusano, insultaste a todos los gusanos del mundo.

Habían salido del apartamento de Howie por la ventana del dormitorio, que habían dejado abierta al entrar, y bajado por la escalera de incendios. Iban camino de la casa de Daily. Barrie miraba pensativa el parabrisas del vehículo que Gray había robado sin escrúpulos.

—Das miedo, Bondurant. De veras lo espantaste.

—El miedo es bueno para motivar.

—Pero me pregunto si es el mejor método.

—Lo sabremos mañana por la noche.

—Intentaba ayudar. —Sacó de su bolsillo la nota que Howie le había dado—. La buenaza de Charlene —comentó con una risita—. Por lo visto aún no sabe que ya no trabajo para la WVUE. Nunca hablé realmente con ella, pero era fiel.

Impulsivamente pidió a Gray que se detuviera frente a un *drugstore*.

Lo hizo y salió del coche con ella.

—La farmacia está cerrada —comentó.

—No necesito la farmacia, quiero usar el teléfono público.

Gray miró alrededor.

—Este no es el mejor barrio para holgazanear en una esquina.

—Me siento razonablemente a salvo con las luces de seguridad en la tienda y con ese cañón portátil que llevas bajo los pantalones. —Él le dirigió una mirada maliciosa—. No te jactes, Bondurant. ¿Tienes monedas?

El indicativo del número de teléfono que le había dado Howie no le resultaba familiar. Para evitar que apareciera en un registro no utilizó su tarjeta, sino que metió varias monedas en la ranura; tras varios *pings* la llamada entró. Sonó varias veces. Estaba a punto de colgar cuando alguien contestó.

—¡Sí!

—¿Perdón?

Barrie alzó la mano para indicarle a Gray que alguien atendía la llamada.

—¿Quién le dio este número?

—Eh... Charlene Walters. ¿Puede decirle que se ponga, por favor?

La única respuesta a su solicitud fue una risa flemosa puntuada por varios resoplidos.

—¿Está ahí la señorita Walters?

—Sí, está aquí, pero no se puede usar este teléfono después de la hora de apagar las luces.

—¿Cómo dice? —Barrie miró a Gray, cuyo rostro expresaba la misma sorpresa—. ¿Dónde está exactamente?

—En el correccional central, en Pearl, Mississippi.

—¿Está internada allí la señorita Walters?

—Sí, y por mucho tiempo. ¿Por qué la ha llamado?

—¿Con quién hablo, por favor?

El hombre se identificó como un guardia que pasaba junto al teléfono público cuando este sonó. Barrie le preguntó si sería posible hablar con el alcaide.

—¿A estas horas de la noche? ¿Es usted abogada, o qué?

Con sutileza evitó dar una respuesta directa, aunque le dio a entender cuán vital le era hablar con un alto funcionario de la prisión y subrayó el hecho de que el asunto no podía esperar hasta la mañana siguiente.

—De acuerdo —gruñó el guardia—. Deme su número de teléfono, si a él le parece bien, la llamará.

Barrie habría preferido que le dieran el número del alcaide, pero aceptó darle el del teléfono público. Cuando colgó, Gray le preguntó por qué la conocía una reclusa de una prisión de Mississippi.

—La serie sobre el SMSL se emitió por satélite, cualquier emisora del país pudo haberla emitido, entre ellas, al parecer, una en la cárcel. Los prisioneros a menudo se obsesionan con las celebridades, aunque sé que exagero al decir que soy una celebridad.

—¿Por qué es «vital» que hables con ella esta noche?

—No lo es —reconoció la joven—. En la mayoría de sus mensajes me llamaba idiota y siento curiosidad por saber por qué lo pensaba. —Gray entrecerró los ojos, concentrándose—. ¿Qué? —preguntó Barrie.

—Estaba pensando. Tanto David como Vanessa son oriundos de Mississippi.

—Tienes razón. —Barrie cogió el auricular al primer timbrazo—. ¿Diga?
Aquí Barrie Travis.

—Hola, soy el alcaide adjunto Foote Graham.

—Le agradezco que me haya devuelto la llamada, alcaide.

—No hay problema, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

Barrie se identificó como periodista televisiva en Washington y le habló de las numerosas llamadas de Charlene Walters.

—¿Ha estado fastidiándola?

—No, no es eso. Solo me preguntaba por qué me estaría llamando.

—Nunca se sabe lo que hará Charlene la Chiflada.

Barrie miró a Gray, que estudiaba atentamente sus expresiones faciales. Ella frunció el entrecejo, negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—¿Charlene la Chiflada? —repitió para que se enterara Gray.

—Sí, señora. Tiene setenta y siete años, pero todavía está llena de amargura.

—¡Caramba!, ¿ha dicho setenta y siete? ¿Cuánto tiempo lleva en la cárcel?

—Cumple cadena perpetua, sin libertad condicional. Ha estado aquí desde que yo llegué y de eso hace casi dieciocho años. Creo que lleva aquí más tiempo que nadie. Nadie recuerda la prisión sin ella. Es más o menos una... ¿cómo lo llaman...? Una mascota. Es una líder. Cae bien a las otras presas y es todo un personaje. Da su opinión, se la pidan o no, acerca de cualquier tema.

—Entonces no le sorprende que viera mi reportaje en la televisión y decidiera llamarme.

—No me sorprende en absoluto. ¿De qué iba el reportaje?

—Del síndrome de muerte súbita lactante.

—Mmmm. Pensé que quizá se tratara de un tema más importante para ella. Critica mucho la corrupción en el gobierno, la brutalidad policial, la legalización de las drogas y otros asuntos como esos.

—¿Cuál fue su delito?

—Ella y su esposo asaltaron una bodega. Por menos de cincuenta pavos, él disparó en la cabeza al dependiente, de dieciséis años, y a tres clientes. Como Charlene no apretó el gatillo y juró que su viejo la obligó a acompañarlo, no la condenaron a muerte.

—Nada de esto tiene que ver con el SMSL, ¿verdad?

—No, que yo sepa.

—Bueno, muchas gracias por su tiempo. Le pido disculpas por llamarle a estas horas, señor Foote.

—Graham, Foote Graham. No se preocupe. Me alegro de haberla ayudado.

Barrie estaba a punto de despedirse cuando Gray le dio un codazo para hacerle recordar que todavía le quedaba una cuestión pendiente.

—¡Ah!, una pregunta más, alcaide Graham. Supongo que Charlene no tiene nada que ver, por muy remotamente que sea, con el senador Armbruster o el presidente Merritt, ¿verdad?

—¿Con el presidente? ¡Vaya!, ¿por qué no lo había dicho antes?

El corazón de la chica pareció detenerse; el universo se encogió tanto que se concentró en el sucio auricular que aferraba con los dedos, cuyos nudillos se habían puesto blancos como la tiza...

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Gray, y se acercó más a ella.

Barrie le indicó que se estuviese quieto.

—Es posible que Charlene tenga algo que ver tanto con nuestro senador como con el presidente Merritt —decía el alcaide.

—¿En qué sentido? —inquirió Barrie con voz ronca.

—Varios. Verá, Charlene es una mujer de mundo.

—Creí que había dicho que cumple cadena perpetua.

—Es cierto, pero, si hemos de creer a Charlene, su vida antes de que la encarcelaran era muy animada. Para empezar, era la novia de Robert Redford en la universidad; esto fue justo después de su aventura con Richard Nixon. En algún momento tuvo el hijo natural de Elvis y formó parte de uno de esos *ménage á trois* con Marilyn Monroe y Joe Dimaggio mientras ellos estaban casados. Charlene asegura que fue ella la que lo inspiró para que inventara la cafetera eléctrica.

Barrie se dejó caer contra la pared de la cabina.

—Lo he captado, está chiflada.

—Más chiflada que ella, imposible. —La risa del alcaide resultaba mucho más melodiosa que la del guardia y, al cabo de un momento, añadió—: Siento reírme a expensas de usted, señorita Travis. ¿Era muy importante esto para usted?

—Sí.

—Lo siento muchísimo. Supongo que ha perdido el tiempo.

—No del todo —contestó desconsolada—. Nunca había conocido a nadie que se llamara Foote.

En cuanto ella y Gray se encontraron de nuevo en el coche, rompió el papel con el nombre y el número de teléfono y dejó caer los pedacitos al suelo.

—Contestar a una chiflada —se burló de sí misma—. Eso demuestra cuán desesperada estoy. No me gustaría nada que Howie o el señor Jenkins supieran que he caído tan bajo.

—Podría haber resultado otra cosa.

—¡No seas condescendiente conmigo! —espetó—. Fue un impulso estúpido y me avergüenzo de haberme dejado llevar por él. El problema es que ya no me quedan ideas. Si Howie no cumple, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué hay de tus otras fuentes?

—No has oído que mi busca sonara, ¿verdad?

—¿Has comprobado las pilas?

Barrie le echó una mirada furibunda.

—No es que el busca no funcione, Bondurant, es que, en Washington, estoy acabada como periodista.

—Todavía sabes expresarte bien.

Cuanto más intentaba animarla, tanto más recalcitrante se volvía ella.

—Nadie, ni siquiera la fuente más secreta, quiere relacionarse conmigo. En estos momentos no conseguiría empleo en ninguna cadena de televisión ni en ninguna emisora de radio de la ciudad y quizá hasta del país, ni siquiera limpiando inodoros. —Apoyó la cabeza en el respaldo, suspiró y añadió—: De todo lo que dije antes de salir de casa de Daily, un noventa por ciento iba en serio. De veras desearía recuperar mi vida. Echo de menos a *Cronkite*; echo de menos mi casa, no era un palacio, pero era mi hogar; echo de menos el trabajo, los apremios del tiempo, la excitación que experimento cuando me encuentro en la escena de un acontecimiento, la satisfacción que siento cuando redacto un buen reportaje. Dios no lo quiera, pero creo que hasta echo de menos a Howie, porque casi me alegré de verlo esta noche.

Gray la miró con reproche.

—Seguro que padeces un caso grave de autocompasión.

—¿Tú no? ¿Ni siquiera un poquito? ¿No añoras tu rancho, tus caballos y tu preciada soledad? ¿No desearías a veces que nunca te hubiese ido a ver?

—Pero fuiste, así que, ¿de qué sirven los deseos ahora? Llevo un año retirado, pero sabía que volvería a participar en algo. En el subconsciente estaba esperando a ver en qué forma vendría. Resultó que el catalizador fue la muerte de Robert Rushton Merritt. ¿Quién lo iba a decir? Nadie. En resumidas cuentas, nunca se sabe lo que va a ocurrir a continuación. —

Encogió un hombro, indiferente—. Me tomo las cosas como vienen e intento no mirar hacia atrás.

—¡Caramba!, ¿es que nunca te derrumbas? ¿Nunca dejas que una emoción humana penetre esa maldita armadura tuya? ¿Acaso no puedes soltarte y *sentir*?

Barrie notó que se le quebraba la voz y se calló a fin de que Gray no supiera que estaba a punto de echarse a llorar. Sí, se sentía como una tonta por seguirle la pista a una chiflada. Sí, se sentía frustrada porque no habían penetrado el muro de secretos que rodeaba a Vanessa. Por lo que sabían, ya podría estar muerta. Barrie estaba más convencida que nunca de que el objetivo final de Merritt consistía en quedarse viudo, y cada día que transcurría estaba más cerca de sus propósitos sin que pudieran desenmascararlo.

Sí, estaba preocupada por Daily, porque empeoraba por momentos; hacía de tripas corazón, pero su especialista había dicho que ya no podían hacer nada, que la enfermedad había avanzado hasta el punto de que el tratamiento más agresivo e innovador no solo no lo ayudaría, sino que probablemente empeoraría la calidad de la vida que le quedaba.

Sí, sí, sí. Todo eso la preocupaba esa noche, pero lo peor, lo que más lágrimas le arrancaba, era el hombre que estaba sentado a su lado. Gray Bondurant seguía siendo un enigma. Habían intimado, pero no lo conocía. Pese a todo el tiempo que habían pasado juntos, era tan extraño para ella como la mañana en que se conocieron, tal vez más.

Por eso tenía ganas de llorar. Había acariciado su cuerpo y, sin embargo, no lo había tocado a *él*.

Olvidándose de su cautela preguntó:

—¿Cómo es posible que no sientas nada por nada o por nadie? ¿Por qué te has convertido en un cabrón tan insensible?

Transcurrió un minuto entero de silencio hostil antes de que él contestara.

—Mis padres murieron el mismo día. ¡Zas! Desaparecieron. Yo era un niño y me dolió. Lo superé y confié en mis abuelos, pero ellos también murieron, uno a uno. Mi hermana y yo nos queríamos mucho, pero no le caí bien a su marido; él y sus hijos eran más importantes en su vida, así que me apartó de ella. Hice una gran amistad con dos hombres en quienes confiaba, leía sus pensamientos aun antes de que los formularan, y ellos, los míos. La verdad es que llegamos a ser íntimos amigos. Luego me traicionaron y por dos veces han intentado matarme. —Se encogió de hombros—. Supongo que no veo la ventaja de las relaciones.

Con eso revelaba más de sí mismo que nunca; no obstante, faltaba algo obvio en ese monólogo en que descubría su alma.

—Te olvidaste la parte que se refiere a Vanessa y el bebé —comentó Barrie—. No mencionaste que el amor de tu vida era la esposa de otro hombre.

—Es cierto, no lo mencioné —respondió tajante.

Capítulo 33

—¿Senador?

Clete se dirigió al teléfono manos libres de su escritorio.

—¿Sí, Carol?

—Gray Bondurant desea hablar con usted.

Clete se frotó la barbilla meditabundo.

—Dígale que no estoy.

—Es la tercera vez que llama en dos días.

—No me importa cuántas veces llame. ¡No voy a hablar con él! ¿Qué hay del doctor Allan?

—Todavía estoy intentando comunicarme con él, pero me dicen que no está disponible.

—¿Qué diablos significa eso?

—El personal de la Casa Blanca no ha dicho más que eso, señor.

George Allan había llamado para informarle de que Vanessa no había reaccionado bien al ajuste en la dosis del fármaco con que la estaba tratando y también había dado a entender que había vuelto a beber demasiado. Básicamente llamó para decirle que la había internado en una clínica privada y que, hasta que se estabilizara, lo mejor sería que no recibiera visitas. De hecho, la clínica prohibía las visitas como norma general.

Era como el maldito Highpoint de nuevo, se habían llevado a Vanessa sin dejar que se despidieran y ahora no podía ponerse en contacto con ella. Allan acabó diciendo que pensaba que solo harían falta unos días de aislamiento.

Como presidente del comité de finanzas del Senado, Clete había estado sumido en reuniones acerca del presupuesto, pues su presencia era obligatoria, aunque, con la preocupación por su hija, le había costado concentrarse en las finanzas del país. El médico eludía sus llamadas y David ni siquiera se había dignado llamarlo ni hablarle en persona. La cosa empezaba a apestar, y parte del hedor era el pánico creciente que experimentaba el propio Clete.

—¿Saben que soy yo el que llama?

—Por supuesto, señor.

—Entonces quiero hablar con el presidente inmediatamente.

Mientras su secretaria hacía la llamada, Clete se puso en pie, se apartó del escritorio y se dirigió al ventanal, cuya vista era la misma desde hacía treinta años, si bien nunca se cansaba de ella. Los automóviles en las amplias avenidas de Washington cambiaban, las modas en el vestir aparecían y desaparecían, las estaciones se turnaban, pero los robustos edificios del gobierno de Estados Unidos perduraban.

La carga emocional que le provocaba contemplarlos no podría describirse como patriotismo; era algo más mezquino que el amor por su país: una pasión por el poder que circulaba en el interior de esos edificios le causaba una oleada de excitación no muy distinta de una erección. Clete creía en el proverbio que decía que el poder es el afrodisíaco más potente: no había nada igual, nada que se le acercara.

Cualquier hombre que se preciara de serlo combatía por el poder y, en cuanto lo poseía, luchaba con todas sus fuerzas para conservarlo. Inevitablemente, alguien más joven que él se haría con el poder que él ejercía ahora en Washington, pero aún no, ni tampoco mañana. Él elegiría el momento de traspasar el mando.

Y este no iría a David Merritt.

Su secretaria lo llamó de nuevo.

—Lo siento, senador, pero el calendario del presidente está lleno hoy y esta noche se va a Atlanta. No regresará hasta mañana a media tarde.

Clete se quedó pensativo unos segundos.

—Gracias, Carol. Siga intentando ponerse en contacto con ese charlatán de Allan y deshágase de Bondurant.

—Sí, señor.

El senador regresó a su escritorio, se sentó, levantó los pies, los apoyó en la mesa y se movió de un lado a otro en su sillón giratorio de cuero ya gastado mientras pensaba en su siguiente movimiento. David había actuado más rápidamente de lo que Clete había anticipado, pues supuso que dejaría que la situación se enfriara antes de hacer otro intento por eliminar a la única testigo de su infanticidio.

Sí, Clete creía todo lo que Bondurant y Barrie Travis le habían dicho aquella noche en la cafetería. Había golpeado la credibilidad de la chica, pero ¿qué alternativa le había dejado? Se vio obligado a armar un alboroto por su metedura de pata en el hospital; de no haberlo hecho, él también habría

parecido un maldito tonto. Le había gritado, aunque su ira iba dirigida a su traicionero yerno.

Barrie Travis era una chiflada, pero Bondurant no. Posiblemente Clete no la habría creído si ella hubiese sido la única que se lo hubiera contado, pero no dudaba de lo que decía Bondurant. Nunca le había agradado el exmarine convertido en asesor presidencial, un hombre excesivamente taciturno, que hacía ostentación de su integridad... y Clete desconfiaba de la gente tan honrada y franca.

Nunca lo había oído mentir. Ciertamente, no había contestado a las preguntas acerca de su aventura con Vanessa, lo que podría considerarse embuste por omisión, si bien Clete sabía que su silencio constituía un galante intento por proteger a Vanessa del escándalo y no un esfuerzo por protegerse a sí mismo.

Como conocía personalmente a David y estaba al corriente del incidente con una joven llamada Becky Sturgis, a Clete no le cabía duda de que David era capaz de asfixiar a un niño sabiendo que no era suyo.

Se maldijo por no haberlo sospechado antes. El hijo de puta los había engañado a ambos, a él y a Vanessa, haciéndoles creer que deseaba hijos. Durante años, Vanessa había probado todos los remedios para la infertilidad, mientras que David se negaba a pedir consejo médico, y ahora Clete sabía por qué. El cabrón disparaba cartuchos de fogeo y no quería que se supiera. Encima había culpado sutilmente a Vanessa por no darle hijos, había alimentado su sentimiento de inferioridad, síntoma fundamental de su enfermedad.

Por supuesto, Clete tampoco tenía la conciencia del todo limpia; debía aceptar parte de la responsabilidad por los malos tratos que había sufrido su hija por parte de su marido. ¿Dónde había estado todos esos años? ¿Por qué no había visto lo que ahora resultaba tan increíblemente obvio? Había estado demasiado ocupado llevando a David a la Casa Blanca para darse cuenta de que este había rechazado cruelmente el amor de Vanessa.

Se sintió satisfecho mientras ella hizo lo que le ordenaba y pareció ser todo lo que se suponía que debía ser, pues contaba con una esposa abnegada y hermosa que toleraba sus aventuras, pero consideró justificada la pena de muerte en cuanto ella le volvió las tornas y se quedó embarazada de otro hombre.

Sí, Barrie Travis y Gray Bondurant decían la verdad, le habían obligado a abrir los ojos, a ver lo que no deseaba ver, o sea, que David Merritt se las había hecho pasar moradas a su hija; David Merritt había asesinado a su nieto; David Merritt lo había traicionado. Debía destruir a David Merritt.

No obstante, arrojarle acusaciones no fundamentadas en el telediario vespertino no era el modo adecuado de actuar. Clete tendría que derrotarlo subrepticamente, sin que se supiera que estaba urdiendo su fin, pues fracasaría cualquier enfoque que no fuese encubierto.

Bondurant podría lograrlo y salirse con la suya, pero no mientras estuviera conchabado con una periodista, y menos con Barrie Travis. Clete sabía que debía obrar independientemente y que habría de hacerlo pronto, porque al parecer David también se había apresurado.

Ante todo tenía que encontrar a Vanessa, alejarla de David y, finalmente, aniquilar a ese cabrón. Existían obstáculos, entre ellos, los sentimientos encontrados del propio Clete. La traición de su yerno se le antojaba una puñalada en el corazón, si bien no podía ponerse sentimental acerca de lo que podría, y debería, haber sido.

Además, debía ser sumamente cuidadoso y, al desenmascarar a David, no podía exponerse a un cuidadoso examen. Destruir total pero limpiamente una presidencia requería hábiles maniobras.

El problema con las maniobras era que precisaban tiempo y se temía que con eso no contaba.

—Eres Howie, ¿verdad?

Howie casi se atragantó con la cerveza. Se limpió los labios con el dorso de la mano y se la tendió al hombre de bigote con gorra de béisbol sobre la cola de caballo.

—¡Hola! Ya empezaba a pensar que no regresaría.

El hombre esbozó una envarada sonrisa.

—He estado ocupado.

—Bueno, me alegro de verle. ¿Le apetece una cerveza?

Si bien Howie se alegraba realmente de volver a ver al hombre que esperaba poder llamar amigo, le ofreció la cerveza de mala gana, pues esta noche no le convenía. Se había detenido en el bar para tomarse una copa, no para congeniar. Había pasado el día entero nerviosísimo, preguntándose cuándo aparecería Bondurant exigiendo saber si había conseguido averiguar el paradero de la primera dama. En todo momento temió que él o Barrie se presentaran en los estudios de la WVUE.

Mas habían dado las siete, hora en que cedía su puesto al encargado de repartir tareas de noche, y Barrie y su amenazador compañero no habían dado señales de vida. Howie había intentado engañarse, creer que se habían

olvidado de él o que otra fuente les había dicho lo que querían saber, pero no había funcionado, y cuanto más se alargaba el día, más se angustiaba.

Dudaba de que creyeran que no había conseguido sonsacar información de la Casa Blanca, aunque había hecho todo lo posible. O bien todos mentían o nadie sabía dónde estaba hospitalizada la señora Merritt, y eso no era lo que querrían oír Barrie y Bondurant.

De modo que había decidido que, aun cuando tuviera que inventar un centro médico, diría algo a Bondurant. Suponía que el exmarine solía cumplir su palabra y que no le molestaría matarlo.

—Gracias, tomaré una cerveza.

—¿Qué?

La respuesta lo sacó bruscamente de su ensimismamiento.

—¿Una cerveza?

Su nuevo amigo lo miraba, perplejo.

—¡Oh, claro, claro! Ha sido un día duro —se disculpó Howie por su momentáneo lapso—. Ahora vuelvo.

Cuando regresó con la cerveza, el hombre, un tipo realmente tranquilo, estaba poniendo tiza en un taco de billar.

—Ándese con cuidado, porque he estado practicando.

Su sonrisa le recordó a un carnívoro de mirada taimada y dientes muy pequeños y puntiagudos.

—Eh... de hecho, no tengo... eh... tiempo hoy. —Más inquietante que la sonrisa era el ceño del hombre, por lo que Howie cambió de opinión—. Bueno, quizá una partida rápida.

—¡Estupendo! Me dará la oportunidad de salvar mi orgullo.

Entre tiradas charlaron de temas frívolos. Howie jugó mal, pues no podía concentrarse de tanto pensar en quién o qué estaría acechando cuando volviera a casa. ¿O es que Bondurant lo estaba viendo ahora? ¿Estaría observando desde la lavandería al otro lado de la calle?

—¿... acerca de su amiga?

—Disculpe, ¿qué decía?

—Le pregunté acerca de su compañera de trabajo. Oiga, parece preocupado. Si tiene algo mejor que hacer...

—No, no —contestó prestamente Howie—. Lo siento.

Espabila, idiota, se regañó. ¿Qué diablos le ocurría? Aquí estaba un tipo estupendo suplicándole que fuese su amigo, y ¿qué hacía él? Se comportaba como un imbécil.

Barrie tenía la culpa. Siempre era culpa de Barrie, de ella y de Bondurant. ¿Quiénes se creían que eran para entrar en su apartamento y darle órdenes? No tenían poder... bueno, Barrie no lo tenía. Además, a Bondurant lo habían echado de la ciudad por no poder mantenerse fuera de las bragas de la primera dama. ¡Que se jodieran! Si volvían a entrar en su casa con sus veladas amenazas, llamaría a la policía.

Con renovada confianza en sí mismo, se subió el pantalón y tomó un sorbo de cerveza.

—La eché.

—¡No me digas! —exclamó el hombre tuteándolo por primera vez.

—Me sentí mal —los labios de Howie formaron un puchero de lamento—, pero no dejaba de meter la pata. No me quedó más remedio.

—¿Qué más podías hacer, hombre?

—Exacto. —Howie hizo su mejor tirada de la noche y su amigo alzó la jarra de cerveza en un silencioso brindis por su éxito—. Pero le estoy dando una segunda oportunidad.

—¿Oh? —El hombre preparó su siguiente tirada. Las bolas chocaron, si bien una no entró en la tronera—. ¿Le vas a escribir una carta de recomendación?

—No, la estoy ayudando con un trabajo clandestino.

Como esperaba, las cejas del hombre se arquearon. Lo había impresionado con algo que sonaba realmente arriesgado.

—¿Qué clase de trabajo clandestino?

Ofendido por la humillación impuesta por Bondurant, a Howie le agradó la idea de retarlo. Daba igual que exagerara un poco, su amigo no lo sabría y, además, hasta los mejores amigos se contaban exageraciones; formaba parte de ser un macho.

—Trabaja por libre ahora, y sigue investigando ese reportaje explosivo del que te hablé. Cuando se topó con la pared, ¿a quién fue a pedir información? A un servidor.

—¿Información acerca de qué?

Howie guiñó un ojo.

—Cosas de la Casa Blanca.

—¿Y se la conseguiste?

—No creas que me resultó fácil —Howie sacó el pecho—, porque no lo fue. Tuve que investigar un poco también, sacar información de mis fuentes más secretas, pero al final encontré lo que busca Barrie.

—Seguro que estuvo encantada.

—Lo estará.

—¿Aún no se lo has dicho? —Los ojos del hombre brillaron y su bigote se alzó con la sonrisa. Le dio un golpecito en el hombro—. ¡Ah, ya entiendo! Estás guardándotelo hasta que consigas algo a cambio, ¿verdad?

Howie soltó una risita. Tenía a su nuevo amigo en la palma de la mano; le había hecho creer que era un auténtico donjuán, un hombre mundano, una fuerza a tener en cuenta.

—Voy a verla más tarde. Para lo que tengo que decirle, seguro que estará dispuesta a intercambiar favores, ¿no crees?

Barrie conducía un Volvo que habían robado esa tarde en el aparcamiento de un complejo de consultorios médicos. Al llegar al edificio de Howie, aminoró casi totalmente la velocidad.

—¿Dónde aparco? —preguntó a Gray.

—Más abajo. Detente, que yo me bajo aquí. Subiré primero.

—¿Por la puerta principal?

—El dramatismo de anoche lo asustó y me siento a salvo con un enfoque directo hoy.

—¿Y si no encontró nada?

—Sabré si miente. Nos vemos arriba.

Gray bajó a la acera y cerró la portezuela.

—Sé suave —le gritó Barrie, pero él no la oyó, o decidió no hacerle caso.

La valentía de Howie no duró. Poco después de despedirse de su nuevo amigo y de irse del bar, su angustia volvió. Camino de casa se le humedecieron tanto las manos que casi se le resbalaban del volante.

Como no le dijera algo útil, Bondurant iba a propinarle una patada en el culo, y si inventaba algo y él se enteraba, probablemente regresaría y lo mataría. «Te pongas como te pongas...». A menos que pidiera clemencia a Barrie; aunque se había mostrado bastante dura anoche, Howie no la creía capaz de dejar que Bondurant lo matara a sangre fría.

—No, iría a otra habitación para no perder el apetito —gruñó.

Aparcó en su espacio reservado detrás del edificio y subió por la escalera. Con manos temblorosas dio vueltas a las llaves y abrió la puerta de golpe. Vaciló, paró la oreja por si oía algo, y finalmente se adentró en la sala y cerró a sus espaldas.

Estaba casi seguro de encontrarse a solas en el apartamento y de que nadie había entrado desde que se fue esa mañana. Aun así, correteó por las pequeñas habitaciones, a toda prisa encendió las lámparas y pulsó todos los interruptores de pared, inundando el apartamento de luz. Miró por la ventana de su dormitorio hacia la escalera de incendios, pues había llegado a la conclusión de que por allí habían entrado y salido sus visitantes anoche. No había nadie en la escalera que bajaba en zigzag.

Fue a la cocina. Dado su nerviosismo, la cerveza le causaba acidez y eructó al abrir la nevera para buscar algo que absorbiera la acidez.

—Es una locura —rezongó con la boca llena de espaguetis fríos y de antigüedad indeterminada.

No era un niño y, sin embargo, andaba de puntillas en su propia casa, temeroso de su propia sombra. Desde que a Barrie se le ocurrió esta alocada idea acerca de la primera dama, la vida de Howie no valía nada. Había tenido problemas en el trabajo, con Jenkins... problemas con su tiempo de ocio también. ¿Cómo cultivar una amistad cuando te preocupa la posibilidad de que un agente de los marines te haga puré la cabeza? Los problemas habían invadido su hogar.

¡Bueno, pues estaba cabreadísimo y no iba a aguantarlo más!

En cuanto Barrie llegara, iba a...

Alguien llamó a su puerta.

Sus entrañas se tensaron en un acto reflejo.

No obstante, su valor se reafirmó. Se dirigió a grandes zancadas y con aire beligerante hacia la puerta y la abrió de golpe, dispuesto a decirles cuatro verdades. Pero solo había una persona y sonreía.

—Hola, Howie, ¿puedo entrar?

Barrie se bajó del Volvo y cerró, concienzudamente la portezuela. Mientras caminaba rápidamente por la acera, sonrió ante la ironía que suponía proteger de un robo el coche robado. Echó un vistazo al segundo piso del edificio de la esquina. Aunque las persianas estaban bajadas, había luces encendidas en todo el apartamento de Howie, lo que la tranquilizó. Si Gray pensaba hacerle daño, lo haría a oscuras.

Atravesó el vestíbulo y subió. La escalera tenía el mismo olor a húmedo de las tiendas de antigüedades. Llamó a la puerta de Howie. Aguardó. Nadie abrió. Aplicó la oreja contra la madera y escuchó, si bien no oyó ninguna conversación. Giró el pomo: la puerta no estaba cerrada con llave.

—¿Howie? ¿Gray?

Entró.

Las luces se apagaron de golpe.

Las habitaciones hasta entonces iluminadas se sumieron en una profunda oscuridad. La situación requería un grito, pero Barrie experimentaba demasiado terror para emitir un solo sonido. Percibió las vibraciones del suelo cuando alguien se aproximó a ella en la sala. Giró sobre los talones, buscó el pomo, lo encontró... Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo girar, alguien le agarró la mano.

—No hagas ruido.

Barrie se sintió aliviada al reconocer la voz de Gray y se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a largarnos. Ahora.

—Espera. —Barrie se resistió a salir—. ¿Dónde está Howie? ¿Está aquí?

—Sí, está aquí.

—¿Dónde? ¿Qué ha dicho?

Gray no contestó. Aunque no lo veía, Barrie se percató de que la miraba, con esa mirada implacable suya, rígido. Sintió su aliento en la cara.

—¿Dónde está Howie?

—Ssss.

Con voz aguda provocada por el pánico inquirió:

—¿Qué le has hecho?

—Cállate.

Ella lo apartó de un empujón y atravesó la sala a trompicones.

—¡Barrie, no!

El aire le rozó el brazo cuando él trató de cogerla y erró en la oscuridad. Cuando entró en la cocina se dio un doloroso golpe en el muslo con la mesa. Localizó el interruptor y lo pulsó varias veces, pero no sucedió nada. Alguien había estropeado el interruptor automático en la caja de fusibles.

Gray la cogió del brazo.

—Vámonos, Barrie. Ahora.

—¡Suéltame! —gritó ella tratando de liberarse.

No tenía la menor oportunidad de ganarle en un forcejeo, sobre todo en la oscuridad. No conseguía orientarse, si bien conocía la cocina de Howie tan bien como Gray; recordaba la disposición general y, en tanto luchaban, se fue dirigiendo hacia la ventana. En cuanto la tuvo a su alcance, agarró la persiana y le dio un fuerte tirón. La anticuada persiana subió con un zumbido y se enrolló con un gran estrépito. Los faroles de la calle iluminaron la cocina.

—¡Mierda! —gruñó Gray.

Barrie lo apartó de un empujón.

—¿Howie? —gritó.

Y lo vio, tumbado en el umbral entre la cocina y el dormitorio, con los ojos vueltos hacia ella y la boca flácida y abierta del todo, al igual que la herida en el cuello que se extendía de oreja a oreja. A la pálida luz azulada, el charco de sangre que se formaba debajo de él parecía negro.

Antes de que pudiera gritar, Gray le tapó la boca con la mano. Con los labios pegados a su oreja, susurró una sola palabra.

—Spence.

Capítulo 34

—¿Spencer Martin? —La confusión de Daily resultaba obvia—. Dijiste que lo habías matado.

—No, *ella* dijo que lo había matado.

Gray miró a Barrie de reojo.

Esta, sentada en el borde del sofá de Daily, acunaba con las manos una taza de té humeante y se mecía hacia adelante y hacia atrás con la mirada perdida. La casa se encontraba a oscuras. Habían conseguido regresar sin que los vieran, o al menos eso esperaba Gray. Ahora que debían tener a Spence en cuenta, el riesgo se había multiplicado, y mucho.

—Solo lo incapacité —explicó—, pero debí matarlo.

Entonces les contó cómo lo había herido de un disparo y cómo lo había metido en el almacén de tubérculos debajo del granero.

—Quería que sobreviviera, pero no pretendía que se escapara. Creía que con su ayuda y con la de Clete pondríamos a salvo a Vanessa en cuestión de días. Como mucho una semana.

Echó otra ojeada a Barrie, que aún miraba hacia el espacio como ausente.

—No ha funcionado. Debí suponer que se escaparía, aunque no tengo la menor idea de cómo lo logró. Probablemente con las uñas.

—¿Estás seguro de que fue él quien mató a Howie Fripp? —inquirió Daily.

—Absolutamente, conozco su estilo.

Barrie habló por primera vez en cinco minutos:

—Si Howie hubiera conocido a Spencer Martin, se habría pavoneado.

—Podrían haberse conocido segundos antes de que Spence le rajara el cuello.

Barrie negó con la cabeza.

—Según la policía, no había señales de que alguien hubiese forzado la puerta. Howie reconoció a su asesino y lo invitó a entrar.

Daily se inclinó.

—¿Qué estás diciendo, Barrie?

Gray contestó por ella.

—Está diciendo que Howie me esperaba a mí y que yo lo maté. —Una fracción de segundo después de que sus ojos se encontraron, la joven volvió la cara, pero él no lo dejó pasar e insistió—: Bueno, ¿no es eso lo que crees?

—¡No sé qué creer! —exclamó la chica mientras dejaba la taza de té en la mesita—. No puedo pensar. —Se puso en pie y se frotó los brazos—. En lo único que puedo pensar es en el modo tan espeluznante en que murió Howie —añadió con voz temblorosa—. No es que me cayera bien. Era un tipo odioso, pero era un ser humano, inofensivo e inocente en este asunto, y yo lo arrastré a él, yo hice que lo mataran. Me remorderá la conciencia el resto de mi vida por su asesinato.

Se sentó y rompió a llorar.

Los dos hombres guardaron silencio hasta que Daily preguntó:

—¿Qué dijo la policía?

Gray solo había querido que se largaran de allí, pues temía que Spence regresara para eliminarlos, si bien Barrie insistió en hacer lo correcto y llamó a la policía. Aparte de golpearla, dejarla inconsciente y sacarla a rastras del apartamento, a Gray no le quedó más remedio que quedarse con ella durante el interrogatorio de los detectives del departamento de homicidios.

Reconocieron que tenían una cita con Howie esa noche y que, cuando llegaron, el apartamento se hallaba a oscuras, aunque la puerta no estaba cerrada con llave. Les contaron que lo encontraron muerto y que no tocaron nada, aparte del pomo de la puerta, un par de interruptores y el dobladillo de la persiana enrollable. Gray se había acordado de limpiar la caja de los fusibles antes de que llegara la primera patrulla, pues le habría costado explicar por qué deseaba huir en la oscuridad.

—La teoría de los detectives es que a Howie lo asaltaron fuera del apartamento y le obligaron a entrar. Le habían registrado los bolsillos, de modo que opinan que el robo fue el motivo; dijeron que podría ser un ratero.

—¿Sospecharon de vosotros?

—Cabía la posibilidad, salvo por una huella que había en la sangre de una zapatilla de deporte de hombre, de las que se venden a montones en todo el país. Al parecer, el asesino se dio cuenta de su error porque era la única huella. Los detectives suponen que se quitó el zapato para no dejar un rastro de sangre al salir.

»Yo, en cambio, me imagino que Spence la dejó adrede para que la policía llegara precisamente a la conclusión a la que llegaron, o sea, que alguien lo vio entrar en el edificio, lo siguió escalera arriba y se lo cargó por

unos cuantos pavos. Es algo que ocurre varias veces por semana en ese barrio. La policía hará algunos trámites rutinarios, redactará todos los informes pertinentes, archivará el papeleo... y el asesinato no se solucionará.

—¿Cómo puedes mostrarte tan despreocupado?

Barrie se había levantado de nuevo y lo miraba airadamente. Gray perdió los estribos.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que confiese? —le preguntó enojado acercándose a ella.

—Quiero que me expliques por qué entraste primero en el apartamento de Howie.

—Quería causarle una fuerte impresión.

—¡Menudo eufemismo!

—Eso no significa que lo maté.

—¿Por qué apagaste las luces cuando entré?

—Para que no lo vieras.

—Después de que lo vi, ¿por qué trataste de sacarme de allí?

—Porque si Spence andaba por allí, no estábamos a salvo.

—Spence. Spence, milagrosamente resucitado. —Barrie agitó los brazos—. ¡Alabado sea el Señor!

Gray sintió que se le tensaba la mandíbula.

—¿Te sentirías mejor si te dijera: «De acuerdo, lo confieso, yo degollé al pelotillero de turno»?

—Eres asqueroso.

—¿Y por qué te quejas tanto? Deberías estar dando saltos de alegría. Me sorprende que no pidieras una cámara en cuanto llamaste a la policía, después de todo fuiste la primera reportera en la escena de un espeluznante asesinato. Eso es lo tuyo, ¿no? ¿No es eso lo que te excita? Eso y acostarte con cualquier hombre que pueda darte información jugosa a cambio.

—¡Basta, Bondurant! —se interpuso Daily.

Gray no hizo caso de la reprimenda, centrado como estaba exclusivamente en Barrie.

—No tengo que defenderme, ni ante ti ni ante nadie. Cree lo que quieras, me importa una mierda.

Le volvió la espalda, pero apenas había dado unos pasos antes de que ella lo siguiera.

—Si Spence está vivo, ¿por qué iba a buscar a Howie y a matarlo?

—¡Diablos!, ¿yo qué sé? —Gray apartó su mano con una sacudida—. Puede que supiera que Howie estaba filtrando información que él no quería

que se filtrara.

—¿Cómo iba a saberlo?

Gray soltó un resoplido cargado de cinismo.

—Tienes que dejar de suponer que estos hombres juegan según las reglas. No lo hacen. Nada los detiene, ninguna regla moral, política o emocional. Cuando tienen que hacer algo, lo hacen, sin importar cómo. No tienen conciencia. Y si no quieres entender eso, te derrotarán, porque tú sí sigues las reglas.

Dicho esto, miró a Daily.

—Si quieres que me vaya, lo haré.

Daily se puso en pie con un pesado suspiro.

—Cada vez que me sacáis de la cama en plena noche ocurre algo malo — fue lo único que dijo antes de dirigirse a su dormitorio arrastrando los pies.

Gray lanzó una dura y desafiante mirada a Barrie, mas ella no habló, sino que le dio la espalda y siguió a Daily pasillo abajo.

Maldiciendo entre dientes, Gray se quitó las botas y la camisa y se tendió en el sofá; como era demasiado corto para él, debía apoyar los pies en el brazo. Podía dormir en cualquier sitio y en cualquier situación; había aprendido a dormirse instantánea y profundamente, a la vez que una parte de su subconsciente permanecía despierta y alerta.

Sin embargo, esta noche el entrenamiento no le sirvió de nada; se sentía demasiado enojado. Enojado y... ¿herido? ¿Era esa la palabra?

—¡Dios!

Se tapó los ojos con el brazo. ¿Herido? ¿Por qué? ¿Por su necia acusación? ¿Porque ella sospechaba que era un asesino? Menuda burrada, vaya emoción tan de adolescente.

Cree lo que quieras, me importa una mierda. Lo malo era que sí le importaba. No sabía exactamente cómo deseaba que Barrie lo viera, pero ciertamente no como un asesino a sangre fría. No se le ocurría una sola razón por la que su opinión podía significar algo para él, y, sin embargo, sí que importaba.

Era una sabelotodo, demasiado impulsiva para su propio bien; poseía un sentido del humor agudo y sarcástico que utilizaba para ocultar el miedo y la decepción, pero no era cobarde, y Gray admiraba el valor. Tenía una mente penetrante, quizá demasiado imaginativa para una periodista objetiva, pero esa tendencia creativa solo acrecentaba su inteligencia. Había sufrido el rechazo y él la comprendía, y hasta cierto punto, sentía empatía.

Además, poseía muchísima integridad. Eso de acusarla de seducir para obtener entrevistas había sido un golpe bajo, no lo había dicho en serio esa mañana en Jackson Hole, ni tampoco esta noche. No lo creía.

Probablemente ella no podría explicar mejor que él la orgía previa al amanecer en casa de Gray, y como él no encontraba ninguna justificación, había decidido que se debía a una lujuria espontánea, fiera e inexplicable, sin más. Resultaba más seguro no analizar demasiado los encuentros sexuales tan intensos, más valía culpar a los aspectos animales del ser humano y olvidarlo. O al menos, tratar de olvidarlo.

Pese a sus hirientes comentarios, en cuanto la tocó esa mañana, supo que no era una *femme fatale*: sus reacciones eran demasiado sinceras y sus respuestas, demasiado indisciplinadas.

Pero ahora estaba tan furioso con ella que no quería pensar en eso. Mas los recuerdos salieron del escondite en los confines de su mente y lo provocaron. Los pensamientos abarrotaron su cerebro, pensamientos de senos pequeños pero redondos, de pezones que nunca parecían relajarse del todo, de sus susurros en la oscuridad con esa voz que por sí sola lo excitaba.

—¿Gray?

Este bajó el brazo y se incorporó de golpe, todo en un solo movimiento. No la había oído acercarse y se sorprendió al verla de pie, a poca distancia del sofá. Se aclaró la garganta.

—¿Sí?

—¿Dormías?

—Estaba a punto de hacerlo —mintió.

—Ya sé lo que debemos hacer ahora.

—¿Qué?

Gray esperaba que dijera *hacer el amor hasta quedarnos sin aliento*. Si bien no fue eso lo que ella sugirió.

Barrie había oído hablar de la zona, un secreto bien guardado en Washington, porque varias personas prominentes vivían en esas calles, serpenteantes y rodeadas de bosque, cercanas a Embassy Row y a la concurrida avenida Massachusetts, aunque fáciles de pasar por alto, a no ser que las buscara uno expresamente, pues no figuraban en muchos planos de la ciudad.

Las casas se hallaban alejadas de la acera, ocultas tras altos setos o muros de ladrillo, y muchas contaban con verjas electrificadas para mayor seguridad.

Barrie estaba muy nerviosa cuando Gray detuvo el coche en el camino de una propiedad en venta.

—Podrían disparamos.

—Podrían —contestó él.

—¿Qué crees que hará cuando entremos tranquilamente por su jardín trasero?

—No lo sabremos hasta que lo hayamos hecho.

Este era el plan que Barrie había ideado anoche, aunque ahora ya no estaba tan segura de que fuera una buena idea.

—¿Dices que la conoces?

—Nos hemos visto un par de veces, en acontecimientos oficiales, pero nunca hemos conversado en privado. Es posible que no me recuerde.

—Lo dudo. —Se cruzaron una tensa mirada unos segundos, antes de que ella añadiera quedamente—: Usted impresiona a la gente, señor Bondurant.

—Sí, claro, como te he impresionado a ti.

Barrie se miró las manos entrelazadas.

—Lo siento... lo de anoche. Nunca creí de veras que tú pudieras... —Se mordió el labio inferior—. Estaba alterada... y tenía miedo.

—Olvídalo.

Gray abrió la portezuela.

—No, por favor. —Barrie le cogió del brazo—. Me gustaría hablar contigo un momento.

—De acuerdo, di lo que tengas que decir.

—Pensé en ello toda la noche y traté de analizar todos los ángulos. Si Spence escapó y regresó a Washington, si por alguna razón buscó a Howie y llegó a la conclusión de que nos filtraba información, y si acudió al apartamento de Howie unos minutos antes que nosotros y lo mató, ¿por qué dejó una pista que alejaría las sospechas de nosotros?... Podría haber hecho que pareciera que nosotros matamos a Howie, digamos que como desquite por haberme despedido. Tras las rejas, centrados en probar nuestra inocencia, ya no fastidiaríamos a Merritt. Entonces, ¿por qué iba a sacarnos adrede del apuro con la policía?

—Porque tiene algo más fuerte planeado para nosotros —repuso Gray.

—¿Como qué?

—No lo sé todavía. Por eso hemos de andarnos con pies de plomo. —Gray miró más allá de la mansión de estilo colonial, hacia el bosque—. Vamos.

Aunque se sentía aún más nerviosa que antes de la conversación, Barrie salió del coche. Llevaba consigo el recorte del periódico en el que se anunciaba la venta de la propiedad, pues podría suponer una excusa plausible si alguien les preguntaba por qué andaban merodeando por allí.

Siguió a Gray a lo largo de la alta valla de hierro que separaba la propiedad de las otras. Tardaron cinco minutos en llegar al lindero trasero.

—Esa es la suya —dijo, y la indicó con la cabeza.

Barrie vio el tejado al otro lado de la zona verde entre los dos terrenos.

Las hojas de algunos árboles empezaban apenas a cambiar de color y proporcionaban un vibrante contraste con las que permanecían verdes. Las hojas secas que había en el suelo crujían bajo sus pies en tanto se abrían camino a través del bosque. En cualquier otro momento, bajo cualquier otra circunstancia, habría supuesto un paseo agradable.

Se detuvieron al llegar al amplio y bien cuidado césped que rodeaba la casa de ladrillo rojo estilo georgiano, en el cual florecían brillantes crisantemos; los setos estaban tan cuidadosamente cortados como las uñas de una debutante en su baile de presentación.

—Desde que te conozco, Bondurant, he visto muchos jardines traseros y este es, con mucho, el más bonito.

Gray no alcanzó a esbozar una sonrisa, pues en ese momento una mujer salió por la puerta trasera, cargada con un montón de lo que parecían pósteres enrollados y sujetos con una goma elástica.

—Es ella.

Gray se apartó de la sombra de los árboles y echó a andar por el césped. Inquieta, Barrie lo siguió.

La mujer era delgada y atractiva. Después de colocar los pósteres en el asiento trasero de su *jeep*, se enderezó. Fue entonces cuando los vio. Había que darle crédito: ni dio la vuelta, ni corrió ni demostró aprensión alguna.

A medida que se acercaban, se dio cuenta de que los ojos oscuros de la mujer expresaban preocupación. Su mirada pasó de Barrie a Gray y de vuelta a Barrie. Antes de que pudieran explicar la razón por la que se encontraban allí, Amanda Allan dijo:

—Gracias a Dios que han venido.

Capítulo 35

Guio a Barrie y Gray a través de una espaciosa y hogareña cocina y un elegante comedor hasta una acogedora sala que olía ligeramente a manzanas y canela y en cuya chimenea ardía un fuego bajo. Había fotografías enmarcadas de dos chicos por todos los rincones de la estancia, que estaba decorada con un mobiliario exquisito y muy hermoso.

Barrie sintió envidia de todo lo que aquella mujer había creado; pero mucho menos envidiable le resultó la tensión que se reflejaba en el rostro y en el porte de Amanda Allan, tensión que auguraba un inminente desastre.

Anoche a Barrie se le había ocurrido que tal vez la señora Allan aceptara hablar del trabajo de su marido, sobre todo si, como había dicho Howie, la pareja no estaba atravesando un buen momento. No lo consideraba probable, aunque supuso que merecía la pena intentarlo. No esperaba que Amanda pareciera tan aliviada al verlos, ni imaginaba que esta mujer, que parecía poseer todo lo que uno pudiera desear, diera tal impresión de desdicha y estrés.

Amanda se dirigió primero a Gray en cuanto se sentaron.

—¿Cómo está? Han ocurrido muchas cosas desde que nos vimos la última vez. —Él asintió con la cabeza y le presentó a Barrie—. Sé quién es usted, señorita Travis.

—Y yo también sé quién es usted —contestó Barrie—. Al menos ahora lo sé. Usted me llamó a la WVUE y me advirtió que algo sucedía en Highpoint.

Nada más oírla hablar afuera, Barrie había reconocido su voz como la de la persona que le dio la pista.

—Me disculpo por haberme mostrado tan misteriosa. Sentía que tenía que hacer algo, hablar con alguien, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Pensé en usted por la entrevista con Vanessa.

—¿Sabía que algo malo ocurría en su casa junto al lago?

—Me daba cuenta de que algo no iba bien, pero no sabía qué era. George... —Se apretó fuertemente los labios. Amanda no era la clase de persona que llora delante de extraños y no prosiguió hasta que se hubo

controlado—. George ya no confía en mí, pero creo que si esa enfermera no hubiese sufrido el ataque cardíaco que la mató, Vanessa estaría muerta ahora.

—Me temo que tiene razón —confirmó Gray.

Amanda miró a Barrie con desesperación a duras penas controlada.

—Cuando se fue de la cadena no sabía cómo ponerme en contacto con usted.

—¿Por qué quería hablarme?

—Para decirle algo que obviamente sabe ya. David Merritt no es el hombre que ha hecho creer a todo el mundo. Es un villano sin conciencia. Tenemos que pararle los pies. —Le dirigió una mirada penetrante a Barrie—. ¿Puedo preguntarle algo? —Ella asintió con la cabeza—. Irrumpió en el depósito de cadáveres del hospital de Shinlin porque creía que aquel cuerpo era el de Vanessa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y también creía que mi esposo era responsable de su muerte?

Barrie la miró con tristeza.

—Lo siento, pero es precisamente lo que pensé... y Gray también.

Amanda entrelazó las manos sobre el regazo.

—Entiendo...

—Estará de acuerdo en que a un médico se le presentan muchas oportunidades de manipular los fármacos necesarios para controlar los cambios de humor de Vanessa.

—Sí —convino Amanda con la voz entrecortada—. Me imagino que sí.

—Tenemos suficientes razones para creer que Vanessa todavía corre un grave peligro —manifestó Gray.

—¿A manos de George?

—Por parte de David.

—Pero *a través* de George.

No hizo falta que contestara, pues su expresión lo decía todo.

Barrie sabía que no estaban diciéndole nada que no hubiese deducido ya, aunque no debía de ser fácil para ella que confirmaran sus peores temores. No obstante, Amanda conservó la dignidad.

—Supongo que esto ha de ser sumamente desagradable para usted, señora Allan. Yo no lo conozco, pero, basándome en lo que sé acerca de su marido, no creo que esté actuando con maldad.

—Yo sí que lo conozco —comentó Gray—, y creo que es tan víctima de David como Vanessa.

—No hemos venido para acusar al doctor Allan —le recordó Barrie—. Solo buscamos información.

—No tienen que defenderse ante mí —señaló Amanda con una risa amarga—. Desde que David asumió el cargo de presidente y nombró a George médico oficial de la Casa Blanca, ha hecho pasar a mi marido por un infierno.

—Es un don que David posee.

Gray y Amanda intercambiaron una mirada de complicidad que excluyó momentáneamente a Barrie. Finalmente, Amanda se concentró en un reciente retrato de familia que había encima de una mesita.

—George está metido en algo terrible. Sea lo que sea, está destrozando nuestra vida, afecta negativamente a los niños y ha hecho que George luche consigo mismo. Está atormentado. Se está desmoronando ante mis ojos y no consigo comunicarme con él, ni siquiera cuando suplico o amenazo con abandonarlo. No sé qué puede ser, pero sin duda es más poderoso que yo. — La mujer miró a Barrie—. ¿Tiene usted alguna idea?

—David Merritt mató al hijo de Vanessa. No fue un caso de SMSL.

Amanda se apretó los labios con la mano para evitar que temblaran.

—Su marido se ha visto obligado a aceptar algo que va contra su condición de médico y contra su código moral personal —dijo Barrie quedamente—. Por eso está atormentado.

Lo que no consiguió decirle fue que el doctor Allan había encubierto el asesinato cometido por el presidente y ahora ayudaba a eliminar al único testigo del crimen.

Sin embargo, Amanda era una mujer inteligente y no necesitaba que se le deletrearan. Finalmente bajó la mano. Sus labios seguían estando pálidos, pero ya no temblaban.

—Odio a ese hombre por lo que le ha hecho a mi marido y, aunque signifique implicar a mi marido en un crimen, haré lo que pueda para ayudarles a desenmascarar a Merritt. Prefiero a George vivo y en la cárcel a verlo muerto. Si esta pesadilla no se acaba pronto, lo matará, de un modo u otro.

—Barrie y yo confiábamos en que usted aceptaría ayudarnos —declaró Gray.

Amanda se volvió hacia él.

—Hablando claramente, ustedes creen que David ha ordenado a George que elimine a Vanessa, ¿no?

—Sí.

—¿Qué hay del padre de Vanessa? Clete Armbruster mataría a cualquiera, incluido su yerno, que hiciera daño, por mínimo que fuera, a su hija. ¿Le han pedido ayuda?

—Lo hemos intentado —explicó Barrie—, pero desde el desastre en Shinlin ni siquiera quiere hablar con nosotros.

—Podría estar evitándoles por otra razón —opinó Amanda—. El senador no es del todo inocente, juega fuerte en la política. George ha mencionado algunos de sus chanchullos.

—Esa es exactamente mi teoría —señaló Gray—. Si Clete empieza a lanzar acusaciones contra la Casa Blanca, lo más seguro es que le salga el tiro por la culata. El modo de operar de David consiste en enterarse de los aspectos más negativos de la gente, pues esa clase de secreto impone una lealtad ciega. Nadie está exento, ni siquiera el suegro que lo hizo elegir.

—Yo no siento lealtad hacia David Merritt —anunció Amanda—. ¿Qué necesitan ustedes de mí?

—El nombre del centro donde George tiene a Vanessa.

—No lo sé, no me lo ha dicho, pero supongo que es Tabor House.

Barrie miró a Gray, que parecía tan perplejo como ella.

—Una clínica privada dedicada a la desintoxicación —añadió Amanda.

—Nunca lo he oído mencionar.

—Claro que no. Tabor House es un lugar muy secreto, disponible solo para los altos funcionarios del gobierno y su familia más cercana. La drogadicción es mucho más común entre las personalidades de Washington de lo que uno se imaginaría. El centro se fundó hace unos veinte años para que el gobierno pueda salvar las apariencias cuando alguien en el poder necesita desintoxicarse.

—¿Dónde está?

—En Virginia, a una hora y media, aproximadamente, en coche.

—Eso explica los viajes en helicóptero de George desde los jardines de la Casa Blanca —observó Gray—. ¿Puede decirnos cómo llegar?

Amanda frunció el entrecejo consternada.

—Nunca he ido, no se permiten las visitas, pero sé cómo se llama la ciudad más cercana.

La siguieron a la cocina, donde se sentó a un escritorio empotrado y apuntó lo que sabía. Ellos tendrían que apañárselas para encontrar la situación exacta de Tabor House. Gray leyó la información y guardó el papel en su bolsillo.

—Es más de lo que teníamos. Gracias, Amanda.

—Gray. —Amanda posó una mano sobre su brazo—. Confío en que seréis muy cuidadosos con George. Hago esto para salvarle la vida, nuestra vida. Pero al ayudarles, también siento que lo estoy traicionando.

—Entiendo su conflicto, yo también lo he sentido. Acuérdense de que yo solía servir a David, como asesor y amigo. —Hizo una pausa—. No heriré físicamente a George, tiene mi palabra —la tranquilizó.

Ella le apretó el brazo y dejó caer la mano.

—Esto es terriblemente peligroso para ustedes. Me sorprende que se hayan arriesgado a venir.

Barrie le habló de la vigilancia a que estaban sometidos desde el incidente en Shinlin.

—Nos siguieron cuando salimos de casa de mi amigo, pero Gray los despistó. Sin embargo, debo advertirle que otra persona con la que hemos hablado fue asesinada anoche.

—¡Dios mío!

—¿Por qué no se van un tiempo, usted y los niños? Hasta que esté resuelto este asunto —le sugirió Gray.

Amanda lo pensó un momento.

—Si saco a los niños de la escuela y huyo, pareceríamos todos aún más sospechosos. Además, no quiero dejar a George.

La admiración de Barrie por la mujer aumentó.

—Hicimos todo lo que pudimos para protegerla a usted, pero no confíe en nadie —advirtió Gray—. Ni siquiera en alguien en quien confiaría normalmente... como Spence Martin.

Amanda ladeó la cabeza.

—Pero... usted se encargó de esa serpiente, ¿no? Creía que...

—¿Qué quiere decir?

Amanda indicó el pequeño televisor empotrado en un armario de la cocina.

—Esta mañana se emitió un boletín especial.

—¿Cuál era la noticia?

—Gray Bondurant era la noticia.

Capítulo 36

A Gray Bondurant, héroe de la misión de rescate de los rehenes, lo buscaba el FBI para interrogarlo acerca de la desaparición de Spencer Martin, asesor del presidente.

David Merritt lo oyó al mismo tiempo que el resto del país.

Él y Spence se habían reunido para hablar en privado en el ala privada del presidente. Muy poca gente sabía que Spence se encontraba en la residencia: se había trasladado a una habitación del segundo piso, donde podían hablar abiertamente, puesto que estaba insonorizada y resultaba imposible poner micrófonos ocultos.

—Ese tipo era un imbécil —dijo Spence refiriéndose a Howie Fripp—. Se alegró de verme, me invitó a pasar. Ni siquiera se preguntó cómo sabía dónde vivía.

—¿Estás seguro de que no tuvo tiempo de ponerse contacto con Travis y Gray antes de que tú aparecieras en su casa?

—No lo perdí de vista en ningún momento. —Spence tomó un trago de Pepsi-Cola—. Pero no habría importado que lo hiciera, no sabía nada. Solo alardeaba para impresionarme. No podía...

—¿Qué diablos es eso?

Spence se volvió para ver qué había llamado la atención de David y se alarmó al ver su rostro en la pantalla, junto al del presidente. Se trataba de una extraña fotografía, probablemente la única que existía en los archivos de los noticieros; no obstante, se le reconocía. Cogió el mando a distancia y subió el volumen.

—... han informado de su desaparición.

David y Spence se miraron totalmente perplejos, y su perplejidad aumentó cuando el corresponsal de la emisora en el Capitolio continuó:

—Se cree que Gray Bondurant, que se hizo famoso en todo el país tras el audaz rescate de los rehenes, fue la última persona que vio a Spencer Martin cuando recibió recientemente la visita del asesor presidencial en su rancho de

Wyoming. Se ha puesto en marcha una amplia investigación para encontrar al señor Martin.

—¡Mierda! —Spence se levantó bruscamente—. ¿Quién es el responsable de esto?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

David cogió el auricular y ordenó que lo pusieran en contacto con el ministro de Justicia.

—Ponlo en el altavoz.

Yancey, ministro de Justicia, se encontraba fuera, de modo que uno de sus subordinados recibió una buena dosis de furia por parte del presidente.

—¿Qué coño está ocurriendo? ¿Dónde está el señor Yancey? Quiero hablar con él ahora mismo.

—Él y la señora Yancey han ido a una cena, señor presidente.

—Bueno, pues encuéntrelo ahora mismo. Entretanto quiero saber quién autorizó la investigación de la desaparición de Spencer Martin.

—Fue el señor Yancey, señor. Tengo entendido que recibió una información.

—¿Una información? ¿Que recibió una información? ¿Y ha autorizado una amplia investigación basándose en eso nada más?

—La información se la dio una buena fuente, señor presidente.

—¿Quién?

—El senador Armbruster.

David clavó la mirada en Spence, que soltó una retahíla de malévolas, aunque silenciosas, obscenidades. David se sentó, se masajeó las sienes y se obligó a imprimir tranquilidad a su voz.

—Entiendo. Es probable que el senador Armbruster se olvidara de hablar de ello conmigo.

—Según el senador, el señor Spencer lleva casi dos semanas desaparecido. —Tras un incómodo silencio, el ayudante del ministro añadió—: Señor presidente, el señor Yancey supuso que el senador Armbruster actuaba en su nombre.

—Bueno, claro que sí —respondió David—. Yo también me he preocupado cada vez más por la ausencia del señor Martin. Lo que no entiendo es por qué el señor Yancey busca al señor Bondurant.

—Señor, hace poco Bondurant dijo al senador Armbruster que el señor Martin había ido a su rancho de Wyoming. Que se sepa, es el último lugar en el que estuvo el señor Martin.

—¿Han detenido al señor Bondurant?

—Todavía no, señor.

—Manténgame al corriente.

—Por supuesto, señor presidente.

—Y encuéntreme al señor Yancey, quiero hablar con él inmediatamente.

—Claro que sí, señor, le daré su mensaje en seguida.

David desconectó el aparato.

—Bueno, ¿quieres reaparecer de pronto y poner fin a esta tontería?

Spence aguardó unos segundos.

—No. Trabajo mejor si no se me ve, pero ordenaré a mis hombres que hagan la vista gorda si ven a Gray. Ciertamente no queremos que el FBI o Yancey lo interroguen.

—Yancey —repitió David disgustado.

William Yancey había parecido el hombre perfecto para el cargo de ministro de Justicia de la presidencia de Merritt. Diez años menor que David, era tan joven y agresivo como lo fuera Robert Kennedy cuando su hermano lo nombró para el mismo cargo. Como Kennedy, Yancey se había distinguido en su lucha jurídica contra los criminales, tanto a nivel estatal como federal. Era carismático, atractivo y un buen orador, de modo que David le pidió que se uniera a su equipo y no había dejado de lamentarlo. Yancey era demasiado listo, demasiado trabajador, demasiado honrado. Yancey y Bondurant constituirían una peligrosa pareja.

—¿Qué va a impedir que Gray vaya al despacho de Yancey en cuanto vea el reportaje e informe de que estás enterrado en su almacén de tubérculos?

—No lo haré.

—¿Por qué no?

—Primero, porque se ataría de manos, al menos de momento; tendría que explicar por qué me disparó y por qué me encerró allí. Investigar eso requeriría tiempo, y Gray sabe que no puede perder ni un minuto. Segundo, porque cuando vio el cuerpo de Howie Fripp fue como si hubiese recibido mi tarjeta. Sabe que ya no estoy en su sótano.

David frunció el entrecejo.

—El tiempo se ha vuelto de repente un elemento crítico, ¿verdad?

—Mucho.

—¡Maldita sea!, no necesitábamos esto —exclamó, furioso, el presidente—. ¿Qué diablos estaba pensando Clete?

Spence señaló el teléfono.

—Te sugiero que se lo preguntes.

—De veras que no entiendo por qué estás tan alterado, David —dijo Clete a la vez que echaba las cenizas de su puro en un cenicero de porcelana con el sello presidencial.

El senador había obedecido inmediatamente la orden del presidente de que se presentara y, a sabiendas de que lo aguardaba un David Merritt rabioso, se había preparado bien para el encuentro, pues siempre se ponía de buen humor cuando conseguía poner zancadillas a dos personas a la vez.

David estaba nervioso, y Clete sabía que así sería, porque temía que Bondurant dijera públicamente que el presidente había enviado a Spence a asesinarlo. Naturalmente lo negaría y le volvería las tornas, lo llamaría traidor y asesino.

Pero el daño ya estaría hecho y sería irreparable; ya se habrían sembrado en el público las semillas de la duda, y antes de un año electoral algo así suponía un problema para el titular de la Casa Blanca que iba a presentarse para la reelección. Al partido de la oposición le encantaría señalar a un público impresionable la clase de personas turbias con que se rodeaba el presidente.

Al traicionar a Gray Bondurant, Clete se había ganado un enemigo, pero podía prescindir de él y de su amiguita, esa tal Barrie Travis. Al fin y al cabo Clete había echado por tierra la credibilidad de la reportera después de la escena en el hospital.

Aunque daban en el blanco en lo referente a David Merritt, Clete no sentía ningún escrúpulo al obstaculizar sus esfuerzos, ya que no podía dejar que esas dos balas perdidas anduvieran por ahí, causando problemas y poniendo en peligro sus propios planes para destruir a David.

Existía la remota posibilidad de que, pese a su característica torpeza, descubrieran el incidente con Becky Sturgis y eso, sin duda, causaría la caída del presidente, pero también la de Clete Armbruster, y, después del poder, la máxima prioridad del senador era la autopreservación.

De modo que, a fin de mantener a Bondurant y a la reportera ocupados, había dado a entender al ministro de Justicia que el antiguo marine era la última persona que había visto a Spencer Martin vivo. Ahora que los había desviado, a Clete Armbruster solo le quedaba un objetivo claro, o sea, apartar para siempre a Vanessa de David y luego destruirlo.

Entretanto, David, que estaba hecho una furia, lo estaba machacando verbalmente.

—Sin hablarlo primero conmigo...

—Hace días que intento hablarlo contigo —le interrumpió Clete—. No has contestado a mis llamadas. Ayer estuviste en Georgia, esta tarde tenías esa reunión...

—Conozco mi programa, Clete. Podrías haber esperado a que estuviese libre antes de llamar a Yancey.

—Al contrario, David, me pareció que esto ya no podía esperar. La gente ha hecho preguntas acerca de Spence.

—¿Qué gente?

—Miembros de tu personal que han notado su ausencia. Tú has estado ocupado con otras cosas y han venido a consultarme a mí.

—¿Por qué a ti?

—Porque tú y yo somos íntimos. —Clete soltó la declaración como un guante, retándolo a que lo recogiera—. Todos suponen que compartes tus pensamientos y tus preocupaciones conmigo y, si hubieses hablado con alguien de la inexplicable desaparición de Spence, lo habrías hecho conmigo.

Clete dio varias caladas a su puro.

—¿Gray te dijo que Spence había ido a verle?

—Sí, la noche en que me encontré con él y Travis en Shinlin.

—Ocurrieron tantas cosas esa noche... ¿Cómo salió el nombre de Spence en la conversación?

Clete frunció el entrecejo, como si tratara de acordarse.

—No estoy seguro, aunque, si mal no recuerdo, fue una referencia de paso. Probablemente no habría vuelto a pensar en ello si Spence hubiese reaparecido, pero no lo ha hecho y no parece que lo vaya a hacer. Fisgoneé un poco y descubrí que su correspondencia se ha amontonado, que hace varias semanas que nadie lo ha visto en el edificio donde vive y que no ha contestado a las llamadas telefónicas. Parece como si hubiera ido a Wyoming y una de las montañas Teton se lo hubiera tragado, ¿verdad? Bondurant fue la última persona que lo vio.

David se rio.

—Esas palabras contienen insinuaciones sumamente siniestras, Clete. ¿Estás sugiriendo que Gray mató a Spence?

—¿Tienes otra explicación?

—Es ridículo.

—¿Lo es?

—Sí —respondió David irritado.

—Por lo visto, Yancey no lo cree así.

—Yancey. Tuve mis dudas al nombrarlo y desearía haberles hecho caso.

Clete soltó una risita.

—Porque se parece mucho a Bondurant; siempre te está fastidiando por algo y no es tan servil como los demás. En todo caso, habló con alguien en el departamento de investigaciones criminales del FBI y este estuvo de acuerdo en que había que mantener una charla con el señor Bondurant.

Clete se metió el puro en la comisura de la boca, fue hacia el armario de bebidas y se sirvió un escocés; sostuvo la copa de cristal tallado frente a una lámpara y contempló el juego de luces a través de sus facetas.

—Me pregunto cuánto dirá Bondurant acerca de la visita de Spence a Wyoming cuando lo interroguen.

Se volvió y clavó una mirada penetrante en su yerno. David se la sostuvo largo rato, si bien fue el primero en sonreír, una muestra renuente de respeto por su astuto mentor.

—Así que lo sabes. Gray te lo contó.

—¿Que mandaste a Spence a matarlo? Sí, me lo dijo. Hace que uno se pregunte qué más sabe... o cree saber... de lo que preferirías mantener en secreto.

David se sentó en un sofá y cruzó las piernas. Clete no se dejó engañar por su aparente despreocupación; no estaba tan relajado como pretendía hacerle creer, ni de lejos.

—¿Qué quieres, Clete? Te conozco demasiado bien; no has organizado esta investigación del FBI por capricho y ciertamente no lo has hecho porque te preocupara Spence. Entonces, ¿por qué? ¿Qué quieres?

—A mi hija.

—Mi esposa, querrás decir.

—Estás destrozando la vida de Vanessa y no voy a dejar que sigas haciéndolo.

—En lo que se refiere a Vanessa, mis deseos, como marido suyo que soy, son más importantes que los tuyos, Clete. Te aseguro que está en buenas manos.

—¿Dónde? ¿En Highpoint?

—Empeoró demasiado para poder tratarla allí. Una mañana se trastornó, y a George no le quedó más remedio que llevarla a un centro médico.

—¿Cuál?

—Tabor House.

—¿La clínica de desintoxicación?

—Sabía que su intimidad quedaría asegurada allí. —David se levantó, fue a su escritorio y sacó un papel del cajón central—. Aquí tienes el número de

teléfono, llama, si no me crees.

Clete le arrancó el papel y pidió a la centralita de la Casa Blanca que hiciera la llamada. Mientras aguardaba apuró el escocés. Finalmente una voz melosa contestó.

—Tabor House.

—Habla el senador Clete Armbruster. Quiero hablar con el director, quienquiera que sea.

—Un momento, por favor.

Percibió una música suave mientras esperaba que le comunicaran. Se preguntó si este sería realmente el teléfono del centro de desintoxicación o si David le engañaba.

—¿Clete? Esperaba que te pusieras en contacto conmigo. El presidente me dijo que llamarías.

Reconoció la voz: era el doctor Dexter Leopold, exministro de Sanidad y ahora administrador de Tabor House.

—Hola, Dex. ¿Cómo se encuentra mi hija?

—Seré sincero contigo, Clete. Estaba muy mal cuando el doctor Allan la trajo; los medicamentos no hacían efecto porque bebía en exceso, pero ya la hemos estabilizado y ha mejorado mucho.

—Dale el mejor tratamiento disponible, Dex.

—Tenlo por seguro.

—Quiero que otros médicos se encarguen de ella, aparte de Allan.

Se produjo una breve pausa al otro lado de la línea.

—Eso sería difícil, Clete.

—No me importa cuán difícil sea.

—El doctor Allan es su médico oficial. Hasta que la señora Merritt misma, o el presidente Merritt si ella es incapaz de tomar la decisión, lo sustituya, he de reconocerlo como el médico responsable de su caso.

A Dex Leopold se le conocía como un médico honorable, pero David podría haberlo chantajeado. Si George Allan estaba matando lentamente a Vanessa, ¿haría la vista gorda?

—¿Dónde se encuentra Tabor House exactamente? —inquirió Clete—. Quisiera ir a verla mañana.

—Me temo que eso es imposible, Clete —señaló Dex con gentileza—. Conoces nuestras reglas. No se permite que entre nadie, aparte de los pacientes y del personal. Es el único modo de proteger la intimidad de los pacientes y conservar la integridad de la clínica. Ver a un familiar puede suponer un empeoramiento para los pacientes, sobre todo cuando están

curados desde el punto de vista médico y estamos en la fase de tratamiento psicológico.

—Pero, Dex...

—Lo siento, Clete, no hay excepciones. Ni siquiera hemos permitido que el presidente visite a la señora Merritt, aunque nos lo ha pedido cada vez que ha llamado. Si no se lo acepto a él, no puedo aceptártelo tampoco a ti. Es lo mejor para la señora Merritt, te lo aseguro.

La mirada de Clete se posó en David, que lo observaba con expresión impasible.

—De acuerdo. Quiero que Vanessa se cure, lo ha pasado muy mal desde la muerte del bebé.

—Eso es lo que me dijo el presidente; lamenta no haberle conseguido terapia justo después de la muerte del niño. De haber contado con un tratamiento psicológico entonces, podríamos haber evitado esta crisis. Pero no te preocupes, te la devolveremos totalmente curada.

—Lo harás si sabes lo que te conviene —advirtió Clete antes de colgar el auricular.

—¿Satisfecho?

—Ni mucho menos.

Clete se dirigió hacia la puerta del Despacho Oval a grandes zancadas.

—Ándate con cuidado, David. No me importa cuánta gente hayas conseguido que mienta por ti y haga tu trabajo sucio, me devolverás a mi hija, o sabrás lo que es bueno. Hace unas semanas te recordé que yo te puse aquí y que puedo sacarte cuando quiera. —Chasqueó los dedos a unos centímetros de la nariz del presidente—. Así.

Capítulo 37

Mucho antes de que amaneciera, Clete bajó a servirse un café. Cada noche, antes de acostarse, fijaba la hora en el temporizador de la cafetera eléctrica.

Esa primera taza humeante le hacía evocar siempre entrañables recuerdos de su infancia, antes de que supiera deletrear siquiera la palabra política y conociera su significado, antes de que aprendiera que para algunos hombres la ambición y la codicia eran más importantes que el honor, antes de que se convirtiera en uno de ellos.

Para su padre, un hombre alto, fuerte y silencioso, habría resultado impensable que alguien cometiera un delito a fin de encubrir otro. No había estudiado más allá de tercero de primaria, aunque conocía todas las constelaciones y calculaba en un tris el número de puntos de las fichas del dominó que se habían jugado. Le costaba enojarse, pero se apresuraba a defender al más desvalido en una pelea.

Había servido bajo las órdenes del general Patton en Alemania; allí lo habían matado y allí lo habían enterrado. Pero antes de la guerra vivía y trabajaba como vaquero en un rancho del sur de Texas. A veces, durante el rodeo primaveral, dejaba que el joven Clete los acompañara a él y a los otros vaqueros, a lomos de un caballo.

Los animales más peligrosos de quienes uno tenía que protegerse la espalda no eran otros hombres, sino serpientes de cascabel, caballos asustados y vacas irritables. Los días en la silla de montar resultaban largos, duros y polvorientos. Las noches se cubrían de estrellas. Al amanecer, todas las mañanas, los vaqueros se reunían en torno a la hoguera y bebían café fuerte y humeante antes de empezar el trabajo.

Después de la guerra, la madre viuda de Clete y sus hijos se habían ido a vivir con su familia a Mississippi y el resto de la juventud de Clete transcurrió lejos del rancho de ganado, y la mayor parte de su vida adulta, en Washington. Sin embargo, sesenta años más tarde, aún podía evocar la mezcla de olores de cerdo frito, estiércol, cuero y los cigarrillos que, en cuclillas, su padre enrollaba después del desayuno, al aire libre. Ningún café

que Clete hubiese probado desde entonces tenía el mismo sabor horrible que el del campamento y ninguno le sabía tan bien.

A Clete le encantaban esas mañanas. También quería a su padre. Recordaba cómo se alegraba de montar a su lado y cómo los otros hombres, sin importar cuán rudos fueran, habían tratado a su padre con un respeto ganado a pulso. Clete se sentía muy orgulloso de ser su hijo.

Esta mañana, como las demás, Clete evitó preguntarse si su padre se habría sentido orgulloso de él.

Encendió la luz de la cocina.

Gray Bondurant se encontraba sentado a la mesa. Se había servido café.

—Buenos días, Clete.

Habló con voz firme. Su postura desgarbada no era precisamente de confrontación y, sin embargo, Clete sabía que para Gray Bondurant la traición suponía la peor ofensa. Y Gray Bondurant era un hombre peligroso.

Clete se preguntó si la evocación de su padre, de las hogueras y los rodeos auguraba su muerte inminente a manos de un hombre al que había ofendido gravemente. Se avergonzó del miedo que lo invadió.

Por supuesto, no dejó entrever su temor en tanto se servía café y se sentaba a la mesa de la cocina, uniéndose a su huésped no invitado. Habría gastado saliva en balde si le hubiese preguntado cómo había entrado en la casa. El complejo sistema de alarma estaba activado, mas este no habría supuesto un obstáculo para el exmarine que había penetrado en una prisión del Próximo Oriente.

Sostuvo la glacial e implacable mirada de Bondurant y tomó un reconfortante sorbo de café.

—Supongo que decir que lo siento no colará.

—Claro que no, Clete. Quítame a los perros de la espalda.

—No puedo, ya no está en mis manos. Ha ido demasiado lejos.

—¡Y un cuerno! Tú echaste la bola a rodar, tú puedes pararla. ¿O acaso tanto alardear de tu poder no es más que una fanfarronada?

Bondurant era un adversario digno; no iba a dejarse convencer con parloteo, de modo que Clete decidió ir directamente al grano.

—¿Qué quieres?

—Quiero encontrar a Vanessa y devolvértela, pero no puedo hacerlo con el FBI a mi espalda.

—Vanessa ya no corre peligro.

—¿Lo crees?

—Se encuentra en Tabor House.

—Sé dónde está.

Clete se preguntó cómo había conseguido la información, si bien sabía que no serviría de nada preguntárselo.

—Anoche hablé con Dex Leopold. Él es el director del centro. Le he advertido que más le vale que Vanessa regrese a mí sana y salva.

Bondurant soltó un bufido cargado de desdén y se inclinó sobre la mesa.

—¿Creíste algo de lo que Barrie y yo te dijimos acerca del embarazo de Vanessa y de la supuesta muerte del bebé a causa del SMSL?

Siendo el político que era, Clete guardó silencio.

—Si crees que hay algo de cierto en lo que te dijimos, ¿esperas que David lo deje pasar ahora? Lo conoces mejor que nadie, Clete. Si de hecho asfixió al bebé de Vanessa, ¿crees que existe la más mínima oportunidad de que la deje vivir para que pueda contarlo?

Clete rumió la pregunta, si bien la respuesta resultaba espantosamente sencilla.

—¿Qué quieres? —repitió bruscamente.

—Libertad para moverme sin miedo de que me detengan. No me importa cómo lo hagas, pero haz que me deje en paz el FBI.

—¿Cómo esperas que yo...?

—No me vengas con esa mierda, encontrarás el modo y serás convincente. Diles que no te entendieron, que te citaron erróneamente y que te engañaron, que es un abuso. Inventá algo que sea creíble. Quítamelos de encima. A cambio, tendrás a Vanessa.

—De todos modos la tendré.

—Lo que no sabes es si la tendrás viva.

—David no se atrevería a tanto; a él también le he advertido.

—Pues con más razón hemos de actuar con rapidez.

—Prefiero hacerlo solo, gracias.

—De acuerdo, haz lo que quieras. Pero has de saber otra cosa: Spence no había desaparecido misteriosamente, está vivo y sano... en Washington.

—¡Y un cuerno! Creí que lo habías matado.

—Bueno, no lo hice, aunque puede que viva justo el tiempo necesario para lamentarlo. ¿Crees que él y David dejarán que el FBI me interrogue? Nunca. Antes que eso intentarán matarme.

—Así que estás negociando para salvar tu pellejo, no el de Vanessa.

Esa pulla provocó una chispa de enfado en los ojos del hombre, que, no obstante, permaneció tranquilo.

—Spence no permanecerá invisible para siempre. Aparecerá y, cuando lo haga, lo hará público y se reirá a tu costa. Vas a parecer un viejo chocho por haber provocado una falsa alarma. Yancey y el FBI te acusarán por entrometerte y haberlos involucrado en una farsa.

»Después de eso, ¿quién va a creerte cuando culpes a David de cualquier desgracia que sufra Vanessa? Nadie. Te descartarán por considerar que sufres alucinaciones y dirán que eres senil. David habrá ganado la partida.

—Mientes. —Bondurant no se dignó negarlo, sino que se limitó a clavar en Clete sus fríos ojos azules—. Le expliqué a David anoche por qué llamé a Yancey e hice que se iniciara la investigación. Si Spence estuviese vivo todavía, me lo habría dicho.

—¿Ah, sí? ¿No será que te está tendiendo una trampa? —Bondurant se inclinó ligeramente de nuevo—. Siendo tan astuto, Clete, estoy seguro de que habrás ideado un delicioso plan para destruir a David por haber matado a tu nieto, pero tu plan requerirá tiempo y el tiempo es algo de lo que no disponemos.

Lo que decía tenía sentido; sin embargo, Clete no estaba dispuesto a concederle la victoria.

—¿Y si no hago lo que me pides?

—Entonces, buena suerte. Tendrás que apañártelas solo.

—Llevo muchísimo tiempo haciendo las cosas a solas y mi expediente de éxitos es bastante bueno.

—Entonces, ¿por qué no está Vanessa aquí contigo, en lugar de encontrarse encerrada en una clínica, incomunicada, cuidada y vigilada por el perro faldero de David, George Allan?

Buena pregunta, para la que Clete no tenía respuesta. No obstante, le costaba rendirse. Desdeirse no formaba parte de su naturaleza.

—Estás echándote un farol. Quieres que Vanessa regrese tanto como yo. Con o sin mi intervención, lucharías contra el FBI y contra cualquiera a fin de asaltar el castillo por asalto y rescatarla.

—Puede que antes sí, pero ahora te aseguro que no.

—Te has conseguido otra chica, ¿eh? ¿Barrie Travis?

Clete no esperaba que picara el anzuelo y no lo hizo.

—En muchos aspectos, Vanessa es una mujer deliciosa, pero es egoísta.

—¡Óyeme bien! —Clete agitó el índice frente a la cara de Bondurant—, no pienso dejar que ni tú ni nadie critique a mi hija.

Bondurant hizo caso omiso del comentario y prosiguió.

—Aprendió de muy niña cómo protegerse y tú fuiste un excelente maestro. La primera prioridad de Vanessa ha sido siempre su propia persona y nunca tanto como cuando renuncié a mi puesto en la Casa Blanca; dejó que yo cargara con lo peor de los rumores que corrían acerca de nosotros; nunca dijo nada para defenderme, nunca intercedió por mí ante David.

—Entonces, ¿por qué quieres ayudarla ahora?

—Por patriotismo.

Clete resopló.

—Para engrandecerte, más bien. Eres un héroe y salvar a la primera dama supone un reto irresistible.

—No es tan romántico, Clete. Un bebé inocente ha muerto. ¿No merece ser castigado su asesino? También quiero poner fin a mi relación con la presidencia de David, quiero que se acabe de una vez para siempre y eso no ocurrirá hasta que lo derroque y haga públicas sus asquerosas interioridades. Además, aunque ya no siento afecto por Vanessa, no merece morir.

—San Gray —espetó Clete sarcástico.

Bondurant se levantó, indicando que ya no pensaba continuar regateando. De pie, junto a la mesa, parecía extraordinariamente poderoso. Clete perdía en la comparación. La musculosa fuerza del joven lo hizo sentirse viejo, blando y débil.

—¿Qué piensas hacer, Clete? ¿Pongo en marcha un rescate?

—Lo pensaré.

—No me basta con eso. Llama a Bill Yancey... ahora... o desaparezco y la vida de Vanessa estará exclusivamente en tus manos. Eres lo bastante malo y astuto para derrotar a David y sobrevivir. Ella, no.

Clete nunca se rendía. Nunca. Pero de su época en el equipo de fútbol de la Universidad de Mississippi había aprendido cuándo convenía detenerse y patear la pelota.

Al alejarse de la tumba recién cavada y dirigirse a su coche, dos hombres se acercaron y la flanquearon.

—Señorita Travis.

—¿Sí?

Le enseñaron sus identificaciones del FBI.

—Quisiéramos hacerle unas preguntas.

—¿Ahora? —inquirió asombrada—. Por si no se han dado cuenta, esto es un entierro.

—Nos hemos fijado y lamentamos lo del señor Fripp. Nos ha costado encontrarla y supusimos que se hallaría aquí.

—Su insensibilidad es imperdonable.

Un número patéticamente reducido de personas asistieron al breve servicio laico del entierro de Howie Fripp. Los presentes eran casi exclusivamente compañeros de trabajo de la WVUE, la mayoría de los cuales utilizaban el entierro como excusa para tomar una hora adicional para la comida. Ahora regresaban charlando a sus coches; habían cumplido con su responsabilidad moral y podían divertirse en horas de trabajo.

Las lágrimas de Barrie eran auténticas. Se sentía realmente triste, no solo por el modo horrible en que Howie había perdido la vida, sino porque no se castigaría el crimen y porque a nadie le importaría.

Un agente la sacó de sus tristes pensamientos.

—Aunque no sea un buen momento, señorita Travis, quisiéramos hablar con usted.

—Me tienen rodeada, ¿qué remedio me queda? Pero ¿les molesta que nos alejemos un poco más de la tumba?

—Claro que no.

Cuando llegaron al coche de Barrie, esta se secó los ojos por última vez y se volvió hacia ellos.

—Le conté a la policía todo lo que sabía acerca del asesinato del señor Fripp. Tomaron mi declaración en el lugar del crimen.

—No hemos venido por eso.

—¿No? —Barrie fingió sorpresa y perplejidad—. Entonces, ¿por qué?

—Gray Bondurant.

—¡Ah, él! —exclamó en un tono que daba a entender que, si por ella fuera, podía morir—. Se cruzó de brazos y asumió una pose aburrida pero contrariada—. ¿Qué desean saber, caballeros, acerca del exhéroe de nuestra nación?

—Para empezar, dónde está.

—No lo sé. Ni quiero saberlo. Es un desgraciado.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—Tenemos entendido, señorita Travis, que han pasado mucho tiempo juntos últimamente —dijo uno de los agentes.

—Es cierto... más bien *pasábamos*, hasta ayer, cuando apareció en la lista de los hombres más buscados de América. Como si yo no tuviese ya suficientes problemas. —Barrie puso los ojos en blanco—. Primero, mi casa voló por los aires y mi perro murió en la explosión; luego tuve que aguantar

los gritos del senador Armbruster, incidente que hizo que me echaran del trabajo. Finalmente, tuve un... bueno, ya saben —comentó en un tono remilgado—, me enrollé con ese tipo, pero ¿qué mujer no se sentiría atraída por él? Es un héroe nacional, de los fuertes y silenciosos. Es muy sexi, y tiene unos ojos que... —Se estremeció fingiendo deleitarse—. Bueno, nos llevábamos bastante bien, hasta que ayer vi su foto en el telediario. Le dije que se largara y eso ha hecho. —Soltó un suspiro nostálgico—. Debí saber que era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Como les he dicho, ayer.

—¿A qué hora?

—Veamos... a última hora de la tarde.

—¿Puede ser más concreta?

—No. Hasta que vi la noticia no estaba mirando la hora.

—¿Qué estaba haciendo?

Le dirigió una mirada que lo decía todo.

—Ya veo. Tenía una... cita.

Barrie soltó una risita.

—Es un modo anticuado de describirlo, pero sí.

—¿Dónde?

—En un motel. No recuerdo el nombre.

—¿Dónde está situado?

—Ni idea. Al lado de una carretera, eso sí lo recuerdo. No me fijé hacia dónde nos dirigíamos.

—¿No tiene idea de en qué parte de la ciudad se encontraba?

Barrie agachó la cabeza y se mordió el labio inferior con expresión angustiada.

—Yo... Eh... ¡Dios!, esto me avergüenza *terriblemente*. Gray, el señor Bondurant, conducía, ¿entiende? Y yo... ¡Caramba! ¿Puedo decir sencillamente que camino del motel no estaba sentada derecha y que mi cabeza se encontraba debajo del tablero?

Los agentes intercambiaron otra mirada; la ceja de uno subió hasta las entradas del cabello.

—Ni siquiera estoy segura de que el motel tuviera nombre —prosiguió la joven—. Él escogió el lugar, que por cierto, era bastante cutre. Ya saben, de esos que alquilan por horas, donde las sábanas limpias son optativas. Encima de que lo buscan los federales... lo siento, chicos, no quería ofenderlos... bueno, digamos que Bondurant es agarrado. En nuestra primera cita me llevó

a un hotelucho de paso. ¿Se lo imaginan? Si no hubiese sido tan bueno en la cama, ¡y no hubiese tenido esos ojos azules!, esa habría sido la última vez.

Uno de los agentes se aclaró la garganta.

—Eh, ¿le habló el señor Bondurant acerca de Spencer Martin?

—Claro. Todo el tiempo. Eran amiguetes. Ellos dos y el presidente son uña y carne.

—¿Mencionó que el señor Martin había ido a verlo en Wyoming?

—Sí. De hecho, creo que yo llegué un día o dos antes que el señor Martin. Fui allí con la idea de hacer un reportaje sobre Bondurant. En seguida nos llevamos bien, ¿entienden? Me siguió a Washington, pero antes de que pudiera hacer el reportaje, me pusieron de patitas en la calle. Ahora me entero de que es más peligroso de lo que creía.

—¿Le parecía peligroso?

Ella esbozó una sonrisa angelical.

—Para mi libido.

—¡Oh!

—¿Mostró en algún momento hostilidad hacia el señor Martin o el presidente?

—No. De hecho, hace poco que vio al presidente. —Barrie les guiñó un ojo—. Pero apuesto a que ya lo saben, ¿verdad?

—¿No ha tenido contacto con Bondurant desde ayer por la tarde?

—No, lo siento. ¿Puedo irme ya? Los entierros no son mi plato favorito. —Barrie hizo ademán de abrir la portezuela—. Además, no hay nada más que pueda decirles. Liarme con el señor Bondurant, por mínimo que fuera el lío, fue solo una de las malas elecciones que he hecho últimamente. Estoy segura de que han oído hablar de algunas de mis meteduras de pata más conocidas. Esta es una que quisiera olvidar cuanto antes.

—Si se pone en contacto con usted...

—No lo hará. Cuando le dije que se largara comenzó a soltarme uno de esos rollos machistas, ya saben, «¿cómo te atreves a abandonarme?».

—En caso de que se ponga en contacto con usted, por favor, llámenos.

—Lo haré, no lo dude. —Cogió la tarjeta que le dio el agente y la metió en su bolso—. No quiero más problemas. Si se pone en contacto conmigo, se lo haré saber.

Le agradecieron el tiempo que les había dedicado y regresaron a su sedán. Barrie los observó irse. No sentía hostilidad hacia ellos, eran de los buenos, hacían el trabajo que ordenaban sus superiores, seguían las reglas.

No así el equipo de vigilancia apostado en la manzana donde vivía Daily. Todavía no habían entrado violentamente a buscar a Gray, y esto confirmaba lo que Daily, Gray y ella sospechaban, o sea, que formaban parte del ejército personal de Merritt en el FBI, bajo el mando de Spencer Martin, que no quería que encontraran e interrogaran a Gray.

En cualquier momento, el presidente o su asesor podían ordenar a esos hombres que entraran y eliminaran a la maldita pandilla de saboteadores que vivía en casa de Daily. ¿Por qué no lo habían hecho ya?

Esa pregunta los atormentaba. Según Gray, no lo habían hecho porque tenían planeado algo más complejo, querían que él, Barrie y Daily cayeran en su propia trampa.

Barrie se temía que Gray tuviera razón.

Capítulo 38

Daily hizo señas al *hippy* que vendía rosas en un concurrido cruce. En menos de cinco segundos este se encontraba tumbado en el suelo de la parte trasera del vehículo y Daily cruzó con el semáforo en verde.

—Bien hecho, Daily —dijo Gray al quitarse la peluca y la cinta—. Están tres coches más atrás y entre ellos y tú hay un autobús.

—Voy mejorando con la práctica —contestó Daily—. ¿Cómo va la venta de flores?

—Lucrativa, odio tener que dejar el negocio. ¿Quién es esa? —inquirió refiriéndose a la pasajera del asiento delantero.

—La llamo Dolly.

Dolly era una muñeca hinchable de ojos grandes, que vestía una chaqueta de Barrie y una peluca de color castaño aún más enmarañada que la trenza *hippy* de Gray. El cinturón de seguridad la mantenía sentada.

—Se supone que soy yo —comentó Barrie, agachada en el otro rincón de la parte trasera.

Sin levantar demasiado la cabeza, Gray examinó la muñeca.

—Se parece bastante.

—Me alegro de que lo digas —declaró Barrie impasible—. Ahora no lamento haber hablado mal de ti al FBI.

Le contó que los agentes la habían interrogado después del entierro de Howie.

—Eso fue antes de que Armbruster confesara su error y te quitaran de la lista de los más buscados. No sé lo que le dirías, pero funcionó. Apareció en todos los telediarios de la tarde afirmando que había habido un problema de comunicación y dio a entender que el error se debía al personal de su oficina, cuya eficacia se está revaluando. A través del senador, Merritt aseguró a la nación que Spencer Martin está resolviendo «un asunto personal delicado».

—Lo que cubre desde una operación de hemorroides hasta alta traición.

—Exacto. Y que volverá a su puesto en la Casa Blanca en cuanto lo solucione. Algunos de sus colegas criticaron a Clete, pero él aceptó las

críticas con buena cara.

—Háblale de la llamada que recibiste del Ministerio de Justicia.

Como habían acordado, Daily conducía sin un destino concreto, en un intento por deshacerse de la vigilancia, y esto no le impedía escuchar su conversación.

—¿De tu fuente?

Barrie asintió con la cabeza.

—Me dejó el mensaje en mi busca. La llamé, pero en vez de darme una información que ya tenía, o sea, que habían cancelado la búsqueda, mi fuente quería información.

—¿Como qué?

—Como «¿qué diablos está ocurriendo?». Fin de la cita. Debido a la pequeña metedura de pata de Armbruster, Yancey y el departamento de investigaciones criminales del FBI están todos un poco díscolos. Francamente, me alegro. —Le sonrió provocativamente—. Bien, cariño, eso es todo por mi parte. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Encontré Tabor House.

Barrie y Daily iban preparados por si Gray hallaba la clínica.

—¿Crees que has perdido a los que nos siguen, Daily?

—Hará unos cinco minutos.

—Pero puede que haya un trazador electrónico en el coche —observó Gray—. No he encontrado transmisor, aunque eso no significa que esté limpio. Tenemos que hacer el cambio deprisa.

Siguiendo las instrucciones de Gray, Daily condujo hacia un aparcamiento de varias plantas en el que Gray había dejado otro vehículo. Barrie y Gray se bajaron. Daily hizo lo mismo, dejando el suyo en punto muerto.

—Cuidaos.

—Estoy más preocupada por ti que por nosotros. ¿Estás seguro de que tienes suficiente oxígeno en el tanque? —inquirió la chica.

—Sí.

—Paséate en coche, cena, actúa con la mayor naturalidad posible —le pidió Gray—. Manténlos ocupados unas horas, pero no te arriesgues. Sobre todo no te arriesgues.

—Lo sé, lo sé —respondió malhumorado Daily—. Hemos repasado esto una docena de veces, sé lo que tengo que hacer.

—Estarás bien. Vamos, Barrie.

Esta se rezagó, deseando que Daily no pareciera tan frágil. Las maniobras de contrainteligencia y los aparatos respiratorios no eran compatibles.

—Pase lo que pase, regresaremos antes del amanecer. Iré a verte en cuanto pueda. Prométeme que tendrás cuidado.

—Lo tendré.

—Y que no te irritarás con Dolly.

—Es una tía fácil, no fastidia nunca.

—Y prométeme que, si empiezas a sentirte mal, irás a casa.

—Te lo prometo.

—Lo prometes, ¡pero no lo harás! —exclamó Barrie con creciente consternación—. Sé que no lo harás.

—¡Barrie! —Gray la llamó desde el asiento delantero del otro coche—. Muévete.

—Anda, que vas a echar a perder el plan de Gray.

Daily trató de entrar en su vehículo, pero Barrie le cortó el paso y lo abrazó con fuerza...

—Eres mi mejor amigo, Daily —le susurró—, para toda la vida.

—Sí, sí —respondió él malhumorado.

La joven dejó que la apartara, si bien no se dejó engañar por su brusquedad. Su renuencia a despedirse se compaginaba con la de ella y de pronto tuvo un mal presagio.

—Daily...

—Todo irá bien —aseguró este y se sentó detrás del volante.

Barrie asintió con la cabeza, cerró la portezuela e intentó captar su mirada, pero él se negó a mirarla al poner el coche en marcha. La chica dio unos pasos hacia atrás y se quedó allí plantada hasta que las luces traseras desaparecieron al tomar una curva cerrada al final de la planta.

—¿Barrie?

—Ya voy. —Entró en el vehículo con Gray. En el asiento delantero, a su lado, había una bolsa de papel—. ¿Qué es esto?

—Provisiones. ¿Qué es eso? —preguntó él señalando su bolso de cuero.

—Una cámara de vídeo —contestó ella distraída—. ¿De veras crees que Daily estará bien, o solo dijiste lo que él y yo queríamos oír?

Gray frenó y se volvió hacia ella.

—Quizá sería mejor que te quedaras con él, que lo protegieras y me dejaras hacer esto solo.

La facilidad con que descartó cualquier posible contribución suya la enfureció.

—¡Vete al diablo, Bondurant!
—¡Creo que allí es adonde vamos!

Condujeron hacia un barrio de clase media; Gray aparcó a mitad de una manzana.

—Vigila —le dijo—. Voy a quitarme esto.

—¿El qué?

—La ropa.

Gray se sentó en el asiento trasero y cambió los vaqueros desteñidos y la camiseta al estilo *hippy* por un traje gris pizarra, camisa blanca y corbata oscura.

—Deberías haberme avisado —comentó Barrie—. No voy muy elegante.

—¿No te dijo tu madre que era mejor ir demasiado elegante que no lo suficiente?

—Probablemente, pero nunca le hice mucho caso.

—Bueno, pues, hazme caso ahora. —Gray abrió la portezuela—. No hagas ruido y haz exactamente lo que te diga.

Protegidos por las sombras se dirigieron a la casa de la esquina, en la que se veía luz en casi todas las ventanas. Una televisión en la estancia del frente imprimía una luz azulada que se vislumbraba a través de la persiana entreabierta.

En el sendero había un coche y una furgoneta-caravana. Gray le dijo que aguardara junto a los arbustos que separaban esa propiedad de la del vecino. Le dejó la bolsa y se aproximó a la caravana por detrás. La portezuela se hallaba cerrada, pero Gray forzó la cerradura en pocos segundos y con una mano indicó a Barrie que se acercara. Ella salió de su escondite y corrió hacia la caravana. En cuanto ambos estuvieron dentro, Gray cerró la puerta y la cerradura desde dentro.

—Siéntate.

Le señaló un banco acolchado que estaba pegado a una pared. Se quitó la americana y la dobló sobre el regazo al sentarse.

Barrie abrió los brazos.

—¿Qué estamos haciendo?

—Esperar.

—Lamento tener que decírtelo, capitán Maravilla, pero esto no es Tabor House.

—El tipo que vive aquí trabaja allí. Encontré la clínica por la mañana, justo cuando los del turno de noche salían, y lo seguí.

—¿Cómo sabes que no es su noche libre?

—No lo sé.

—¿Cómo sabes que esto funcionará?

—No lo sé.

—¿Qué pasará si no funciona?

—Intentaré otra cosa. Ahora, ¿podrías dejar de hacer tantas preguntas? Alguien podría oírnos. Siéntate.

Ella obedeció y se sumió en un malhumorado silencio. Al poco rato el banco acolchado ya no parecía acolchado.

—Eso de ser un comando no es tan fascinante como dicen. Es aburrido —observó al cabo de una hora.

—Sss.

Gray alzó la mano pidiéndole que se callara.

A través de las paredes de la caravana, la joven oyó cerrarse de golpe lo que parecía una puerta de tela metálica, luego distinguió dos voces, una masculina y la otra femenina.

—Conduce con cuidado —decía la mujer.

—Lo haré.

—¿Vas a trabajar doble turno?

—No, regresaré a eso de las ocho.

—Tendré el desayuno preparado.

La voz del hombre se hacía más alta a medida que se aproximaba a la furgoneta.

—Que duermas bien. Adiós.

Oyeron sus pisadas en el cemento y, a continuación, un *clic* metálico cuando abrió la portezuela del conductor. La caravana se meció ligeramente cuando entró. Gray se dio cuenta de que Barrie estaba a punto de hablar y se puso un dedo sobre los labios.

El motor se puso en marcha. Sintieron una ligera sacudida cuando el hombre soltó el freno de mano. En cuanto emprendieron el camino, los bafles de la furgoneta despidieron música country a todo volumen.

—La música es de propina —aseguró Gray—. Ahora podemos hablar sin que nos oiga.

—¿Trabaja en Tabor House?

—A juzgar por el mono que lleva, supongo que en el departamento de ingeniería o en conserjería.

—¿Cómo es?

—¿La clínica? Una mansión reconvertida de estilo georgiano, con jardines exuberantes rodeados por un muro muy alto. Está muy aislada, a unos quince kilómetros de la carretera estatal, y no es fácil de ver si no se busca expresamente. Se entra y sale por el mismo sendero, y en la verja hay un guardia armado.

—Va a meternos dentro —dijo Barrie, que por fin entendía el plan de Gray.

—Esa es la idea.

—¿Qué ocurrirá si el guardia registra la caravana?

—Todos los coches de los empleados tienen una calcomanía en el parabrisas.

—Muy ingenioso.

—Guárdate los cumplidos para cuando hayamos salido enteros.

El comentario la devolvió a la realidad y la obligó a cambiar de tema.

—¿Qué ocurrió con Armbruster? —En cuanto Gray le hubo hablado de su encuentro, le preguntó—: ¿Confías en él?

—Hasta ahora ha cumplido con su parte del trato. Voy a hacer todo lo posible por cumplir la mía.

—Me cuesta creer que se tragaran lo que dijo acerca de la incompetencia de su personal.

—Clete puede retorcerle el brazo a cualquiera.

—Aun a su...

—Y cuando lo retuerce y no funciona, lo arranca. Habló con la gente indicada y se hizo entender, nada más. Quiere que le devuelvan a su hija, a cualquier precio, de modo que está dispuesto a hacer un trato hasta con el diablo, o sea, conmigo, a condición de que salve la vida de Vanessa.

Lo que motivaba a Gray era el amor. Barrie no se había permitido pensar mucho en ello, ni tampoco en la profundidad de la gratitud de Vanessa y la forma que tomaría cuando todo esto acabara.

En el mejor de los casos, Vanessa sobreviviría, pero no su matrimonio con David Merritt, y sería libre para vivir feliz con el héroe que la había salvado de su marido asesino.

Y Barrie tendría lo que deseaba: la tan esperada exclusiva que finalmente haría que su carrera despegara y llegara a alturas que nunca hubiese creído posibles. Eso era lo que más había deseado, ¿no?

—Supongo que no has traído una baraja para matar el tiempo, ¿verdad? —inquirió de mal humor.

—Si estás aburrida, puedes cambiarte. —Gray indicó la bolsa con la cabeza—. Ahí tienes tu disfraz.

En ella había un uniforme de enfermera —pantalón y chaqueta de poliéster, ambos de color coral—, un par de zapatos blancos y un mono azul marino.

—Las enfermeras no usan el mismo uniforme, de modo que no llamarás la atención.

Barrie echó el contenido en el suelo alfombrado.

—¿Y el mono?

—Es mío.

—Muy elegante. —Barrie se puso en pie y cogió la hebilla de su cinturón—. ¿No vas a darte la vuelta?

—No, pero tú puedes dártela.

Si Gray no pensaba hacer una montaña del asunto, ella tampoco lo haría. Podía mostrarse tan desenvuelta como él, se dijo al quitarse los zapatos y sacarse la faldilla de la blusa. Al menos la caravana estaba a oscuras y solo se filtraba un poco de luz entre las cortinas de las ventanillas.

Tras desabrocharse el cinturón se bajó la cremallera del pantalón y se lo quitó; a continuación lo dobló y lo metió al fondo de la bolsa. Luego se desabrochó la blusa y se la quitó, mas no así el sostén y la braguita. Al menos hacían juego, al menos eran nuevos, recién comprados en Victoria's Secret.

Sin embargo, Barrie no era precisamente una modelo de ropa interior, ni una Vanessa Merritt. Quizá la penumbra fuera amable y suavizara las comparaciones.

De pronto la velocidad de la furgoneta empezó a aminorar. Barrie miró a Gray y este echó un vistazo a su reloj.

—No hemos tenido tiempo de llegar. ¿Por qué se para?

—¿Para repostar?

—No lo sé. —Gray echó un vistazo sin descorrer las cortinas—. No veo nada.

La furgoneta siguió ralentizando y se detuvo. El conductor apagó el motor y la radio. Su portezuela se abrió con un chirrido y la cabina se meció cuando salió.

—Hola, bombón —le oyeron decir—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Capítulo 39

Daily se tomó en serio su misión de señuelo.

Poco después de separarse de Barrie y Gray en el aparcamiento, vio un sedán gris que lo siguió varias manzanas a una distancia segura. Tras serpentear adrede por varias calles de la ciudad, estuvo seguro de que lo seguían de nuevo.

Quizá Gray tuviera razón y hubiesen colocado un trazador electrónico en su coche. O tal vez los cabrones tuvieron suerte al encontrarlo de nuevo. O quizá la policía secreta de Merritt se hubiese infiltrado más a fondo de lo que Gray se imaginaba. Esa posibilidad resultaba escalofriante. Sin embargo, no era probable que estos matones abordaran en una calle concurrida a un viejo que padecía enfisema. Daily se sentía relativamente seguro.

La primera hora se divirtió con el juego, si bien la monotonía acabó por aburrirlo. Tras bostezar tres veces en cinco minutos, encendió la radio y puso una emisora de música rap, por el simple hecho de que odiaba con pasión esa música y, si ese asqueroso estrépito no lograba mantenerlo alerta y tenso, nada lo haría.

Cuando su estómago empezó a gruñir, se detuvo en un MacDonalld's y pidió Big Macs para él y para Dolly. El joven en la ventanilla se dio cuenta de que la compañera de Daily era una muñeca hinchable, aunque no hizo ningún comentario, ni Daily le dio una explicación. Más valía que el chico creyera que era un perverso y no un subversivo.

Aparcó frente al comedor y, mientras ingería su hamburguesa y sus patatas bravas, observó, distraído, ir y venir a otros clientes. Como no tenía mucho apetito, apenas comió la mitad y habría podido jurar que Dolly lo miraba con cara de reproche cuando tiró las sobras a la papelera.

No le apetecía conducir de nuevo y con las manos sobre el regazo continuó contemplando a la clientela del MacDonalld's. Le interesaron especialmente las parejas con hijos. Estas familias aparentemente felices constituían la prueba de que el ideal no resultaba del todo inalcanzable. No

obstante, en lugar de proporcionarle placer, los chiquillos, con su menú infantil, hicieron que se sintiera muy triste.

Reconoció, y no por primera vez, que se había perdido lo realmente importante de la vida, que debió casarse con la dulce maestra que estaba tan loca por él; la noche en que se conocieron se enamoró perdidamente de sus bondadosos ojos castaños y sus modales suaves; una sonrisa suya le hacía sentirse en la cima del mundo.

Sin embargo, él siempre dio su amor por sentado y la trató mal; en demasiadas ocasiones decidió trabajar hasta tarde en lugar de acudir a la cena que habían programado; ella siempre quedó en un segundo plano por detrás de los buenos reportajes; y cuando se trataba de elegir entre llevarla al cine y seguir un pista caliente, el cine perdía.

Era amor de veras, y a él lo aguantó más tiempo del debido. No obstante, él puso su paciencia demasiado a prueba y ella renunció y se casó con otro, con un hombre más estable y atento, uno que no estaba tan obsesionado por su trabajo y por su libertad.

Es extraño cómo la libertad de la juventud se convierte en soledad en la vejez.

Últimamente pensaba cada vez más en ella y en lo que pudo haber sido.

Al darse cuenta de lo conmovedor de sus pensamientos, se despreció por su autocompasión. *En algún momento me convertí en un lamentable viejo chocho.*

Exasperado por su ensueño sensiblero, encendió el motor y dio marcha atrás para salir del aparcamiento. El sedán, que se encontraba al otro lado de la calle, en un Taco Bell, el equivalente del MacDonal'd's, pero de comida mexicana, lo siguió. Daily tomó la carretera 66, que lo sacaba de la ciudad y, en el cruce con la 495, dio la vuelta y se dirigió hacia el noroeste. Le divirtió ver, por el espejo retrovisor, cómo el sedán intentaba no perderlo en el tráfico, aunque no era lo bastante ingenuo como para creer que era el único vehículo que lo seguía.

Entró de nuevo en Washington a través de Chevy Chase, en el estado de Maryland, se dirigió hacia el centro y bajó por la avenida Wisconsin, en la que grupos eclécticos dispuestos a pasar la velada en grande se peleaban por coger una mesa en los concurridos bares y restaurantes de Georgetown.

Dejándose llevar por el instinto, continuó conduciendo por la ciudad hasta llegar de nuevo a las afueras. Empezaba a aburrirse, a tener sueño y a cansarse de llevar tanto tiempo sentado detrás del volante.

Su mente regresó a la maestra de escuela. Fue un maldito tonto por dejarla ir, porque habría sido una esposa cariñosa, podrían haber tenido hijos e incluso nietos. Estos años otoñales no serían tan solitarios y no dependería exclusivamente de la compañía de Barrie, una gran chica a la que quería como si fuese su hija, pero que no era su pareja, y eso resultaba muy distinto.

De haberse casado con esa dulce dama ahora no tendría tanto miedo de morir.

—¡Menuda vida habría tenido, la pobre! —murmuró—. Tener que cuidar a un resollante viejo bobo.

Su propia voz lo sacó del ensueño. ¿Dónde diablos se encontraba? Sin darse cuenta, había ido a parar a un parque industrial consistente en una fila tras otra de almacenes casi imposibles de diferenciar y todos cerrados a esas horas de la noche. Remolques vacíos se hallaban abiertos en la zona de carga, cual las fauces de fieras salvajes.

El coche de Daily y el que lo seguía eran los únicos que circulaban por esa calle vacía. Más desorientado con cada vuelta que daba, se adentró aún más en el laberinto de cemento hasta llegar a un callejón sin salida.

—¡Mierda!

Echó un vistazo al espejo retrovisor y vio que el sedán lo seguía al callejón.

Por instinto, dio una vuelta en U y cuando estaba a punto de alcanzar al sedán, el conductor de este giró violentamente el volante hacia la izquierda y Daily tuvo que pisar el freno a fondo para evitar chocar con el costado del otro vehículo.

Le hubiera ido mejor de haberlo hecho, pues habría tenido la oportunidad de huir de la escena de un accidente, pero, dada la situación, mucho se temió que no habría modo de escapar de los tres hombres furiosos que salieron del coche y lo cercaron.

—Llegas diez minutos tarde.

El gimoteo de la mujer se oía a través de las paredes de la caravana.

—¡Mierda! —susurró Gray.

—¿Qué ocurre?

—Escogí a un donjuán con un dormitorio sobre ruedas. ¡Rápido!

Echó los zapatos, la ropa, la bolsa y el bolso en la litera que sobresalía de la caravana y se extendía encima de la cabina de la furgoneta.

—Súbete, rápido.

—Ni lo sueñes. Es como un féretro.

Sin tiempo para discutir, la cogió de un tobillo y, con la otra mano bajo su trasero, la arrojó sobre la litera, cuyo colchón se hallaba a menos de un metro del techo. Cuando no se usaba para dormir, esta servía para guardar la ropa y las almohadas adicionales. Haciendo palanca con los brazos y la barbilla, Gray se subió y se arrastró entre almohadas, mantas y sacos de dormir.

—Métete hasta el fondo.

Por una vez, Barrie hizo lo que se le pedía sin rechistar y se encogió cuanto pudo en un rincón.

Oían a la pareja acercarse a la parte trasera de la caravana.

—Me estoy cansando de esta situación estúpida —se quejó la mujer—. ¿Por qué no podemos ir a un motel?

—Porque esto es más privado.

—Y es gratis.

—No es por el dinero, en serio, nena. Los moteles guardan los registros. No quieres que mi vieja se entere, ¿verdad?

Mientras duraba la riña, Gray colocó bien los sacos de dormir enrollados y las almohadas en el extremo de la litera. Con suerte, los ocultarían cuando la pareja entrara en la caravana. A continuación aplastó a Barrie aún más contra el rincón y a toda prisa se cubrieron de pies a cabeza con una colcha.

—Cuando suban, esto estará realmente apiñado —susurró Barrie.

—¿Tienes una idea mejor?

Si la tenía, no tuvo tiempo de explicarla, porque la puerta trasera se abrió y la luz del techo se encendió. La caravana se meció con el peso del hombre cuando entró.

—Vamos, nena. —Soltó un suave silbido—. Eres pura dinamita esta noche. ¿Es nueva esa blusa?

—¿Te gusta?

—Mucho. A ver cuánto tardamos en quitártela.

—¡Eres un animal!

Cerraron la puerta y apagaron la luz. A partir de ese momento solo se oyeron risas, suspiros, sonidos húmedos, aspiraciones de besos apasionados, el susurro de la ropa, el ruido de la cremallera de una bragueta, un gemido bajo...

—Eres una bestia.

—¡Puedes estar segura, nena! Más fuerte.

Más suspiros y besuqueos.

—Estoy a punto de correrme ya —jadeó el hombre—. Vamos...

—¿Tenemos que subir allí? —preguntó la mujer con voz quejumbrosa—. Lo odio. La última vez me di un golpe en la cabeza con el techo.

—De acuerdo, de acuerdo, solo...

—¡Espera! —chilló la mujer—. No las rompas. Me las voy a quitar si te esperas un segundo.

Al parecer el pobre cabrón había llegado al punto crítico y se oyeron golpes contra la pared o el suelo, Gray no estaba seguro, ni quería estarlo, pues saber lo que ocurría allí abajo evocaría imágenes que en ese momento no podía manejar. Trató de pensar en algo, cualquier cosa, que apagara los inconfundibles sonidos del acto sexual. Cerró los ojos con fuerza, deseando poder cerrar igualmente el oído e interrumpir sus reacciones involuntarias, una sobre todo.

Barrie se hallaba totalmente quieta; apenas respiraba y se sentía tan tensa como él. Gray lo sabía porque percibía su quietud, su falta de aliento y su tensión. Era consciente de todo en ella, desde la fragancia de su champú hasta el tacto de los dedos de sus pies apoyados contra sus propias rodillas.

Lo que ocurría en el suelo parecía una escena de película pornográfica, la clase de película que unos cuantos hombres verían mientras ingerían unas cuantas docenas de cervezas. Era el tipo de situación relatada gráficamente en las más sórdidas revistas porno. Una fantasía sin valor artístico, ni siquiera elegantemente erótica... juvenil, burda y...

¡Al diablo! Gray se sentía más caliente que una caldera.

Se dio cuenta de que lo que lo excitaba no era lo que ocurría abajo, sino el hecho de estar abrazado a Barrie, medio desnuda ella y él totalmente vestido. El peligro de que lo descubrieran resultaba tan atractivo como cuando tenía seis años e iba a jugar a Adán y Eva con la hija del pastor al huerto de melocotoneros de este. Y uno de los peores trucos de la naturaleza era que cuanto más incapaz era el hombre de saciar su deseo, tanto más se excitaba.

Abajo, el hombre rebuznó y, un momento después, gruñó.

—¿Estuvo bien para ti, nena?

—No, y no creas que voy a fingirlo.

—No te preocupes, me encargaré de ti. Tengo muchos condones y todavía me quedan cuarenta y cinco minutos para ir al trabajo.

¡Cuarenta y cinco minutos!

Gray no aguantaría tanto tiempo. ¿Y Barrie? ¿La estaba afectando también? Sentía su aliento en el cuello, rápido y caliente. ¿Agitación o excitación?

Como si le hubiese leído el pensamiento, ella se movió un poco; las rodillas, dobladas hasta casi tocarse el pecho, empezaron a enderezarse, tan lentamente que al principio Gray creyó estar imaginandoselo. Pero llegaron al nivel de la hebilla de su cinturón y continuaron bajando. A Gray se le cortó el aliento mientras ella, moviéndose por fracciones de centímetro, presionaba su erección con las rodillas y luego deslizaba las pantorrillas por sus muslos, más abajo de sus rodillas, hasta que sus piernas estuvieron alineadas. Acabaron los dos frente a frente, vientre contra vientre, hombre contra mujer.

Barrie echó la cabeza ligeramente hacia atrás, luego un poco más. No se lo estaba imaginando, porque ya no sentía su aliento en el cuello, sino en los labios, y, aunque todo estaba oscuro bajo la colcha, supo que lo estaba mirando, que estaba mirando sus labios.

Eres tonto si lo haces, se dijo, pero inmediatamente inclinó la cabeza hacia la de ella y la besó.

Los labios de Barrie se separaron bajo los suyos, poco, pero lo bastante para que la lujuria le hiciera perder la cautela.

No lo hagas, Bondurant.

Sin embargo, nada más pronunciar las palabras mentalmente, su lengua empezó a hacer el amor a la boca de Barrie, esa dulce, sedosa y descarada boca. Sin hacer ruido, la mano de Gray se deslizó por la espalda de la chica, bajó hasta su trasero y la apretó firmemente contra él. Solo una capa de seda la separaba de la bragueta distendida de su pantalón. Barrie se frotó contra la bragueta con una sutil ondulación de las caderas.

Una especie de vibración gutural salió de la garganta de Gray. Ella se tensó. Él se tensó. Apoyó la mejilla contra la de ella y trató de respirar silenciosamente, cosa casi imposible puesto que su corazón latía a toda velocidad.

No obstante, la pareja de abajo ni los oyó ni se dio cuenta de su presencia, pues estaba centrada en el coqueteo verbal, en las bobadas que se dicen antes del acto, puntuadas por las agudas risitas de la mujer. Aunque hubieran estado revelando el paradero del cuerpo de Jimmy Hoffa, el famoso mafioso dirigente del sindicato de los camioneros, a Gray le habría importado un bledo.

Todo en él se concentraba en besar a Barrie, boca a boca, húmeda y voluptuosamente. Perdió la cuenta de las veces que la besó, de las veces en que su lengua saqueó la boca de Barrie. En ningún momento se separó de sus labios, ni siquiera cuando tuvieron que parar a fin de recuperar el aliento si no querían asfixiarse. Aun entonces, ella alzó la cabeza y la punta de su lengua

flirteó con el labio superior de Gray. Él la dejó jugar y provocarlo hasta que ya no lo soportó.

Introdujo la lengua profundamente en su boca; apretó su cuerpo aún más fuertemente y se deslizó contra su entrepierna. Allí se quedó... largo rato... haciéndole el amor con la mente. ¡Era como estar en el cielo y a la vez en el infierno!

Fue el encuentro sexual más sostenido, más intenso, más íntimo y más satisfactorio que hubiese experimentado jamás. Por una parte deseaba que acabara con un clímax explosivo y por otra que durara eternamente.

El desenlace, sin embargo, no dependió de él ni de Barrie, sino de los dos desconocidos.

Gray no volvió a la realidad hasta que la puerta de la caravana se abrió y la luz se encendió. Cerraron la puerta con llave desde afuera. La pareja se rezagó, planeando su próxima cita. La mujer ganó la discusión y él aceptó de mala gana encontrarse con ella en un motel.

Barrie y Gray permanecieron quietos, testigos involuntarios de la triste despedida de los amantes ilícitos. Finalmente, el interludio terminó cuando el hombre subió a la cabina de la furgoneta y puso de nuevo el motor en marcha.

En cuanto el vehículo se movió y la radio empezó a sonar a todo volumen, Gray levantó bruscamente la colcha evitando mirar a Barrie. Ahora que había terminado, fuera lo que fuese, se sentía exactamente igual que cuando el pastor los pilló, a su hija y a él, debajo de un melocotonero, comparando las dos mejores ideas que Dios tuvo jamás.

Se bajó del estrecho compartimento.

—Bájate y vístete.

Sabía que parecía brusco, pero no podía ser de otro modo. Barrie le había hecho olvidar todo lo que le habían enseñado; era capaz de resistir la tortura en manos del enemigo, de disociar su mente del dolor físico, pero los marines no le habían enseñado a resistirse a Barrie Travis.

Ella descendió sin ayuda. De los bafles salía la voz de Garth Brookes cantando algo acerca de beber whisky y cerveza con unos amigos en lugares de mala muerte. Gray agradecía dicho ruido, que ayudaba a llenar el incómodo silencio entre ellos mientras Barrie se vestía con el uniforme de enfermera. Gray volvió a ponerse la americana y, encima de esta, el mono; se subió la cremallera y se puso una gorra.

En cuanto Barrie acabó de vestirse se sentó en el banco. Gray le entregó el macuto que había cogido de la litera. En la semioscuridad reparó en que los ojos de la chica estaban abiertos de par en par, expectantes.

—Es la primera vez que me besas.

—¿Y qué?

—¿No vamos a hablar de ello?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque estamos a punto de intentar secuestrar a la primera dama de Estados Unidos y deberíamos pensar en la operación.

—¿La operación? Soy una mujer, Gray, no un miembro de tu equipo de reconocimiento.

—Tú insististe en venir. Si no te gusta cómo mando, puedes quedarte. Pero yo necesito concentrarme en...

—Una pregunta, por favor.

—¿Qué?

—¿Te gustó, nene?

Gray trató de no sonreír, pero fracasó y hasta soltó algo semejante a una risa.

—Cierra el pico, Barrie.

—Eso pensé.

Esbozó esa suave sonrisa de complicidad y pagada de sí misma que las mujeres dirigen a los hombres cuando saben que los tienen donde quieren.

Después, obediente, guardó silencio. No volvieron a hablar hasta que la furgoneta empezó a aminorar la velocidad. El conductor apagó la radio cuando se detuvo frente a la verja del guardia.

Gray la miró y susurró:

—Bueno, ya hemos llegado.

Capítulo 40

Dos de los tres hombres se acercaron al lado del conductor del vehículo de Daily, el otro fue al del pasajero y abrieron las dos portezuelas simultáneamente.

—¿Es usted el señor Welsh?

—¿Quién quiere saberlo?

Lo cogieron de un brazo y lo sacaron a la fuerza. Al oír el silbido del aire en el otro asiento, Daily supo que Dolly había pasado a la historia, apuñalada en el pecho con una navaja.

—¡Oiga! —gritó—. ¿Era necesario hacer eso? ¿Quién diablos se creen que son?

Costaba parecer duro cuando apenas podía respirar. Sonaba tan condenadamente débil que podría haberse reído de sí mismo.

Sin embargo, los tres hombres no reían; de hecho constituían el trío más siniestro que hubiese tenido el disgusto de conocer. De haber habido otro, le habrían hecho pensar en esa alegre pandilla, los cuatro jinetes del apocalipsis.

—Creemos que somos del FBI.

Le enseñaron brevemente sus insignias.

—Sí, claro —observó Daily con sarcasmo, a sabiendas de que eran matones de Spencer Martin.

—Lo hemos estado siguiendo toda la tarde, señor Welsh, y ya es de noche —dijo el que obviamente estaba al mando—. ¿De veras creía que nos dejaríamos engañar por esa estúpida muñeca? No somos idiotas, ¿sabe? ¡Vamos!, ¡una mujer que nunca habla, que nunca se mueve!

—¿Es una pregunta legítima o un comentario acerca de su vida sexual?

El chiste no divirtió al hombre, que lo hizo girar bruscamente, lo aplastó contra el parachoques, le juntó las manos en la espalda y se las ató con un cable de plástico a la vez que le leía sus derechos.

—¿Por qué me han detenido? No he hecho nada, a menos que ahora las muñecas hinchables sean ilegales. ¿Qué quieren de mí?

—Queremos hablar de sus huéspedes.

—¿Qué huéspedes?

—Apuesto a que cooperará si le arrancas el tubo de la nariz —sugirió uno de los hombres.

Daily luchó contra el pánico. Si lo desconectaban del tanque de oxígeno no tardaría en morir.

—No creo que sea necesario, aún no. —Las rodillas de Daily se debilitaron por el alivio, si bien las siguientes palabras indicaban que su indulto sería corto—. Nuestro jefe está realmente cabreado con usted y sus amigotes.

—¿Acaso cree que me importa! ¿No es lo suficientemente hombre Spencer Martin para venir a por mí personalmente? ¿O es que le tiene miedo a Bondurant?

—¿Spencer Martin? —El hombre se hizo el tonto—. ¿Acaso no ve el telediario? El señor Martin se ha ausentado brevemente de sus tareas en la Casa Blanca.

—Sí, claro. Ha caído muy bajo si ustedes son lo mejor de su repugnante ejército.

Los tres hombres se miraron.

Daily soltó una risita.

—¿Qué? ¿Les sorprende que lo sepa? ¿Creían que era un secreto? Pues se equivocan.

—Oiga, usted está mal de la cabeza. Haría bien en cooperar con nosotros. ¿Dónde están Barrie Travis y Gray Bondurant esta noche y qué están haciendo?

—Chúpame la polla, capullo.

Furioso, el hombre dio un paso hacia él, mas otro lo detuvo.

—¿Dónde están, Welsh? —gritó.

Daily sabía que estaba metido hasta el cuello y que, aunque les dijera lo que querían saber, no vería otro amanecer..., pues estos hombres no eran solo sus interrogadores, sino también sus verdugos.

La misión de Daily consistía en mantener ocupados a los chicos malos para que Gray y Barrie tuvieran tiempo de sacar a Vanessa Merritt de Tabor House. Daily no se iría cubierto de gloria, pero esta lo rozada. Como la beligerancia no funcionaba, cambió de táctica y fingió desmayarse.

—No me siento bien.

—Díganos dónde están y nos aseguraremos de que descanse.

Sí, un descanso permanente.

—En un motel —masculló.

—¿Qué motel? ¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Dónde?

—En uno que tiene Washington en el nombre.

—¿Sabe cuántos moteles de por aquí tienen Washington en el nombre?

—No —contestó con expresión inocente—. ¿Cuántos?

El hombre lo cogió de las solapas y lo alzó, de modo que apenas tocaba el suelo con la punta de los pies.

—Si quiere ver a la señorita Travis y al señor Bondurant vivos, más vale que recupere la memoria, y rápido.

—Está... está hacia Andrews —balbuceó Daily—. Fui con ellos en una ocasión. No me acuerdo de dónde está exactamente, pero lo reconocería si lo viera.

—De acuerdo, vamos.

El hombre lo empujó con tanto ímpetu que la cánula se le salió de la nariz.

—¡Mi oxígeno! —gritó—. ¡Lo necesito!

Forcejeó frenética e inútilmente contra las ataduras de las manos.

—Relájese, señor Welsh, que no vamos a dejar que se asfixie... no antes de que sepamos lo que tienen planeado sus amigos para esta noche.

Volvieron a meterle el tubo por la nariz; sacaron el tanque de oxígeno de su coche y transportaron a ambos, Daily y su tanque, al sedán gris. Cuando de un empujón lo introdujeron en el asiento trasero, sintió alivio al ver que también habían llevado los restos de Dolly.

Al menos no moriría completamente solo.

—Si alguien te lo pregunta, dices que sustituyes a una enfermera.

Gray llevaba diez minutos dándole instrucciones, desde que su adúltero conductor dejara la furgoneta para presentarse al trabajo. Como habían anticipado, el guardia de la verja le había dado paso sin registrar la caravana. Se encontraban, pues, en la propiedad, mas todavía no estaban en la clínica.

Gray había sacado identificaciones con foto, con nombres falsos, para que se las sujetaran al uniforme.

—No pasarán un escrutinio minucioso, pero parecen auténticas si no nos las miran muy de cerca.

—¿Dolly Madison? —Barrie leyó su nuevo nombre, el de la esposa del cuarto presidente de Estados Unidos, famosa por su encanto—. Hablando de Dolly, espero que ella y Daily estén bien.

—Le irá bien. Acuérdate de que probablemente hay cámaras de seguridad y que, aunque no veamos a nadie, alguien podría estar vigilando. Camina con naturalidad y...

—... y como si supiera adónde voy, lo sé, lo sé. Me lo has dicho al menos una docena de veces.

—Es solo que no quiero que nos descubran antes de que localicemos a Vanessa.

—¿Habrás guardas de seguridad en el interior?

—No lo sé.

—Si los hay, ¿estarán armados?

—Es posible... Sí, seguro que hay agentes del servicio secreto; pero yo me encargaré de ellos.

—Otra cosa... en cuanto tengamos a Vanessa, ¿cómo piensas sacarla de aquí?

—Plan A: arrancaré esta furgoneta haciendo cortocircuito en el encendido, tú y Vanessa podréis ir aquí atrás.

—¿Y el plan B?

—No tengo ni la menor idea.

—Estupendo —rezongó la joven.

No obstante, ella fue la primera en abrir la puerta de la caravana y salir.

Tabor House resultaba más extravagante de lo que se había figurado por la descripción de Gray. La casa constaba de tres plantas en forma de U en torno a un jardín central. Evitaron la grandiosa entrada principal y se dirigieron hacia la lateral, la de los empleados, que Gray había divisado el día anterior en su visita de reconocimiento. En esos momentos había cambio de turno. Médicos, enfermeras y el resto del personal se iban mientras otros se presentaban al turno de noche, llamado el turno del cementerio.

—Yo iré primero —avisó Gray al aproximarse—. Espera unos minutos y sígueme.

—¿Hacia dónde he de seguirte?

Él se encogió de hombros.

—No te preocupes, te encontraré. —Tan solo había dado unos pasos cuando de pronto regresó a su lado—. Barrie, si me ocurre algo, sal de aquí pitando, ¿entendido? Escóndete en el coche de alguien y sal como entramos. ¿De acuerdo?

La chica asintió con la cabeza.

—No lo harás, ¿verdad?

—No.

Gray frunció el entrecejo disgustado, se volvió y desapareció por la puerta de los empleados. En un intento de parecer despreocupada, Barrie abrió el macuto y, sin sacar la cámara de vídeo, se aseguró de que todos los mecanismos funcionaran. También comprobó si se había acordado de meter una cinta virgen. Sería típico de ella hacer algo histórico y olvidarse de poner una cinta en la cámara.

Al dirigirse hacia la entrada la asaltaron miles de dudas y una única certeza, o sea, que si no hacía esto, Vanessa Merritt moriría en este edificio. De modo que mantuvo la vista fija en los focos que había encima de la puerta, dejando que la guiaran cual un faro a un marinero en un arrecife peligroso.

Entró en lo que probablemente había sido un vestíbulo en el cual, en los tiempos en que Tabor House era residencia privada, la gente se quitaba la ropa y el calzado enlodados. Esta antesala llevaba a una espaciosa sala de descanso del personal, equipada con máquinas dispensadoras de alimentos y bebidas, una cafetera y una hielera industriales, varios hornos microondas, mesas, sillas y dos puertas que daban a los servicios. Una fila de casilleros cubría una pared. Alguien había hecho un cartel con una lista de extensiones telefónicas, con letras y números lo bastante grandes para que pudieran leerse desde cualquier punto de la estancia.

Ya casi se había terminado el cambio de turno y la gente se dispersaba. Un hombre, vestido de enfermero, esperaba a que su comida se calentara en un horno microondas; una enfermera hablaba por un teléfono público; otra buscaba algo en su casillero. Dos hombres con un mono igual que el de Gray se hallaban sentados a una mesa, tomando café y hablando de motores de turbina.

Nadie le hizo caso. Atravesó la sala como si fuese algo que hiciera cada día a las once de la noche.

Pasada esa sala, la clínica sufría un cambio drástico de personalidad. Fuera de su iluminada esterilidad, un pasillo hacía pensar en susurros y rígida formalidad, con sus paredes tapizadas de papel gofrado arriba y revestidas de madera abajo, y sus suelos enmoquetados. Candelabros de pared proporcionaban una suave iluminación. Barrie anduvo por ese corredor hasta que llegó a otro que lo cruzaba.

¿A la izquierda o a la derecha? ¿A la izquierda o a la derecha? *No parezcas furtiva, sino resuelta.* Pito, pito, colorido... De acuerdo, *a la derecha.*

El pasillo que eligió —flanqueado de oficinas ya oscuras, un salón de recepción formal con un piano de media cola y un solárium lleno de plantas

tropicales y helechos entre muebles de junco acolchados— conducía al frente del edificio. Todo era muy elegante y no tenía el aspecto de ser una clínica.

La entrada del atrio resultaba realmente impresionante, con su amplia escalera y el tragaluz a quince metros del suelo de mármol. En el centro de esta rotonda había una mesa circular y, encima de esta, un enorme arreglo floral, en el que los tallos de los gladiolos alcanzaban casi un metro y medio de altura.

No había nadie allí, salvo un empleado arrodillado frente a un enchufe, entretenido con un destornillador. Barrie rodeó la mesa y le habló.

—Podría convertirme en cocainómana solo para poder alojarme aquí.

—No puedes permitirte —le dijo Gray poniéndose de pie—. No hay nada en la planta baja salvo oficinas y salas de conferencias.

—¿Una oficina de registros?

—Sin duda. Pero estoy seguro de que los archivadores están cerrados con llave y no he traído las herramientas necesarias para abrirlos. Además, tardaría demasiado.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—La terminal de un ordenador. Seguro que contiene una lista actualizada de pacientes.

—Buena idea. ¿Arriba y adelante?

—Tú ve en el ascensor, yo subiré por la escalera.

—Nos vemos en la primera planta.

El ascensor consistía en una jaula de hierro con más características estéticas que mecánicas, y Barrie agradeció que pudiera subir siquiera un piso. Traspuso las puertas de hierro forjado, dobló hacia la izquierda y se topó con una enfermera, tan asombrada de ver a Barrie como esta de verla a ella.

—¿Qué haces en esa cosa? ¡Es una trampa mortal!

—Eh... soy nueva. —Barrie soltó una risita nerviosa, nada difícil de fingir dadas las circunstancias—. La próxima vez subiré por la escalera. Soy Dolly Madison. —Le tendió la mano—. Por favor, nada de chistes por mi nombre. Créeme, los he oído todos.

—Linda Arnold.

—Mucho gusto.

Barrie vislumbró de reojo a Gray, que estaba a punto de llegar a lo alto de la escalera. Aprovechando la distracción creada por la chica, este se deslizó detrás del amplio escritorio de las enfermeras. No había nadie más a la vista.

—¿Cuándo empezaste a trabajar aquí? —inquirió la enfermera.

—Es mi primera noche. Asisto a Hadley —declaró Barrie al recordar un nombre que había visto en la lista de la sala de descanso.

—Creía que la doctora Hadley disfrutaba de seis meses de permiso sabático.

—Bueno, sí. —Barrie había estado a punto de referirse al «doctor Hadley» y se alegró de no haberlo hecho—. Pero te diré una cosa —puso una mano sobre el brazo de Linda Arnold y acercó la cara a la de ella—, no le va tan bien como esperaba. Se supone que está escribiendo un libro, aunque dudo que lo consiga.

—¿En serio? Me sorprende, porque ya ha publicado muchos.

—Cierto, cierto —Barrie le deseó a la doctora Hadley, quienquiera que fuera, un bloqueo de escritor—, pero esta vez le está costando.

—¡Qué pena! Tiene tanto que compartir y es una médica de muchísimo talento.

—Es un encanto, ¿verdad? —dijo Barrie con excesiva efusión.

Veía la espalda de Gray, encorvado sobre un escritorio. ¿Habría hallado una terminal de ordenador?

—¿Qué llevas ahí?

Linda señaló el pesado bolso en bandolera de Barrie.

—Material de investigación que estoy recopilando para la doctora Hadley.

—¿Todo eso?

—Eh... sí... bueno, la verdad es que no puedo ir a ningún sitio sin mi Slim-Fast, ya sabes, para no engordar; no salgo nunca sin al menos dos latas, por si acaso, y siempre llevo un par adicional de zapatos porque tengo unos juanetes espantosos. Ya sabes... cosas. Mi marido no deja de burlarse de mis cosas.

—¿No te han asignado un casillero?

—Sí, pero —con una pantomima, dio vueltas a un candado de combinación— no pude abrirlo. Me pareció que debía llevar todo esto conmigo hasta que aprenda a usarlo.

La enfermera Linda Arnold ladeó la cabeza.

—Tu cara me resulta familiar, pero no sabría decir dónde te he visto antes.
¡Me reconoce de la tele!

—¿Dónde trabajabas antes de ser asistente de la doctora Hadley?

—¡Oh!, en un montón de sitios. Me aburro con los trabajos, así que, bueno, digamos que sigo la corriente. —A espaldas de la enfermera, Gray le hizo una señal de triunfo—. Bueno, si me permites, voy a merodear por aquí para acostumbrarme.

—¿Puedo ayudarte...?

—No, no, me va mejor cuando aprendo sola —dijo con una sonrisa—. Ahora ya sé que no debo subir por este chirriante ascensor.

—Disculpen. —Gray se había aproximado y, con un golpecito en el hombro, llamó la atención de Linda Amold—. ¿Es usted la que pidió que cambiara una bombilla?

—No, no fui yo.

—Debió de ser en el segundo piso, aunque a mí me pareció que decían el primero. Lo siento.

Se alzó la gorra y se dirigió a la escalera.

Cuando la enfermera Linda Amold se dio la vuelta, Barrie ya había desaparecido.

—No están allí.

El jefe recibió la información de uno de sus siniestros segundones, el que había acabado tan malévolamente con la breve vida de Dolly. Habían tardado una hora y media en «encontrar» el motel.

—Es este. —A Daily le costaba mucho respirar—. Estoy seguro. El Washington Inn. La habitación ciento veintidós.

—Hay un camionero allí, y está hecho una fiera porque lo desperté.

El agente miró a Daily con expresión furibunda.

—No lo entiendo —dijo este con impotencia—. Dijo que iba a encontrarse aquí con Bondurant esta noche.

—La dejó en el aparcamiento, ¿no?

—¿Cómo lo saben?

—¿Adónde iba?

—¡Aquí! Al menos eso me dijo. Lo juro por Dios. Se suponía que yo debía actuar de señuelo y andar conduciendo con la muñeca.

—¡Y una mierda! —exclamó otro agente—. Nos ha estado tomando el pelo.

A fin de parecer más convincente, Daily empezó a suplicar.

—No me hagan daño, por favor, tuve que hacerlo. Ese hombre me da mucho miedo.

—¿Quién?

—Bondurant. Me dijo que si metía la pata, me mataría. Y lo hará. ¿Le han mirado a los ojos? Son realmente espeluznantes. Es un asesino nato y, si se entera de que los traje aquí, me matará.

—¡Pare ya! —espetó el líder.

—Por favor, llévenme a casa —suplicó Daily—. No sé dónde pueden haber ido. Tal vez Bondurant me mintió y puede que a Barrie también. Podría haberle puesto una trampa. ¿Han pensado en eso? Pero ¿yo qué sé? No soy más que un viejo... no sé nada.

—Está mintiendo —declaró un agente.

—¡Diablos, claro que está mintiendo! —convino el jefe—. Vámonos.

Una vez en el coche llamó desde el teléfono móvil.

—Welsh mentía acerca de lo del motel. No están allí. —Escuchó un rato—. Sí, señor. Estoy seguro de que podrá sacarle más que nosotros.

A Daily no le gustó lo que acababa de oír y aún menos lo que señalaba la aguja indicadora del nivel del tanque de oxígeno.

—No me queda mucho aire —dijo en cuanto el hombre desconectó.

—Eso es un problema personal suyo, me parece.

Los otros dos ni siquiera se dignaron contestar. Desde el suelo, Dolly lo miraba con sus grandes ojos muertos.

El regreso a la ciudad fue largo. Su destino era un edificio de oficinas de aspecto inocuo. Mientras los agentes lo escoltaban a la salida de emergencia en la parte trasera, Daily miró el cielo. No se veían estrellas, por supuesto, debido a las luces de la ciudad, si bien había una enorme luna.

Qué agradable.

Subieron al sexto piso en un ascensor de servicio. Recorrieron un pasillo vacío en silencio, roto tan solo por el ruido de sus pasos y el chirrido de la rueda de su tanque. Nunca había encontrado un momento para engrasar la condenada cosa.

Un hombre se adelantó y llamó a la puerta; una voz le ordenó que entrara. Abrió la puerta y se apartó.

Al trasponer el umbral y entrar en la estancia, Daily se preguntó fugazmente qué forma tomarían su tortura y su muerte.

Su ominoso anfitrión se encontraba recortado contra la luz de una única lámpara, aunque eso no evitó que Daily reconociera su silueta.

—Señor Welsh —le dijo en tono casi amistoso—. Ha estado muy ocupado esta noche. ¿No se le está acabando el oxígeno?

Y Daily pensó: ¡Ay, mierda!

Capítulo 41

La tubería rota en el almacén del segundo piso de Tabor House produjo el efecto deseado, y enfermeras y ayudantes se congregaron lo más cerca que pudieron de la puerta del cuarto inundado. Todos los allí presentes daban su propia sugerencia de cómo resolver el problema. Una enfermera dijo que había visto a un conserje trabajar allí unos minutos antes del reventón, pero que no había habido manera de encontrarlo para que ayudara en la contención del agua y en la limpieza.

Barrie no sabía qué pretendía Gray al dejarla en la escalera con instrucciones de esperarlo allí y de «dar la impresión de estar ocupada» si aparecía alguien. Cuando regresó, al cabo de unos minutos, se había quitado el mono y la gorra y vestía nuevamente el traje y la corbata. Una tubería de agua se había reventado misteriosamente, por lo que Barrie dedujo que había sido cosa de Gray.

—Vamos —fue lo único que dijo.

Ella lo siguió y traspusieron la puerta del segundo piso.

Dada la conmoción en el ala sur, nadie los vio encaminarse hacia el ala norte; sin embargo, al doblar una esquina avistaron a dos agentes del servicio secreto apostados frente a la habitación 300.

Ahora nos van a disparar, pensó Barrie.

No obstante, Gray se mostró tranquilo.

—Buenas noches, caballeros —les dijo en tono enérgico.

Lo reconocieron de inmediato.

—¿Señor Bondurant? —inquirió uno.

—¿Cómo están?

Gray les dirigió una de sus fijas sonrisas.

—Creí que se había retirado. ¿Cuándo...?

—Con gusto se lo explicaré más tarde. Ha habido un pequeño accidente en el ala sur; no creo que sea grave, pero como medida de precaución tenemos que mover a la señora Merritt en seguida. Ya saben que el presidente no quiere riesgos. —Alzó la mano, como pidiéndoles silencio, y presionó los

dedos contra el audífono portátil que llevaba—. Están listos abajo. ¿Enfermera?

Con un movimiento de cabeza indicó a Barrie que se acercara a la puerta de la habitación.

—Sí, señor.

La chica se deslizó entre los dos agentes.

—Discúlpeme, señor, pero nadie salvo el doctor Allan...

Gray le dio dos golpes en la laringe y el hombre cayó al suelo. El otro se había dado la vuelta para detener a Barrie. Gray le golpeó en la nuca y lo derribó. Barrie mantuvo la puerta abierta mientras él los arrastraba al interior.

No habían tardado más de unos segundos. Gray cambió su audífono falso por el de un agente rápidamente.

Escuchó un momento, se agachó y habló en el diminuto micrófono que el agente inconsciente llevaba bajo la solapa.

—Es algo sin importancia en el ala sur. —Hizo una pausa para toser y aclararse la garganta—. Una tubería de agua que gotea.

Escuchó de nuevo.

—No, lo tenemos todo bajo control.

Apagó el transmisor.

—Hay otro agente en el tejado —informó a Barrie.

—¿No se dará cuenta del cambio de voz?

—Espero que no.

Con celeridad despojó a un agente de su intercomunicador a fin de enterarse de lo que hacía el agente del tejado y de cualquier otro que anduviese por la zona. Les tapó la boca a los agentes con cinta adhesiva y les ató las manos con las piernas a la espalda. De momento, estarían fuera de combate, pero ¿cuánto tardarían en darse cuenta de que no se encontraban en su puesto y vendrían a investigar?

Barrie no tuvo tiempo de preocuparse. Gray ya había atravesado la habitación tenuemente iluminada donde Vanessa se hallaba tumbada en una cama de hospital. Su delgado cuerpo apenas creaba valles y colinas debajo de las mantas.

Barrie fue al lado opuesto de la cama.

—¿Señora Merritt? —susurró.

—¿Vanessa? ¿Nos oyes? —dijo Gray a la vez que le sacudía un hombro—. ¿Vanessa?

Los párpados de la mujer se movieron y se abrieron.

—¿Has venido? —preguntó con un hilo de voz entrecortada.

—Voy a sacarte de aquí.

—Gray.

Cuando sus ojos se cerraron de nuevo, la primera dama sonreía ligeramente, segura ya de estar a salvo. Estaba tan sedada que ni siquiera se encogió cuando él arrancó la cinta de su brazo y le extrajo el catéter intravenoso.

Barrie no tuvo que observarla atentamente para darse cuenta de que Vanessa se encontraba muy enferma. Las cuencas de sus ojos semejaban oscuros cráteres abiertos en su cráneo y sus labios carecían de color. Gray la cogió en brazos. Parecía una niña desvalida.

—Barrie, coge la pistola —ordenó.

La había dejado sobre la cama para levantar a Vanessa. Barrie miró el arma fijamente, reacia a tocarla. El largo silenciador sujeto al cañón le daba un aspecto aún más amenazador. Sin embargo, la expresión de Gray resultaba más peligrosa y mortal que la pistola, de modo que obedeció. El arma se le antojó pesada e incómoda.

—Cuidado, está lista para que la dispares —advirtió Gray—. El ascensor de servicio está al final del pasillo. Lo usaremos para ir a la planta baja. —Miró brevemente a los dos agentes inconscientes—. Si sois legítimos, lo siento —murmuró—, pero si sois hombres de Spence, ¡joderos!

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? —preguntó Barrie cuando se dirigían a la puerta.

—Yo no he visto ninguna, ¿y tú?

La chica negó con la cabeza.

—¿Qué haremos si alguien nos ve?

—Dispara —dijo Gray en tono práctico—. Comprueba el pasillo —le pidió.

Barrie abrió la puerta y echó un vistazo. El corredor se hallaba vacío, aunque a la vuelta de la esquina oyó risas y charlas acerca del almacén inundado. Al parecer aún no habían detectado la ausencia de los agentes del servicio secreto.

—Está libre.

—Haz que suba el ascensor.

La joven salió al pasillo y pulsó el botón. En el panel que había encima de la puerta del aparato los números iluminados indicaban que este se hallaba en la planta baja. Barrie estaba segura de que nunca habría tardado tanto en subir esos dos pisos. Mantuvo vigilada la esquina, pero no apareció nadie.

Por fin llegó el ascensor. Entró en él y mantuvo apretado el botón de abrir. Gray cruzó rápidamente el pasillo con Vanessa en brazos y se metió dentro. Inmediatamente Barrie pulsó el botón de cerrar.

Durante varios segundos interminables no ocurrió nada.

Finalmente, la puerta se cerró y empezaron el descenso.

Barrie clavó la mirada en la rendija donde se juntaban las dos puertas. ¿Sería capaz de disparar cuando llegaran a la planta baja y se encontraran a alguien allí exigiendo saber qué demonios se creían que estaban haciendo?

Agradeció el hecho de que su valor no fuera puesto a prueba al comprobar que tampoco había nadie esperando el ascensor en la planta baja. Barrie salió primero y echó una ojeada.

—Hay mucha gente en la sala de personal —lo informó—. Seguro que es la hora del descanso, porque se oyen conversaciones por esa zona.

—Ve por el lado opuesto. Esa no puede ser la única salida. Saldremos por otra puerta y rodearemos la casa.

—Vi unas puertaventanas en el solárium.

Recorrieron nuevamente el pasillo de la planta baja. La puertaventana del solárium estaba cerrada con llave, aunque el pestillo se abría por dentro. Barrie vaciló.

—Podría estar conectada con un sistema de seguridad.

—Tendremos que arriesgamos.

La joven abrió el pestillo y empujó la puerta. A continuación oyeron un chillido ensordecedor. Barrie se volvió hacia el lugar de donde venía y disparó instintivamente.

Una ave tropical en una gran jaula blanca formó un terrible estrépito aunque el disparo solo había alcanzado un helecho. El pájaro, cuyas plumas se habían puesto de punta, había extendido las alas y las agitaba sin dejar de chillar.

—¡Mierda! —exclamó Barrie.

Abandonaron el edificio corriendo a toda velocidad aunque, al parecer, el personal de la clínica estaba acostumbrado a las rabietas del ave, pues nadie los perseguía. Manteniéndose al abrigo de las sombras del perímetro, rodearon el cuidado césped hasta que llegaron al aparcamiento.

—Espera —ordenó Gray.

Barrie se detuvo y se volvió. Respiraba con dificultad. Por su parte, Gray no parecía haber perdido el aliento y escuchaba la voz de su audífono. Encendió el transmisor.

—¿Algo en el aparcamiento de los empleados? —preguntó.

¡El otro agente del servicio secreto! Barrie casi lo había olvidado.

Dirigió automáticamente la vista hacia el tejado, pero no lo vio. Gray le indicó que siguiera adelante con un gesto de la barbilla. Barrie echó a correr de nuevo. Gray le iba pisando los talones, mas le oyó decir con fingida perplejidad:

—No, nadie la ha molestado. —Luego gritó—: ¡Maldita sea!, nos ha descubierto, Barrie.

Ella corrió como alma que lleva el diablo hasta la furgoneta. Cuando llegaron allí, abrió la puerta trasera de la caravana, entró torpemente y luego ayudó a Gray a subir y a tender a Vanessa en el banco pegado a la pared.

—¡Agárrate!

Gray saltó fuera y cerró de un portazo. Unos momentos después el motor de la furgoneta se puso en marcha y se movieron. Al cabo de unos segundos una alarma penetró la pacífica campiña en torno a Tabor House.

—Amanda, la tarta estaba deliciosa. Gracias.

David sonrió a la mujer mientras esta recogía su plato vacío y lo colocaba en una bandeja.

—Gracias, David. Me alegro de que te gustara. ¿Quieres más?

—No, gracias. —David se dio una palmadita en el cinturón—. Cada caloría cuenta.

Amanda le preguntó si le apetecía más café. Él aceptó y la observó atentamente mientras le llenaba la taza. Amanda se excusó, cogió la bandeja y lo dejó a solas con George en la cómoda sala de los Allan.

—Nunca le he caído bien a Amanda, ¿verdad?

—¿Quieres algo con eso?

Junto al armario de las bebidas, George añadía una generosa dosis de J&B a su café.

—No, gracias.

El presidente se había invitado a sí mismo a pasar la velada con ellos. Los dos hijos de George habían reaccionado con predecible entusiasmo. El presidente Merritt pidió ver sus deberes y escribió sendas notas para cada uno a fin de que pudieran compartirlas con sus compañeros de clase al día siguiente.

Después de acostarlos, Amanda le ofreció café y tarta en la sala. Su actitud rayaba en la hostilidad, si bien David, acostumbrado desde hacía años

a su altivez, la pasó por alto y compadeció al pobre George por estar casado con una persona tan fría.

George regresó al sofá con su carajillo. David reparó en que le temblaban tanto las manos que la taza de delicada porcelana golpeaba ruidosamente el plato.

—¿Por qué estás tan nervioso, George? Si no supiera que no es posible, diría que te remuerde la conciencia.

—¿Por qué has venido esta noche? —le preguntó George en voz baja.

—¿No soy bienvenido en casa de uno de mis mejores amigos?

—No era eso lo que quería decir.

—Bien, me alegro. —David movió lánguidamente su café—. Ahora que estamos solos, iré al grano.

—¿O sea?

—Quiero tu opinión acerca del proyecto de ley sanitaria presentado por el Congreso. Como médico, valoro tu punto de vista.

Lo había cogido totalmente desprevenido.

—Solo conozco los puntos principales —tartamudeó George.

—Seguro que es una buena base para formarte una opinión. ¿Qué te parece?

Cuando el teléfono sonó, George casi saltó del sofá y fue a contestar.

—Diga. Soy el doctor Allan. —Escuchó—. Sí, está aquí.

Se volvió y le tendió el auricular a David.

—Es urgente —susurró.

—Conecta el altavoz del aparato.

George lo miró perplejo y obedeció.

—Soy el presidente. ¿Qué ocurre?

David escuchó a quien llamaba para informarle de que habían sacado a la primera dama de Tabor House.

—¿Qué quieres decir con *sacado*?

—La han secuestrado, señor presidente.

David se puso lentamente de pie.

—¿Qué? —preguntó tenso.

El desventurado mensajero repitió la información.

—¿Dónde estaba el condenado servicio secreto? —ladró el presidente.

—Los inmovilizaron, señor presidente. A la señora Merritt la sacaron de la habitación, la metieron en un vehículo y se la llevaron. Habían ensayado la operación y la llevaron a cabo con precisión, señor. El personal de seguridad de la clínica y los agentes del servicio secreto hicieron lo que pudieron por

detener a los secuestradores en la entrada; sin embargo, no podían arriesgarse a disparar contra el vehículo y herir a la primera dama. La furgoneta no se paró pese a los disparos de advertencia, arrolló la barrera y, por desgracia, huyó.

La conversación en voz alta llamó la atención de Amanda y acudió rápidamente a la sala. David se dio cuenta de que no parecía especialmente sorprendida.

—¿Alguien ha reivindicado la responsabilidad del secuestro? ¿Algún grupo terrorista?

—Gray Bondurant y Barrie Travis han sido identificados como sospechosos, señor presidente.

A David se le cortó el aliento cuando lo oyó.

—¡Es increíble! —Se mesó el cabello—. ¿Se habrá vuelto totalmente loco Bondurant?

—Abordó con audacia a los agentes del servicio secreto que vigilaban la habitación de la señora Merritt, señor, y fingió actuar en su nombre.

—Bueno ¡pues no actuaba en mi nombre! —gritó David indignado ante la sugerencia—. Deben tratarlo como a cualquier otro criminal. ¿Entendido?

—Absolutamente, señor presidente. Se lo hemos notificado al FBI. Las fuerzas policiales locales ya han localizado el vehículo. Lo dejaron aparcado en un lugar de descanso de camiones a varios kilómetros de la clínica. No había señales ni de la primera dama ni de los secuestradores. Al parecer cambiaron de vehículo, señor.

—Regreso inmediatamente a la Casa Blanca. Pueden ponerse en contacto conmigo por el teléfono del coche —le dijo David más tranquilo.

—Por supuesto, señor presidente.

En cuanto colgó, David se volvió enfurecido hacia George.

—¿Cómo pudiste dejar que esto ocurriera?

—¡No fue culpa mía! —exclamó el médico—. Ni siquiera estaba allí. Debió de haber un problema con la seguridad.

—Como mínimo —gritó David—. Parece que cada vez que pongo a Vanessa en tus manos ocurre algo horrible.

—Si alguien tiene la culpa de esto, ese eres tú, David —comentó Amanda desde la puerta.

Aunque admiraba su valor, David sintió ganas de estrangular a la estúpida zorra por atreverse a hablarle en ese tono.

—Olvidalo, George —dijo bruscamente—. Tengo que regresar inmediatamente a la Casa Blanca. ¿Vienes conmigo?

—Por supuesto.

Cruzaron el camino de entrada flanqueados por agentes del servicio secreto, obviamente advertidos de lo sucedido. La limusina esperaba junto a la acera. Partieron, con un coche delante y otro detrás, además de cuatro policías en motocicleta al frente.

Mientras atravesaban a toda velocidad las calles que llevaban a la avenida Pennsylvania, David se aseguró de que la ventana oscura que los separaba del conductor estuviese cerrada, se volvió hacia George y se echó a reír.

—Te dije que lo haría. ¿No te dije que Gray era lo bastante noble y estaba lo bastante *chiflado* para llevar a cabo un rescate dramático?

George Allan se quedó pensativo.

—Sí, David, eso me dijiste.

—Sabía que trataría de sacarla de allí. Y cuando los hombres de Spence informaron de que habían usado al viejo Welsh de señuelo, imaginé que lo intentarían hoy.

—Parece que tenías razón en todo.

—¿Hiciste lo que te pedí, George?

—Sí. Justo antes de irme esta noche.

—¿Y funcionará?

—Funcionará. Morirá de un nivel tóxico de litio.

Esto, por supuesto, lo determinaría la autopsia, si bien nunca sospecharían ni del médico ni del presidente, pues Amanda les había estado ofreciendo tarta y café cuando Vanessa cayó en manos de Gray Bondurant y su cómplice, Barrie Travis, y sería a ellos a quienes culparían de secuestro y asesinato.

Siendo un amigo íntimo, Gray sabría que la medicación de Vanessa debía vigilarse y administrarse cuidadosamente; que con una dosis demasiado pequeña de litio no podrían controlar sus cambios de humor, pero que demasiada podía provocarle ataques, el coma o la muerte, sobre todo combinado con los sedantes que le administraban en la clínica a fin de que pudiera descansar.

—Querrán saber dónde obtuvo Gray el fármaco —observó George.

—¿Un hombre de tantos recursos? —David descartó el problema—. A un buen fiscal no le costará convencer a un jurado de que ha sido lo bastante listo como para obtenerlo y destruir todas las pruebas.

—No veo muy claro lo de sus motivos —dijo George—. Si se esforzaron tanto para rescatar a Vanessa, ¿por qué iban a matarla?

George era tan corto que David se preguntaba a veces cómo había conseguido su doctorado; poseía, además, una irritante tendencia a complicar

las situaciones sencillas.

—Gray es el amante abandonado, por Vanessa; dejó que todo el maldito país se diera cuenta de lo que sentía y, al principio, se contentó alejándose de Washington para curarse el orgullo herido. Sin embargo, su antagonismo se encontró y, finalmente, nada, salvo la muerte de Vanessa, pudo satisfacer su ego.

—¿Y Barrie Travis?

—Está enamorada de Gray y le gustó la idea de eliminar a su rival. Tras el incidente en Shinlin son los mayores enemigos del país. La gente estará dispuesta a creerlos capaces de este crimen atroz.

El presidente apoyó la cabeza en el respaldo y sonrió.

—Es un plan realmente brillante, George. Perfecto. Spence siempre dijo que lo mejor es no destruir a los enemigos, sino dejar que se destruyan a sí mismos. Es una pena que no esté aquí para verlo. Le habría encantado.

Capítulo 42

El senador Armbruster esperaba a Barrie y a Gray en el lugar convenido. Las aspas del helicóptero ya giraban.

—Gracias a Dios que han llegado —exclamó en cuanto Gray saltó fuera del coche—. ¿Cómo está?

—Viva.

El senador había escogido personalmente a un puñado de médicos, que estaban dispuestos a administrar cualquier tratamiento urgente que precisara Vanessa en el vuelo de regreso a Washington. Mientras la sacaban del coche y la colocaban sobre la camilla, el médico al mando empezó a dar órdenes a quienes lo asistían.

—Cariño, ¿qué te han hecho?

El senador iba corriendo junto a la camilla rumbo al helicóptero, cogido de la mano fría de su hija.

Gray detuvo al médico el tiempo suficiente para gritarle:

—Fue muy fácil sacarla de allí, doctor, demasiado fácil. Es posible que el daño ya esté hecho.

El facultativo asintió con la cabeza y se metió rápidamente en el helicóptero, que se elevó en pocos segundos, dejando a Barrie y a Gray bajo las corrientes de aire en el aparcamiento vacío del centro comercial.

Barrie había grabado la transferencia en vídeo. Aunque la grabación no tuviera la calidad esperada para una cadena, resultaría valiosísima. Ella y Gray contemplaron cómo se ladeaba el helicóptero y se dirigía hacia la capital.

—¿Qué querías decir con eso? —le preguntó mientras guardaba la cámara en su bolso—. Lo que le dijiste al médico.

—Tengo la sensación de que en Tabor House sabían que íbamos a entrar. La chica lo miró atentamente.

—Piénsalo —dijo Gray—. Salvo por una supuesta manifestación de fuerza al final, entramos y salimos tranquilamente con la primera dama de

Estados Unidos. —Con el rostro rígido y tenso, contempló el helicóptero—. Podríamos haber llegado demasiado tarde para salvarle la vida.

—¡Alto ahí! Somos del FBI.

El grito llegó desde atrás, en la oscuridad. Los dos giraron sobre los talones en un acto reflejo. Cuatro hombres corrían hacia ellos apuntándolos con pistolas. Se encendieron varios faros y dos coches entraron a toda velocidad en el aparcamiento y se pararon con un rechinado de neumáticos a pocos metros de ellos.

—Las manos a la cabeza, Bondurant.

Al parecer, este consideró conveniente obedecer. Uno de los agentes se adelantó, encontró la pistola en la cinturilla de su pantalón y se la quitó. Otro agente cogió el bolso de Barrie y la cacheó.

—No estoy armada.

—No digas nada —le dijo Gray mientras lo esposaban y le leían sus derechos.

Barrie lo imitó y dejó que la detuvieran sin luchar. Lo que tenía que contar, junto con el vídeo, seguramente los exculparía, a ella y a Gray, de cualquier delito cometido durante el rescate de la primera dama. No obstante, ahora sería malgastar saliva. Esperaría a que el propio senador Armbruster y Vanessa corroboraran la afirmación de que el presidente había matado a su hijo y había planeado la muerte de su esposa.

Escoltaron a Barrie a un coche y Gray al otro. El agente le mantuvo abierta la portezuela y la ayudó a sentarse en el asiento trasero.

Lo que vio allí, tumbado en el asiento, la llenó de tal terror que gritó y trató de salir por la portezuela aún abierta.

—¡Gray!

El agente la obligó a entrar de nuevo.

A través de la ventanilla vio a Gray forcejeando con los agentes que intentaban obligarlo a entrar en el otro vehículo. No obstante, con las manos esposadas en la espalda, nada podía hacer y lo metieron en el asiento trasero. Las portezuelas se cerraron de golpe y, con un rechinado de neumáticos, ambos coches se alejaron a toda velocidad.

Barrie sollozó al mirar al otro pasajero que había en el asiento trasero del sedán gris, pasajero que la miraba también con unos ojos que nada veían y una expresión obscenamente vacía en la cara. Era Dolly.

George Allan observó a sus dos hijos dormidos, cuyas cabezas estaban prácticamente cubiertas por las mantas. Su hijo menor, el de la litera de abajo, era el bribón, el atleta, el futuro rompecorazones; su encanto le facilitaría la vida.

El mayor había heredado la seriedad de Amanda. Aun dormido parecía intentar resolver un problema. De los dos, era el más listo, el más esforzado. Su intelecto y su autodisciplina le garantizarían el éxito en cualquier campo que eligiera y George esperaba que fuese la medicina.

Los besó suavemente y cerró la puerta al salir de puntillas de su dormitorio. La puerta de la habitación principal se hallaba entreabierta. Amanda había dejado encendida la lámpara, porque, independientemente de cuán amargas fuesen sus discusiones y cuán separados se sintieran, seguían compartiendo la cama todas las noches. Era como si dejara la luz encendida para que siempre pudiera llegar hasta ella.

Observó su cara dormida. Unos mechones de sedoso cabello oscuro pintaban hebras en la almohada; su respiración era lenta y regular. Estaba hermosa. George deseaba tocarla y besarla, pero no lo hizo por temor a despertarla.

Salió, cruzó el pasillo hasta su despacho y cerró silenciosamente la puerta. Desesperado por una bebida, se sirvió una copa, la llevó a su escritorio y se acomodó, agradecido, en el sillón.

Había sido una noche larga. Había aguardado con David hasta que habían recibido la noticia de que Vanessa había llegado a salvo al hospital con Cleto.

George se sentía muy cansado. Saboreó la bebida, tomando pequeños sorbos, y siguió mentalmente la pista del calor que se extendía por su sistema. Los tristes pensamientos que lo atormentaban mermaban las propiedades embriagadoras del alcohol, esos pensamientos de lo que David le había ordenado hacer y lo que había hecho en realidad.

Apuró la bebida y abrió el cajón del escritorio. No era una arma de gran calibre, mas disparada en el paladar cumpliría su función sin causar dolor. Comprobó las recámaras del revólver y se aseguró de que todas estuviesen cargadas. Con un chasquido metió el tambor en su lugar y dejó la pistola encima de la mesa.

Rebuscó en el bolsillo superior de su americana y sacó un frasquito de plástico. El sello de seguridad se hallaba intacto y el litio aún estaba dentro, en lugar de fluir mortalmente por el cuerpo de Vanessa, como creía David.

En última instancia, George había preferido derrotar a David a cometer un asesinato a sangre fría. Esperaba que Amanda lo considerara una victoria.

Quizá este desafiante canto de cisne compensara los años de debilidad; tal vez hasta lo amara por ello, al menos un poco.

Posó el frasco sobre la mesa, cogió la pistola y se metió el cañón en la boca.

Durante el largo viaje, Barrie trató de que los hombres que la habían secuestrado le dieran noticias de Daily; sin embargo, ni los gritos, ni las súplicas, ni los sollozos ni las amenazas hicieron mella en su resuelto silencio. Gray no sabía más que ella cuando llegaron a su destino, un edificio de oficinas en el centro de Washington. Los metieron a la fuerza en un ascensor y los acompañaron a un despacho que había al final del pasillo del sexto piso.

Como Gray se había resistido a cada paso, lo empujaron adentro primero; la blasfemia que soltó no presagiaba nada bueno para Barrie.

Lo que esperaba ver la chica era el cuerpo magullado, maltratado y posiblemente sangriento de Daily. En lugar de eso, se hallaba semirreclinado en el sofá con aspecto fatigado. Barrie se sintió tan aliviada al verlo, que cruzó a trompicones el despacho tenuemente iluminado y se arrodilló junto a él, sin saber si reír o llorar.

—Daily, ¿estás bien?

—Ahora sí —dijo este en medio de un resuello—. Ahora que veo que estás bien y no te han disparado.

—Tenían a Dolly en el coche y temí que...

—Me trajeron un nuevo tanque de oxígeno, así que, de momento viviré. Olvídate de mí. ¿Sacasteis a la señora Merritt?

—Sí. Está en buenas manos, aunque parecía muy enferma. No estamos seguros de que sobreviva.

Con la ayuda del agente que le estaba quitando las esposas, Barrie se puso en pie y se enfrentó a su anfitrión. Enojada, alargó las muñecas hacia el frente y le enseñó las marcas rojas que las rodeaban.

—¿Era necesaria la violencia, Bill?

William Yancey, el ministro de Justicia, pareció desconcertado.

—Hola, Barrie. Señor Bondurant.

La expresión de Gray era de incredulidad.

—¿Os conocéis?

—Desde la universidad —replicó Yancey por la chica—. Barrie era reportera de la emisora de radio del campus. Yo era presidente de la coalición

política estudiantil. En los días de poca actividad venía a pedirme información.

—Todavía lo hago, a veces. Él es mi fuente en el Ministerio de Justicia.

—¿Él es tu fuente? —repitió incrédulo.

—No le digo nada secreto —le explicó Yancey—. Normalmente me limito a confirmar o negar informaciones que le han proporcionado otras fuentes. Evito que se vaya por el mal camino, y a veces eso resulta difícil —añadió dirigiéndole una mirada airada a la chica.

—Bill, ¿era necesario esto? —repitió ella.

—Teníamos que hacer una detención formal. A ti y a Bondurant os buscan por secuestro. —Yancey miró a Bondurant—. El señor Welsh ha confesado que era cómplice.

—Daily ayudó, pero no fue un secuestro. Rescatamos a la señora Merritt.

—¿De qué y de quién?

—De su marido.

Yancey miró primero a Barrie y luego a Gray con expresión grave.

—Me temía que dirías eso.

—No pareces muy sorprendido —comentó Barrie.

—He recibido extrañas llamadas últimamente. De Armbruster, de Merritt. Parece que la reaparición del señor Bondurant en Washington ha puesto nervioso a todo el mundo. Primero me exhortaron a detenerlo, luego a no hacerlo. Resulta que a Bondurant se le veía con... adivina quién... contigo. Por cierto —agregó secamente—, menuda historia les soltaste a mis hombres en el entierro de Howie Fripp. Imagínatelos contándome eso de la mamada en la carretera.

—¿La qué? —inquirió Gray.

—Es una larga historia —murmuró Barrie y, dirigiéndose a Yancey, observó—: Exageré porque no estaba segura de que se tratara de los buenos.

—Eran agentes del FBI.

—Lo sé, pero pensé que podrían ser...

Desconcertada, miró a Gray y se preguntó cuánto debía revelar.

—Creyó que trabajaban para Spencer Martin —intervino Daily desde el sofá.

—Spencer Martin —repitió, meditabundo, Yancey—. Había otro equipo vigilándoos, el mío los interceptó más de una vez. Nos preguntábamos quiénes serían.

—Era Spence —declaró Gray muy tenso.

Yancey se volvió hacia él.

—¿Y a santo de qué tengo que creerle?

—Se supone que usted es el principal responsable de la ley del país y eso significa perseguir a los chicos malos.

—Y también significa que he de proteger los derechos de los chicos que, según alegan otras personas, son malos. Sea cual sea la razón.

Al percibir la creciente hostilidad entre ellos, Barrie intercedió prestamente.

—Bill, estoy segura de que en cuanto te lo contemos todo, estarás de acuerdo en que Spencer Martin es un individuo peligroso.

—Soy todo oídos. ¿Qué me has de contar, Barrie? Tu nombre se ha relacionado con el de la primera dama desde tus reportajes sobre el SMSL y desde que la primera dama se ha ausentado misteriosamente. Las tonterías de Dalton Neely ofenden mi inteligencia; el doctor Allan se me antoja incompetente. Supimos que tramabas algo esta noche cuando hiciste el cambio en el aparcamiento. Cogimos al viejo...

—¡Oiga! —la interjección venía de un Daily ofendido.

—... para que no lo hirieran o mataran unas personas que, según vosotros, trabajan para Spencer Martin. —Yancey se desabrochó la americana y puso los brazos en jarras—. Quiero saber qué demonios está ocurriendo y quiero toda la información. Por eso os trajimos aquí en vez de llevaros directamente a la cárcel y acusaros de un delito.

—Agradezco tu confianza, Bill —aseguró Barrie—, pero antes de hablar contigo, ¿no crees que debería estar presente un abogado?

—Es posible, si ese es el camino que quieres seguir... o puedes sincerarte, sencillamente.

—¿Oficiosamente?

—Oficiosamente.

Durante años, Barrie lo había considerado un hombre de honor. En más de una ocasión, su integridad había obstaculizado un buen reportaje; se había enfadado con él cuando se guardaba información que hiciera referencia a la seguridad nacional, aunque nunca le había dado datos falsos. No vio ninguna razón para desconfiar de él.

—De acuerdo. Pero es demasiado lo que tengo que decirte y no sé por dónde empezar.

—Empecemos con Spencer Martin.

—¿Cuánto sabes sobre él? Es...

—Cuidado, Barrie. —Gray señaló a Yancey con la cabeza—. Puede que sea compañero tuyo de universidad, y puede que haya sido una fuente fiable y

justa, pero, antes de soltarlo todo, acuérdate de quién lo nombró y para quién trabaja.

—Yo me acuerdo de quién me nombró, señor Bondurant, pero trabajo para el pueblo de Estados Unidos y me tomo el cargo y sus responsabilidades muy en serio —contestó Yancey ofendido—. Es cierto que debo el puesto a David Merritt, pero no soy inmune al hedor que emana la Casa Blanca estos días. En cuanto a Spencer Martin, conozco la existencia de su pequeño ejército y de que tiene informadores y agentes infiltrados en casi todos los departamentos del gobierno federal, incluyendo, y me da vergüenza reconocerlo, aquellos relacionados con el Ministerio de Justicia.

»Sin embargo, más perniciosa aún es la influencia que ejerce sobre el presidente. Quiero saber por qué y hasta qué punto Merritt depende de él. Francamente, Bondurant, tenía miedo por Barrie al ver que pasaba tanto tiempo contigo. Por eso le hablé de su reciente visita a la Casa Blanca. Imaginé que era un facilitador de Martin.

—Se equivocó.

—Probablemente. Supongo que salió usted de la Casa Blanca a causa de la señora Merritt.

Gray asintió con la cabeza.

—Y por ella me he visto involucrado de nuevo.

El ministro de Justicia lo miró fijamente un rato y se volvió hacia Barrie.

—Tú empezaste todo esto con el reportaje acerca del SMSL, ¿verdad?

—De hecho, fue Vanessa Merritt quien lo empezó cuando me invitó a tomar café con ella. Es una larga historia, y, si te la cuento, estaré acusando al presidente de crímenes increíbles.

—Por eso os traje aquí. No importa cuán larga y complicada sea la historia, ni quién esté implicado, quiero que me lo cuentes todo.

Capítulo 43

—¡Mierda! Se está desmoronando todo. Aún no han atrapado a Barrie y a Gray; Vanessa está en el hospital, *¡en el condenado hospital!* Se suponía que iban a darme la horrible noticia de su muerte y, en lugar de eso, recibo la feliz noticia de que la están tratando en el hospital de la Universidad de George Washington.

—Cálmate, David.

Este se volvió furioso hacia Spence.

—No te muestres condescendiente conmigo, Spence. Si me joden, también te joderán a ti. Acuérdate de eso cuando me sueltes tus tópicos autosuficientes.

—No me estaba mostrando ni condescendiente ni autosuficiente. Estoy tan preocupado como tú, pero perder la cabeza solo empeorará la situación.

—No creo que pueda ser peor.

—Claro que sí.

David se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—¿Cómo pudo ocurrir esto?

—No lo sé. En Tabor House todo marchó según el plan. Mis hombres se tragaron su orgullo y dejaron que Bondurant los dominara. Pero ¿cómo íbamos a saber que Clete tenía un helicóptero esperando a pocos kilómetros de allí?

—Pues debiste saberlo. Para eso te pago. ¿Y dónde diablos está George? Salió de aquí a hurtadillas. Seguro que regresó a casa. Llámalo y pregúntale si los médicos del hospital podrán deshacer lo hecho.

—He llamado varias veces a su casa. La línea comunicaba y no ha respondido a mi mensaje en su busca.

—Es el médico oficial de Vanessa. Puede que lo hayan llamado del hospital —observó David esperanzado.

—Es muy poco probable, David. Después de esto, Clete no lo dejará acercarse a ella.

—¡Dios! Si esto no funciona...

—Pensaremos en otra cosa —declaró Spence con calma—. Lo que no debemos perder de vista es que Vanessa se ha convertido en una amenaza para tu presidencia. Ella, tú y yo somos los únicos que sabemos lo que ocurrió esa noche en el dormitorio del bebé. Sin duda George lo sospecha, pero nunca podrá estar seguro. De un modo u otro hemos de asegurarnos el silencio de Vanessa y entonces nadie lo sabrá.

—Excepto tú y yo —declaró David, y contempló a Spence con expresión meditabunda.

Cuando el presidente Merritt acudió al hospital a ver a su esposa ya amanecía. En lugar de su habitual traje, había elegido ropa informal y una cazadora porque se le ocurrió que, cuanto más desaliñado pareciera, tanto más convincente resultaría su angustia.

Agentes del servicio secreto se habían presentado antes de que él llegara. El hospital se encontraba en una situación de caos apenas controlado. Los medios de comunicación habían acudido en masa y luchaban entre sí por obtener las últimas noticias en el culebrón de la salud de la primera dama. El presidente entró por la cocina y subió en el ascensor reservado para el personal, desde el cual lo escoltaron hacia la habitación de su esposa.

Cuando entró, su suegro se hallaba de pie junto a la cama.

—¿Cómo está, Clete? —preguntó Merritt en tono preocupado.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Vanessa parecía estar durmiendo, si bien cuando David le alzó una mano, abrió los ojos. Él le sonrió.

—Hola, cariño. Gracias a Dios que estás bien.

—Hola, David. Qué amable por tu parte que hayas venido —contestó ella con voz rezumante de sarcasmo.

—Señor presidente, le presento al doctor Murphy.

Aunque con expresión distraída, David le tendió la mano al médico.

—¿Qué le ocurre a mi esposa, doctor?

—En mi opinión, señor presidente, le administraron una dosis inadecuadamente elevada de litio, sobre todo combinado con Haldol y otros sedantes.

—Creí que controlaban constantemente el nivel en su sangre.

El facultativo se encogió de hombros.

—El doctor Leopold me ha enviado su historial de Tabor House por fax. Los niveles registrados son los que deberían ser, pero no se corresponden con

los resultados de nuestro laboratorio.

—¿Cómo pudo cometer tal error el personal de Dex Leopold?

Nadie se arriesgó a opinar al respecto. Por el contrario, se produjo un bochornoso silencio.

—¿Cuál es el pronóstico, doctor? —inquirió David en tono enérgico.

—Está intoxicada. Le estamos limpiando el sistema, y eso requerirá varios días, luego ajustaré las dosis de fármacos a un nivel eficaz pero seguro. No debería estar reducida a un estado zombi, como se encontraba al llegar.

—¿Pero se pondrá bien?

—Sí, señor presidente.

—Gracias a Dios.

David apretó la mano de Vanessa, se la llevó a los labios, se inclinó y la besó suavemente. Los labios de esta no resultaban más calurosos ni más sensibles que los de un maniquí.

El doctor se excusó y dejó a los tres a solas. Antes de que Clete tuviera oportunidad de lanzarse al ataque, David tomó la ofensiva.

—Haré que Dex Leopold pague por esto.

—Antes de que te ocupes demasiado del culo de otra persona —dijo Clete—, te sugiero que te cubras el tuyo.

David fingió sorprenderse.

—¿Qué quieres decir con eso?

Alguien llamó a la puerta y Spence Martin entró.

Vanessa respiró hondo, con mayor animación que la que había mostrado hasta entonces.

—Bien, bien, bien —declaró Clete—, la moneda falsa reaparece.

Spence no se inmutó ante el insulto. Miró más allá de Clete y habló con Vanessa.

—Me alegra saber que te estás curando. —Dirigiéndose a David, añadió—: A Dalton Neely le está costando convencer a la prensa de que el pronóstico de la señora Merritt es favorable, creo que debería usted hablar con ellos personalmente, señor, y asegurar a la nación que la primera dama volverá pronto a sus deberes.

—Buena idea —convino David—. Clete, ¿por qué no vienes conmigo? Tu presencia reforzará la buena noticia.

Clete miró a Vanessa.

—¿Estás de acuerdo, cariño? ¿Te importa que te deje sola?

—Ya no estoy sola, papá —respondió esta quedamente.

—Así es. —El senador se inclinó y le besó la frente. Al enderezarse indicó la puerta con un gesto de la mano—. Después de usted, señor presidente.

A David no le agradó en absoluto la complacencia del senador. Y aún menos le gustó el odio con que lo miró su esposa. No obstante, se despidió de ella, prometió visitarla de nuevo por la tarde y le besó tiernamente la mano antes de soltarla.

Desde un principio, David Merritt había sido uno de esos presidentes deseosos de rozarse con la gente que lo había elegido. Su actitud amistosa representaba un desafío para los hombres que habían jurado protegerlo. Hoy no hizo una excepción.

Para desconcierto del servicio secreto, la conferencia de prensa improvisada se celebró en la planta baja del hospital, con los periodistas y el personal del hospital apretados contra la cuerda de nylon que representaba una barrera muy tenue.

Un acosado Dalton Neely dio paso, encantado, al presidente, cuya llegada había puesto frenéticos a los miembros de la prensa, que lo bombardearon inmediatamente a preguntas. Alzó las manos pidiendo silencio. Cuando el clamor amainó, anunció que él y el senador Armbruster acababan de estar en la habitación de la señora Merritt.

—Ambos hemos hablado con ella. Está lúcida, mejor y muy animada. El senador Armbruster y yo confiamos en el cuidado que recibe por parte del excelente equipo de médicos, enfermeras y técnicos.

A Clete le asombró el aplomo con que se desenvolvía David en cualquier situación. Desde un punto de vista puramente objetivo, podía admirar al presidente que había formado casi a solas. No obstante, había creado un monstruo y, al igual que en el clásico de Mary Shelley, era el creador el que debía destruir a su creación.

El presidente eludió una pregunta acerca del doctor Allan y dijo que el médico no estaba disponible de momento. En cuanto al supuesto secuestro de Tabor House, contestó que lo comentaría cuando recibiera más datos sobre el incidente.

—He recibido informes contradictorios.

Les pidió comprensión por la brevedad de la rueda de prensa, agradeció profusamente su preocupación y se encaminó hacia la salida. Clete se negó a

contestar las preguntas que le lanzaban, aunque pidió a David que lo llevara a su casa.

A David lo asombró la petición, si bien aceptó e informó al chófer que harían una parada no programada antes de regresar a la Casa Blanca.

—Ve en otro coche —ordenó bruscamente Clete a Spence cuando este trató de unirse a ellos en la limusina del presidente.

Spence miró a David para que le diera instrucciones.

—Por favor, Spence —dijo este.

Clete se dio cuenta de que la idea no le gustaba a Spence, que, no obstante, obedeció para salvar las apariencias.

—¿Cuándo ha vuelto a la superficie? —indagó Clete en cuanto el séquito dejó el aparcamiento en fila india.

—Cuando inventaste esa ridícula historia sobre... «un asunto personal delicado», ¿no?

—Algo así. —Clete soltó una risita—. Francamente, lamento que Bondurant no aprovechara la oportunidad de matar a ese hijo de puta.

—¿Para eso me has pedido que te lleve? ¿Para volver a darme tu opinión, que por cierto no te he pedido, acerca de mi asesor?

—No. Lo que tengo que decirte es mucho más importante que él.

—Suéltalo, Clete. Has estado lanzando jugosas indirectas de que estoy a punto de caer y de que solo tú puedes salvarme.

—De hecho, no vas muy desencaminado, David. Soy el único que puede sacarte del pozo de mierda en el que estás a punto de meterte.

David silbó.

—Eso sí que suena serio.

—¿Te burlas de mí, David? A ver cómo te sienta esto. —Clete le dirigió su mirada más intimidadora—. El bebé de Vanessa no era tuyo, así que lo asesinaste y por dos veces has tratado de matarla a ella.

Como Clete sabía que ocurriría, las afirmaciones borraron la sonrisa de David.

—Si Vanessa te ha dicho eso, está más enferma de lo que creí y ambos sabemos que está chaladísima.

Clete se controló, porque no deseaba darle a David la más mínima ventaja.

—No voy a perder mucho tiempo con esto, David. Para cada acusación que haga, tendrás una docena de negaciones, explicaciones o justificaciones, todas ellas embustes. Sé cómo actúas, porque yo te enseñé. Hagamos que esto nos resulte más fácil a los dos. Puedo garantizarte algo que quieres.

—¿Qué es eso?

—Mi silencio... y el de Vanessa.

—¿A cambio de qué?

—De un divorcio sin oposición.

David no se inmutó.

—Seguro que te estás volviendo senil, Clete.

—Te aseguro que no.

—¿Lo que sugieres es que me divorcie de Vanessa sin poner oposición?

—No lo sugiero. Lo ordeno. Si no...

La sonrisa burlona volvió al rostro de David Merritt.

—¿Si no, qué?

Clete alcanzó su portafolios y extrajo un sobre sellado.

—Si no, llamaré a Bill Yancey y le entregaré esto.

Le dio el sobre a su yerno, que lo abrió y sacó varias fotografías en color. David las dejó caer como si fueran cobras vivas.

—Repugnante, ¿verdad? Sangró muchísimo. Pero una cosa que no hizo Becky Sturgis fue morir accidentalmente, no cayó hacia atrás luchando contigo, ni se golpeó la cabeza con la esquina de una mesa, pese a lo que aseguraste esa noche. La golpeaste hasta matarla, David, y estas fotos lo demostrarán.

David se recuperó de la conmoción con asombrosa facilidad.

—Te estás echando un farol, Clete, uno que no es digno de ti. Yo no figuro en la fotografía. Podrían ser fotos de cualquier cadáver. De hecho, podrías haberla matado tú.

—Podría, pero no lo hice. En ese sobre hay algo más que las fotos. — David lo agitó y una cinta cayó en su regazo—. Tú la mataste, David. Lo reconociste en una confesión lacrimosa. ¿Te acuerdas? Si no lo recuerdas, está todo en la cinta. Lo grabo todo, David —añadió Clete quedamente—. Luego borro lo irrelevante y guardo cualquier cosa que pueda resultarme útil en el futuro. Después de ver lo que hiciste con esa pobre e indefensa chica y su bebé, decidí conservar la grabación.

A Clete le resultó agradable ver las perlas de sudor que se formaron en la frente de David.

—Nunca usarás esto, Clete, porque eres tan culpable como yo.

—No quisiera hacerlo —concedió el senador—, porque mi vida pública acabaría en la desgracia. Preferiría dejar que el diablo se encargue de ti y vivir el resto de mis días venerado como un estadista eficaz, al lado de mi hija. Este feo incidente de tu pasado —señaló las fotografías con la cabeza—, puede

desaparecer, ¡*puf!* Lo único que tienes que hacer es dejar ir a Vanessa sin alboroto y sin excesivas explicaciones a los medios de comunicación.

—¿Cómo propones que lo haga?

Clete se encogió de hombros.

—Vuestras diferencias son irreconciliables. Punto. La muerte del bebé creó demasiadas tensiones conyugales. Millones de parejas norteamericanas experimentarán empatía. Hasta podía hacerte ganar unos votos la honradez con que enfoques el divorcio.

David apretó la mandíbula.

—¿Crees que soy idiota? Un divorcio antes de un año de elecciones equivale a un suicidio político. Lo más probable es que el partido ni siquiera me nomine.

—No lo sabes. El divorcio no es un crimen. Sin embargo, un doble asesinato sí lo es, y no prescribe. —Dio a su yerno tiempo para pensar en las terribles repercusiones que acarrearía la historia de Becky Sturgis si esta salía a la luz. Al cabo de un rato le dijo—: Te ofrezco un trato generoso, David. Aunque mis propios intereses no se vieran afectados, te aconsejo que lo aceptes.

—Esas fotos no prueban nada, ni tampoco la cinta.

—No importa lo que prueben —repuso Clete afablemente—. El solo indicio de un escándalo de tal magnitud eliminaría tus probabilidades de un segundo mandato. De hecho, te convertirías en un paria. Independientemente de lo que intentarás hacer, esto te perseguiría el resto de tu vida.

David parecía a punto de explotar. Clete sabía que había ganado el primer asalto, y ganaría muchos más antes de que David cayera y le suplicara clemencia. Este era un escándalo enorme, pero había otros, un montón, tantos que durarían varios años, tantos, que durarían hasta después de que Clete Armbruster se estuviese pudriendo en su tumba. Eso sí, moriría feliz sabiendo que David Menitt nunca más contaría con un instante de paz.

De momento, Clete se sintió satisfecho. Bastaba para una mañana.

—Puedes conservar esas copias, David, tengo otras. Por cierto, en caso de que se te ocurra enviar a Spence Martin o a uno de sus matones a por mí, mi abogado también tiene copias de las fotos y de la cinta. Tiene instrucciones de revelarlas a la prensa en caso de que yo muera por causas no naturales.

El chófer detuvo la limusina frente a la casa del senador.

—Espera un minuto. —David lo cogió del brazo cuando estaba a punto de bajarse—. Me has garantizado tu silencio, pero ¿y el de Barrie Travis y Gray Bondurant? ¿No estás compinchado con ellos?

La sola idea le puso los pelos de punta a Armbruster.

—¿Con esa periodista cabeza hueca y el hombre que sedujo a mi hija? Difícilmente. Déjamelos a mí. —Le dio una palmadita en la rodilla—. Piensa en lo que te he dicho y ponte en contacto conmigo. Estoy seguro de que estarás de acuerdo con mis propuestas.

Capítulo 44

El ministro de Justicia se encontraba frente a la ventana, apretándose la zona lumbar con los puños y estirándose. A Barrie le hubiese agradado saber lo que pensaba. ¿La creería? Mientras ella hablaba, la había interrumpido ocasionalmente para aclarar algún que otro punto; sin embargo, cuando acabó, se puso en pie y echó a andar por la habitación, sin dejar ver si la creía.

Gray se había separado de ellos y miraba la tele, en la que se documentaba la noticia del día. Masculló una maldición cuando el presidente hizo su breve declaración a la prensa en el hospital, y, no obstante, cuando el médico reiteró que la primera dama se curaría del todo, no pudo ocultar su profundo alivio.

Naturalmente, Barrie lo compartió, aunque no sería humana si no se hubiese sentido un poco celosa.

En algún momento del monólogo de Barrie, Daily se había dormido y ella se alegró de que pudiera descansar, pues parecía absolutamente agotado.

—Lo que no entiendo es por qué la señora Merritt no lo denunció ella misma —dijo el ministro dándose la vuelta.

Barrie respondió sin tener que pensarlo.

—Por miedo. Le tenía miedo, Bill. El día que nos encontramos para tomar café, estaba a punto de estallar. No creo que tanto nerviosismo fuera atribuible exclusivamente a la depresión. Fue entonces cuando empezó a sospechar que tenía los días contados y que él intentaría algo así. Esa cita conmigo fue la primera señal de humo que lanzó.

Yancey miró a Gray.

—¿Y qué hay de George Allan?

—Es un títere de David. No tiene agallas para nada más. David lo tiene cogido por los huevos. La señora Allan lo reconoció.

—Es cierto, Bill. Estoy segura de que ella apoyaría tu causa.

—¿Causa? —repitió Yancey con un resoplido—. No tengo una *causa*. No tengo nada salvo la palabra de dos fugitivos buscados por secuestro.

—Pero nos crees, sé que nos crees; si no, no nos hubieras traído aquí. — Barrie se unió a él junto a la ventana—. ¿Te resulta tan difícil creer que el

primer mandatario del país sea capaz de asesinar? Mira allá afuera.

A la temprana luz del sol vieron la punta del monumento a Washington.

—Monumentos a presidentes, algunos de ellos canallas, otros, hombres buenos y honorables. Altos, bajos, guerreros, estadistas. Su único denominador común, aparte del cargo para el que fueron elegidos, es que eran hombres. La historia los ha exaltado, ha exagerado su talla y, en algunos casos, los ha convertido en semidioses. Pero no lo fueron. Fueron hombres, mortales con fallos humanos. Reían, lloraban, se enojaban, padecían estreñimiento. No eran inmunes al orgullo, al dolor o a las penas, ni... —Barrie miró a Gray—, a los celos. David Merritt sabía que su esposa le había puesto los cuernos, que había dado a luz al hijo de otro hombre y eso no lo podía tolerar. De modo que hizo algo al respecto.

Lo ha hecho antes.

La idea la golpeó con tal fuerza que se estremeció. Las palabras aparecieron en su mente con tal claridad que pensó que alguien las había pronunciado en voz alta.

—¿Qué?

Yancey la miró.

—No dije nada.

—Ibas diciendo que... —le recordó Gray.

—Espera.

Barrie alzó la mano pidiendo silencio.

La repentina revelación le causó tanto impacto que resultó casi bíblica. Su poder la obligó a arrodillarse.

—Barrie. —Gray empujó a Yancey y se arrodilló frente a ella. La cogió de los hombros y, preocupado, la miró a los ojos—. Barrie, ¿qué ocurre?

Su voz parecía llegar de lejos; la chica apenas la oía por encima del estruendo que sentía en su cabeza.

Lo ha hecho antes.

¿Dónde había oído esas palabras? ¿O acaso las había leído? ¿Por qué habían surgido ahora en su cabeza? ¿Por qué parecían revestir una vital importancia?

Entonces, en un momento de cegadora claridad, se acordó de dónde las había leído y supo la respuesta a sus preguntas. La nuca empezó a escocerle.

—Barrie, ¿estás bien?

Bill Yancey se encontraba agachado junto a Gray, obviamente preocupado.

—¡Di algo, maldita sea! —exclamó Gray.

—¿Qué pasa? —Daily se incorporó y se rascó la cabeza despeinada—. ¿Qué sucede? ¿Qué le ocurre?

Daily. Bendito fuera. ¿Acaso no le había dicho mil veces que un buen periodista investiga a *fondo*, que *siempre* existe otra capa, que nunca se ha de descartar nada, sin importar cuán aparentemente irrelevante y carente de valor parezca?

Las mejores pistas, las que hacían que un reportaje fuese sensacional, las que elevaban una información pasable a una que sacudía al mundo, eran las que se hallaban en los lugares más improbables, lugares en los que a uno no se le ocurriría buscar.

Lo había tenido frente a las narices todo el tiempo. *¡Todo el maldito tiempo!*, entre los papeles y los apuntes que se había llevado de su escritorio en la WVUE. Había investigado la pista, pero superficialmente.

Se dijo que no debía dejarse llevar por la excitación, que podía estar equivocada, que podía tratarse de un callejón sin salida. No obstante, el instinto le aconsejaba lo contrario. En todo caso, tenía que averiguarlo.

Apartó a los hombres de un empujón y se levantó.

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—Prefiero... prefiero no decirlo, al menos no hasta que lo sepa.

—¿Quieres irte, pero no sabes adónde vas?

—Claro que sé adónde voy —dijo exasperada—. No sé lo que encontraré allí. Puede que nada. Puede que algo. Pero tengo que ir.

Bill Yancey le advirtió:

—Barrie, no puedo dejarte salir de aquí...

—Bill, por favor, envía a alguien conmigo. Un policía federal, si quieres. Que me espese, no me importa. Pero, te lo ruego, déjame hacer esto. Podía ser la solución.

—¿El qué?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—¡Porque no quiero parecer una tonta si me equivoco!

Un largo silencio siguió a su exclamación.

—Déjela ir.

Había hablado Gray. Cuando, sorprendida, Barrie se volvió hacia él vio que sus ojos, clavados en ella, le comunicaban mil cosas, entre ellas, y no la menos importante, su fe absoluta en ella.

En ese instante, Barrie supo que lo amaba. ¡Maldita fuera!, lo amaba, y mucho.

—Déjela ir —reiteró Gray sosteniéndole la mirada—. Sabe lo que hace.

—Me dejó anonadado cuando se presentó con una carta del ministro de Justicia.

El alcaide Foote Graham, tan encantador como su nombre, desmentía el estereotipo de tirano retratado en las películas. Era de modales afables, esbelto como un junco, llevaba gafas de marco de metal, y dio muestras de sensibilidad al no hacer preguntas acerca del uniforme de enfermera manchado que vestía Barrie, quien no se había tomado el tiempo de cambiarse...

Esta le dio las gracias por recibirla sin cita previa.

—Salí de Washington con tanta prisa que no tuve tiempo de avisarle que venía.

Bill Yancey le había allanado el camino. Tras aceptar que viajara a Mississippi, había puesto un *jet* privado a su disposición y en el aeropuerto de Jackson la esperaban un coche y un escolta para llevarla a la prisión en Pearl. La visitante tan bien relacionada había dejado a Foote Graham boquiabierto; había aceptado de buena gana hacer todo lo posible por ayudarla.

—Me imagino que su entrevista con Charlene Walters es de naturaleza urgente, ¿no?

—Lo siento, alcaide Graham, es confidencial.

—No lo entiendo —el alcaide agitó la cabeza perplejo—, pero si usted y el ministro dicen que se trata de un asunto de seguridad nacional, ¿quién soy yo para dudar?

Le franqueó el paso de una puerta abierta en la que había una mujer uniformada.

—La está esperando —dijo esta—, y está hecha una furia porque le interrumpimos el período de recreo.

La reclusa bebía un refresco y, efectivamente, daba la impresión de estar histérica cuando el alcaide Graham y Barrie Travis se acercaron a ella. Charlene Walters era una mujer diminuta, de pecho huesudo y cóncavo y piernas y brazos larguiruchos; su cabello blanco había sufrido demasiadas permanentes y formaba un rizado halo en torno a su pequeña cabeza; sus ojos negros saltarines y sus rápidos y bruscos movimientos hicieron pensar a Barrie en un gorrión.

Miró a la chica de arriba abajo y resopló, desdeñosa.

—Bueno, de veras que tardaste.

Barrie le tendió la mano derecha.

—Me alegro de conocerla, señora Walters.

Charlene la Chiflada se la estrechó y habló en tono condescendiente con el alcaide.

—Tenemos cosas privadas de las que hablar, ¿le molestaría dejarnos a solas?

Si bien había retado su autoridad, Foote Graham sonrió.

—Claro que no, ya me voy.

Se reunió con la guardia, que se encontraba de pie a discreta distancia. Barrie y Charlene se sentaron a ambos lados de una mesa pequeña.

—Tengo entendido que he interrumpido su recreo, y lo siento.

—¿Tienes cigarrillos?

Barrie rebuscó en su bolso y extrajo la misma cajetilla que había ofrecido a Vanessa Merritt unas semanas antes; Charlene sacó uno y se lo metió entre los delgados labios; Barrie se lo encendió y le preguntó si tenía objeciones a que grabara la entrevista.

—Si me dejas los cigarrillos, no.

Barrie sonrió a modo de asentimiento. En cuanto hubo comprobado que el casete funcionaba, empezó.

—Dejó usted varios mensajes enigmáticos en mi contestador en la WVUE.

—Creíste que era una chiflada.

—Bueno, yo...

—Si no, me habrías llamado.

Charlene iba a resultar una pareja de baile exigente, no toleraría un solo paso en falso. Barrie cambió de táctica.

—Tiene toda la razón, señora Walters. Creí que era una chalada y todavía creo que podría serlo.

Charlene se inclinó y le guiñó el ojo con picardía.

—He conseguido que crean que lo soy. Vi a Jesús justo después de llegar aquí, pero lo que obró milagros fue que me volviera loca. La gente loca puede salirse con la suya en casi todas las situaciones. Te sorprenderías.

Charlene Walters estaba realmente chiflada, sin duda.

—La primera vez que me llamó —prosiguió Barrie—, su mensaje era, «lo ha hecho antes». ¿De quién hablaba?

—Bueno, ¿de quién crees, boba? Del presidente, claro... David Malcomb Merritt. —La mujer golpeó la mesa con una amarillenta uña rota—. Mató a ese bebé, al pequeño Robert Rushton. Estoy tan segura de ello como que estoy sentada aquí.

—¿Qué la hace pensar eso?

—¿Es que eres corta, o qué? ¿No me estás escuchando? Ya te lo he dicho, lo ha hecho antes. Mató a otro bebé, hace años.

Esta era la información que Barrie había venido a buscar a Mississippi.

—Me temo que tendrá que ser más concreta.

Charlene soltó una voluta de humo.

—David Merritt trabajaba para el senador Armbruster. Era un chaval guapo y brillante y tenía mujeres por docenas. Una de ellas se quedó embarazada. Se llamaba Becky Sturgis. Tuvo un varón mientras Merritt andaba en Washington. Cuando regresó, ella lo sorprendió con el niño. A él no le gustó mucho la idea de ser papá y marido, pero Becky había decidido casarse con él y no dejó de fastidiarlo... Así que una noche, cuando el pequeño tenía pocas semanas, Merritt fue a su caravana para poner los puntos sobre las íes; se gritaron; el bebé chillaba y él lo estranguló... Puede que no pretendiera matarlo, puede que solo quisiera que dejara de llorar, pero como lo había matado, supongo que se le ocurrió que no debía dejar ningún testigo y le propinó una tremenda paliza a Becky Sturgis.

Charlene se sorbió los mocos y dio vueltas al cigarrillo cual un minúsculo bastón.

—Esa violencia contra las mujeres no tiene perdón. Y por eso, aunque yo no fuese una delincuente convicta, no le habría votado.

A Barrie le costaba digerirlo todo, de modo que, para protegerse la mente, se puso a pensar en cuán interesante es la vida. Esta septuagenaria tan cómicamente semejante a un pájaro, que cumplía condena perpetua por robo a mano armada y asesinato, bien podría cambiar el curso de la historia de la nación.

Pero ¿quién la creería? ¿La creía *ella*, Barrie Travis? La credibilidad de Charlene era casi tan poco consistente como... Igual se lo había inventado para llenar el tiempo de ocio. La muerte de Robert Rushton Merritt podía haber despertado su interés y la serie de Barrie acerca del SMSL habría echado leña al fuego de su imaginación. Había encontrado a una boba dispuesta a escucharla, una boba que había venido hasta Mississippi para hablar con ella. Inventar todo esto podía suponer la mejor diversión que hubiese tenido en años.

Por otro lado, acaso fuera cierto.

Fuera como fuese, Barrie decidió proseguir con cautela. Podría tratarse del reportaje del siglo, y si lo echaba a perder con su ineptitud, sacrificaría no solo su propio futuro, sino también el de la nación.

—Todo esto suena tan... —Barrie vaciló.

—Increíble —añadió Charlene—. No tienes por qué creerme; pregúntaselo al viejo Cletus Armbruster.

—¿Al senador?

Disgustada, Charlene hizo una mueca que arrugó su cara marchita.

—Es el político más corrupto que ha pisado la faz de la Tierra y eso no es poco.

—¿Sabe lo de Becky Sturgis?

—¿Que si lo sabe? Diablos, chica, ¿quién crees que hizo desaparecer el problema? —exclamó la mujer—. Merritt fue a verlo esa misma noche y el senador se encargó de todo.

—El senador Armbruster es un hombre poderoso, pero ni siquiera él podría hacer desaparecer dos cadáveres —sostuvo Barrie—. ¿No hubo investigación policial?

—Si es que quieres llamarlo así —Charlene dio un desdeñoso capirotazo al cigarrillo en la dirección aproximada del cenicero—. Armbruster tenía los bolsillos llenos de funcionarios de la ciudad y del estado. Sencillamente se cobró unos favores. A esos chicos buenos del tribunal, Becky y su bebé les importaban una mierda.

Barrie agitó la cabeza. Le costaba creerlo.

—Armbruster no pudo estar metido en eso; no habría dejado que Vanessa se casara con David Merritt si hubiera sabido que era capaz de...

—¿En qué planeta vives? Claro que pudo dejar que se casara con él. Le gustaba la idea de que su hija fuese primera dama. —Se aclaró la garganta y escupió la flema en el suelo. Todos son unos hijos de puta, creen que pueden conseguir todo lo que quieren y salirse siempre con la suya. La gente como mi marido y yo, en cambio, tenemos que pagar por nuestros crímenes, pero la gente como Merritt y Armbruster, no.

—Me temo que tiene razón. Si todo lo que me ha dicho es cierto, ocurrió hará, ¿cuánto?, unos veinte años, y si Armbruster logró encubrir un doble asesinato, habrá cubierto sus huellas también. No hay modo de probar que sucedió.

Charlene golpeó la mesa con la palma de la mano y Barrie saltó del susto...

—Eres la chica más estúpida del mundo. ¿Crees que gastarí mi dinero para llamarte a Washington y poner mi flaco cuello en peligro si no tuviese pruebas?

Capítulo 45

—Es más de lo que se merece. —Bill Yancey posó las palmas de las manos sobre la superficie lisa de la mesa—. Consíganos las pruebas de que el presidente asfixió al hijo de Vanessa e intentaba matarla a ella y le garantizo inmunidad.

Spencer Martin guardó silencio. A lo largo del interrogatorio se había mostrado admirablemente estoico, tan distante como una estatua, con la mirada perdida, como separado de las circunstancias en que se hallaba.

El despacho estaba atestado de restos de comida y de tazas de café vacías. Casi humeaba por la tensión generada durante la larga noche y el día siguiente. Pese a sus protestas, a Daily lo habían llevado a un hotel; dos agentes del FBI lo habían acompañado y tenían órdenes de quedarse con él y asistirlo hasta recibir nuevas órdenes. William Yancey y Gray Bondurant habían pasado el día entero en ese despacho, esperando, angustiados, a que Barrie se pusiera en contacto con ellos.

Cuando finalmente llamó desde la prisión de Mississippi y les contó su conversación con Charlene Walters, Yancey comentó:

—No podemos seguir sin ayuda interna, y Spencer Martin es lo más interno que hay.

Ordenó que le trajeran a Spence a fin de interrogarlo, este no se resistió, aunque no estaba cooperando.

Con su obstinado silencio, daba la razón a Gray, que se oponía a que le concedieran inmunidad y que había advertido al ministro de Justicia que le resultaría más fácil obtener una declaración de un nabo que de Spence. Y había acertado.

—Le dije que esto sería un ejercicio en futilidad —observó ahora—. Por eso no ha aceptado su ofrecimiento de llamar a un abogado; sabía que no iba a decir una maldita palabra. Podría torturarlo y se moriría antes que chivarse de algo que haya hecho David Merritt.

Sin embargo, Yancey no estaba preparado para renunciar.

—Señor Martin, algunos de sus antiguos agentes están dispuestos a testificar contra usted a fin de evitar que se les enjuicie. Está usted implicado en varios graves crímenes que le representarían muchos años en una prisión federal.

Nada.

—Howie Fripp. ¿Le suena el nombre, señor Martin? Debería sonarle, es usted sospechoso de su asesinato.

Spencer no se inmutó.

—No va a decirle nada —insistió Gray—. Ni siquiera le dirá que le disparé y lo encerré en un almacén de tubérculos, porque si se lo dijera tendría que explicar qué estaba haciendo allá. Está perdiendo el tiempo.

Yancey se mesó el cabello ralo.

—Muy bien, señor Martin. La oferta caduca en treinta segundos. Si la rechaza será objeto de una investigación por parte del Congreso, una investigación que no tendrá comparación con ninguna de las de la historia norteamericana.

Spencer Martin se puso en pie.

—Si tuviese pruebas de delitos míos, me habría detenido. No trate de retorcerme otra vez el brazo, Bill, no es digno ni de usted ni de mí.

Yancey masculló una maldición.

Spence le sonrió socarronamente y se encaminó hacia la puerta.

—Yancey, ¿le molestaría que hablara con él en privado?

Obviamente, a Yancey la idea no le agradó, pese a lo cual dio su permiso. Gray siguió a Spence al pasillo.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Spence perdió su actitud despreocupada. Con una expresión horrible y la cara roja de furia, cogió a Gray del cuello y lo empujó violentamente contra la pared.

—Me gustaría matarte por meterme en ese jodido almacén.

Gray apartó bruscamente las manos de Spence y se lo quitó de encima.

—Pero no lo harás, porque matarme sería una estupidez y nadie te ha acusado nunca de ser estúpido, Spence. Al menos hasta ahora.

Una fugaz chispa de interés apareció en los ojos de este, sustituida rápidamente por su característico cinismo.

—¿Quién eres? ¿El poli bueno?

Gray se encogió de hombros.

—Tómate este consejo como quieras: deberías haber aceptado el trato de Yancey.

—¿Crees que él, o alguien más, puede destruir la presidencia de David? —Spence soltó una risita—. No ocurrirá, Gray. Todos pareceréis tontos por intentarlo. Te has aliado con el lado equivocado, amigo. Hemos sido escrupulosamente cuidadosos. David es invulnerable y lo sabes.

—Que su presidencia se desmorone o no es irrelevante para ti, Spence. No te enterarás porque llevarás mucho tiempo muerto. —La sonrisa burlona de Spence perdió algo de insolencia—. ¿Empiezas a captarlo, Spence? Conocías los planes de David para Vanessa y probablemente para el bebé, así que, mientras vivas, David no es invulnerable y en cuanto eso se le ocurra, formarás parte del pasado.

»David encontrará a otro Ray Garrett. ¿Te acuerdas de él? ¿Ese agradable y joven marine encargado de asesinarme cuando resulté bochornoso para la Casa Blanca? Es una pena que confíes tanto en ti mismo y no puedas ver lo arriesgado de tu posición. El trato con Yancey te habría protegido.

—¡Jódete!

—Perfecto, Spence, esa es la respuesta defensiva de todos los cretinos que no tienen otra defensa. —Gray abrió la puerta del despacho y, por encima del hombro, añadió—: Cuídate la espalda, *amigo*.

Ya mediaba la tarde del día siguiente cuando Barrie regresó a Washington. Habían ocurrido muchas cosas en su ausencia. En la primera plana del *Washington Post* se informaba del intento de suicidio fracasado del doctor George Allan, que se encontraba en estado de coma; su esposa permanecía a su lado.

—¿Cómo lograron mantenerlo en secreto dos días? —inquirió Barrie.

—Por deferencia a su familia —le explicó Gray—. Eso, al menos, es lo que dijo Neely.

Se hallaban en una cómoda *suite* de hotel, huéspedes del gobierno federal. Había policías federales apostados al otro lado de la puerta. Bill Yancey hablaba por teléfono en la habitación contigua. De vez en cuando, Barrie y Gray captaban frases de sus intensas conversaciones.

—Pobre Amanda, debió de ser horrible encontrarlo así.

—El disparo la despertó y corrió hacia su despacho. Si no lo hubiese hecho, él habría muerto allí mismo.

—Espero que se salve, por Amanda, lógicamente, y, si lo consigue, que no se convierta en un vegetal.

—En todo caso, es duro para ella y los niños. ¿En qué estaría pensando ese hijo de puta?

—Me imagino que se sentía desesperado y no sabía qué más hacer.

—Siempre existe una alternativa al suicidio, ¡caramba! —exclamó enojado—. Yancey probablemente le habría ofrecido un trato para que testificara por el estado.

—Si se salva estoy segura de que eso es exactamente lo que hará Bill.

Barrie vio la pena en la cara de Gray y se acordó de que había perdido a sus padres cuando contaba pocos años más que los hijos de los Allan. También parecía cansado y ojeroso; no se había afeitado y estaba irritable. Todos ellos tenían los nervios de punta. Habían sido cuarenta y ocho horas llenas de acontecimientos.

Además, todo indicaba que no habría respiro a la vista.

Al menos Daily se encontraba a salvo y descansaba pacíficamente, en otra *suite* relativamente lujosa del hotel. Cuando había ido a verle, Daily se había quejado de que no lo dejaban ir a casa, pero disfrutaba de la televisión por cable, del servicio de habitaciones y de la compañía de los dos jóvenes agentes del FBI que tenían la misión de protegerlo y que constituían un público cautivo de sus anécdotas, exageraciones en realidad, de sus años de periodista.

Barrie miró el ejemplar del *Washington Post* que se hallaba sobre la mesita y se centró en otro artículo de primera plana.

—¿Se habría ofendido Spence por la poca atención que le han dedicado?

—Más bien se sentiría halagado —manifestó Gray—. Cultivaba su imagen misteriosa; cuanto menos lo conocían, más a gusto estaba.

—Me cuesta creerlo.

Barrie volvió a repasar la concisa información.

—Traté de advertírselo, pero no me hizo caso. Solo era cuestión de tiempo que David lo eliminara; lo único que me sorprende es la rapidez con que lo hizo.

—¿De veras crees que este asalto es cosa de David?

—¿Asalto? ¡Y un cuerno! —Gray le dedicó una mirada reservada—. Lo único que les faltaba a los dos hombres que se lo cargaron frente a su piso era la palabra federales tatuada en la frente. ¿Qué clase de atracador escoge una víctima así? Spence siempre iba armado; aparte de la navaja, llevaba pistola en una funda tobillera. Quienesquiera que lo asaltaron lo sabían, sabían exactamente cómo desarmarlo.

Después de lo que le habían contado en Mississippi, Barrie ya no dudaba de la implacabilidad de Merritt. Podía mandar matar a su mejor y más leal amigo sin reparos. Temblando de miedo, se abrazó los codos.

—Nosotros también estamos en su lista, ¿verdad?

—Sin duda.

—Entonces, ¿qué pensará de esto?

La chica indicó el tercer reportaje de primera plana, en el que hablaban de Gray y de ella. Vanessa Merritt había dicho públicamente que había convencido a sus amigos, Barrie Travis y Gray Bondurant, de que la sacaran de Tabor House, y que lo habían hecho clandestinamente debido a las estrictas normas del hospital en cuanto a los visitantes. La confusión, cuyo resultado fue que se sospechara de Barrie y Gray de haberla secuestrado, era absurda, había dicho desde su cama del hospital. Travis y Bondurant la habían entregado a su padre, que la esperaba con un helicóptero. ¿Sonaba eso a secuestro?

—Estoy seguro de que el guión es de Clete y de que David no está contento. Le habría convenido que nos dispararan mientras intentábamos huir y ahora no le queda más remedio que apoyar lo dicho por su esposa acerca del acontecimiento, porque nadie va a dejar de creer a Vanessa y a Clete.

—Si yo estuviera en el lado de la opinión pública, no creería nada bueno de nosotros después del incidente en Shinlin.

Gray se encogió de hombros.

—Todos hemos hecho las paces.

Eso parecía, sobre todo cuando el ministro de Justicia entró y les dio la última noticia.

—El senador Armbruster quiere verte.

—¿A mí? —exclamó Barrie.

—¿Para qué? —preguntó Gray con recelo.

—Quiere darle una exclusiva, dice que se la debe.

—¿Una exclusiva, sobre qué?

—No te excites —advirtió Gray—, no vas a ir.

—¡Y un cuerno! No voy a dejar pasar la oportunidad de una exclusiva.

—Ya la tienes.

—No significa que no pueda tener otra.

Gray se volvió hacia Yancey.

—Desde que Barrie regresó no ha hecho más que hablar por teléfono y nosotros hemos tenido que quedarnos quietecitos. ¿Por qué no estamos haciendo algo? Con lo que tiene, puede poner fin a todo ahora mismo. Entre

en el Despacho Oval, espose al cabrón, léale sus derechos y acabe de una vez para siempre.

—No es tan sencillo. Estamos hablando del presidente de Estados Unidos.

—Ya sé de quién estamos hablando —gritó Gray—, ¡y es un asesino!

—Cálmese —gritó a su vez Yancey y añadió en tono más razonable—: Todos entendemos su deseo de desquitarse por lo de la señora Merritt y su bebé. Si el presidente es culpable de los crímenes que se le atribuyen, y todas las pruebas apuntan a eso —se apresuró a agregar al ver que Gray iba a interrumpirlo—, hemos de andar con pies de plomo. Con un solo error que cometamos, saldrá libre. Mientras esperamos los resultados del laboratorio, no veo en qué puede perjudicarnos que Barrie hable con Armbruster.

—Le diré en qué puede perjudicarnos —declaró enojado Gray—. Es tan criminal como David; ya oyó lo que dijo la señora Walters. La lista de cargos contra Cleve es larguísima y Barrie podría estar metiéndose en una trampa que podría liquidarla.

El ministro de Justicia negó con la cabeza.

—Armbruster dijo que la señora Merritt saldrá del hospital esta tarde; ella estará presente también, de modo que no puede estar pensando en algo violento. —Se volvió hacia Barrie—. Supongo que estás dispuesta, ¿verdad?

—Absolutamente.

—¿Dónde y cuándo? —espetó Gray.

—En casa del senador, a las ocho.

Capítulo 46

A las ocho en punto, Barrie llamó al timbre; el agente del servicio secreto que le abrió le pidió, con toda cortesía, que le enseñara su macuto, lo registró, se lo devolvió y le recorrió el cuerpo con un detector de metales portátil.

El senador Armbruster acudió a saludarla, estrechó su mano con las suyas y dijo efusivamente:

—Espero que esta noche podamos olvidar todos nuestros malos entendidos, señorita Travis; ya he hablado con su exjefe en la WVUE y, como favor especial hacia mí, ha aceptado restituirle su puesto, o sea, que le devuelve su empleo.

—Gracias, senador, pero ya no deseo trabajar en la WVUE, y menos por caridad.

El senador sonrió con expresión magnánima.

—Francamente, no la culpo. Después de esta noche, podrá vender su reportaje al mejor postor.

—Siento curiosidad por la naturaleza de esa exclusiva que me ha prometido.

—Entonces, no la mantendré en vilo.

La llevó a un hermoso salón, amueblado con buen gusto; en la chimenea de mármol ardía un fuego muy vivo. En bata, y con aspecto de frágil protagonista de novela victoriana, Vanessa se hallaba reclinada en un diván, con un catéter de gota a gota sujeto aún al brazo.

El presidente de Estados Unidos estaba de pie, apoyado en la repisa de la chimenea.

Nadie le había dicho que él se hallaría presente; no había coches ni séquito fuera de la casa; los únicos agentes del servicio secreto a la vista eran los dos que vio a la entrada y que ella supuso que estarían protegiendo a Vanessa. Barrie intentó ocultar su inquietud.

—Hola, señorita Travis.

Esta despegó la lengua del paladar.

—Buenas noches, señor presidente.

Apenas conseguía oír sus propias palabras por encima del golpeteo de su corazón.

—Hola, Barrie.

La joven miró a Vanessa.

—Señora Merritt.

La primera dama sonrió.

—Después de todo lo que hemos pasado juntas, creo que debería llamarme Vanessa.

—Gracias.

Barrie se sentó en la silla que le indicó el senador y se enfrentó a los tres, cual un testigo en el estrado o una mujer condenada ante un pelotón de ejecución.

—Parece que se siente mucho mejor que la última vez que la vi —dijo dirigiéndose a Vanessa.

—Estoy mucho mejor. ¿Cómo está Gray?

Barrie miró a Merritt de reojo, mas la expresión de este no cambió.

—Está indignado por lo que le ocurrió a Spencer Martin anoche.

—Como todos nosotros —observó Armbruster con pena simulada.

—Gray le envía recuerdos —dijo Barrie a Vanessa.

—No sé cómo daros las gracias a ambos por sacarme de Tabor House. Bajo los cuidados de George habría muerto allí.

Barrie tenía ganas de golpearse la sien con la palma de la mano. ¿Dónde estaba? ¿En el País de las Maravillas? ¿Acaso era Alicia, recién caída en otro mundo al otro lado del espejo? Desde que había traspuesto el umbral de la casa del senador Armbruster nada había ocurrido como ella anticipaba. Su diálogo tenía tanto sentido como un galimatías. Seguro que Vanessa no creía que George Allan había decidido, por sí solo, matarla.

No se le ocurrió más alternativa que seguir la corriente de este extraño guión y ver adónde la conducía.

—Gracias por dejar claro el asunto del secuestro.

—Se trataba de una confusión que debía aclararse.

Vanessa descartó el asunto con esas superficiales palabras. El senador interrumpió el incómodo silencio y ofreció una bebida a Barrie.

—¿Qué quiere que le traiga?

—Nada, gracias. Lo que de veras quisiera es ir al grano. ¿Para qué me invitó?

—Nosotros... los tres... sentimos que se lo debíamos, señorita Travis, por cortesía.

Diríase que el senador era el portavoz del encuentro. Desde que la había saludado, Merritt no había dicho nada, aunque la joven no dejó de sentirse inquieta, consciente como era de la mirada siniestra que no se apartaba de ella.

—Como he dicho antes —continuó el senador—, queremos aclarar este desafortunado malentendido, olvidarlo. Dada la hostilidad por ambas partes, le ofrecemos un ramo de olivo en la forma de una información exclusiva.

—¿Qué información?

Armbruster miró a David, quien a su vez miró a Vanessa y luego a Barrie.

—Vanessa y yo vamos a divorciarnos.

Barrie se quedó demasiado aturdida para hablar, aunque no necesitaba hacerlo, pues David continuó.

—Dalton Neely hará una declaración a los medios de comunicación mañana al mediodía, aunque todavía no lo sabe. Leerá esta carta que dirijo al pueblo norteamericano y que le entrego a usted por adelantado.

Sacó un sobre del bolsillo superior de su americana y se lo dio.

—¿Puedo leerla ahora?

Merritt asintió con la cabeza. Barde abrió el sobre y extrajo dos hojas con el sello presidencial. Tras un meloso saludo, llegó al contenido principal de la misiva y lo leyó en voz alta.

—«La muerte de nuestro hijo nos afectó terriblemente a la señora Merritt y a mí. Las exigencias de la presidencia han contribuido también en gran parte a la desdicha de la señora Merritt. Ninguno de los dos culpa al otro por la disolución de la unión y aceptamos nuestras culpas individuales por la ruptura, aunque he de asumir mayor responsabilidad, pues en incontables ocasiones di mayor importancia a ser presidente que a ser un marido atento.

»Vanessa es una mujer increíblemente generosa; ninguna otra habría aguantado tanto como ella ni por tanto tiempo. No siento sino una admiración y afecto profundos por Vanessa Armbruster Merritt».

Barrie dejó de leer y alzó la cabeza. Su expresión era afable. Siguió leyendo.

—«Vanessa y yo sabemos que ustedes, el pueblo norteamericano, se sentirán tan desilusionados y entristecidos como nosotros por este desgraciado fin, si bien nadie es inmune a este dilema que experimentan millones de familias en nuestra comunidad mundial. Solo les pedimos que no nos juzguen

con dureza y que sepan apreciar la franqueza con que nos enfrentamos a tan desdichada situación.

»Siguiendo el ejemplo de mi suegro, el senador Armbruster, Vanessa y yo nos hemos dedicado al servicio público y pensamos continuar sirviéndoles de cualquier modo que nos lo permitan. En cuanto a mí, más que nunca necesito, como presidente, el apoyo total de este pueblo. Gracias».

Firmaba David Malcomb Merritt, presidente de Estados Unidos. Barrie dobló la carta y la guardó en el sobre oficial.

—Muy elocuente, señor presidente —y, transcurrida una fracción de segundo, añadió—:... y muy fraudulenta.

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

Barrie respiró hondo y saltó mentalmente del trampolín.

—Este divorcio no le causa dolor, señor presidente, sino alivio. Porque estoy segura de que forma parte de un trato, ¿verdad? Un trato al que ha llegado con el senador Armbruster y con Vanessa.

—¡Esto es indignante! —bramó Armbruster—. Ha sobrepasado hasta su propia audacia, jovencita. La invitamos esta noche...

—Con la esperanza de poder comprar mi silencio a cambio de una información exclusiva acerca del divorcio de la familia presidencial. Lo siento, senador, no puede comprarme. No hay trato, señor presidente. —Se puso en pie y se aproximó al diván en el que Vanessa se hallaba reclinada—. ¿Cómo pudo contentarse con esto —se golpeó la palma de la mano con el sobre—, cuando él mató a su bebé?

—Voy a llamar al servicio secreto.

—No, Cleve —ordenó David y paró a su suegro en la puerta del salón—. Hablemos de esto. La señorita Travis lleva semanas llenándome de lodo, influenciada sin duda por Gray. Ha llegado el momento de que oiga mi versión. —Se encaró a Barrie—. No maté a Robert Rushton Merritt. No sé cómo llegó a esa conclusión ridícula y difamadora, pero se equivoca.

—Vanessa me dio a entender que eso era lo que había ocurrido y, tras los acontecimientos de los últimos días, la creo.

—Lo dedujo erróneamente de algo que ella le dijo cuando estaba tan deprimida que no podía ni pensar.

Barrie se arrodilló de modo que sus ojos y los de Vanessa estuviesen al mismo nivel.

—Cuando se puso en contacto conmigo por vez primera, ¿estaba usted clínicamente deprimida? ¿O tenía miedo? ¿Acaso asfixió al niño mientras

usted se encontraba en la habitación, o es que lo encontró junto al cuerpo con una almohada en la mano?

—El bebé murió de SMSL.

Barrie cogió la mano de Vanessa sin hacer caso del presidente.

—¿Va a dejar que se salga con la suya después de haber asesinado a su bebé y de haber intentado asesinarla a usted?

—Se lo advierto, señorita Travis, una palabra más y...

—Su padre la convenció de que aceptara el trato, ¿verdad? ¿No fue él quien sugirió que guardara silencio a cambio de un divorcio pacífico? ¿Sabe por qué la exhortó a aceptarlo?

—Porque sabe que tengo miedo —explicó Vanessa con un hilo de voz—. Quiero poner fin a mi matrimonio con David.

—Cierra el pico, Vanessa —gritó David—. No le digas nada, ni una condenada palabra.

—¿Por qué cree que el presidente estuvo de acuerdo en divorciarse cuando podría obstaculizar sus posibilidades de ser reelegido? ¿Qué razón sería lo bastante apremiante para que le concediera el divorcio?

Vanessa parecía trastornada, si bien tenía la mirada de sus grandes ojos azules clavada en la chica.

—No... no lo sé.

—Porque su padre amenazó con descubrir un terrible secreto si su marido no cedía.

—Se lo advierto por última vez...

—David, deja que llame a los del servicio secreto —imploró Clete.

Barrie habló por encima de sus voces.

—Su padre sabe dónde está enterrado el cuerpo, Vanessa, y en este caso no se trata de una mera expresión. De veras existe un cuerpo enterrado, el de un bebé que tuvo hace años una mujer llamada Becky Sturgis. Ese bebé no era deseado tampoco, de modo que su marido lo mató... y su padre le ayudó a encubrir el crimen.

Vanessa miró a su padre.

—Papá, ¿es cierto?

—¡Claro que no! Esta mujer está chalada, Vanessa, todo el mundo lo sabe. No puedes confiar en nada de lo que diga.

—No podrán librarse tan fácilmente de mí, caballeros —declaró Barrie—. De nada les servirá hacerme callar, demasiadas personas lo saben. Se acabó.

—¡Y un cuerno!

En respuesta al grito enfurecido del presidente, los agentes del servicio secreto abrieron la puerta.

—¿Señor presidente?

Este les indicó que salieran con un gesto impaciente.

—Largo de aquí —gritó—, esto es privado.

—¿Quién va a hacer su trabajo sucio esta vez, señor presidente? —inquirió Barrie—. El doctor Allan intentó suicidarse por su participación en su traición.

—Trató de suicidarse por su propia insuficiencia; es el Barrie Travis de la medicina, lo hace todo mal. Ni siquiera acertó en volarse la tapa de los sesos.

—¿Y qué hay de Spencer Martin? Lo mandó matar anoche porque conocía demasiados secretos suyos. ¿Estaba en la habitación cuando asfixió al bebé?

—¿Hiciste matar a Spence? —exclamó Vanessa.

David le lanzó una mirada venenosa y, dirigiéndose a Barrie, dijo:

—No maté al bebé. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? Si Spence estuviese aquí, le diría lo mismo. No lo maté. ¡Lo mató ella! —exclamó, y señaló a Vanessa con un dedo.

Vanessa gritó, conmovida e indignada.

—Vanessa no mató al niño, como tampoco Becky Sturgis mató a su propio bebé. Usted lo estranguló.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —gimió Vanessa.

—Es cierto —recalcó Barrie—. Luego golpeó implacablemente a la joven. Al menos aprendió algo de la experiencia, aprendió a utilizar tácticas más sutiles.

Vanessa se volvió nuevamente hacia su padre.

—¿Es cierto, papá? ¿Lo sabías?

Con aspecto tan flácido como un neumático desinflado, el senador dio unos pasos atrás y se sentó en una silla. Sus hombros caídos revelaban su culpa, veinte años de culpa.

Vanessa gritó, como si estuviera agonizando.

—Sí que es cierto. ¡Ay, Dios!, ¿por qué dejaste que me casara con él? ¿Por qué me alentaste a que tuviera su hijo? —Sollozó—. ¡Yo tenía tantas ganas de tener un hijo! —Miró a su marido como si este fuese la encarnación de la maldad—. ¿Cómo pudiste matarlo? Era tan vulnerable, tan dulce.

Merritt soltó un brusco ladrido por risa.

—Eres una boba sentimental, Vanessa. ¡Y tan falsa! El bebé te estaba volviendo loca, no soportabas su llanto. Eras incapaz de cuidarlo. No querías

a ese bebé. Lo que Gray te inyectó, eso con lo que has fantaseado tanto, era pura babaza. Deberías haber abortado, nos habría ahorrado muchos problemas, a ambos.

Las horribles palabras del presidente dejaron a Barrie boquiabierta; Armbruster también se quedó mudo de asombro.

No así Vanessa. Con chispas en los ojos, se puso de pie y se tambaleó, pero se aferró al respaldo del diván.

—¡Hijo de puta! No fue Gray, ¡fue Spence!

—¿Spence? —exclamó Merritt.

—¿Spence?

A Barrie le dio vueltas la cabeza.

Vanessa, que parecía haber olvidado el catéter del gota a gota y lo arrastraba tras de sí, se aproximó a su marido.

—¡Sí! ¡Spence, Spence! —Casi le escupió el nombre a la cara—. Creías que Gray era mi amante porque deseabas creer que era él, ¡que un hombre cuyo sentido del deber y del bien y el mal era inflexible se acostaba con la esposa de su mejor amigo! —Se rio provocándolo—. Enfréntate a la realidad, David. Gray era amable conmigo porque sabía lo de tus otras mujeres; nunca se te ocurrió que era Spence el que se follaba a tu mujer —declaró, refocilándose, encantada de poder destruir sus ilusiones acerca del hombre en quien tanto había confiado—. Pues sí me folló y yo quise que lo hiciera. El único problema es que me salió el tiro por la culata, porque no lo hacía mejor que tú; era un cabrón frío y despiadado y se alegró de que muriera el bebé. —Se le quebró la voz—. Spence no lo quería para nada y eso me rompió el corazón. Pero al menos mi hijo no era tuyo, al menos no tuve que tener a *tu* hijo.

Merritt le propinó una bofetada.

Al verlo, Armbruster se levantó de un salto y, rugiendo como un viejo león, se abalanzó sobre su protegido, aunque con poco esfuerzo Merritt lo apartó.

—Eres un chiste, Clete —se rio—. No tienes poder, ni figurada ni literalmente. Eres un eunuco, no tienes huevos suficientes para obligarme a tomar ninguna decisión. —Miró a su esposa y añadió—: He cambiado de opinión en cuanto al divorcio, Vanessa; no en cuanto a concedértelo, sino en cuanto al motivo. Creo que es hora de que el mundo descubra que su querida primera dama es realmente una puta. En cuanto a ti —se volvió hacia Barrie y la tuteó—, si sabes lo que te conviene, dejarás de joderme y, ya que estás en ello, jode a Bondurant. Aunque sin duda ya lo has hecho.

A grandes zancadas se encaminó hacia la puerta y la abrió de golpe.

Gray Bondurant se hallaba al otro lado de la puerta, acompañado por el ministro de Justicia y una comitiva de agentes federales.

—Señor presidente, tiene usted derecho a guardar silencio...

—¿Qué diablos haces aquí, Bill?

Gray apartó a Yancey y a Merritt y se inclinó sobre las dos mujeres.

—¿Estáis bien?

Barrie, que abrazaba a una sollozante Vanessa, asintió con la cabeza.

—Está bien.

—¿Y tú?

—Estoy bien. Un poco conmocionada. De veras que parecía que iba a matarme con sus propias manos.

—Lo habría matado yo primero.

Gray sostuvo la mirada de Barrie unos cinco segundos, después de lo cual se volvió y ayudó a llevar a cabo lo que habían venido a hacer, o sea, a detener al presidente y al senador Armbruster.

Merritt no estaba reaccionando de modo digno y pacífico, sino como un maniático loco de atar. Gritó palabrotas a Yancey, que, todo sea dicho, mantuvo la calma mientras leía al presidente sus derechos.

Luego Merritt se puso a vociferar que Vanessa, y no él, había matado a su hijo, y que todo lo que había hecho desde entonces había sido para protegerla.

—Lo asfixió ella, no yo. Ella es la chiflada.

—Le aconsejo que no diga nada más, señor presidente —advirtió Yancey—. Está implicado en otro crimen, en Mississippi.

—No sé de qué hablas. ¡Clete! Clete, díles cuán enferma está Vanessa.

Armbruster abrió la boca, pero tenía los labios flácidos y su papada tembló cuando intentó, en vano, pronunciar las palabras.

—El senador Armbruster tendrá la oportunidad de declarar —informó Yancey a Merritt—, su testimonio nos será tan valioso como el de la testigo ocular.

—No había nadie en el dormitorio del niño, excepto Spence, Vanessa y yo. Spence está muerto y ella miente.

—No hablo de la muerte de Robert Rushton Merritt —explicó Yancey—. Tenemos una testigo ocular del asesinato en Mississippi.

Las palabras del ministro de Justicia penetraron finalmente la cortina roja de la rabia de David Merritt. Parecía que por primera vez captaba la desoladora realidad de su situación. Miró largo rato a Yancey con expresión furibunda y se volvió hacia Clete.

Este devolvió la mirada al hombre que él había fabricado y ahora destruido, aunque a un coste personal tremendo.

Los ojos de Merritt se estrecharon y se convirtieron en malévolas rendijas.
—¡Tú, furtivo hijo de puta! —siseó—, ¿qué has hecho?

Capítulo 47

—El senador Armbruster se encontraba allí cuando volví en mí.

El tono suave, lento y cansino de Becky Sturgis llenó el plató, por lo demás silencioso, de la cadena de televisión. Los cámaras habían fijado sus aparatos y se hallaban tan inmersos en la historia como los millones de personas que, en el mundo entero, la estaban viendo. Becky se miraba las manos, fuertemente entrelazadas en su regazo.

—Recuerdo que, cuando volví en mí, tenía la esperanza de estar despertando de una horrible pesadilla, pero era real, mi bebé estaba muerto. Su cuerpecito se encontraba en el suelo, donde David lo había dejado caer. Había mucha sangre, supongo que mía. David me había golpeado muy fuerte.

—¿David Merritt, el presidente?

—Sí, señora. Solo que entonces no era presidente.

Un pañuelo le cubría la depresión permanente en la sien, allí donde, sin grandes miramientos, le habían cosido el cuero cabelludo sobre el cráneo aplastado. Era muy consciente de la desfiguración. Cuando Barrie la conoció, vestía un mono de la cárcel, pero esta noche lucía un sencillo vestido, sin ningún adorno, aparte del pañuelo.

—Después de golpearme la primera vez, no recuerdo nada hasta que desperté y vi al senador Armbruster arrodillado a mi lado, comprobando el pulso en mi cuello. Le asombró que aún estuviese viva, porque David le había dicho que estaba muerta.

—También le había dicho al senador Armbruster que usted había matado al bebé.

—No lo hice —contestó Becky fieramente—. Lo mató David y le conté la verdad al senador, que se mostró muy amable y me dijo que no me preocupara, que él se encargaría de todo.

—¿Qué hizo?

—Llamó a un médico, que vino a la caravana y me cosió el cuero cabelludo y me puso una inyección para el dolor.

—¿No la llevaron a un hospital?

—No, señora.

—¿Cuándo llamaron a la policía?

—El senador Armbruster llamó a la oficina del comisario. Cuando los policías llegaron... —Becky se echó a llorar. En lugar de insistir, Barrie le dio tiempo para controlarse antes de proseguir—. El senador Armbruster les mintió, les dijo que yo había matado a mi bebé, les pidió que me detuvieran. Me llevaron a la comisaría y me interrogaron. Querían que firmara una confesión en la que decía que había cometido homicidio involuntario. Me negué... un rato.

—Y luego, firmó.

—Sí, señora, para que me dejaran en paz. Me dolía muchísimo la cabeza. Había vomitado un par de veces. Estaba muy mal. Así que firmé un papel en el que decía que había matado a mi bebé. Pero no lo hice. Lo mató David Merritt y se fue creyendo que me había matado a mí también.

Becky Sturgis habló del «error» judicial orquestado por el senador Armbruster, que se había cobrado favores políticos. A los pocos días, un juez la condenó a cadena perpetua y la transfirieron de la cárcel del condado a la prisión del estado, donde había permanecido hasta dos días antes, cuando Barrie se enteró de su existencia gracias a Charlene Walters. Yancey, el ministro de Justicia, había intercedido con las autoridades de Mississippi para que la trajeran a Washington.

—¿Cree que el senador Armbruster creyó a David Merritt y no a usted? En su opinión, ¿creía sinceramente el senador que servía a la justicia al hacer que la encarcelaran? —preguntó Barrie.

—No lo sé —contestó francamente Becky—, pero sospecho que me traicionó para que David no tuviera problemas.

—¿Se da usted cuenta de que en todos estos años David Merritt la ha creído muerta?

—No lo supe hasta ayer. Me imagino que el senador lo traicionó también a él.

A fin de proteger su propia objetividad, Barrie se contuvo y no dijo lo obvio, o sea, que el senador Armbruster había ocultado la existencia de Becky Sturgis por si algún día la necesitaba como baza en contra de su yerno. Barrie la había descubierto antes de que Armbruster se sintiera lo bastante desesperado como para utilizarla.

—¿Ha estado usted en prisión todo este tiempo, señorita Sturgis?

—Sí, señora. Me han negado la libertad condicional dos veces.

—¿Por qué? Según su historial, ha sido usted una reclusa ejemplar.

—No lo sé exactamente, señora, pero el comité de revisión rechaza mis peticiones.

Barrie dejó que el silencio se alargara para que el público entendiera que Armbruster se había encargado de que a Becky Sturgis nunca le concedieran la libertad condicional.

—Hace unos años compartió celda con una mujer llamada Charlene Walters y le contó usted su historia.

Becky Sturgis asintió con la cabeza.

—Fue después de que David se convirtiera en presidente; al principio Charlene no me creyó; pensó que lo había inventado. Pero cuando el bebé del presidente murió en la Casa Blanca, empezó a pensar que quizá lo que yo le había dicho era cierto, sobre todo después de ver su serie sobre el SMSL; se le ocurrió que quizá Robert Rushton Merritt había sido asesinado, pero que se había hecho creer a todo el mundo que murió a causa del SMSL.

—Señorita Sturgis, ahora viene la pregunta más difícil que le voy a formular esta noche. Estoy segura de que todo el mundo quiere saber por qué no dijo usted nada antes. En todos los años que lleva en la cárcel, ¿por qué no hizo saber a nadie que la habían traicionado y obligado a firmar una confesión falsa?

Becky Sturgis se encogió de hombros, como aceptando totalmente la irrelevancia de su vida.

—Nadie se preocupó cuando desaparecí, nadie fue a buscarme, porque no llevaba suficiente tiempo viviendo en la ciudad. Me imagino que la gente supuso que me había ido. No tenía familia. ¿A quién iba a decírselo?

—¿No tenía abogado?

—Sí, señora. Nombraron uno esa noche en el despacho del comisario, pero no dejaba de decirme que me iría mejor si firmaba una confesión; dijo que si no confesaba que había cometido un homicidio involuntario podrían acusarme de asesinato; dijo que podría perder un juicio por asesinato y que podrían condenarme a muerte.

»Además, estuve enferma mucho tiempo. Sufría dolores de cabeza, por lo que me pasaba días enteros en la enfermería de la prisión. A veces se me ponía la mente en blanco y no recordaba algunas cosas. Pasaron unos dos años antes de que sintiera que tenía la cabeza en su lugar.

»Fue entonces cuando empecé a escribir al abogado, pero él solo contestó a unas cuantas de mis cartas y finalmente dejó de hacerlo. Traté de hablar con él por teléfono, pero siempre me decían que no estaba y nunca me llamó. Un día otro abogado, tengo su nombre escrito en algún sitio, vino a verme a la

prisión; dijo que mi abogado había muerto y que ya no debía fastidiarlos, que si lo hacía, Armbruster me las haría pasar moradas. Para entonces, David era diputado y me pareció que ya no tenía sentido seguir. ¿Quién iba a creerme contra lo que dijeran David Merritt y Clete Armbruster?

—Buena pregunta, señorita Sturgis. ¿Por qué íbamos a creerla? ¿Qué pruebas tiene de que David Merritt mató a su bebé, le propinó una paliza a usted y la dejó, creyéndola muerta?

—Ninguna, pero puedo probar que era el padre de mi hijo —contestó Becky con orgullo—. El día en que mató a mi hijo, yo le había cortado un rizo y las uñas. Los he guardado todos estos años en una cajita de papel maché. El señor Yancey los tiene ahora. Dijo que pueden analizarlos para comprobar si David es el padre o no. Yo no quería soltarlos, porque es todo lo que me queda de mi bebé, pero el señor Yancey me prometió que me los devolvería en cuanto el laboratorio hubiese acabado sus análisis. Puede que la gente crea que miento, pero mi bebé les dirá la verdad.

A Barrie no se le ocurrió nada más apropiado para terminar la entrevista.

—Gracias, señorita Sturgis.

Se volvió hacia la cámara del estudio, que se fue acercando para un primer plano.

—Según Yancey, el ministro de Justicia, los análisis preliminares del ADN con el cabello y los recortes de uñas indican que David Merritt engendró el hijo de Becky Sturgis. Esto debería servir para que se revise la detención y la confesión de la señorita Sturgis. Las autoridades han señalado que se le hará un juicio largo tiempo aplazado. Aún no se sabe si a David Merritt se le enjuiciará por asesinato, si bien ya se le ha acusado, al igual que al senador Armbruster, de obstrucción a la justicia.

»El senador Armbruster cumple arresto domiciliario y ha renunciado oficialmente a su escaño en el Senado esta tarde. El presidente Pietsch juró el cargo después de que el Congreso acusó formalmente a David Merritt y exigiera su renuncia.

»El expresidente se encuentra también detenido en Blair House, donde permanecerá hasta que el ministro de Justicia haya tenido la oportunidad de organizar dos importantes investigaciones, una sobre los crímenes en Mississippi, y la otra sobre la muerte de Robert Rushton Merritt.

»Aún es pronto para especular acerca del resultado final de esta increíble situación. En el curso de la historia de nuestra nación, otros presidentes han superado escándalos, si bien ninguno rivalizó con este.

»Se prueben o no sus supuestos crímenes, David Merritt huyó de la escena de un crimen en Mississippi a fin de evitar testificar y ser objeto de un posible juicio. Eso, en sí, constituye un delito federal y ha sido razón suficiente para poner fin a su mandato como presidente de Estados Unidos.

»Les habló Barrie Travis y les deseo buenas noches.

—Hola, pasa.

Barrie se apartó y franqueó la entrada de la *suite* de hotel en la que se alojaba provisionalmente.

—Gracias. Es un honor para mí encontrarme en la misma habitación que tú —comentó Gray—. Eres un personaje de moda.

—Mi celebridad no ha impresionado a los del servicio de habitaciones; todavía tardan una eternidad en subirme un bocadillo. —Barrie miró el reloj—. Han pasado cuarenta minutos... y yo estoy muerta de hambre.

—¿Qué pasa con las luces?

—Nada. Siento que descanso mejor así.

La *suite* se hallaba a oscuras, a excepción de una lámpara junto a la ventana, que proporcionaba una tenue iluminación. Las cortinas descorridas revelaban la belleza nocturna de la capital.

Barrie acababa de salir de una larga y caliente ducha, y ahora un albornoz, cortesía del hotel, la envolvía desde el cuello hasta los tobillos. Se había echado el cabello aún mojado detrás de las orejas.

—Vi tu entrevista —comentó Gray como si nada.

Ella lo miró expectante y contuvo el aliento.

—Fue buena, Barrie.

Aunque se dejó arropar por su sonrisa aprobadora, restó importancia a su éxito.

—No hice nada. La historia se contaba por sí sola.

—De no ser por ti, no habría nada que contar.

—De no ser por Merritt y Armbruster no habría nada que contar. No es que me agradara mucho lo que Becky Sturgis tenía que decir públicamente.

—¿Dónde está ahora?

—En un hotel. Bill le ha asignado un par de mujeres policías. Regresará a la cárcel mañana; tendrá que permanecer allí hasta que un juez de Mississippi revise su causa.

—La entrevista fue tan conmovedora que la gente exigirá su liberación.

—Como mínimo le concederán un juicio con jurado y me sorprendería que la condenaran. Si lo hacen, lo más probable es que la condenen al tiempo que ya ha pasado encerrada.

—¿Qué hizo la CNN para conseguirte? —inquirió Gray poco después.

—Superaron las ofertas de los demás. ¿Qué puedo decir? —La chica pestañeó—. Se me puede comprar.

—Ya viene tu bocadillo.

Gray fue a abrir la puerta, firmó la cuenta y posó la bandeja sobre la mesita frente al sofá.

—Amanda Allan me llamó —observó Barrie—. George muestra señales alentadoras, según los médicos, y ella se siente optimista. Lo quiere mucho y está dispuesta a perdonarle cualquier cosa si sobrevive.

—No esperaba menos de ella. ¿Cómo está Daily?

—Estoy pagando su habitación en el hotel ahora. No quiero que regrese nunca a esa horrible casa. Ya basta con que se esté muriendo, para que encima tenga que morir allí. Además, no creo que pudiéramos regresar sin recordar los espantosos días que pasamos allí.

—¿Dónde vivirá?

—Estoy pensando en comprar una casa, algo en los suburbios, y quiero que Daily venga a vivir conmigo. El pago del seguro de mi casa fue bastante razonable y, con el salario que estoy negociando, podré adquirir casi todo lo que desee. Podría conseguir un perro que lo acompañara cuando yo no esté. Ya me siento dispuesta a querer a otro, creo, aunque nunca superará a *Cronkite*, claro.

—¿Se lo has comentado a Daily?

—Me gruñó algo como que no es «un maldito caso de caridad», pero acabará aceptándolo —contestó la chica con una sonrisa afectuosa.

Se comió una cuarta parte del bocadillo y lo apartó.

—Creí que estabas muerta de hambre.

—Pues parece que no.

—¿Qué te pasa, Barrie?

—¡Nada! —exclamó irritada, y con renuencia añadió—: No lo sé.

—Has llegado adonde siempre has querido llegar, a la cima de tu profesión, y todas las cadenas del país quieren contratarte. Puedes pedir el sueldo, que quieras. Tuviste la entrevista del siglo. Me imaginé que iba a encontrarte bebiendo champán.

—Eso es lo que yo también creía que estaría haciendo —observó pesarosa—, pero te sorprendería saber cuán deprimente resulta ser la persona que ha

derrocado a un presidente.

—Tú no eres la responsable. David se lo buscó.

—Tienes razón, por supuesto. Sé que tienes razón... aquí. —La chica se golpeó la frente con un dedo—. Quizá tenga sentimientos encontrados por lo de Howie, fue una víctima y no debió serlo. Me siento culpable indirectamente.

—Spence fue el culpable.

Barrie soltó un suspiro de desesperación.

—Supongo que es como la depresión posparto. Después de haber dado a luz al bebé, no estoy segura todavía de que lo quiero. —Desvió la mirada—. Vanessa me ha llamado esta tarde.

Gray la miró con expresión inquisitiva.

—Me dio las gracias por ser tan discreta en la entrevista con Becky Sturgis, cuando pude haber explotado la información, hacer que fuera más escandalosa. —Hizo una pausa para pensar—. Me imagino que mi contención demuestra que estoy madurando. He crecido mucho, personal y profesionalmente.

—No me cabe la menor duda.

—En todo caso —añadió, desechando el ánimo introspectivo—, esta noche Vanessa se irá de la Casa Blanca, pero no le causa tristeza hacerlo, porque allí tiene demasiados recuerdos terribles.

»Naturalmente, lo de Becky Sturgis la ha dejado pasmada; repitió varias veces que no entendía cómo su padre pudo tener algo que ver con algo tan nefasto, según mi expresión, no la suya. No solo encubrió un crimen violento, sino que le permitió casarse con David y hasta la *alentó* a hacerlo. Se siente traicionada.

—¿En qué ha quedado con Clete?

—Ha declarado que nunca lo perdonará.

—Clete se merece su rechazo, pero esto lo matará.

Barrie asintió con la cabeza.

—Vanessa ha prometido a Bill Yancey cooperar en todo cuando inicie la investigación sobre la muerte de Robert Rushton. Ahora que no teme por su vida, puede contar la verdad. David mató al bebé, pero fue idea de Spence alegar que había muerto a causa del SMSL.

—Típico de él. Hacer que las cosas resulten sencillas era su fuerte.

—¿Estaba Vanessa enamorada de él?

—¿De Spence? No. Quería de él lo que quiere de todos los hombres, atención y protección. Por despecho dio a David un trago de su propia

medicina, con un hombre cuya lealtad David creía inquebrantable; pero cuando Spence le dio la espalda, el rechazo le dolió mucho.

—Y se volvió hacia ti.

—En busca de amistad.

Barrie se puso en pie y rodeó, inquieta, la mesita.

—No estoy segura de que eso fuera todo lo que deseaba.

—Es lo único que consiguió.

—Podrías habérmelo dicho.

—No había nada que decir.

—Eso es lo que podrías haberme dicho.

—No deseaba a Vanessa y nunca la tuve. Ya está dicho. ¿Satisfecha?

—Sí. ¿Te costó tanto?

Gray formó una pirámide con los dedos, se los llevó a los labios y la examinó hasta que ella se retorció bajo su mirada.

—¿Qué? —quiso saber.

—Creo que lo que te ha deprimido es que no te he jurado amor eterno.

Barrie soltó un bufido poco digno de una dama.

—Ya estás vanagloriándote de nuevo. Es una mala costumbre tuya, Bondurant.

—Estoy aquí, contigo, Barrie —dijo quedamente. Alargó un brazo, cogió el cinturón del albornoz y tiró lentamente de ella—. Esa casa que pretendes comprar, ¿es muy grande?

—¿Por qué?

—Me han ofrecido un puesto de asesor en el Ministerio de Justicia. Me parece interesante. Pasaré mucho tiempo en Washington y necesitaré un lugar en el que alojarme.

—Entiendo. —El corazón de Barrie empezó a palpar a toda velocidad. De pronto recuperó el apetito. De hecho, estaba muerta de hambre—. ¿Qué hay de tus caballos *Rocket*, *Tramp* y *Doc*?

—Conseguiré a alguien que cuide de ellos y del rancho cuando esté fuera. Tendré mucho tiempo libre en el ministerio y regresaré a menudo a Wyoming.

—Lo tienes todo planeado.

—Podría decirse que sí.

Tiró de los extremos del cinturón, le abrió el albornoz, deslizó las manos debajo de este y las posó sobre la cintura de la chica. La mantuvo hechizada.

—En una ocasión me dijiste que no mirara a través de ti como si no me importaras. Me importas, Barrie. Deshazte de todo el bagaje emocional que te

dejaron tus padres. Tu padre no fue infiel a nadie, sino a sí mismo. Me importas muchísimo.

La sentó a horcajadas sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con la mano, la acercó y la besó, deslizado la lengua eróticamente dentro de su boca, con lo que las entrañas y el ánimo de Barrie empezaron a elevarse.

Con la punta de los dedos, Gray encontró sus tensos y sumamente sensibles pezones, los presionó, los acarició y le moldeó los senos mientras ella luchaba con su ropa. Los labios de Gray se cerraron en torno a un pezón y ella lo aceptó en su interior y lo montó con una lujuria desvergonzada. ¿Dónde había aprendido a moverse así? ¿Cómo había encontrado la habilidad carnal de alargar su placer? ¿De qué antepasado pagano había heredado este oscuro conocimiento?

Nada en la experiencia de la joven podía compararse con el modo en que su cuerpo respondía al de él, ni con su necesidad de proporcionarle placer. Segundos antes de que alcanzara el orgasmo, él lo percibió.

—¿Vas a empezar a gritar como la última vez?

—A menos que me detengas.

—Ni lo sueñes —gruñó.

La cogió de las caderas y la mantuvo quieta.

Barrie jadeó ante la deliciosa presión que eso creó en lo más hondo de su interior.

—Quiero decir que... si no me lo impides... puede que grite.

La boca de Gray capturó la de ella en otro beso, que se desintegró con el inicio de su orgasmo simultáneo. Hundió la cabeza entre sus senos. Los suaves suspiros entrecortados formaron guiones de sonido erótico en la oscuridad.

Barrie se desplomó sobre el pecho de Gray y con la nariz le acarició el cuello. Él la abrazó largo rato. Cuando por fin la apartó, le quitó de la cara el cabello húmedo, dibujó su pómulos con la punta del índice y le rozó los labios húmedos con el pulgar.

Nunca le había demostrado tanta ternura y a Barrie se le llenaron los ojos de lágrimas. Susurró una única palabra.

—Bondurant.

—¿Sabes? Por sí sola, tu voz me pone duro. Resulta embarazoso.

Barrie se rio quedamente, se inclinó y le mordisqueó el cuello.

—Así que acertaría si dijera que estás encoñado, ¿no?

Como él no contestaba, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a la cara. Él guiñó los ojos, indicándole que no había dado en el blanco.

—¿Amor? —se atrevió a pronunciar la chica con una vocecita vacilante.

Él no hizo sino mirarla, dejando que sus ojos hablaran por él con su típica intensidad azul.

—¿En serio? —susurró Barrie.

—No te entusiasmes demasiado. Nunca me acordaré de tu cumpleaños, ni del día de san Valentín, ni de los aniversarios. No soy de los que regalan flores y corazoncitos.

La joven le tocó las mejillas con las manos.

—¿Me serás infiel?

—No. —Su tono no daba lugar a dudas—. Nunca.

—Entonces no necesito las flores ni los corazoncitos.

—¿Y el sexo?

—Eso sí que lo necesito.

Más tarde yacieron juntos en la ancha cama. La fresca y suave piel del trasero de Barrie anidaba en el veloso calor de Gray, cuya barbilla descansaba sobre su coronilla; la rodeaba con un brazo y le cubría posesivamente un seno. Ocasionalmente su pulgar se deslizaba hacia el pezón y entonces ella le levantaba la mano y besaba el punto que aún tenía las marcas de cuando ella lo había mordido semanas antes.

A Barrie le entró sueño y, justo antes de dormirse, pronunció su nombre.

—¿Mmm?

—¿Quieres que te diga algo irónico? —Él no dijo nada, pero por su quietud, ella se dio cuenta de que la escuchaba—. Quería a mi padre... desesperadamente.

—Lo sé —susurró Gray en su cabello.

Epílogo

Cuando el teléfono de su escritorio sonó, Barrie echó un vistazo al reloj. Faltaban cinco minutos para que se presentara en el plató, lo que le daba tiempo suficiente para contestar una rápida llamada. Podría ser Gray. Con frecuencia la llamaba justo antes de la emisión, para desearle suerte, o sea, que se rompiera una pierna en la jerga teatral o mejor que le rompiera una a él en cuanto llegara a casa.

Sonrió ante la posibilidad y levantó el auricular.

—Barrie Travis.

—Te vi en la tele ayer. ¿Te has teñido el cabello?

Era Charlene Walters.

—No, solo son mechas. ¿Te gusta?

—No. Deberías teñírtelo como lo tenías antes.

Barrie sonrió. Charlene era casi tan famosa como ella. Su nombre aparecía en todos los reportajes, emitidos por televisión y radio o impresos, que tuvieran que ver con el desmantelamiento de la presidencia de Merritt. La reclusa se consideraba, pues, colega de Barrie.

—¿Cómo estás, Charlene? Escucha, me esperan en el plató en...

—Seguro que te sientes en las nubes.

Habían transcurrido seis meses desde la resurrección de Becky Sturgis. Habría juicios contra Merritt y Armbruster. De momento, los fiscales estaban organizando las causas. Los abogados del exsenador y del expresidente intentaban a duras penas montar una defensa frente a las pruebas contundentes y a los testigos dispuestos a incriminarlos a cambio de inmunidad o clemencia.

—No me causa alegría la destrucción de unas vidas —respondió Barrie—. Aunque espero que esto sirva para evitar tan desmedido abuso de poder en el futuro.

—Yo que tú no contarías con eso, teniendo en cuenta cómo es la gente.

Barrie echó otro vistazo al reloj. Faltaban tres minutos. Se colocó el auricular entre el hombro y la mandíbula y del cajón del escritorio sacó un

espejo y una borla de polvo de talco. No tendría tiempo para maquillarse.

—Ha sido un placer hablar contigo, Charlene, pero...

—En cuanto a mí, espero que a esos cabrones los ahorquen. Después de lo que le hicieron a Becky, no deberían dejarles respirar un solo día más.

—Si los condenan, el sistema los castigará adecuadamente.

Con un bufido, Charlene indicó el desdén que sentía por el sistema.

—Al menos cuando te hablé de Becky hiciste algo. Tardaste, pero finalmente te pusiste a ello.

—Sí, bueno...

—No como ella. Ella no hizo nada.

—Bueno, estaba en prisión y, como dijo, no había mucho...

—Becky, no, boba, ¡la señora Merritt!

Barrie dejó el espejo y volvió a coger el auricular.

—¿*La señora Merritt?*

—¿No es lo que he dicho? Vanessa Armbruster Merritt.

Seguro que algo se le había pasado por alto. Con un ojo en el reloj, otro en el espejo y Charlene parloteando, había pasado por alto algo vital.

—¿Me estás diciendo que le hablaste a Vanessa Merritt de Becky Sturgis?

—Eso.

—¿Cuándo, Charlene?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo hablaste con ella? ¿Cuándo le hablaste de Becky Sturgis y su bebé?

—Veamos... Fue después de que Becky me lo contó, claro... Debió de ser poco después de que la señora Merritt se convirtió en primera dama.

—Charlene, si se trata de uno de tus cuentos...

—Eres mi amiga, a las amigas no les cuento cuentos.

A Barrie le daba vueltas la cabeza.

—A ver si te he entendido. ¿Le hablaste a la señora Merritt, la primera dama, de lo de Becky..., de su lío hace años con David Merritt?

—Todo. Lo mismo que te conté a ti. Le dije que David Merritt había matado al hijo de Becky y que el senador lo encubrió.

Barrie colocó los codos sobre la mesa y descansó la frente en la palma de la mano para que la estancia dejara de girar.

—Le escribí muchas cartas —prosiguió Charlene— advirtiéndole de que se había casado con un asesino, pero no me hizo caso. Al menos eso creí. Entonces, un día, me llamó aquí, a la prisión, con un nombre falso, claro, pero dejó un número al que podía llamarla a cobro revertido. Charlamos media

hora o más. Las que esperaban para hablar por teléfono se cabrearon, pero les dije que se jodieran.

El reloj sobre el escritorio de Barrie seguía haciendo *tic-tac*, pero no tan fuerte como su corazón, y a duras penas contuvo las náuseas.

Una ayudante del productor asomó la cabeza por la puerta.

—¿Barrie? Tienes noventa segundos.

Barrie asintió con la cabeza.

—Charlene, ¿no le dijiste a nadie que la primera dama te había llamado?

—¡Claro que sí! —exclamó esta—. ¿Pero crees que me creyeron?

¿A la mujer que decía que había sido la novia de Robert Redford en la universidad y había dado a luz al hijo natural de Elvis? ¿Quién la habría creído?

—Entonces... —Barrie se sentía incapaz de hilar—, entonces...

—¿Barrie? —La ayudante del productor apareció de nuevo—. ¿Te encuentras bien? Emitimos en un minuto.

—Voy en seguida. Entonces, después de que le contaste lo de Becky Sturgis, ¿qué dijo? —le preguntó a Charlene.

—Dijo que no se lo contara a nadie más y que dejara de escribirle o me mandaría a los del FBI. Le dije que podía venir aquí, conocer a Becky para que ella se lo contara personalmente, pero ella dijo que no, que no podía hacerlo. Dijo que había ocurrido hacía mucho tiempo y que, en todo caso, probablemente no era cierto. Me cogió un cabreo de mil demonios, yo que me había esforzado tanto por ponerme en contacto con ella y ella que ni siquiera atendía a mi advertencia. Al cabo de menos de dos años va y se queda embarazada. Después de lo que le dije, fue y tuvo un bebé con ese hombre. Debe de estar chalada.

Vanessa Armbruster Merritt lo era todo, menos chalada.

Barrie, por favor, ayúdeme. ¿No sabe lo que estoy tratando de decirle?

¿Qué ocurriría si su motivación fuera el puro y simple desquite?

¡Yo no maté a Robert Rushton! ¡Lo hizo ella!

En cuanto a eso, David Merritt había dicho la verdad.

Ella es la chiflada.

Y, en palabras de Charlene Walters, filósofa reclusa: «La gente loca puede salirse con la suya en casi todas las ocasiones. Te sorprenderías».

—¿Volvió a ponerse en contacto contigo Vanessa Merritt, Charlene? —inquirió Barrie con voz apenas audible.

—Solo una vez. Cuando me llamó para sugerirme que te llamara a ti.